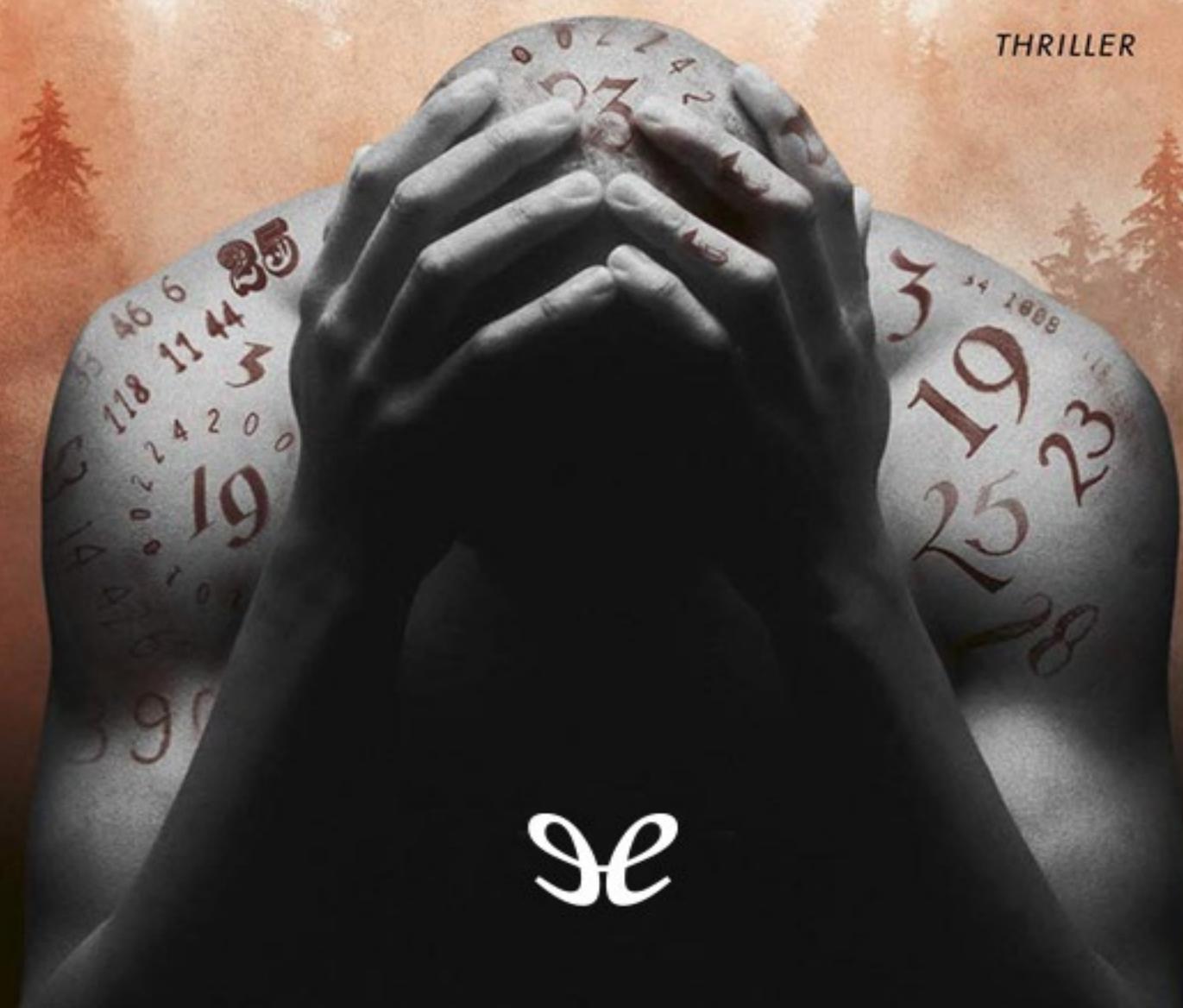


ADÉNTRATE EN LA MENTE DEL ASESINO.

DONATO CARRISI

EL JUEGO DEL SUSURRADOR

THRILLER



UN HOMICIDIO SIN CUERPOS. UN HOMBRE SIN IDENTIDAD...

Desde una granja aislada, una mujer marca el número de la policía. Su voz aterrorizada reclama ayuda. Algo espantoso ha sucedido.

Algo que deja a los agentes perplejos. Solo hay enigmas y una persona capaz de revelar los mensajes ocultos en el mal. Pero un temor acecha: saber que el juego nunca terminó...

UNA INVESTIGACIÓN SIN PISTAS. EL JUEGO NO ACABA NUNCA.



Donato Carrisi

El juego del susurrador

Mila Vasquez - 3

ePub r1.3

Titivillus 01.03.2020

Título original: *Il gioco del suggeritore*

Donato Carrisi, 2018

Traducción: Maribel Campmany

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

El juego del susurrador

Enigma

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Pascal

11

12

13

14

15

16

17

18

Joshua

19

20

21

22

23

24

25

26

Alice

27

28

29

Agradecimientos

Sobre el autor

A Antonio
mi hijo, mi continuidad

A Luigi Bernabò, amigo mío

La llamada al número de la Policía se registró a las diecinueve horas y cuarenta y siete minutos del 23 de febrero. Una voz de mujer con tono exaltado pedía a través del móvil que enviaran una patrulla a una granja aislada, a unos quince kilómetros de la ciudad.

En ese momento, en la zona arreciaba una violenta tormenta.

A la pregunta del operador sobre el motivo de la emergencia, la mujer contestó que un hombre se había introducido en su propiedad. Estaba apostado en el exterior, bajo la lluvia, en la oscuridad. Su marido había salido para convencerlo de que se fuera, pero el intruso no hacía caso.

Estaba allí plantado mirando la casa, mudo.

La mujer no pudo proporcionar una descripción del desconocido porque desde donde se encontraba, y por culpa también de la aparatosa cortina de agua, apenas podía distinguirlo durante el resplandor de los relámpagos. Contó que el hombre había llegado conduciendo una vieja ranchera verde y acabó diciendo que sus dos hijas estaban asustadas.

El operador tomó nota de la dirección y le aseguró que mandaría a alguien para comprobarlo, pero informó a la mujer de que, a causa de las condiciones meteorológicas adversas, estaban desbordados con las llamadas de socorro por accidentes de tráfico e inundaciones. De modo que debería tener paciencia.

La primera patrulla disponible no quedó libre hasta las cinco de la mañana del día siguiente; unas nueve horas más tarde. A los agentes les costó bastante llegar a la granja ya que, durante la noche, también se había desbordado un torrente que había invadido la calzada en varios puntos.

La escena que se presentó ante la pareja de policías, poco después del alba, era tranquila.

Se trataba de una típica casa colonial de madera pintada de blanco con unos silos al lado para conservar las manzanas. Un gigantesco sicómoro proyectaba su sombra en la explanada. Había un columpio bajo el porche y dos bicis idénticas de color rosa colocadas al lado del cobertizo de las herramientas. En el buzón, con letras pintadas de rojo bermellón, se leía «FAMILIA ANDERSON».

Nada hacía presagiar que algo malo hubiera ocurrido. Excepto quizá el silencio, solo interrumpido por el ladrido incesante de un perro mestizo atado a una caseta con una larga correa.

Los agentes llamaron a los habitantes a voces, pero no obtuvieron respuesta. En vista de que no había nadie en casa, pensaron que ya no necesitaban su ayuda. Solo por si acaso, antes de darse la vuelta y marcharse, uno de los dos subió la escalera del soportal para llamar a la puerta principal. Se fijó en que únicamente estaba entornada. Al echar un vistazo en el interior, advirtió un gran desorden.

Después de pedir por radio la autorización de la central, los policías entraron para inspeccionar.

Encontraron mesas y sillas volcadas, enseres destrozados y una alfombra de esquiras de cristal por el suelo. Pero la situación en el piso de arriba era aún peor.

Había sangre por todas partes.

El líquido rojizo, ya coagulado, empapaba las almohadas y las sábanas de los dormitorios. Las salpicaduras manchaban objetos de la vida cotidiana: una zapatilla, un cepillo, la cara de las muñecas en la habitación de las niñas. Y había largos regueros en el suelo y huellas de manos arrastrándose por las paredes, signos de un desesperado intento de fuga. El escenario de una masacre. Pero lo que turbó especialmente a los agentes fue lo que no encontraron.

Faltaban los cuerpos.

En aquella casa, de los cuatro componentes de la familia —padre, madre y dos gemelas de ocho años— solo quedaban las fotos enmarcadas o colgadas en las paredes. Desde aquellos retratos sonrientes, probablemente los Anderson habían presenciado su propio asesinato.

Hacia las ocho de la mañana, la Policía acudió en tropel a esa remota zona campestre.

Mientras los equipos de rastreadores, ayudados por la unidad canina, batía el terreno circundante y cualquier grieta natural en busca de posibles restos, la Policía Científica analizaba el caos del interior de la granja en un intento de reconstruir lo sucedido.

Al mismo tiempo, se puso en marcha una impresionante cacería humana.

La atención se dirigía al desconocido al que se había referido de manera vaga la señora Anderson. De él solo se sabía el sexo. No había ni una descripción, por superficial que fuera, ni un detalle que pudiera conducir de algún modo a su identificación.

La única información disponible era la vieja ranchera verde que mencionó la mujer. Pero, a falta de la matrícula o el modelo, no podía considerarse una verdadera pista.

Antes del mediodía, una escueta noticia sobre lo que había sucedido y todavía estaba ocurriendo llegó a los medios. Fue suficiente para despertar la curiosidad del público.

Antes de la hora de cenar, Karl, Frida y las pequeñas Eugenia y Carla dejaron de ser una anónima familia cualquiera para convertirse en los protagonistas de una crónica negra que mantenía en vilo a millones de personas en todo el país.

El misterio de la familia desaparecida.

La historia resultaba todavía más apetitosa por el hecho de que los Anderson se habían ido a vivir al campo renunciando a la tecnología. No disponían de energía eléctrica, ni de internet, ni siquiera de teléfono. La única excepción era un móvil que solo debía servir para las emergencias y que, de hecho, usaron nada más una vez para pedir ayuda.

Los pocos y macabros detalles conocidos del suceso, acompañados por la certeza de la existencia de un monstruo deambulando con total libertad, fueron suficientes para generar en la opinión pública un miedo ciego e irracional. Nadie podía sustraerse a la angustia de que lo sucedido pudiera ocurrirle a alguien más. El conjunto de la sociedad exigía una rápida solución de la investigación que contemplara, obviamente, la captura del responsable.

Pero la Policía no tenía respuestas que fueran más allá de las simples evidencias. A pesar de los medios y los hombres que puso a disposición, la única conclusión a la que llegaron los investigadores fue que el asesino se había servido del coche familiar para llevarse los cadáveres; solo Dios sabía qué querría hacer con ellos.

Demasiado poco para esperar un desenlace rápido.

Los investigadores consideraban probable que el autor de la irrupción en casa de los Anderson ya se hubiera deshecho del vehículo, pero aun así intentaron localizar el coche sospechoso a través de los vídeos de las cámaras de tráfico de las horas anteriores y posteriores a la llamada de la señora Anderson. Confiaban en el hecho de que, al tratarse de un modelo de un vehículo anticuado, no pasaría desapercibido. También se facilitó un número especial para recoger los testimonios de quienes hubieran observado viejas rancheras de color verde. Como era de imaginar, hubo muchísimas llamadas, la mayoría infundadas.

Excepto una.

Hacia el final de la tarde, una persona anónima señaló la presencia de un Volkswagen Passat verde de 1997 en la zona del viejo matadero, aparcado en el interior de un almacén en desuso. Cuando los agentes fueron a inspeccionar el vehículo con el apoyo de la unidad canina, a través de las ventanillas advirtieron que había mucha sangre que empapaba la tapicería.

Abrieron el portón del espacioso maletero preparándose para el terrible descubrimiento, pero una vez más no había rastro de los cadáveres.

Mientras los policías se apresuraban a delimitar el perímetro para permitir que la Policía Científica trabajara en el nuevo escenario del crimen, de repente los perros se pusieron a ladrar.

Habían olfateado una presencia en el matadero.

En menos de treinta minutos, todo el barrio quedó blindado por un cordón de seguridad. Poco después, las fuerzas especiales irrumpieron en las instalaciones. Fue una operación espectacular con decenas de hombres perfectamente equipados. Las unidades se dividieron, peinando cada sala, cualquier posible escondite. Las fuertes pisadas de las botas, el ladrido de los perros y los gritos de los incursores llenaron de ecos ese lugar abandonado. Hasta que un agente indicó por radio que había «algo en el tercer piso». Entonces las unidades convergieron en el punto indicado.

En una habitación oscura, en medio de carcasas de viejos ordenadores y otros componentes electrónicos que ya no funcionaban, había un hombre.

De pie, extrañamente inmóvil y encarado a un muro de monitores negros. Iba sin ropa. Levantó las manos en señal de rendición y se volvió lentamente hacia los agentes que lo apuntaban con los fusiles de asalto y lo deslumbraban con sus potentes linternas.

Aparte de la singularidad de la guarida en la que se refugiaba, dos cosas impresionaron inmediatamente a los policías. Su edad era indefinible. Y tenía el cuerpo cubierto enteramente de tatuajes, incluso la cara y el cráneo rapado.

«Números».

El hombre no opuso resistencia, se dejó esposar sin decir ni una palabra. A su lado, una pequeña hoz manchada de sangre. Presumiblemente, el arma del crimen.

La captura del principal sospechoso se había producido poco más de cuarenta y ocho horas después de la llamada de petición de auxilio de la señora Anderson. Tras el inicial desconcierto de los investigadores, se había producido una rápida e inesperada resolución del caso, por más que hubiera procedido de un chivatazo.

La jefa de la Policía le dio las gracias públicamente al ciudadano sin nombre por haber prestado un servicio a la justicia y anunció ante la maraña de micrófonos que se había ganado otra batalla contra el mal. Todo el mundo daba por descontado que la terrible muerte de los Anderson era un hecho, a pesar de la ausencia de cadáveres. Pero gracias al arresto del hombre tatuado, el orden y la seguridad se habían restablecido y la población podía exhalar un suspiro de alivio.

Por fin se había terminado el tiempo de las investigaciones y ahora, como era justo, ya había tiempo para la compasión y las oraciones por las víctimas, allí donde estuvieran.

Nadie podía imaginar que, en cambio, acaba de comenzar el tiempo del miedo.

ENIGMA

1

La carta llegó puntual como cada febrero.

En cada ocasión, el contenido era más o menos idéntico. La informaban de que el cuadro clínico continuaba inalterable y que, de momento, no había señales significativas para prever cómo podría evolucionar. Quien redactaba la misiva siempre concluía con la misma expresión: «Las condiciones generales del paciente siguen siendo irreversibles».

La frase era una sutil invitación a decidir si prolongar un año más el tratamiento de respiración asistida y alimentación artificial, o poner fin de una vez por todas a esa vida vegetativa.

Mila guardó la carta en un cajón y levantó la mirada hacia el paisaje que se veía a través de la ventana de la cocina. El sol del atardecer adquiría extrañas tonalidades de gris al reflejarse en el lago y Alice perseguía las hojas arrastradas por el viento en el prado arbolado a pocos metros del muelle. El invierno hacía tiempo que había dejado desnudos a los dos tilos que dominaban la casa. A saber, pues, de dónde venían esas hojas secas; tal vez habían llegado del denso bosque que hacía de corola al límpido espejo de agua verde.

Alice llevaba un jersey grueso y una bufanda que ondeaba a la vez que sus cabellos rojizos. Su aliento se condensaba por el frío, parecía feliz. Mientras tanto, Mila disfrutaba del calorcito de la casa. Estaba preparando un estofado de verduras para la cena y tenía en el horno un pastel de manzana que impregnaba el ambiente de un aroma dulce, de azúcar y canela. En los últimos meses había descubierto una insospechada aptitud. Ella, que consideraba que la comida solo era un modo de proporcionar energía al organismo, ahora incluso era capaz de extraer el sabor a los alimentos. Sin duda, Alice estaba más sorprendida que ella, porque cocinar era una de las cosas que hacían las otras madres, no la suya.

Se habían producido bastantes cambios en el último año. No se había tratado simplemente de introducir nuevas costumbres, sino de empezar una nueva vida.

Durante la última investigación de la que se ocupó, Mila había corrido un grave peligro.

La idea de morir en acto de servicio nunca había significado un problema antes de aquello. Es un riesgo al que todo policía se enfrenta. Pero después de haber estado cerca, reconsideró la cuestión. De repente se vio obligada a plantearse una pregunta trivial que, sin embargo, nunca se había hecho.

Si ella moría, ¿qué sería de Alice? Ya era lo bastante difícil para su hija crecer sin un padre.

Por eso se planteó la decisión de renunciar al uniforme. Ahora parecía que hubiera pasado un siglo desde que Mila Vasquez estuviera entregada por completo a su misión: encontrar a personas desaparecidas.

Nunca se consideró una poli corriente. Sobre todo porque nunca había sido una persona corriente, en otro caso no se habría dedicado a dar caza a las sombras.

Hacia los dieciséis años, Mila se dio cuenta de que era distinta: a diferencia de la gente a la que conocía, ella no lograba sentir empatía. Durante mucho tiempo fue algo de lo que se avergonzaba, que le impedía entablar relaciones y la situaba bajo un foco de ambigüedad. Cuando por fin, alrededor de los veinticinco años, tuvo el valor de hablar de ello con un psiquiatra, este dio nombre a su trastorno: «alexitimia». Consistía en una especie de analfabetismo emocional. En la práctica, Mila no era capaz de relacionarse con los demás de manera afectiva, y tampoco era capaz de identificar o describir sus propios sentimientos. Por tanto, era como si no tuviera ninguno.

Había quien lo llamaba «corazón de hielo».

Con el tiempo, comprendió el motivo de ese don oscuro. Mila se dio cuenta de que era un portal, una entrada secreta hacia una dimensión hecha de tinieblas y maldad. Ese pasaje, una vez abierto, ya no podía cerrarse.

«Es de la oscuridad de donde vengo. Y es a la oscuridad donde tengo que regresar de vez en cuando...».

Siendo policía, consideraba su condición como una valiosa aliada porque le permitía tratar con una lúcida distancia los casos de los que se ocupaba. Y eso le resultaba útil especialmente con las desapariciones de menores, donde el elevado grado de implicación emocional representaba un obstáculo para la objetividad de los investigadores: sus colegas solían tener la tentación de abandonar para no tener que descubrir la terrible realidad que casi siempre se ocultaba al final de una investigación.

Mila lo sabía: buscar a un niño desaparecido era como seguir un arcoíris negro. Al final no había una piñata de oro esperando, sino solo un monstruo silencioso, ávido de sangre y de inocencia.

La alexitimia era su maldición y también su coraza. Sin embargo, tenía que pagar un precio.

La falta de empatía era una peligrosa afinidad con los monstruos que se nutren del sufrimiento de sus víctimas sin lograr sentir piedad por ellas. Para diferenciarse de ellos, Mila solía recurrir a la ayuda secreta de una cuchilla. Pequeños actos para autolesionarse que le servían para restablecer en su interior el sentimiento del dolor ajeno. En el fondo, las cicatrices que dibujaba en su cuerpo eran la muestra de que siempre había intentado identificarse con los desaparecidos sobre los que investigaba, creando un contacto empático con ellos. El dolor físico reemplazaba el del alma, la hacía sentir menos culpable por su indiferencia.

El único período en el que había vuelto a sentir algo —algo humano— fue mientras estuvo embarazada de Alice. Una experiencia emocional que, por desgracia para ambas, concluyó en el parto.

Desde entonces Mila nunca había sido capaz de ser una madre, ni buena ni mala. Simplemente, no poseía los instrumentos para serlo. Los cuidados que dedicaba a Alice no eran distintos de los que se podrían aplicar a una planta. A pesar de todo, se había ocupado de su hija de la mejor manera posible... posible para ella, naturalmente.

Todo ello, sin embargo, formaba parte del pasado.

Hacía aproximadamente un año, Mila decidió que había llegado el momento de poner remedio al estado de su corazón y de su alma. Alquiló una casa en el lago y huyó del mundo con Alice.

No fue fácil. Todavía tenían que acostumbrarse a la presencia de la otra. Pero, poco a poco, iban descubriendo que no eran unas completas desconocidas. A pesar de que Mila a menudo tenía que lidiar con la tentación de refugiarse en el baño de arriba, desenvolver una de las cuchillas ocultas en una cajita en el armario de detrás del espejo y practicarse una herida en un punto del cuerpo ya marcado. Una manera para que emanara de ella, junto con la sangre, una punzada de dolor que hiciera que todavía se sintiera humana. Porque a veces llegaba a dudar que lo fuera.

Ahora, en una cruda tarde de finales de febrero, Mila observaba a su hija entretenerse sola en el prado y no podía evitar preguntarse cuánto de sí misma había en Alice. Había cumplido diez años. Dentro de poco, las hormonas empezarían a revolucionar su vida. Los juegos inocentes quedarían apartados sin pesar, con una consciente impiedad. Y ella, como todo el mundo, por otra parte, también olvidaría de golpe lo que significa ser niño. Aun así, como bien saben los adultos, también sentiría nostalgia de esos días durante el resto de su vida.

Pero la preocupación de su madre era muy distinta.

Mila temía que, como le sucedió a ella, con la adolescencia también apareciera el corazón de hielo. No existían pruebas científicas que indicaran que la alexitimia fuera hereditaria, pero la casuística parecía señalar en esa dirección. La alternativa era que Alice se pareciera a su padre, y eso Mila tampoco podía aceptarlo.

«No, a ese hombre no. A él no», se dijo recordando la carta de la clínica.

Nunca pronunciaba su nombre. Ese nombre no merecía siquiera ser pensado. Alice tampoco lo decía nunca.

Como llamada por la mirada de su madre, la niña se volvió hacia ella. Desde detrás de los cristales, Mila le hizo una señal para que entrara.

—Hay un nido de ardillas en el árbol —anunció tiritando Alice, cruzando el umbral.

Mila le puso una mantita sobre los hombros porque la humedad de fuera se le había quedado pegada encima. Otra madre habría acogido a su hija en el calor de un abrazo. Pero Alice no tenía otra madre, la tenía a ella.

—¿No hay rastro de Finz? —le preguntó.

Alice se encogió de hombros.

El desinterés por la reciente desaparición de la gata preocupaba a Mila. ¿Podía ser un síntoma de la alexitimia?

—¿Qué hay de cenar? —preguntó la niña, cambiando de tema.

—Estofado de verduras y después pastel de manzana.

Alice la observó con curiosidad.

—Si me como el estofado, ¿podré llevarme el pastel al refugio?

Así era como llamaba al refugio de mantas que se había construido en la parte de arriba de la escalera. Se pasaba allí mucho tiempo, leyendo a la luz de una linterna o escuchando música de un viejo iPod; últimamente estaba obsesionada con Elvis Presley.

—Ya veremos —dijo Mila, que nunca se comprometía cuando se trataba de conceder excepciones a las reglas de la casa.

—¿Tú crees que vendrá este fin de semana?

La pregunta la dejó descolocada. En el pasado se lo preguntaba esporádicamente, pero en el último mes ya era la tercera vez que preguntaba por «él». A saber por qué a Alice se le había metido en la cabeza que su padre iba a ir a verla. Mila le había explicado que eso no sucedería, que ese hombre llevaba años en coma y que no volvería a despertarse. Por lo menos no en esta vida. Tal vez solo en el infierno. Pero Alice se había creado la fantasía de que él iba a aparecer antes o después y pasarían tiempo juntos, como una verdadera familia.

—No ocurrirá —dijo Mila por enésima vez, viendo cómo se apagaba un pequeño destello en sus ojos.

Alice se arrebujó en la mantita y fue a sentarse en la vieja butaca junto al fuego del hogar. Nunca insistía.

Mila sabía cosas que habría preferido ignorar, cosas que nadie debería saber. Cosas innombrables sobre los seres humanos. Cosas sobre el daño que las personas hacen a sus semejantes. Y Alice no debería descubrir que en ese grupo de sádicos también se encontraba su padre; era demasiado pronto.

Tenía que protegerla.

Al no poder cerrar el portal de acceso a la dimensión oscura, había cortado los puentes con el pasado. Si bien seguía guardando la pistola en el cajón, al lado de la cama, ya no tenía que dar caza a nadie.

Se había convencido de que si ella no seguía buscando en la oscuridad, entonces la oscuridad ya no iría a buscarla.

Sin embargo, justo mientras formulaba esos pensamientos, su mirada captó un ligero cambio en el paisaje que se contemplaba por la ventana. El sol casi se había puesto, pero Mila lo vio reflejarse débilmente en el parabrisas del coche oscuro que recorría el borde del lago.

Advirtió un cosquilleo familiar en la base del cuello. Así como el presagio de que esa visita inesperada le traía como regalo algo desagradable.

El coche con los cristales tintados se detuvo en la explanada de delante de la casa, al lado de su Hyundai. Se quedó allí, con el motor encendido.

Mila asistía a la escena a través de la puerta acristalada y durante unos segundos no sucedió nada. A continuación, se abrió la portezuela posterior y vio bajar a Joanna Shutton.

La mujer le hizo un gesto al conductor que la había acompañado para que permaneciera en el automóvil. Se arregló el largo cabello rubio que le caía suavemente sobre los hombros del abrigo de color camel. Seguidamente se encaminó tambaleándose hacia la entrada porque los tacones de aguja se clavaban en el suelo húmedo del prado.

Si Su Señoría se había molestado en ir hasta allí personalmente, entonces el asunto debía de ser realmente gordo, pensó Mila Vasquez.

Llevaba una carpeta consigo.

Una nube de perfume empujada por el viento la precedió cuando Mila abrió la puerta. Por un instante, se sintió incómoda al recibirla en chándal y unos calcetines gruesos.

Shutton le dedicó una mirada de reprobación y una sonrisa forzada.

—No quería ser inoportuna —se justificó sin convicción—. Te habría avisado de mi llegada, pero no hemos podido encontrar tu nuevo número.

—No tenemos teléfono.

Su Señoría la miró como si acabara de blasfemar, pero se abstuvo de hacer comentarios.

Mientras, Mila no se movía de la puerta. Quería dejar claro desde el principio que existía una línea entre la vida de antes y la de ahora, y que difícilmente nada conseguiría pasar más allá de esa línea.

Shutton sostuvo su mirada endurecida durante unos instantes. La jefa del departamento de la Policía Federal era una mujer decidida que no se dejaba tratar con suficiencia. Pero también era lo bastante inteligente para saber cuándo le convenía llegar a un acuerdo. En el fondo, la llamaban «Su Señoría» también por eso.

—He hecho un largo viaje, Vasquez. Así que, antes de que me eches, te pediría que al menos me ofrecieras una taza de té.

Mila se la quedó mirando. Decidió que escucharía lo que Shutton había venido a decirle, pero se prometió solemnemente que no se dejaría enredar y, cuando se terminara el té, haría que se fuera por donde había venido.

Poco después, apagó el gas que estaba encendido bajo el estofado de verduras y, debiendo posponer la cena, cubrió la cacerola con una tapa. Seguidamente sacó el pastel de manzana del horno y lo puso a enfriar en el alféizar. Luego envió a Alice a la planta de arriba.

—¿Por qué no me puedo quedar? —protestó ella. Nunca recibían visitas y la presencia de una extraña era una novedad bastante atractiva.

—Porque quiero que te prepares un baño caliente —le ordenó su madre—. Mañana tienes que ir al colegio.

—¿Antes puedo escuchar un rato a Elvis en el refugio?

—De acuerdo —consintió, porque sobre todo quería asegurarse de que Alice no oyera lo que Shutton había venido a decirle.

Cuando hubo terminado con esas pequeñas tareas, Mila volvió con Su Señoría llevando una taza de té humeante. Se la tendió, ella bebió un pequeño sorbo y la depositó inmediatamente en la mesa de enfrente del sofá en el que estaba sentada. Había dejado la misteriosa carpeta que había traído consigo, todavía cerrada, junto a ella.

—Esto es muy bonito —dijo mirando a su alrededor.

El fuego crepitaba en la chimenea y dotaba al ambiente rústico de un color ambarino, acogedor.

—A mi padre le encantaba ir de pesca, tenía una cabaña en el lago y, de pequeñas, nos obligaba a mi hermana y a mí a pasar interminables fines de semana en el bosque.

Mila no lograba imaginarse a Shutton llevando pantalones y botas de montaña. Tal vez su feminidad fuera tan explosiva porque había tenido un padre que hubiera deseado tener un varón.

—No vamos a pescar, mi hija y yo somos vegetarianas.

Su Señoría encajó la respuesta sin replicar. Mila la observaba en silencio, preguntándose cuándo acabaría de perder el tiempo para pedirle el favor por el que había ido hasta allí.

—Me sorprendió mucho tu decisión de abandonarlo todo, ¿sabes? —prosiguió Su Señoría—. Creía que los polis como tú nunca lograban apartarse del camino.

—¿Me habéis echado de menos en el departamento? —la provocó Mila, que ahora ya podía permitirse ser descarada.

—A muchos les disgustó que tuvieras que irte.

—A usted no.

—Así es —reconoció Shutton sin problema.

Todavía no hacía ninguna referencia a la carpeta, advirtió Mila. Si seguía con los rodeos era porque no podía permitirse marcharse de allí con un no. Sentía curiosidad por descubrir el plan de su invitada.

—No veo ningún televisor —dijo Su Señoría, señalando los muebles.

Mila se lo confirmó sacudiendo la cabeza.

—¿Y tampoco conexión a internet? —preguntó también, asombrada.

—Tenemos libros. Y una radio.

—Así pues, habrás escuchado las noticias de los dos últimos días.

Antes de que Mila dijera nada, Shutton se le adelantó con un nombre.

—Anderson... ¿Te dice algo?

—Tenéis al hombre tatuado, pensaba que se había terminado.

Su Señoría sonrió levemente y cruzó las piernas hacia el otro lado.

—Hay suficiente sangre en la escena del crimen y en el coche del sospechoso para poder suponer claramente que se produjo una masacre —dijo, mostrando seguridad—. El hecho de que el sujeto estuviera en posesión del arma homicida ha agilizado mucho la tarea del fiscal: no ha dudado en formular la acusación de múltiple homicidio.

—En ese caso, creo que ningún abogado podría sacar a vuestro hombre del lío en el que se ha metido —afirmó Mila, para liquidar la cuestión—. Así pues, ¿de qué os preocupáis?

—No es tan sencillo —afirmó Shutton—. En el lugar donde lo capturamos había un colchón y algo de ropa, un hornillo de *camping* y comida en lata. Vivía como un vagabundo en medio de carcasas de viejos ordenadores. Por eso, y a causa de los números, los medios de comunicación han empezado a llamarlo «Enigma».

—¿De dónde los sacó?

La pregunta de Mila dejó a Shutton descolocada.

—¿El qué?

—Los ordenadores.

—¿Qué importa eso? Los habrá recogido por ahí, en los contenedores o en las oficinas abandonadas de la zona del viejo matadero: ese lugar parece una especie de vertedero de aparatos eléctricos. —Shutton tomó otro sorbo de té, pero solo para calmar los nervios—. Los medios quieren fabricar una historia alrededor del caso, pero yo no permitiré que un loco cualquiera, de esos que van por ahí con un sombrero de papel de plata para que los extraterrestres no puedan leerle el pensamiento, se convierta en una celebridad.

Mila percibió de inmediato que Shutton no estaba abordando el verdadero problema. Había otra cosa que preocupaba realmente a la jefa de la Policía.

—Todavía no sabéis quién es, ¿verdad?

Su Señoría asintió.

—No hay coincidencias en las bases de datos, tampoco en el archivo de huellas ni en el de ADN. Pero el verdadero misterio es otro: después de que se hiciera pública la noticia de los tatuajes, no ha salido nadie para identificarlo. Es más, nadie lo ha visto antes; ¿puedes creértelo? —Shutton empezó a acalorarse—. ¿Cómo puede alguien cubierto de números de la cabeza a los pies, incluso las plantas y las palmas de las manos, pasar completamente desapercibido? —Entonces se puso a enumerar—: Nadie se ha fijado en él ni lo ha fotografiado, ni siquiera por equivocación. Las cámaras de seguridad que ahora ya están situadas en cualquier esquina de la ciudad nunca lo han grabado. No hay rastro de él fuera del almacén en el que lo capturamos después de la llamada anónima. ¿De dónde ha salido? ¿Por qué se escondía allí? ¿De dónde cogía las cosas que necesitaba? ¿Cómo demonios se procuraba la comida? ¿Y cómo ha podido ser invisible durante todo este tiempo?

—Y, naturalmente, no habla —concluyó Mila.

—Desde que lo encontramos, ni una palabra.

—Por lo tanto existe el riesgo de que los cuerpos de los Anderson nunca lleguen a encontrarse...

Shutton permaneció callada durante unos segundos. El silencio sirvió para subrayar que Mila había dado en el clavo.

—Los números son la única pista que tenemos —admitió Su Señoría.

Finalmente cogió la carpeta, la abrió y empezó a esparcir sobre la mesa frente a Mila las fotos que se habían sacado al cuerpo del hombre, cada vez más detalladas.

—Sabemos que se tatuó él mismo. Por el estado de la tinta utilizada, también sabemos que lo hizo gradualmente a lo largo del tiempo... En este momento estamos intentando saber si en esas secuencias se esconde algún significado o solo se trata del fruto de una absurda obsesión.

Mila intuyó que, por mucho que quisiera hacerlo pasar por loco, Shutton tenía miedo de lo que ese hombre podía ser realmente.

—¿Alguien está intentando trazar un perfil psicológico? —La expolicía se sorprendió al escuchar el sonido de su propia voz mientras formulaba la pregunta. Se había jurado a sí misma que no se implicaría, sin embargo, el instinto de cazadora de otros tiempos se había impuesto.

Shutton recibió esa pequeña concesión como un punto a su favor y se apresuró a responder:

—La cantidad de pistas que ha dejado tras de sí haría pensar en un sujeto desorganizado que ha actuado impulsivamente... Pero es muy frío, impasible, «controlado». Y es tan dócil y tranquilo que te hace suponer que lo tenía todo previsto desde el principio y que, mientras nosotros nos agobiamos intentando saberlo todo de él, él se ríe de nosotros.

Mila empezó a estudiar las fotografías de encima de la mesa, pero sin cogerlas. Los números, de una o dos cifras como mucho, cubrían casi cada milímetro de la piel del hombre. Tenían distintos tamaños. Algunos eran más pequeños, otros más grandes o más marcados.

Había un método en esa operación repetida al cabo de los años, una meticulosidad que la inquietaba profundamente. «No es simplemente un psicópata», se dijo. Y por un instante un escalofrío le recorrió la espalda.

—¿Por qué ha venido a verme? —preguntó, apartando la mirada de las fotos esparcidas, como si quisiera librarse de ellas—. No sé cómo os puedo ser útil.

—Escucha, Vasquez...

—No, no voy a escuchar —rebató Mila bruscamente, interrumpiendo de raíz cualquier tentativa—. Ya veo lo que tiene en mente: necesita a alguien que la ayude a encontrar los cuerpos de los Anderson. Tal vez una investigadora de personas desaparecidas que lleva tiempo retirada y no puede perjudicar demasiado la reputación de la Policía en caso de que fracase. —En el fondo, la policía que había sobrevivido milagrosamente a la última investigación de su carrera era perfecta para desviar la atención de los medios de comunicación. Mila sentía náuseas—. Por si

todavía no lo ha entendido, señora Shutton, no voy a ayudarla. He terminado para siempre con toda esta mierda.

—No estoy aquí para pedirte que encuentres a los Anderson —precisó Su Señoría con toda la calma.

Mila se quedó atónita.

—Vasquez, he venido aquí porque probablemente tú seas la única persona que puede revelarnos quién es Enigma.

Mila no sabía qué decir. Mientras tanto, Shutton se puso a buscar entre las fotos.

—En medio de los números tatuados hemos encontrado una palabra. En el brazo izquierdo, mezclado entre las secuencias y bien oculto en el pliegue del codo, había esto escrito...

En cuando encontró la foto que buscaba, Su Señoría se la tendió. Tras un breve titubeo, Mila la cogió y se quedó anonadada.

Cuatro letras. Un nombre. El suyo.

2

Como sabía que no lograría conciliar el sueño, Mila se pasó la noche acurrucada en el mismo sofá donde, unas horas antes, Joanna Shutton le había arrojado a la cara una verdad que habría preferido no conocer.

«Probablemente tú seas la única persona que puede revelarnos quién es Enigma».

Las palabras de Su Señoría retumbaban todavía en la habitación.

—No tendrás que verlo —le había asegurado inmediatamente—. Bastará con que escuches el resumen de lo que sabemos de él y que nos digas si te recuerda algo o no; después serás libre para olvidar esta historia.

—¿Cómo podéis estar seguros de que se trata precisamente de mi nombre? —había protestado ella—. «Mila» puede significar otras mil cosas, como los números, que todavía no sabéis lo que simbolizan.

—Quizá nos estemos equivocando, pero tenemos la obligación de intentarlo.

Apelando a su sentido del deber, Shutton había conseguido anotarse el punto más importante.

Mila observó el fuego que se iba extinguendo gradualmente en la chimenea, hasta apagarse del todo, dejándola sola en un frío polar que le era familiar.

En el silencio de la casa, los ruidos del bosque llegaban amortiguados: el viento apartaba las ramas para abrirse camino entre los árboles y, a lo lejos, se oía la perezosa cantilena de las olas que se alternaban en la orilla del lago.

Alice había intuido que algo no marchaba bien y parecía nerviosa. Mila se había sentido culpable. Por eso le había permitido dormir en el refugio de mantas con su linterna, sus libros favoritos, el iPod con Elvis y rodeada de las sonrisas tranquilizadoras de los peluches.

La oscuridad había venido a buscarla. Y Mila debía tomar una decisión que también concernía a su hija. Una decisión de la que, en cualquier caso, poder volver atrás.

Todo iba tan bien hasta ese momento, ¿por qué le había abierto la puerta a Su Señoría? Con ella había dejado entrar en casa una presencia sin nombre que se nutría de rabia y de los gritos de las víctimas inocentes y que, como era previsible, ya no quería marcharse. Mila podía vislumbrarla incluso ahora, como una sombra entre las sombras de la habitación. Y no sabía cómo ahuyentarla.

El desconocido que había aniquilado a los Anderson se había tatuado su nombre.

La idea la atormentaba. No era tanto el significado del gesto lo que la turbaba como el acto en sí: practicarse una incisión en la piel. ¿Cuántas veces Mila había hurgado en su propia carne para intentar hacer aflorar un sentimiento humano, un dolor que imitase la piedad y la compasión que no era capaz de sentir? El parecido o, peor aún, la afinidad que la ligaba al monstruo la aterrorizaba.

«No puede ser casual. Él lo sabe. ¿Es por eso que está intentando involucrarme?».

Dudas e interrogantes se agolpaban en su mente. Una voz en su interior le decía que se olvidara de ello, que olvidara las palabras de Shutton y toda la historia, que volviera a sumergirse en el completo aislamiento que había elegido para sí misma y su hija, y que continuara con su nueva vida. De todos modos, nadie podía obligarla a ir a ver lo que se escondía detrás del acertijo de Enigma.

Y es que Mila estaba segura: ese tatuaje era una invitación.

«No me dejaré engañar», se decía. La idea de tener algo que ver con ese hombre, incluso sin llegar a verlo, la inquietaba enormemente.

Pero también había una parte de ella, profunda e irracional, que la empujaba en dirección contraria y ansiaba ir a descubrir el engaño.

«Quiero ver qué hay detrás del telón, mirar a los ojos del mago y desenmascarar el truco».

Había una oscura atracción, la percibía nítidamente, y, por mucho que se esforzara, no podía ignorarla. Porque, a pesar de que Mila consiguiera mantener a raya su segunda naturaleza, todavía no era capaz de domarla.

La llegada del alba disolvió, junto con las tinieblas, también sus últimas reticencias. A pesar de la larga noche, Mila estaba alerta y era consciente de que, si se empeñaba en ignorar el mensaje de Enigma, esa historia encontraría la manera de sacarla del nido seguro que se había construido en la orilla del lago con tanto esfuerzo, protegido y confortable como el refugio de mantas de Alice. Así pues, lo mejor sería que le hiciera frente.

Se dijo que también lo hacía por los Anderson, para contribuir a la búsqueda de sus cuerpos y para que tuvieran un entierro digno. Pero en su interior sabía que no era cierto. Le atraía la idea de resolver el misterio. No era afán de gloria. Era la absurda convicción de que vencer el desafío con la oscuridad haría del mundo un lugar más seguro, también para su hija.

Fue a despertar a Alice con el aroma de las tortitas recién hechas.

El refugio de mantas era una cabaña construida con cuerdas y pinzas de tender la ropa en un pequeño rellano en lo alto de la escalera, justo delante de la puerta que llevaba al desván. Mila apartó la manta de cuadros rojos y verdes que hacía las veces de entrada y un rayo de luz penetró en la pequeña y cálida cueva.

La niña levantó la cabeza enmarañada de la alfombra de almohadas que cubrían el suelo de roble; una vez más había dormido con los auriculares del iPod en las orejas. Se frotó los ojos y miró atónita la bandeja que llevaba en las manos.

—No es sábado —dijo, oliéndose que una variación en su rutina conllevaba algo.

Mila cambió enseguida de tema.

—Hoy, después del colegio, irás a casa de Jane, avisaré a su madre.

—¿Por qué?

—Voy a ir a la ciudad, regresaré por la noche. ¿A ti te parece bien?

Alice miró de nuevo las tortitas, sin decir nada. Mila comprendió que su hija sospechaba que le había preparado su desayuno favorito solo para hacerse perdonar.

Y tenía razón: en cierto modo, estaba abandonando su decisión de dejar atrás la vida de antes.

—¿Vas a ir a verlo?

Mila suspiró.

—No, no iré a ver a tu padre.

—De acuerdo.

Como siempre, Alice se conformó con la primera respuesta, pero Mila pensó que, si esa obsesión no se le pasaba, tendría que llevar a su hija a un psicólogo.

—De todos modos, volveré a casa a tiempo para la cena.

—Está bien, mamá.

La palabra la dejó descolocada, Alice casi nunca se dirigía a ella llamándola así. Cuando lo hacía, a Mila la recorría un escalofrío porque estaba segura de que en cada ocasión su hija intentaba comunicarle algo importante y ella no sabía si era capaz o no de entender el significado del mensaje.

Le entregó la bandeja con el desayuno, el sirope de arce y un vaso de leche.

—Finz tampoco ha vuelto esta noche —le anunció—. A lo mejor tendríamos que ir a buscarla al bosque.

Alice dio un mordisco a una tortita y se limitó a registrar la información.

—Cuando hayas terminado de comer ve a arreglarte, el bus escolar pasará dentro de media hora —dijo Mila, y a continuación ella también fue a arreglarse.

En un rincón del armario empotrado había una caja guardada. La arrastró hacia fuera y la abrió. Dentro, botas, vaqueros negros, jersey de cuello alto y cazadora de piel: la ropa con la que tiempo atrás se volvía invisible. Una mancha oscura que se confundía entre otras mil manchas, sumergida en el incesante hervidero de colores de la tierra.

Pero en el fondo de la caja también había un objeto que no utilizaba desde hacía tiempo.

Cogió su viejo teléfono móvil —un modelo anticuado, no era ningún *smartphone* — y lo conectó a una toma porque la batería estaba descargada desde hacía mucho.

Tenía que hacer una serie de llamadas. La primera, sin embargo, fue para Shutton.

—Doce horas —dijo en cuanto le contestó—. Después esta historia ya no tendrá nada que ver conmigo.

Fue a la estación con el viejo Hyundai. Subió en el tren de las siete treinta y al cabo de media hora llegó a la ciudad. En cuanto puso un pie en el andén, la metrópolis la acogió con su acostumbrado estruendo, solo que Mila ya no estaba habituada a él. El lago le había hecho olvidar lo que significaba vivir sin silencio. De repente, se sintió asediada.

Al salir a la plaza, reconoció a un viejo amigo que la esperaba al lado del quiosco de periódicos, tal y como habían acordado. Simon Berish no había cambiado, siempre

vestía como un impecable caballero: interceptó su mirada desde lejos y levantó un brazo.

—No confiaba en volver a verte —le dijo. Parecía decepcionado.

—Ni yo tampoco —admitió Mila, si bien no le disgustaba.

Se habían dicho adiós cuando ella tomó la decisión de abandonar la Policía. Todavía recordaba su última conversación, cuando le comunicó sus intenciones. A pesar de que Mila no lo dijo específicamente, la idea de dejar atrás el pasado también lo incluía a él. Berish lo aceptó. Al final se despidieron como siempre, pero siendo conscientes de que no volverían a verse nunca más.

—¿Tienes tiempo para un café? —le preguntó.

—No creo: Su Señoría ha convocado una reunión informativa en mi honor dentro de veinte minutos.

Simon no insistió y le indicó la dirección. Se encaminaron hacia el *parking*.

Nubes grises se acumulaban en el cielo sobre la ciudad. Ya había llovido y el asfalto estaba constelado de pequeños charcos. Su excompañero la precedía unos pasos, evitando a propósito su mirada. Conociéndolo, Mila se preguntó cuánto tardaría en estallar. No tuvo que esperar demasiado.

—Todavía no puedo creer que Shutton te haya convencido para que vuelvas —dijo Berish, contrariado.

—No he vuelto —rebató Mila—. Solo voy a estar aquí unas horas.

—Incluso había borrado tu número de los contactos. Cuando ha sonado el teléfono esta mañana, no tenía ni idea de que eras tú, de haberlo sabido no lo habría cogido.

Intentaba mostrarse arisco, pero Mila sabía que en el fondo lo hacía por su bien. Para facilitarle las cosas, un año antes Berish había ocupado su puesto en el Limbo —así llamaban a la oficina de personas desaparecidas. Evidentemente no era el puesto más anhelado del departamento, pero él quiso enviarle una señal tranquilizadora: el trabajo que había llevado a cabo hasta entonces no se perdería y las personas de las fotos colgadas en las paredes de la sala de los pasos perdidos no quedarían olvidadas.

Llegaron a las cercanías de un utilitario con los cristales ligeramente bajados para permitir que corriera el aire. Berish hurgó en los bolsillos de la chaqueta en busca de las llaves. El hocico de Hitch apareció en la ranura de la ventanilla de atrás.

—Eh, guapo —dijo Mila.

El perro de raza hovawart había envejecido, pero la reconoció enseguida. Al menos parecía contento de verla.

—¿Cómo es la vida en el lago? —preguntó poco después Simon mientras conducía en medio del tráfico del viernes por la mañana. Se dirigían al departamento de la Policía Federal.

—Diferente, y eso me basta. —En el habitáculo se advertía un aroma demasiado dulce, a lirio y jazmín. No parecía el típico ambientador de coche: tal vez también se habían producido cambios en la vida de Berish.

—Y Alice, ¿cómo está? ¿No os sentís solas?

—Alice va creciendo y no estamos solas: también tenemos una gata, se llama Finz.

Ante la palabra «gata», Hitch dejó escapar un gruñido.

—Hacéis bien en estar lejos, este sitio ha empeorado —comentó Berish—. No te creas las historias que oigas sobre la drástica reducción de los delitos, la nueva paz entre bandas y otras chorradas por el estilo.

Lo llamaban el «método Shutton» y, desde que Su Señoría ostentaba el cargo, estaba dando frutos inesperados. Mila sabía que en la ciudad, durante los últimos años, se vivía claramente mejor, pero eso no había hecho variar su decisión de marcharse.

Berish tampoco se fiaba demasiado de ese repentino cambio.

—Ahora se puede salir de noche por el centro cuando, en cambio, hasta hace unos años, era un desierto. Pero ¿será todo verdad?

Efectivamente, tiempo atrás si metías las narices fuera de casa después de las seis, en el mejor de los casos corrías el riesgo de que te atracaran, recordó Mila.

—¿Dónde están los criminales, los ladrones, los violadores, los traficantes? Claro, ahora podemos ir al cine o a tomar un helado sin preocuparnos de si volveremos sanos y salvos con nuestros seres queridos. Pero nadie se pregunta dónde ha ido a parar todo el odio que había antes...

—¿Tú tienes alguna idea? —preguntó Mila, mientras observaba los altos edificios por el marco del parabrisas, como participantes de una competición para ver quién tocaba antes el cielo.

—En la superficie todo parece normal, brillante y resplandeciente... Pero intenta darte una vuelta por algunas webs y te darás cuenta de que no es normal en absoluto —afirmó Berish—. La gente está llena de rabia, aunque no se sabe por qué motivo. Además, de vez en cuando, una parte de esa escoria encuentra el modo de escupir desde lo más profundo de la red, y nosotros consideramos el episodio como una simple casualidad... El otro día un tipo apaleó a un niño de once años solo porque había pasado involuntariamente por delante del objetivo de su *smartphone* mientras sacaba una foto para colgarla en las redes sociales.

Berish no era solo un poli desilusionado, pensó Mila. Sabía lo que decía. Durante años había sido el mejor experto en interrogatorios del departamento. «Todos quieren hablar con Simon Berish», aseguraban sus compañeros, refiriéndose también a los criminales más peligrosos. Simon conocía a los habitantes de la ciudad mejor que cualquier otro.

—Solo nos faltaba esta historia de Enigma —dijo el policía en cierto momento, después la miró durante un instante—. Ya sé que estás aquí por él.

Mila no le había revelado el motivo de su visita a la ciudad. Se había limitado a contarle que el departamento le había pedido un asesoramiento en un caso, sin entrar en detalles.

—¿Tú qué opinas? —le preguntó, sin confirmar nada.

—No me gusta en absoluto —sentenció él, preocupado—. En el departamento hay demasiada agitación, tengo la impresión de que no nos lo han contado todo, que nos ocultan algo...

Mila no replicó.

—Después de la consternación fingida por la muerte de los Anderson, la gente empezó a desatarse en internet. Los más civilizados se indignaron con la Policía por haber mandado una patrulla a la granja al cabo de muchas horas de recibir la petición de ayuda. Pero algunos empezaron a tomarla con los Anderson por haber renunciado a la civilización tecnológica, porque vivían en el campo con dos niñas pequeñas sin tan siquiera electricidad... Los peores, sin embargo, son los que ensalzan al psicópata tatuado. —El tono de Berish se oscureció—. Celebran su gesta como poseídos, y te das cuenta de que la violencia no se detuvo la otra noche, en esa casa aislada, sino que continúa reverberando como una onda sísmica que solo trae consigo más destrucción. Tú piensas que, total, esos fanáticos solo son una exigua minoría, pero luego descubres que en esa masa se encuentra la oficinista, el estudiante, el padre de familia. Y lo que es peor, se muestran con su cara y con su nombre.

—¿Cómo te lo explicas?

Simon Berish se rascó la sien canosa.

—He interrogado y hecho confesar a decenas de asesinos: siempre llegaba un momento en que incluso los más duros se avergonzaban de lo que habían hecho. Por lo general, eso sucedía cuando pronunciaba el nombre de la víctima. Era un instante, pero se lo podías leer claramente en la mirada... Puede que nos hayamos hecho mejores y los crímenes se hayan reducido realmente como sostiene Shutton, pero la gente corriente ya no siente pudor.

Mientras escuchaba los razonamientos de Berish, Mila no pudo evitar pensar que había hecho la mejor elección al cortar la relación con él. La amistad entre policías no puede funcionar si uno de los dos deja el uniforme; es la regla. De hecho, su excompañero solo sabía hablar de crímenes, gente muerta asesinada y sufrimientos varios. Podía permitírselo porque sabía que había ido allí por asuntos que tenían que ver con el departamento. Si lo hubiese invitado al lago a pasar un fin de semana, no habrían sabido de qué hablar.

Berish aparcó el coche a unos veinte metros de la entrada principal de la comisaría de la Policía. Mila le hizo una caricia al viejo Hitch y bajó.

—¿A qué hora tienes el tren esta tarde? —le preguntó su amigo, decidido.

—A las siete.

—Bien, a las seis y media pasaré a recogerte para acompañarte a la estación.

3

La sala de reuniones era un pequeño auditorio en la cuarta planta del departamento, decorado con sillas de plástico azul, una tarima para los oradores y una pantalla. Las ventanas daban al patio interior y las cortinas de lamas verticales siempre estaban corridas por motivos de discreción. Flotaba un olor a polvo y nicotina, a pesar de que la prohibición de fumar en los edificios públicos estuviera vigente desde hacía más de treinta años.

Mila reconoció enseguida el hedor rancio en cuanto entró. Lo había olvidado, pero le bastó con respirar para ir hacia atrás en el tiempo, a su vieja vida.

Inmediatamente, las miradas de los presentes se posaron sobre ella.

Además de Shutton, con un impecable traje chaqueta gris de rayas, estaban Bauer y Delacroix, los agentes encargados del caso. El primero era rubio y corpulento, con bigote grueso y aspecto de estar siempre enfadado. El segundo era de color y parecía el más despierto de la pareja.

Luego había un hombre de mediana edad con una bata blanca inmaculada —que Mila identificó como el médico forense asignado al caso— y una joven colega con el uniforme de la Policía Científica: tenía la cara afilada y severa de quienes piensan que los policías son superiores al resto del género humano. Al final estaba Corradini, asesor a la vez que portavoz de Su Señoría, con un traje oscuro que hacía que pareciera más un ejecutivo que un poli. Mila no había coincidido nunca con él personalmente, pero lo había visto en televisión en las ocasiones que el departamento reivindicaba sus méritos tras la resolución de un caso. Era el estratega del «método Shutton».

Ninguno de los presentes la saludó. Solo Su Señoría fue a su encuentro para recibirla.

—Bienvenida, agente Vasquez —dijo con una sonrisa.

Mila se sintió incómoda, porque ya no era una agente, sino que ahora llevaba colgada del cuello la tarjeta de identificación que se daba a los «visitantes». Incluso podía imaginarse lo que pasaba por las cabezas de sus excompañeros presentes en la sala.

A sus ojos, el tatuaje con su nombre la convertía en cómplice de Enigma.

Poco importaba si era cierto o no, lo que contaba era que de un modo u otro ella estaba involucrada. Además, el hecho de que hubiera colgado el uniforme empeoraba aún más la opinión que tenían de ella. «Porque normalmente los polis no se retiran: se jubilan o mueren en acto de servicio», recordó.

Shutton también notaba la tensión, pero prefirió fingir que todo estaba bajo control.

—Empecemos.

Su Señoría se situó en el centro de la primera fila y quiso que Mila se sentara a su lado. No le gustaba estar tan a la vista, pero esta vez no pudo evitarlo.

Mientras los demás también tomaban asiento, Corradini bajó las luces y subió a la tarima. A continuación, se dirigió a Mila.

—Hace un rato le hemos hecho firmar un documento en el que se compromete a no divulgar el contenido de esta reunión, bajo pena de ser acusada de complicidad y obstaculización a la investigación.

La molestó. No era necesario insistir en la advertencia, pero ahora era una «civil» y tenía que aceptarlo.

—Le explicaré cómo procederemos, señorita Vasquez. Primero los agentes Bauer y Delacroix resumirán el caso Anderson y después usted nos ofrecerá sus impresiones.

Mila no estaba segura de poder ser de ayuda. Se dio cuenta de que corría el riesgo de decepcionarlos.

—Durante la exposición de los hechos, tendrás libertad para hacer las preguntas que consideres oportunas —intervino Shutton—. El objetivo es comprender el motivo por el que el hombre tatuado ha decidido involucrarte.

Su Señoría había prohibido a sus hombres que se refirieran al asesino con el nombre que le habían puesto los medios de comunicación. Pero Mila ya no formaba parte de la Policía y seguiría llamándolo Enigma.

Bauer tomó la palabra.

—Bien, recapitemos lo que sucedió en casa de los Anderson la otra noche.

A pesar de que el resumen solo le servía a Mila, el agente se dirigía al auditorio al completo. Esa decisión demostraba una patente hostilidad hacia la excompañera. Bauer se adueñó de un pequeño mando a distancia con el que puso en marcha el proyector situado en el techo de la sala.

En la pantalla empezaron a deslizarse las fotos tomadas en la escena del crimen.

—Basándonos en la llamada telefónica de la señora Anderson, podemos afirmar que el asesino llegó a la granja alrededor de las veinte horas.

Repararon en él durante la tormenta de relámpagos, se dijo Mila. La pesadilla había aparecido como un espejismo. Algo en lo que, al principio, la mente se resiste a creer. ¿Quién fue el primero en verlo, Frida, Karl o una de las niñas?

—Dispuso de toda la noche para llevar a cabo la masacre, pero consideramos que con pocas horas tuvo suficiente. —Bauer apretó el botón del mando a distancia—. Primer elemento: la hoz.

En detalle, el arma de la carnicería.

—Suponemos que el asesino no la tenía en su poder, probablemente la cogió del cobertizo de las herramientas agrícolas; tal vez su intención inicial no era matar, tal vez solo buscaba algo que robar.

La hoja y el mango de la hoz estaban teñidos de manchas de color rojo oscuro.

—Nos ha sido imposible extraer huellas del arma —puntualizó el agente de la Policía Científica de manera aplicada—. Demasiada sangre.

—Segundo elemento: el teléfono móvil.

Más fotos, el móvil desde el que se efectuó la llamada al número de emergencias guardado en un armario de la cocina. Desde la ventana que estaba junto al mueble se divisaba el porche de la granja y el patio delantero.

—Desde aquí la señora Anderson llamó a la Policía: a pesar de no poder describir al intruso a causa de la lluvia, la mujer afirmó que su marido estaba hablando con el hombre que se había plantado delante de la casa.

Mila imaginó al cabeza de familia armándose de valor para ir a averiguar las intenciones del desconocido. Sin duda, en su corazón, Karl Anderson ya presagiaba lo que podía ocurrir. Pero debía proteger a su mujer y a las niñas, por eso no se echó atrás.

—La idea que nos hemos hecho es que Karl Anderson, después de sorprender al desconocido en su propiedad, fue a hablar con él para pedirle que se fuera.

Mila lo vio recorrer los metros que lo separaban del intruso, pensando en lo que le diría para convencerlo. Quizá pensó en ofrecerle dinero, porque amenazarlo habría sido un riesgo demasiado grande para su familia. Pero cuando entrevió por primera vez el rostro tatuado, se le debió parar el corazón, se dijo Mila. Todos sus miedos, incluso los más irracionales, de repente cobraron forma y consistencia ante él.

—Cuando vio que empuñaba un arma, Karl Anderson puede que supiera al instante que era el fin —afirmó Bauer—. Fuera lo que fuese que hubiera dicho o hecho no habría cambiado los acontecimientos.

«A pesar de todo, se mostró amable», se dijo Mila, convencida. Sí, Karl lo intentó de todos modos. Porque las víctimas que saben que no tienen escapatoria no pueden evitar negociar con sus verdugos. Primero se muestran absurdamente comprensivas. Cuando descubren que es inútil, imploran piedad.

Muchos sádicos psicópatas hacían tiempo hasta que llegaba ese fatídico momento, no porque tuvieran escrúpulos, sino porque la súplica de las víctimas era su máxima fuente de placer.

Mientras tanto, en la pantalla aparecía la granja vista desde arriba.

—Tercer elemento: la sangre —dijo Bauer—. Es la única prueba que tenemos para sostener que en ese lugar se produjeron los homicidios. A pesar de que la tormenta de la noche borró los rastros de sangre en el exterior, según nuestra reconstrucción el asesino golpeó a Karl Anderson hasta la muerte en el patio. — Señaló el punto exacto en la foto—. Después se dirigió a la casa.

Siguió una imagen del interior de la vivienda patas arriba.

Mila se imaginó a la mujer viendo cómo de repente su marido se desplomaba en el suelo. Sin pensarlo demasiado, cogía a las niñas y las arrastraba rápidamente al único sitio que consideraba seguro, el piso de arriba.

—En primer lugar, el homicida desahogó su rabia con muebles y enseres, tal vez buscaba a las víctimas o puede que solo se divertiera aterrorizándolas.

Luego subió, pensó Mila, incluso podía escuchar los pasos lentos y fuertes por la escalera.

Bauer mostró las fotos de las puertas derribadas de los dormitorios, las marcas de manos ensangrentadas en las paredes, los regueros rojos del suelo en los que se habían impreso las pisadas del asesino.

—En la casa solo había sangre de la mujer y de las gemelas —intervino la joven agente de la Policía Científica—. Eso corrobora la hipótesis de que Karl Anderson fue asesinado en primer lugar, en el exterior de la granja.

—Sangre arterial —especificó el médico forense que hasta ese momento todavía no había hablado—. Eso nos permite deducir que las víctimas no tuvieron posibilidad de salvarse.

Bauer miró a Mila a los ojos.

—Frida Anderson luchó hasta el límite para proteger a Eugenia y a Carla, nos lo indican los signos de lucha encontrados por todas partes. Pero el homicida no quiso detenerse ni ante el llanto desesperado de dos niñas de ocho años.

El agente hizo una pausa, dejando un silencio flotando en la sala.

—El resto de la historia es fácilmente imaginable —concluyó Bauer—. El asesino coge los cadáveres, los carga en la ranchera verde y los lleva no se sabe dónde, para a continuación regresar tranquilamente a su madriguera.

Una vez finalizado el análisis de la dinámica del crimen, era el momento de ocuparse del perfil de Enigma.

Bauer y Delacroix se intercambiaron en la tarima como en una carrera de relevos bien ensayada, usando el mando a distancia como testigo.

A diferencia de su colega, el otro policía se dirigió directamente a Mila.

—El primer elemento del perfil del asesino es, una vez más, la sangre —dijo enlazando con el último punto comentado—. La sangre reviste una importancia crucial en esta historia. En primer lugar, en la escena del crimen secundaria, el matadero donde vivía el hombre tatuado, había un coche con sangre de los Anderson en su interior, además del arma del crimen. En segundo lugar, la sangre de nuestro hombre también es un misterio: después de examinarla, hemos detectado la presencia de un compuesto químico.

—PCP —intervino en su ayuda el médico forense—. Una mezcla alucinógena conocida como «polvo de ángel».

Una droga sintética, pensó Mila. ¿Podía haber sido el motivo de su furia homicida? ¿El asesino había actuado bajo los efectos de esa sustancia?

—Sé lo que se está preguntando, señorita Vasquez —afirmó Delacroix, adivinando sus pensamientos—. Pero no permitiremos que ese bastardo se salga con la suya echando la culpa a los estupefacientes.

—De todos modos, de momento el problema no es este —intervino Shutton—. Nuestro hombre no solo se niega a hablar con nosotros, sino también con el abogado de oficio que le ha asignado la fiscalía.

—Segundo elemento: su identidad —retomó Delacroix—. Al no tener todavía un nombre para el homicida, hemos intentado deducir un perfil psicológico... El hornillo de *camping*, la comida, la ropa y los demás objetos hallados en el lugar en el que vivía nos dicen que es capaz de cuidar de sí mismo. A la costumbre de rodearse de ordenadores obsoletos o fuera de uso todavía no se le ha dado un significado específico. Puede que vendiera las piezas para subsistir o que todo ello pueda clasificarse como un simple comportamiento obsesivo-compulsivo.

Mila sabía que a veces los psicópatas coleccionan objetos para mitigar su necesidad de poseer. El mismo proceso, pues, se relaciona con sus víctimas: una vez que las deshumanizan, las degradan haciendo que pasen de ser «personas» a «cosas». Así les resulta más fácil aniquilarlas.

Delacroix mostró algunas imágenes tomadas en la madriguera de Enigma.

Una habitación con las paredes ennegrecidas por el moho, con el suelo levantado en varios sitios, donde se amontonaban restos de épocas digitales ya superadas. Los monitores de fósforo o provistos de tubo de rayos catódicos estaban apilados uno encima del otro formando una pared en la que se filtraba la humedad del techo. Las unidades centrales, con las disqueteras y las grabadoras, se amontonaban en una esquina, destripadas, con los circuitos a la vista comidos por el óxido; de algunas solo quedaba la carcasa.

Era como hacer un viaje hacia atrás en el tiempo, pensó Mila. Parecía que hubieran pasado siglos y, en cambio, esa tecnología había desaparecido del uso cotidiano hacía poco más de una década.

—Un equipo de expertos está comprobando si todavía funciona algo —prosiguió Delacroix—. O si tal vez hay alguna pista en la memoria de uno de esos ordenadores que pueda llevarnos a descubrir la identidad de nuestro hombre.

Esa era precisamente la cuestión. Parecía que Enigma no tenía pasado.

—Y todo esto nos lleva al interrogante sobre cómo podía moverse tan tranquilo sin que nadie reparara en él.

Aprendió a evitar las miradas de los transeúntes y el ojo electrónico de las cámaras, pensó Mila. Probablemente solo se desplazaba de noche. «Se ha aprovechado de nuestra indiferencia hacia los pobres y los marginados para volverse invisible, y nos ha engañado. Un comportamiento que requiere una notable disciplina y que con el tiempo ha aplicado con abnegación». A pesar de que le costaba admitirlo, sentía una secreta admiración ante tal fuerza de voluntad.

—¿Qué me decís de la llamada anónima que lo ha inculpado? —preguntó la expolicía.

Delacroix parecía sorprendido.

—Una llamada normal de un ciudadano cualquiera que prefiere no dejar sus datos. ¿Qué tiene de extraño?

—Me sorprende que vuestro hombre se haya hecho invisible durante tanto tiempo y que de repente se haya dejado localizar tan fácilmente, eso es todo.

—Lo que señalaron fue el coche verde, no a él —le recordó Shutton, de manera expeditiva—. Ahora sigamos adelante, por favor.

Mila no insistió.

—El tercer elemento es el cuerpo tatuado con los números. —Delacroix hizo aparecer en la pantalla los primeros planos que Su Señoría ya había mostrado a Mila durante su visita de la tarde anterior—. Van del cero al noventa y nueve y a veces se repiten. Precisamente basándonos en las repeticiones, hemos sido capaces de distinguir cuatro conjuntos: lado izquierdo; lado derecho; cadera y extremidades inferiores; pecho y cabeza.

Mila había estado reflexionando sobre ello toda la noche: «La obsesión numérica es típica de algunas categorías de psicopatías. Las peores». Ciertos asesinos en serie, por ejemplo, para decidir cuándo, dónde y a quién atacan se encomiendan a complicados cálculos de su invención. Obviamente, al no tener ningún fundamento matemático, la lógica que los rige solo es comprensible para sí mismos y, por tanto, resulta indescifrable para los investigadores. Por eso, la mayoría de los encargados de trazar un perfil considera que los números constituyen un obstáculo en la investigación y que sería mejor no tenerlos en cuenta como un instrumento útil para la comprensión del *modus operandi*.

—¿Hasta aquí todo claro, señorita Vasquez? —preguntó Delacroix.

—Sí —contestó Mila, dejando ver que lo que había escuchado hasta el momento todavía no la ayudaba a identificar al hombre tatuado.

Delacroix apuntó de nuevo el mando a distancia hacia el proyector. Apareció el rostro de Enigma. Impasible en la foto de la ficha policial tomada después de su arresto.

Mirándola, Mila se echó hacia atrás en la silla de plástico sin darse cuenta. Los ojos oscuros del hombre, encajados en una maraña de números, eran tan penetrantes que parecían salir de la pantalla y meterse en su cabeza. El poder de aquella mirada daba miedo.

—Obsérvelo bien, señorita Vasquez: ¿cree reconocerlo?

Mila recogió la invitación de Delacroix y observó atentamente la fotografía. Al cabo de unos segundos, negó con la cabeza.

El agente no se desanimó.

—Hemos recreado con el ordenador el aspecto del homicida sin los tatuajes.

El resultado apareció en la pantalla: «La cara de un hombre normal».

Un rostro liso, de rasgos completamente corrientes. Podía ser cualquiera. Solo los ojos habían conservado la energía oscura que había turbado a Mila poco antes. Pero, de nuevo, se vio obligada a dar una respuesta negativa.

—No lo conozco, no lo he visto nunca —dijo.

En la sala se esparció un murmullo de frustración. Shutton también estaba decepcionada.

—¿Estás completamente segura? —preguntó Su Señoría.

—Sí, estoy segura —confirmó—. Y lo que he escuchado hasta ahora no me dice nada.

Más refunfuños de contrariedad. Shutton reflexionaba y mientras tanto jugueteaba con la gruesa pulsera dorada que llevaba en la muñeca.

—¿Por qué no se ha divulgado todavía al público esta foto retocada? —preguntó Mila.

Alguien podría reconocer a Enigma sin los tatuajes.

—Solo nos faltaría alimentar el mito del monstruo —objetó Su Señoría—. En la red ya hay demasiados exaltados que lo enaltecen.

Poco antes, Berish también había comentado esos fenómenos de fanatismo. Pero Mila consideraba que no difundir el verdadero aspecto de Enigma era un error: exhibirlo como un banal ser humano habría ayudado a mitigar la fuerza de su halo místico.

—Necesito hablar con vosotros —dijo Shutton, levantándose y convocando a los agentes y al médico forense a su alrededor en un aparte.

A Mila la había dejado fuera: probablemente su presencia ya no era necesaria, de modo que se comportaban como si no estuviera allí. Intentó aislarse mentalmente de su conversación, concentrándose en cambio en lo que había escuchado hasta entonces.

En definitiva, la hipótesis de la Policía era que Enigma era un vagabundo enganchado a los ácidos, que probablemente subsistía vendiendo las piezas de viejos ordenadores, una especie de psicópata obsesionado por los números que una noche había llegado por casualidad a las inmediaciones de la granja de los Anderson y había cometido una matanza atroz animado por los efectos del polvo de ángel.

Todo encajaba perfectamente.

«Entonces, ¿por qué estoy aquí? —se preguntó Mila de nuevo—. Estoy aquí porque Enigma se tatuó mi nombre en el brazo —recordó—. El motivo es simple: él quería que yo estuviera aquí. Y la razón únicamente puede ser una sola».

«La respuesta a la adivinanza de Enigma soy yo».

Había escuchado la reconstrucción de la dinámica de la carnicería y del perfil del homicida, pero todavía faltaba un elemento.

«Las víctimas».

—Para él la sustracción de los cadáveres es importante. —Se oyó decir, casi sin darse cuenta, llamando la atención del corrillo reunido alrededor de Shutton—. ¿Qué sabemos de los Anderson? —continuó, sin preocuparse de haberlos interrumpido.

Los presentes la miraban sin comprender.

—¿Qué tiene eso que ver? —gruñó Bauer, irritado.

—Yo creo que el hombre tatuado es muy listo. Quizá previó que se celebraría una reunión como esta —afirmó Mila señalándolos—. Imaginó que formarían parte de ella los agentes encargados del caso, y también un médico forense y un técnico de la

Policía Científica. Pongamos que quisiera que yo estuviera aquí con un objetivo: que aportara mi punto de vista.

—No estoy muy seguro, Vasquez —rebatío Bauer, desdeñoso.

Mila se vio obligada a explicarse.

—Cuando estaba en el Limbo nunca sabía si detrás de una desaparición se escondía una huida voluntaria, un accidente o la mano de alguien. Pero a diferencia de los casos de homicidio en los que hay un cadáver y un arma, así como un posible móvil, el único recurso del que disponía era precisamente el desaparecido... Por eso aprendí que el análisis del comportamiento de un sujeto antes de que desaparezca en la nada tiene una importancia determinante... Por lo tanto me planteaba una serie de interrogantes: la persona que buscaba ¿era de bajo o de alto riesgo? ¿Dijo o hizo algo que la puso en peligro o hizo de ella una víctima potencial? ¿Su comportamiento pudo haber desencadenado la reacción de alguien?

Trasladar la atención de los posibles culpables a las víctimas era un método que había practicado muchas veces.

—Hace tiempo, un criminólogo me dijo que no se puede entrar en la mente de un asesino en serie porque su comportamiento es fruto de impulsos, instintos y fantasías que se han ido sedimentando durante años, desde que era pequeño. Pero me reveló que se puede entrar en la mente de las víctimas.

Omitió que el criminólogo en cuestión era también el padre de su hija, pero por sus miradas comprendió que casi los había convencido.

—A pesar de que sea difícil de aceptar, a veces víctimas y verdugos se buscan. Porque tienen cosas en común: se parecen sin saberlo.

A cada uno de nosotros le está destinado un asesino. Como ocurre con las almas gemelas, a veces lo encontramos y a veces no.

—Prosigue —la animó Shutton.

—Como decía, la sustracción de los cadáveres es importante para el hombre tatuado —repitió Mila, continuando con su razonamiento inicial—. El asesino deja la sangre y se lleva los cuerpos, ¿por qué? En el fondo, con esa sangre ya nos hace saber que los Anderson están muertos. No quiere borrar las huellas de lo que ha hecho, es más, las exhibe. Pero también nos dice que no debemos quedarnos con las apariencias, que debemos seguir investigando... Tal vez no debemos simplemente buscar los cadáveres. Tal vez, para encontrarlos, todavía debemos descubrir una cosa: algo de ellos... No «dónde están», sino «por qué precisamente los Anderson».

Delacroix intercambió una mirada con Shutton y, a continuación, fue a buscar unos papeles de un expediente que había encima de una silla vacía. Empezó a consultarlos.

—Como sabemos, los Anderson vivían en el campo y habían renunciado a la tecnología.

Esa decisión había sido motivo de innumerables críticas, recordó Mila. Si no se hubieran encontrado en un sitio aislado, a lo mejor la Policía habría llegado a tiempo.

O tal vez Enigma ni siquiera hubiera aparecido.

—Hay quien los ha comparado con los *amish*, pero no es así —prosiguió Delacroix—. Se curaban con medicamentos y vestían normalmente, solo que no tenían electricidad. Ni electrodomésticos, ni televisor, ordenador o internet. La única excepción era un móvil con el que pedir ayuda en caso de emergencia.

Mila estaba al corriente de que existían varios movimientos de personas que rechazaban la civilización tecnológica, «ludistas», rezagados. Algunos tenían motivos éticos o religiosos, otros políticos.

Mientras, en el proyector se cargó una imagen de la familia: el padre, la madre y las dos gemelas sonreían felices delante del objetivo llevando el mismo jersey rojo en una vieja fotografía de Navidad.

Mila se sorprendió al mirarla: los Anderson en una vida anterior.

—Antes de ponerse a hacer de agricultor, Karl Anderson trabajaba como bróker para un banco de inversiones, el SPL&T. Podía presumir de unos ingresos muy respetables.

En un principio Mila había imaginado que los Anderson vivían desde siempre en la granja. Se había equivocado. Pero ¿de verdad eran tan adinerados? Y ¿de verdad habían renunciado al confort para irse a vivir con sus hijas al aire libre?

—Piso de propiedad en un prestigioso edificio del centro. Seguros de vida con primas elevadas, inversiones en títulos y obligaciones. Velero. Coches de lujo en el garaje. Escuela privada para las gemelas, vacaciones en lugares exóticos y caros.

¿Cómo se podía pasar de una existencia como esa a una diametralmente opuesta? «Víctimas y verdugos a veces se parecen», se repitió. Tal vez Enigma, antes de convertirse en vagabundo, también había sido un ciudadano ejemplar, con una familia, un trabajo y propiedades.

—Según nuestras informaciones, los Anderson adquirieron la granja hará más o menos un año.

Mila miró nuevamente la foto navideña en la pantalla y sintió una extraña sensación: el cosquilleo en la base del cuello que, casi siempre, era una premonición.

—La pagaron al contado. El resto de sus bienes lo ingresaron en una sociedad a favor de las niñas, pero solo se beneficiarían de ello, tras alcanzar la mayoría de edad. —Delacroix hizo una pausa para leer mejor lo que tenía delante de los ojos, como si no se lo creyera—. Los parientes más cercanos cuentan que fue el marido quien tomó la decisión de arrastrar a su mujer y a sus hijas a ese lugar apartado. Al parecer, de un día para otro, Karl Anderson dejó el trabajo, cerró las cuentas del banco y canceló cualquier contrato que estuviera a su nombre: desde la televisión de pago e internet hasta los suministros de agua y electricidad.

De modo que Karl decidió por todos; Mila no lograba entenderlo. «¿Por qué lo hizo?».

En ese momento, resonaron en la cabeza de la expolicía las palabras de Su Señoría cuando fue a visitarla a su casa, en el lago.

—No veo ningún televisor —había dicho Shutton.

—¿Y tampoco conexión a internet? —preguntó a continuación, atónita.

—Tenemos libros. Y una radio —había sido su respuesta.

«Como los Anderson —se dijo, y el hecho la turbó muchísimo—. El parecido no es con Enigma, sino conmigo». También Mila, al igual que Karl Anderson, lo había abandonado todo y había decidido aislarse, llevándose consigo a su hija sin tener en cuenta su opinión. Aunque su decisión no hubiera sido tan radical, la motivación era patente: tenía miedo por Alice, tenía miedo de que la oscuridad la encontrara.

Nada de cambiar de vida para estar en medio de la naturaleza: los Anderson estaban huyendo. Karl tenía miedo por su familia, por eso se había ido a vivir lejos.

Fue en ese momento cuando vio algo que la hizo ponerse en pie de un salto. Se acercó a la pantalla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Shutton.

Mila permaneció en silencio un largo instante.

—Enigma y Karl Anderson se conocían —afirmó luego, sin titubeos.

Los demás la miraron, perplejos.

—¿Y tú cómo coño puedes saberlo? —preguntó Bauer.

Mila levantó el brazo, señalando la imagen que tenía delante.

—El reloj del hombre —dijo tan solo.

Todos lo miraron. Y comprendieron.

En la muñeca de Karl Anderson, entre el jersey rojo y un cronógrafo deportivo, se entreveía un tatuaje.

Un número.

Se había equivocado con respecto a Karl Anderson.

Cuando Enigma fue a la granja, él salió para hablar con él. ¿De qué? ¿Acaso conocía ya sus intenciones y quería detenerlo?

¿Y la mujer? ¿Frida sabía quién era? No lo parecía por la llamada a la Policía. Pero era de noche, no había electricidad, llovía a cántaros y el hombre tatuado se hallaba lejos de la casa. De hecho, Mila tenía la sensación de que la mujer no estaba al tanto de nada.

En cambio, Karl tenía miedo de Enigma. Por eso se había llevado a su familia de la ciudad, renunciando a un trabajo bien remunerado y a una vida holgada. Donde los demás solo veían una decisión incomprensible, la expolicía vislumbraba con claridad las pruebas de una huida.

La historia de la familia Anderson era como un eco siniestro de la vida de Mila, de sus decisiones. Eso no le gustaba. Naturalmente, no se esperaba que sus excompañeros del departamento lo vieran del mismo modo que ella. Y mientras hacía estas consideraciones, podía escuchar en el pasillo la animada conversación que tenía lugar al otro lado de la puerta cerrada del despacho de Shutton.

Su Señoría y Corradini, junto con Bauer y Delacroix, discutían sobre la conveniencia de aceptar su teoría. Eso suponía reconocer que detrás de la masacre había un móvil, cuando en cambio resultaba más fácil atribuirla a la ferocidad perpetrada por la psique enferma de un monstruo y dejarlo así.

Pero el tatuaje en la muñeca de Karl Anderson complicaba las cosas.

La puerta del despacho se abrió de par en par y, con un gesto de la cabeza, Corradini le indicó que entrara. Estaban todos contrariados.

—Trasladarse a quince kilómetros de la ciudad no significa escapar —objetó inmediatamente Shutton—. Si los Anderson lo hubieran abandonado todo para irse del país, incluso podría creerlo.

—No me parece que fuera una cuestión de «distancia», sino de renunciar a la tecnología. —Mila estaba convencida de ello, a pesar de que el vínculo todavía fuera demasiado vago—. Enigma se rodea de ordenadores rotos y los Anderson rechazan el progreso: ¿no os parece que hay una relación?

—Son solo conjeturas, señorita Vasquez —afirmó Corradini, y seguidamente añadió—: Arriesgadas conjeturas.

—Para sostener una tesis de este tipo, necesitamos pruebas materiales —intervino Delacroix.

—¿El tatuaje en la muñeca de Karl Anderson no lo es?

—La imagen no es muy clara —rebatía Bauer—. Podría ser un reflejo. Yo no veo ningún número, solo una mancha confusa.

Mila no podía creerlo.

—Me habéis hecho venir aquí con un objetivo —subrayó—. Y no habéis sido vosotros quienes me habéis convocado, sino el hombre que está en la cárcel. —¿Cómo era posible que no entendieran algo tan sencillo?—. Puede que yo sea la clave del misterio, ¿no os parece?

Nadie replicó, ya era una buena señal.

—Yo no conozco al hombre tatuado, y esto es un hecho. Pero tal vez sepa algo y no sepa que lo sé —prosiguió la expolicía—. Lo cierto es que Enigma ha demostrado conocerme bien.

Shutton parecía perpleja. Mila no podía decir si en esa habitación había realmente alguien dispuesto a darle crédito.

—Si me apresuro, hay un tren dentro de media hora: podría regresar antes a casa. Usted elige, Su Señoría.

La mujer lo pensó un momento, a continuación se dirigió a Corradini:

—¿Qué sugiere?

El asesor se encogió de hombros.

—Está bien —dijo Shutton, resuelta—. Vamos a reunirlos con el detenido.

Nadie había hablado de que fueran a verse. Es más, Su Señoría había excluido expresamente esa posibilidad cuando se presentó en su casa para convencerla de que le echara una mano con el caso.

Mila no tenía ninguna intención de encontrarse cara a cara con Enigma. Ya se arrepentía de haber aceptado escuchar el resumen de las investigaciones llevadas a cabo hasta ese momento. Pero con sus conclusiones había generado una serie de dudas. Para disiparlas no había otro modo que ponerla frente al hombre que la había involucrado en este asunto.

No podía echarse atrás.

La cárcel de máxima seguridad estaba apenas tres manzanas de la sede del departamento. Era un rascacielos de cemento armado, parecido a una torre hueca. A pesar de que se proyectaba hacia arriba, lo llamaban «la fosa» porque quien entraba ya no volvía a salir.

Las fachadas exteriores estaban totalmente privadas de aberturas. Las ventanas de las celdas estaban enfocadas hacia un patio de luces central. Contribuía a agudizar en los detenidos la sensación de estar enterrados vivos el hecho de que la luz del sol solo lograba penetrar en ese pozo angosto unos pocos minutos, exactamente al mediodía.

Precisamente hacia esa hora, Bauer y Delacroix escoltaron en el coche a Mila hasta el edificio bajo el que se había quedado un corrillo de reporteros enviados por los telediarios y los sitios de internet que se dedicaban a la información. Estaban allí en honor al último en llegar, pensó ella, mirándolos por la ventanilla.

La fiesta acababa de empezar y era toda para Enigma.

Mientras rebasaban con el coche la primera de las tres rejas que blindaban la única entrada a la supercárcel, Mila levantó una última vez la mirada hacia el cielo y escrutó el imponente monolito gris que parecía tragarse el sol que en ese momento estaba casi perpendicular. Ignoraba lo que sentirían los condenados que cruzaban ese umbral por primera y única vez, sabiendo que no volverían nunca atrás.

Aparcaron en el interior de un garaje. Pusieron el coche a disposición de los empleados de la penitenciaría para que lo revisaran. A pesar de tratarse de un vehículo de la flota de la Policía, era un procedimiento estándar fundado en el temor a que, sin saberlo los ocupantes, alguien pudiera introducir algún artefacto. Entre los prisioneros había destacados mafiosos y terroristas que quizá alguien de fuera tenía interés en eliminar antes de que el duro régimen de reclusión hiciera aflorar intenciones de arrepentimiento.

—Bienvenida a la fosa, señora Vasquez —la recibió uno de los guardias detrás del mostrador de una modernísima recepción equipada con monitores y sofisticados equipos electrónicos—. Soy el teniente Rajabian, seré su guía.

Le entregó enseguida una tarjeta identificativa con un código de barras.

—Póngasela y no se la quite por ningún motivo, en otro caso las cámaras de infrarrojos la detectarán como «intrusa» y nuestros agentes estarán autorizados a dispararle en el acto.

Mila se colgó la tarjeta al cuello.

—Ahora es necesario que se desnude para la inspección corporal.

Ella, Bauer y Delacroix sufrieron el mismo trato por parte de cinco guardias en los correspondientes compartimentos separados. Dos mujeres acudieron para registrar a Mila. Al terminar el cacheo, entregaron a los visitantes unos uniformes azules, parecidos a los de los presos, pero que eran de colores distintos según el ala a la que pertenecieran.

Mila tuvo la sensación de encontrarse en un mundo aparte, en el que cada cosa se medía según unas reglas propias y donde el tiempo no tenía sentido.

Rajabian los condujo por una infinita serie de pasillos todos iguales, iluminados por frías bombillas de led. La renovación del aire era artificial. Ante la idea de estar rodeada de muros de más de tres metros de grosor, Mila notó los primeros síntomas de un ataque de claustrofobia. Hizo unas respiraciones profundas, pensó en la luz del lago, en el viento que atravesaba las ramas de los dos tilos de delante de su casa y, por el momento, consiguió mantener a raya el malestar.

Llegaron a un ascensor.

—¿Ya la habíamos tenido aquí con nosotros, señora Vasquez? —preguntó su guía tras pulsar el botón de llamada—. Sé que hasta hace poco era policía.

—Creo que no, entonces trabajaba en el Limbo —contestó Bauer por ella, con una sonrisita.

—Pues déjeme que la ilustre sobre algunas cosas —prosiguió el guardia—. La fosa consta de veintitrés plantas. Las cinco primeras están ocupadas por oficinas,

almacenes y las dependencias de los servicios básicos. A partir de la sexta empiezan las alas propiamente dichas: cada una se distingue por un color. Los detenidos se reparten en función del crimen cometido. En las plantas más bajas tenemos delitos de guante blanco, detenidos por delitos políticos, asesinos ocasionales. A medida que se sube aumenta la peligrosidad y, en consecuencia, el nivel de seguridad.

Como en un infierno dantesco, pensó Mila. Solo que este se desarrollaba hacia arriba.

Por fin llegó el ascensor. Rajabian cedió el paso a los visitantes. Al entrar en la cabina, el teniente usó una llave magnética para desbloquear el teclado, a continuación pulsó el botón de la planta. Cuando vio el número, Mila se acordó de lo que había dicho el teniente poco antes y sintió un nudo en el estómago.

Iban directos al último, el vigésimo tercero.

Emplearon menos de treinta segundos en llegar a su destino, pero le parecieron una eternidad. Después las puertas automáticas se abrieron en un pasillo rosa. Al instante el efecto le pareció extraño. Todo estaba pintado de ese color, desde el suelo hasta las lámparas colgadas del techo.

—Según algunos psicólogos, el rosa apacigua la rabia —dijo Rajabian enseguida, imaginando su perplejidad. Mila, en cambio, recordaba un experimento parecido que se había realizado en los años ochenta en otro centro penitenciario. Los detenidos se habían comido el enyesado antes de asaltar a los carceleros.

El teniente los condujo hacia el ala de las celdas.

—Aquí tenemos a los psicópatas —dijo—. Asesinos en serie, asesinos en masa, pirómanos, pedófilos asesinos: todo el muestrario de lo peor de lo que es capaz la naturaleza humana. Incluso tenemos a un caníbal.

Mientras caminaban, Delacroix se dirigió a Mila:

—Te verás con el hombre tatuado en su celda. Cambiarlo de sitio podría haberlo agitado, en cambio así valoraremos mejor sus reacciones.

Mila estaba a punto de replicar cuando el otro se le adelantó:

—No tendréis ningún contacto porque habrá un vidrio de separación de diez centímetros de grosor.

—Pero él podrá verme, ¿no es así?

—Sí, así es —confirmó Delacroix—. Te lo acabo de decir.

Mila se arrepintió de esa pregunta estúpida, pero estaba nerviosa. Llegaron a las cercanías de una puerta blindada.

—Estarás sola en la habitación contigua a la celda —le comunicó Delacroix retirándola a un lado—. Nuestra presencia podría inhibirlo o irritarlo, tal vez contigo decide abrirse.

Mila asintió.

—Está bien.

—Os estaremos observando durante todo el tiempo a través de las cámaras —le garantizó el agente.

—No tienes que tranquilizarme, he conocido a muchos peores —creyó conveniente informarlo ella. Y era cierto. Pero también se dio cuenta de que ya no estaba entrenada para ese tipo de cosas.

—Lo sé —contestó Delacroix, pero aun así su actitud dejaba entender que el pasado era pasado y no debía confiar demasiado en su experiencia—. Si quieres interrumpir el encuentro, basta con que te toques el pelo.

El teniente Rajabian marcó un código en un teclado junto a la puerta blindada. En una pantalla empezó una breve cuenta atrás de cinco segundos marcados por un sonido electrónico, que precedía al desbloqueo de la cerradura.

Delacroix miró a Mila.

—¿Preparada?

Ella inspiró y espiró profundamente.

—Preparada.

—Una cosa más —intervino Bauer—. Él no sabe que estás aquí.

«Te equivocas —pensó Mila—. Lo sabe».

La puerta se abrió y ella se introdujo en un cuchitril oscuro.

Todos los psicópatas ya están de por sí en una prisión, recordó. En su interior albergan a un demonio que transcurre su inquieta existencia intentando salir de todas las maneras posibles. Los asesinos más feroces siempre se mostraban dóciles y amables ante los observadores externos. Pero la violencia podía manifestarse en cualquier momento. Con ella el demonio quiere hacer saber al mundo exterior que él existe y que controla completamente a su huésped.

La puerta blindada se cerró a su espalda. Mila se encontró en un angosto cuarto débilmente iluminado. Mientras acostumbraba los ojos a las nuevas circunstancias, una mampara empezó a levantarse ante ella.

Al otro lado irrumpió una luz muy blanca, cegadora.

La barrera subía mostrando gradualmente la figura que había al otro lado del cristal de seguridad, de pie en el centro de la celda.

Enigma estaba allí inmóvil vestido con un chándal rosa, como una parodia del bien y del mal. Aparecía inundado de la luz del sol de mediodía que se filtraba por una estrecha ranura. En ese resplandor, semejaba un ángel malo. Tenía los brazos unidos en el regazo, los dedos cruzados y la estaba mirando.

«Él lo sabe —se dijo Mila recordando sus últimas palabras a Bauer—. Ha notado mi presencia. Me estaba esperando».

La expolicía dio un paso hacia la separación para permitirle reconocerla, pero también para verlo mejor. Tuvo la impresión de que los tatuajes que cubrían las porciones de piel visibles debajo del uniforme no eran simplemente dibujos. Los números se movían, como arrastrándose sobre él; estaban vivos.

Obviamente, era solo producto de su imaginación, debía tener cuidado de no dejarse dominar por la fantasía. «Es solo un hombre —se dijo—. Puede morir a manos de cualquiera. Y puede sufrir».

—Imagino que sabes quién soy —empezó a decir Mila.

El hombre no contestó.

—Aquí me tienes, estoy aquí. ¿No era lo que querías?

El silencio la desarmaba. Buscaba un pretexto para estimular la conversación, mientras estudiaba el ambiente en el que estaba recluido el preso. Además de un catre clavado al suelo y un váter de metal, la celda estaba desnuda. Ningún signo en las paredes, ningún objeto personal. Cuatro cámaras apuntaban constantemente hacia él, nada podía pasar por alto a los ojos electrónicos.

Mila dejó transcurrir unos minutos más antes de volver a hablar:

—Si has cambiado de idea, si no me quieres aquí, también puedo irme.

En ese momento, el hombre destrenzó las manos y levantó la derecha para rascarse el cuello y después la sien. Se movía a trompicones, como si tuviera una especie de tic nervioso.

—Háblame de Karl Anderson —dijo ella—. He visto el número tatuado en su muñeca, presumo que os conocíais.

Aparte de esos primeros movimientos, no hubo ninguna reacción.

—Tal vez me equivoque, pero tengo la impresión de que tú no fuiste a la granja por casualidad. En mi opinión, fuiste allí a propósito. ¿Qué estabas buscando?

Enigma volvió a hacerlo: esta vez se movió para estirar con la palma de una mano una arruga en el uniforme a la altura del esternón y luego para sacudirse algo de polvo imaginario del hombro izquierdo.

Esos gestos eran rápidos pero calibrados, hipnóticos. Casi elegantes.

—Creo que me has hecho venir porque tienes una historia que contarme. ¿Me equivoco? Quizá quieres explicarme lo que sucedió realmente la otra noche, siento curiosidad por conocer tu versión.

El detenido no daba la impresión de estar interesado en lo que le decía. Continuaba teniendo sus ojos negríssimos clavados en ella. Mila sintió la desagradable sensación de que esa mirada buscaba un resquicio por el que penetrar en su interior.

—No estoy segura de que esta conversación esté dando frutos —intentó ironizar. En realidad se sentía incómoda, pero quería disimularlo—. Si no me dices algo, no me dejarán volver, lo sabes, ¿verdad?

Enigma parecía indiferente a todas sus palabras. Lo cierto era que Mila no tenía ninguna intención de volver a poner los pies en ese lugar. «Solo faltan unas pocas horas y luego cogeré el tren de regreso a casa», se dijo. Pero ya nada iba a ser lo mismo, lo sabía. Aunque ese hombre no tuviera ninguna posibilidad de salir de allí, solo la idea de que existiera de verdad un ser como él la turbaba.

«¿Quién eres? ¿Qué son esos números que te has escrito encima? ¿Por qué has querido tenerme aquí?».

Decidió tomar la iniciativa: hurgó en el bolsillo y cogió la única cosa que le habían permitido llevar consigo. Una copia de la recreación en ordenador del aspecto de Enigma que le habían mostrado durante la reunión informativa de esa mañana, en la que su rostro aparecía como era originariamente, sin tatuajes.

«La cara de un hombre normal».

Mila pegó la suya al cristal de separación, de manera que él pudiera verla bien.

—Es de esto de lo que intentas escapar, ¿verdad? —lo provocó, dejando a un lado la prudencia—. Quizá con el aspecto que tienes ahora esperas infundir temor en tus semejantes. Estoy convencida de que conseguiste darle un susto de muerte a Frida Anderson y a sus niñas mientras las perseguías antes de matarlas. Bravo, convertiste en reales los monstruos de sus cuentos... Pero quiero darte una noticia: no eres menos banal que cualquier otra persona. Eres solo otro pequeño hombre que ha hecho algo cruel, estúpido y obsceno. La historia está llena de gente como tú, no eres especial. Tus gestas les van bien a los patrocinadores que llenan los espacios publicitarios durante los telediarios: les harás vender algún detergente más, pero eso no te hará inmortal. Ahora todos hablan de ti, pero pronto encontrarán otra primicia, otro horror que los entretenga. Y tú quedarás en el olvido... Ya estás muerto, aunque todavía no te has dado cuenta. Te percatarás dentro de unos años, cuando hayas perdido la costumbre de contar el tiempo y de repente comprendas que aquí dentro no te está permitido ni siquiera quitarte la vida.

Después de que Mila hubo terminado de ponerle delante de los ojos la cruda realidad, el hombre tatuado reaccionó con un nuevo tic: se llevó una mano al codo izquierdo y luego la deslizó por el antebrazo hasta detenerse en la muñeca.

Entonces se inclinó hacia ella y Mila se retiró.

El preso pronunció en voz baja, sibilante:

—Raaassspaaa...

Le provocó un estremecimiento de puro terror. Mila ya no podría olvidar ese sonido. Cruzaría junto a ella el límite de esos muros, la seguiría hasta el lago, se insinuaría en los cuentos para dormir que le contaba a Alice a la hora de acostarse.

Mientras la expolicía seguía paralizada, Enigma volvió a su posición inicial, con los brazos juntos en el regazo y los dedos entrelazados. El sol de mediodía desapareció en una fracción de segundo y en la celda se cernió una pesada sombra.

En ese momento, el preso se volvió, dándole la espalda.

Ella comprendió que había determinado el final del encuentro. Esperó un rato más, con la esperanza de que algo cambiara. Pero luego levantó la mano para acariciarse el pelo. Los hombres que la observaban desde fuera captaron la señal, porque la mampara empezó a bajar delante del cristal y, al cabo de cinco segundos, se disparó la cerradura electrónica de la puerta blindada.

—Vete a la mierda, Vasquez, tendrías que haberte quedado allí e insistir —la atacó Bauer en cuanto cruzó el umbral.

Mila lo rebasó y se dirigió al teniente Rajabian.

—¿Hay algún baño aquí?

No se encontraba bien, temía que iba a vomitar de un momento a otro.

—En la garita de los guardias hay uno de servicio —contestó el otro.

Bauer, furioso porque lo había ignorado, se le plantó delante.

—Tenemos una palabra que no sirve para nada. ¿«Raspa»? ¿Qué quiere decir «raspa»? Ya sabía yo que no debíamos haberte llamado, no necesitábamos a una expolicía del Limbo.

Delacroix intentaba retenerlo.

—Déjalo estar, no es culpa suya, encontraremos otra pista.

Pero Mila olvidó las náuseas, se volvió y se le encaró directamente.

—Pues a mí me parece que me lo ha dicho todo.

—¿Qué coño estás delirando, Vasquez?

—Esa especie de tics nerviosos... Se ha rascado el cuello, luego la sien. A continuación, con la palma de la mano ha estirado una arruga del uniforme, a la altura del esternón, y ha fingido sacudirse el polvo del hombro izquierdo. Al final, antes de volverse, se ha tocado el codo y la muñeca, siempre del lado izquierdo.

Bauer no lo pillaba, pero Delacroix sí.

—Volvamos a ver la grabación y descubramos cuáles son los números que corresponden a los puntos del cuerpo que ha señalado... Tal vez ese bastardo nos ha mandado un mensaje.

5

Regresaron al departamento para analizar la filmación.

No fue difícil identificar los números que el prisionero había indicado con gestos en esa especie de conversación muda con Mila.

En total, eran seis.

Sin ningún vínculo aparente. Una única secuencia de cifras casuales.

En cambio, «raspa», la única palabra pronunciada por el hombre tatuado, no tenía por ahora ninguna relación plausible.

Shutton le había pedido la resolución del rompecabezas al mejor criptógrafo que había.

Lo llamaban Surf porque le gustaba surfear en la vida y en internet. Era un tipo corpulento, pero con la cabeza exageradamente pequeña comparada con el resto del cuerpo, como si lo hubieran ensamblado mal. Llevaba bermudas con bolsillos y camisas hawaianas, incluso en invierno.

En su terreno no tenía competencia.

El laboratorio de Surf estaba situado en el sótano del departamento, las únicas dependencias del edificio sin calefacción. No parecía una oficina gubernativa. Había ordenadores con sofisticados programas de descryptación, libros amontonados por todas partes, pero también tablas de surf, frascos de suplementos musculares y mucho polvo. Las paredes estaban tapizadas de pósteres de playas exóticas y lejanas, y había cuatro escritorios repletos de papeles.

Sin embargo, el desorden parecía tener un sentido para Surf.

Su especialidad era descryptar los códigos cada vez más complejos a través de los que tenían lugar las transacciones financieras del crimen organizado. Unos años atrás, Mila lo había visto en acción en el «caso del crucigrama». Un asesino en serie dejaba uno, siempre distinto, en el escenario del crimen cada vez que actuaba. Por las informaciones contenidas en las preguntas, Surf consiguió prever sus movimientos permitiendo a la policía detenerlo poco antes de que volviera a matar.

—Libro del Génesis: «Los siete años de abundancia llegaron a su fin en Egipto» —leyó Surf, a continuación miró a los presentes—. ¿No os dice nada?

Nadie contestó.

—Evangelio según San Mateo: «Habrà tanta maldad que el amor de muchos se enfriará» —recitó Delacroix.

Mila y Bauer sacudieron la cabeza. Tampoco a Shutton esas palabras le decían nada. Corradini se había alejado del grupito para fumar su cigarrillo electrónico, aunque seguía la discusión que se prolongaba desde hacía una hora y media.

Habían probado decenas de combinaciones, sin ningún resultado satisfactorio. Pero la idea de que esos números pudieran referirse a versículos de la Biblia no era tan absurda.

Entre las principales categorías en que se dividían los asesinos sádicos estaba la de los «misioneros», que mataban pensando que habían sido investidos con la tarea de purificar los pecados de la humanidad, eliminando a todos aquellos que, a sus ojos, parecían impuros. Normalmente elegían a sus víctimas entre los gais y las prostitutas, pero también entre maridos infieles y abogados. Y firmaban con las sagradas escrituras.

—Tal vez deberíamos cambiar el enfoque —sugirió Mila—. Nuestro hombre no parece un predicador.

—¿Y tú cómo lo sabes? —rebató Bauer—. Quizá el homicida se rodeaba de ordenadores rotos porque es un loco fanático de la tecnología y quiso castigar a los Anderson por haber decidido abandonar el progreso.

Mila se maravillaba de que en esa sala todavía hubiera alguien dispuesto a considerar a Enigma al nivel de un simple enfermo mental. A su parecer, a pesar de las rarezas, el asesino de los Anderson tenía un coeficiente intelectual superior y, lo más importante, no actuaba a partir de meros impulsos.

Tenía en la cabeza un plan concreto.

—Sigo pensando que la clave de todo es «raspa» —afirmó Su Señoría—. Si descubrimos el papel de la palabra en relación con los números, también daremos con la solución.

—Ya lo hemos intentado —rebató Surf—. Y el ordenador no ha revelado ninguna coincidencia entre una cosa y otra.

—Los ordenadores a veces se equivocan —replicó Bauer.

—El mío no. —A continuación, se acercó a la pizarra en la que había tomado muchos apuntes y la miró como confuso, con los hombros encorvados por la masa muscular y los fuertes brazos colgando a ambos lados del cuerpo—. De acuerdo, al fin y al cabo solo estamos en el principio: todavía queda mucho camino por delante —afirmó y, de golpe, empezó a borrar frenéticamente lo que había escrito con la palma de la mano.

Quizá quería evitar cambiar de idea, consideró Mila.

—Olvidémonos de la Biblia y supongamos que nuestro tatuado es más refinado —reflexionó el experto, sacando de un bolsillo de las bermudas lo necesario para hacerse un porro.

Shutton movió la cabeza y miró a los demás para compartir su propia incredulidad. Pero nadie intervino.

—Tal vez esté usando un lenguaje numérico secreto de algún tipo —aventuró el criptógrafo mientras colocaba la hierba dentro del papel—. Puede que el amigo en el pasado haya estado en el ejército o en los servicios secretos.

Pero Delacroix lo descartó.

—Si fuera así, tendríamos sus huellas y su ADN en los archivos.

—¿Y si se tratara simplemente de un matemático? —supuso entonces Surf. Dicho esto se olvidó del porro, cruzó la habitación y se puso a revolver entre los manuales

amontonados en una caja de cartón, lanzando por los aires los que no le servían—. Recuerdo que una vez me topé con unos sistemas de números complejos bastante interesantes...

—¿Con qué? —preguntó Corradini, escéptico.

—Un número complejo está formado por una parte real y otra imaginaria —explicó Surf, como si fuera lo más obvio del mundo—. Por eso se puede representar por la combinación de ambas.

—Habla claro —dijo Bauer, irritante como siempre.

Surf lo observó, serio.

—¿Sabes cuando escribes una larga secuencia de cifras en una calculadora, después miras el resultado al revés y aparece alguna obscenidad? Quizá nuestro tatuado solo quiere mandarte a tomar por culo, Bauer.

El agente se puso colorado, estaba a punto de replicar cuando Mila intervino:

—Nos desprecia, no nos cree a su altura, a pesar de ello no usaría nunca un código demasiado complicado: quiere humillarnos, pero, al mismo tiempo, quiere que lleguemos a comprenderlo. De otro modo lo que ha hecho, su «trabajo», su «obra maestra», no habrá servido de nada.

—Tiene razón —convino Delacroix—. Tiene que tratarse por fuerza de algo sencillo.

Surf se quedó pensando.

—De acuerdo, pues vamos a ver otra vez la grabación.

Fue a coger el carrito con el televisor en el que habían visto y vuelto a ver la filmación de Enigma grabada en la fosa y lo arrastró al centro de la sala. También se proveyó de las fotos de los tatuajes. La esperanza era que, al volver a analizar todo lo que tenían, pudieran fijarse en un detalle que se les hubiera pasado por alto o que se produjera algún tipo de milagro.

Surf puso en marcha el lector de DVD y la película se deslizó de nuevo por la pantalla sin audio.

A pesar de tratarse del enésimo visionado, Mila tuvo las mismas sensaciones de cuando estuvo allí en persona. Le habría gustado apartar la mirada, pero no lo hizo. «Es demasiado importante», se dijo, esforzándose una vez más en aguantar.

Enigma estaba en el centro de la celda, sumergido en la luz del mediodía como en un halo místico. Con aquel encuadre desde arriba todavía parecía más inquietante.

—Los números de su cuerpo van de cero a noventa y nueve y se repiten —dijo Surf, más para sí mismo que para los presentes—. En función de las repeticiones, podemos distinguir cuatro conjuntos o agrupaciones.

Estaba repitiendo lo que Mila ya había escuchado en voz de Delacroix en la reunión informativa de esa mañana y después por lo menos diez veces más desde que estaban encerrados allí dentro.

—Lado izquierdo; lado derecho; cadera y extremidades inferiores; pecho y cabeza —afirmó Surf, mirando las fotos con los detalles de los tatuajes que tenía en

la mano.

Mila detectó en los presentes una exigua confianza en una rápida solución del rompecabezas. Mientras, el experto recapitulaba los gestos de Enigma:

—Se ha rascado el cuello, luego la sien. A continuación, el esternón y el hombro izquierdo. Al final, codo y muñeca del brazo izquierdo.

—Tal vez deberíamos pedir asesoramiento externo —propuso Corradini, el primero en perder la esperanza—. Podríamos pedirselo a alguien del departamento.

Shutton calló mientras reflexionaba sobre la propuesta.

—Soy del parecer de que debemos quemar todas nuestras naves —prosiguió el asesor de Su Señoría.

En ese momento, el experto apuntó el mando a distancia del lector de DVD para llevar la película al inicio. Mientras las imágenes se sucedían rápidamente en la pantalla, Mila captó un cambio en la expresión del criptógrafo. Surf había visto algo.

—Mirad —dijo, en efecto, con los ojos brillantes.

Todos se acercaron hacia el televisor.

—¿El qué? Yo no veo nada —protestó Shutton.

—Espere, se lo mostraré desde el principio...

Surf volvió a rebobinar nuevamente las imágenes hacia atrás, siempre a mucha velocidad. En la escena que a Mila siempre le había parecido más bien estática, ahora se podía apreciar un cambio.

La sombra de Enigma se movía por la pared lateral de la celda a causa del movimiento de la luz solar que se filtraba por el tragaluz. Un fenómeno que a velocidad normal apenas se percibía.

Nadie comprendía todavía por qué era tan importante, pero al parecer Surf tenía una idea al respecto porque se puso en pie de un salto y fue corriendo a buscar algo a una de las mesas cubiertas de papeles. Cuando lo encontró, regresó con ellos.

Sostenía ante sí un plano de la ciudad y lo recorría frenéticamente con la mirada buscando algo.

—La fosa está situada al noroeste: las ventanas de las celdas son interiores y dan al edificio, solo reciben luz puntualmente al mediodía.

—Surf, ¿nos cuenta lo que está sucediendo? —preguntó Delacroix que, como los demás, estaba en ascuas.

Solo Mila lo dedujo.

—Sabiendo la posición del sol en ese momento, Enigma indica los números tocándose primero el pecho y la cabeza, después el lado izquierdo del cuerpo: «norte y este». —A continuación, añadió—: Como una brújula... Una brújula humana.

—Jesús, esos números son coordenadas geográficas —dijo Shutton.

—Latitud y longitud —le confirmó Surf excitado mientras se colocaba delante de uno de los terminales. Seguidamente, buscó un programa de localización. Todos se pusieron a su alrededor, expectantes.

—Intentaré seguir el método sexagesimal —les informó—. Grados, minutos y segundos.

Poco después introdujo los números en una tabla de búsqueda en la pantalla del ordenador. Los subdividió en dos grupos de tres: «Norte y luego este».

El motor de búsqueda tardó menos de un segundo en ofrecer el resultado.

—Ya lo tenemos —anunció Surf mirando el mapa—. Es la vieja refinería de la bahía.

6

Estaban convencidos de que Enigma había indicado el lugar donde había escondido los cadáveres de los Anderson.

En realidad, ninguno podía tener la certeza de lo que podrían encontrar. ¿Y si se trataba de otro engaño? Al fin y al cabo, no sabían por qué el homicida había decidido llevarse consigo los restos mortales de las víctimas después de la masacre. ¿Y si los estaba conduciendo a una trampa?

Shutton no quería correr riesgos: dispuso que fueran los cuerpos especiales los primeros en inspeccionar el lugar donde se encontraba la antigua refinería para permitir a los compañeros trabajar posteriormente con seguridad.

Bauer y Delacroix se añadirían al equipo de intervención para coordinar la operación.

El departamento estaba en ebullición. Entre los agentes en el terreno y los grupos de apoyo, habría más de doscientas unidades movilizadas.

En cuanto a civiles, Mila no estaba incluida, pero asistió al ritual de la preparación.

Los policías se equipaban con chalecos antibalas, cascos y armas de asalto. Como los vestuarios no eran suficientes para albergarlos a todos, tenían que hacerlo por todas partes: en los lavabos, y también en los despachos y en los pasillos.

Mientras los hombres comprobaban el equipo y se ajustaban mutuamente las cintas de los chalecos de *Kevlar*, flotaba un silencio febril. Mila volvió a paladear la electricidad que siempre llenaba el aire en los momentos de calma que precedían a la acción. Sintió una inesperada nostalgia de los días en que todavía formaba parte de esa asamblea de hombres y mujeres de uniforme: gracias al sentimiento de pertenencia a una insignia, ahuyentaban juntos el miedo a la muerte.

Su Señoría se le acercó:

—Tengo que pedirte un favor —dijo—. De momento, guardémonos para nosotros la historia de que probablemente Enigma y Karl Anderson se conocían.

Mila se sorprendió más al oír que Shutton utilizaba el nombre que había denostado que por el hecho de que intentara encubrir el detalle más insidioso del caso. Al fin y al cabo, se esperaba una jugada de ese tipo por su parte: si la información llegaba a oídos de los medios de comunicación, se podría volver en su contra.

—La coincidencia del tatuaje con el número de la muñeca de ese hombre significaría una sombra sobre la tragedia de una pobre familia y ensuciaría inútilmente su memoria, ¿no crees?

Odiaba admitirlo, pero su exjefa tenía razón. Las razones de los muertos debían permanecer con los muertos. «Total, nunca descubrirán quién es Enigma —se dijo—. Y, además, dentro de un par de horas ya estaré en el tren que me llevará de regreso a casa y podré olvidarme para siempre de todo».

—De acuerdo —convino.

—¿Tengo tu palabra?

—La tiene.

Shutton parecía satisfecha.

—¿Quieres venir a la sala de operaciones? —le propuso—. Todavía falta un rato para que acaben las doce horas que me habías concedido —ironizó—. Y además creo que te lo has ganado.

A Mila le hubiera gustado decirle que no le interesaba en absoluto, pero no habría sido verdad. Aceptó.

En cuanto entró en la sala, la expolicía del Limbo miró a su alrededor. Estaban todos los jefes de división, los segundos y sus ayudantes, así como una nutrida representación de funcionarios gubernamentales. Iba a seguir la incursión en directo en una pared de monitores, a través de las imágenes retransmitidas por las cámaras instaladas en los cascos de los hombres sobre el terreno.

Joanna Shutton era la única mujer con un grado elevado de mando, consideró Mila. Por eso era comprensible que le importase mostrar la eficacia de la Policía y, sobre todo, la eficacia del método que llevaba su nombre.

Mila se acomodó en una de las sillas del fondo, justo cuando Su Señoría empezaba un breve discurso introductorio:

—Este año hemos registrado importantes éxitos en la lucha contra el crimen —empezó diciendo, dirigiéndose a los presentes todavía de pie—. Los homicidios han disminuido un ochenta por ciento, las violaciones incluso un noventa y tres. Las bandas han sido desarticuladas y cada vez se ven menos drogadictos y traficantes por las calles. Y, lo más importante, ha aumentado la sensación de seguridad de los ciudadanos. Por eso me atrevo a decir que lo que ha sucedido en estas horas hay que considerarlo una excepción. Y me siento orgullosa de poder afirmar que mis hombres y yo hemos sido capaces de manejarlo de la mejor manera posible: el culpable ha sido entregado rápidamente a la justicia y solo nos quedan por aclarar los últimos aspectos del suceso. Si, como todos deseamos, encontramos dentro de poco a la familia Anderson, podremos considerar el caso cerrado... Por desgracia, ya no podemos hacer nada por esas pobres personas. Pero en la oración que rezaremos sobre sus tumbas irá la promesa de que no las olvidaremos.

Siguió un silencio solemne tan fingido que Mila temía que pudiera acabar en un aplauso. En cambio, fue Corradini quien lo interrumpió al dirigirse a Shutton:

—Su Señoría, ya casi estamos —le comunicó.

Todos ocuparon sus puestos.

Los furgones blindados y los vehículos de la Policía tardaron menos de quince minutos en cruzar la ciudad y llegar a la refinería abandonada que Enigma había indicado en su acertijo. Una especie de desfile militar a lo grande que obligó a detenerse a toda la metrópoli. Los ciudadanos no pudieron ignorar la exhibición de músculo: asistían atónitos en las calles, desde las ventanas o a través de los

escaparates de las tiendas, al paso de ese ejército de policías. Todo ello, obviamente, se estaba retransmitiendo por televisión.

Un despliegue de fuerzas como aquel solo podía justificarse de una manera, pensó Mila. Fuera cual fuese el resultado en la vieja refinería, fuera lo que fuese que encontraran allí, significaría el epílogo de todo el asunto. Shutton no habría permitido que se siguiera hablando de ello y se ensombreciera todo lo bueno que había hecho el departamento bajo su dirección. Enigma estaba en la cárcel y la gente pronto se olvidaría de él. El espectáculo y los fuegos artificiales servían para el gran final.

«Por eso Su Señoría no quiere que se mencione el tatuaje de la muñeca de Karl Anderson», se dijo. A pesar de que había aceptado callar, Mila ya no estaba segura de que se tratara de una buena idea.

Mientras tanto, los hombres de los equipos especiales se pusieron en formación alrededor del perímetro de la refinería, a la espera.

La zona era tan extensa como seis campos de fútbol, con un cuerpo central y naves que se extendían a partir de él y que en el pasado albergaban las instalaciones industriales ya en desuso. En el muelle delantero había las grandes cisternas conectadas con el oleoducto, gigantes de óxido dormidos a lo largo de la orilla de la bahía. De las once imponentes chimeneas —las torres de ventilación de los humos del refinado— permanecían en pie solo siete y hacían que el lugar se pareciera a una catedral fantasma.

Normalmente aquella era tierra de nadie, en la que acampaban sintecho y toxicómanos. Las reglas de reclutamiento de las fuerzas especiales preveían disparar en el acto y, antes de la irrupción, se difundió un mensaje con los megáfonos para dar la oportunidad de salir y entregarse a las autoridades a todos los que se encontraban en el área.

Llegó a la sala de operaciones la comunicación por radio de que se habían detenido a ochenta y seis individuos que serían sometidos a un riguroso control.

No había motivos para esperar más. A las diecisiete horas en punto, Shutton dio la orden de que se iniciara la operación.

A partir de las imágenes de los monitores, Mila pudo vivir esos momentos frenéticos como si estuviera sobre el terreno. El sonido sordo de las botas en el suelo accidentado o en las escaleras de metal, el tintineo de los fusiles de asalto o de las granadas de aturdimiento colgadas de los chalecos, la respiración jadeante de los perros, el aliento entrenado de los hombres, rebosante de adrenalina.

De tanto en tanto, desaparecía la señal, a la vez que las voces de Bauer y Delacroix se actualizaban con informaciones de la marcha de la intervención.

—Hemos registrado aproximadamente el sesenta por ciento de las instalaciones —anunció el primero de los dos al cabo de veinte minutos—. Los aparatos de los artificieros no revelan presencia de C4 u otros explosivos.

Se trataba de sofisticados instrumentos electrónicos capaces de localizar en el aire sustancias químicas sospechosas. Era una buena noticia, pensó Mila, que se temía un

atentado. Quizá con una bomba sucia fabricada con material que podías comprar fácilmente por internet o incluso en el supermercado. En el fondo, Enigma no tenía nada que perder: ya se había ganado la cárcel de por vida y también el infierno; llevarse por delante el alma de una decena de policías no cambiaba nada.

Shutton no se había sentado en la sala en medio de los demás. Como un buen comandante en jefe, se había quitado la chaqueta del traje, que ahora descansaba en el respaldo de una silla, se había arremangado la blusa de seda y seguía atentamente los acontecimientos de la intervención permaneciendo de pie y con las manos en las caderas.

Mila notó que, por la tensión, se mordisqueaba el labio inferior. En el fondo, se estaba jugando gran parte de su credibilidad.

—Los perros no olfatean cadáveres en la zona y los hombres no indican nada de particular. Seguimos adelante —anunció Delacroix.

Por su tono se palpaba claramente la decepción, que se propagó por la sala junto con su voz.

Mila se percató de que Corradini se acercaba a Su Señoría para decirle algo al oído. Tal vez estaban ya pensando en cómo afrontar el fracaso.

—Un momento... ¿qué coño es esto? —dejó escapar Bauer por radio.

Las miradas en la sala se avivaron, todos buscaban una respuesta en las pantallas. Shutton apartó al asesor, movida por una nueva esperanza. Pero cuando por fin una de las cámaras encuadró la escena, la sala de operaciones se quedó helada.

—¿Qué significa esto? ¿Es una tomadura de pelo? —preguntó un alto funcionario, levantándose de su asiento.

En el encuadre, los hombres de los equipos especiales habían confluído en una especie de extenso hangar, totalmente vacío. También habían bajado las armas y se miraban los unos a los otros, interrogándose sobre el sentido de lo que habían encontrado.

Ante ellos, en una pared de unos diez metros cuadrados, había una pintada hecha con espray y desteñida por el tiempo, obra de un grafitero y que probablemente llevaba allí muchos años.

Una palabra.

«Raspa».

—¿Qué te gustaría para cenar?

—No lo sé —contestó Alice.

—En vista de que estoy en la ciudad, podría comprar alguna especialidad que no se encuentre en el lago.

—¿Por ejemplo?

—Pensaba en comida india a base de verduras.

—La comida india me gusta —accedió la niña.

Eran casi las seis y Mila quería asegurarse de que, como habían acordado, la madre de Jane había recogido a Alice de la escuela junto con su hija. Al cabo de media hora Simon Berish pasaría a recogerla por el departamento para acompañarla a la estación.

—Mamá...

Detestaba que la llamara así, siempre pensaba que no se lo merecía lo suficiente.

—¿Sí?

—¿Puedo pedirte una cosa?

Dios, haz que no vuelva a nombrar a su padre.

—Claro...

—¿Podemos tener otro gato?

Mila se quedó sorprendida con la petición.

—¿Qué tiene Finz que no te guste?

—Me odia.

—Finz no te odia en absoluto. Y además la encontraremos.

—Está bien, entonces ¿puedo tener un iPhone? A Jane le van a regalar uno para su cumpleaños.

Era increíble la mente de los niños, la manera en que pueden pasar de un tema irritante a otro.

—Ya sabes lo que pienso de eso —afirmó Mila, todavía incrédula.

Ya habían hablado de la cuestión, pero Alice volvía a la carga periódicamente porque sus compañeras de escuela tenían un *smartphone* y ella se sentía excluida. Mila no estaba convencida de que la niña fuera lo suficientemente madura como para tener uno propio. Le vinieron a la mente los Anderson, su elección de desembarazarse de los objetos electrónicos. Creemos que los poseemos, en cambio nos poseen a nosotros.

—Hoy he visto al tío Simon —dijo para cambiar de tema.

—¿Y Hitch también estaba?

Sabía que hablar del perro la distraería.

—Claro. Puede que los invite a venir a vernos un fin de semana de estos, ¿qué te parece?

No sabía si era correcto o no ir en contra de la regla de no ver más a los excompañeros, pero pensaba que Alice en ese momento necesitaba tener contacto con una figura masculina, ya que no paraba de nombrar a su padre. Y Simon Berish era el amigo más generoso que tenía.

—El tío Simon me gusta —afirmó su hija—. Pero dile que traiga también a Hitch.
—Se lo diré —aseguró antes de colgar.

Se encaminó por el pasillo del departamento que ahora estaba desierto; el frenesí de unas horas antes era solo un recuerdo y flotaba un sutil perfume de derrota.

Su tarea allí había terminado, así como las doce horas de dedicación que había acordado con Shutton.

Su Señoría se había atrincherado en el despacho con sus colaboradores para estudiar cómo reaccionar ante la lamentable imagen que habían dado un rato antes por culpa de Enigma.

Una movilización de hombres y medios sin precedentes para encontrar un espacio vacío. La inscripción en la pared, que llevaba allí a saber desde cuándo, pesaba como una burla insoportable.

«Raspa».

En la cabeza de Mila, la palabra resonaba con la entonación sibilante y siniestra que había usado el hombre tatuado durante su encuentro en la cárcel.

—Raaassspaaa...

Se había inclinado hacia ella, acercándose al cristal de seguridad con sus ojos penetrantes. Y Mila había tenido la impresión de que bastaría un susurro para hacer añicos la barrera que los separaba.

Decidió no pensar más en ello, porque le daba miedo que esa voz le metiera algo en la cabeza: un virus sonoro, o un parásito capaz de excavar una madriguera en sus pensamientos.

Mientras se dirigía a la salida, pasó por delante de la puerta abierta de un laboratorio. Unos cincuenta técnicos informáticos sentados en sus puestos estaban analizando los viejos ordenadores traídos del vertedero de Enigma.

Las vetustas unidades centrales de los PC estaban alineadas en el suelo como lápidas de un cementerio.

Estaban conectadas con unos cables a modelos más modernos y evolucionados que sondeaban los residuos de memoria, transmitiendo el resultado a sofisticados monitores de cristal líquido. Cada técnico se ocupaba de controlar el suyo.

Empujada por la curiosidad, Mila dio un paso al otro lado del umbral.

En las pantallas discurría de todo. Correos, documentos de texto, fotografías. Aparecían rostros de personas sonrientes y desconocidas, paisajes ignotos, imágenes de vacaciones o de la vida cotidiana. Felicidad y tristeza, todas mezcladas. Había cartas de amor o de negocios, contratos, pólizas de seguros, listas de regalos de bodas o para un cumpleaños, billetes de avión o de tren, agendas de direcciones y números de teléfono.

—Es increíble cuánta vida tiramos.

Mila se volvió y vio a Delacroix.

—Compramos un ordenador, le metemos dentro todo lo que tiene que ver con uno mismo y luego, cuando se rompe, nos deshacemos de él sin pensar que allí en su interior, junto a los circuitos, hay una parte de nosotros.

—¿Han encontrado algo interesante? —preguntó la expolicía.

—Lo están comprobando una vez más, pero al parecer no hay nada en las memorias que tenga relación con Enigma.

Por un instante, Mila se había hecho la ilusión de que pudieran sacar algo útil de aquel amasijo de deshechos tecnológicos.

—Así pues, te marchas —dijo el poli.

—Eso parece —confirmó ella encogiéndose de hombros.

—Probablemente no lleguemos a saber nada más de esta historia —afirmó amargamente el otro—. Y el hombre de los tatuajes permanecerá para siempre sin un nombre.

Sucedía más a menudo de lo que cabía imaginar: un episodio sangriento, pocos elementos y el tiempo que, inexorablemente, borraba las pruebas. Los polis decían que si la solución no llegaba durante la primera semana de investigación, entonces el destino del caso estaba marcado.

—Al menos hay un culpable en la trena —intentó consolarse Mila.

Ninguno de los dos mencionó los cadáveres de los Anderson, porque ambos temían que probablemente nunca llegaran a encontrarse.

—Ha sido un placer colaborar contigo, Vasquez.

Estaba segura de que Delacroix era sincero, al fin y al cabo había sido el único de sus excompañeros que no la había hecho sentir como una extraña ese día.

—Pero la próxima vez ten el móvil encendido o créate una dirección de correo —la riñó bonachonamente—. Ayer Su Señoría estaba enfadada como una fiera porque no había manera de dar contigo.

—No habrá otra ocasión —aseguró—. Y Shutton que se vaya a la mierda: si quiere hablar conmigo, tendrá que volver a mi casa en persona.

Delacroix sonrió, divertido.

—Llueve a cántaros —la advirtió, y luego volvió a centrarse en su trabajo junto a los técnicos.

Mila se puso en marcha y, poco después, entregó en la entrada la identificación en la que ponía «VISITANTE». Fue como si recuperara la libertad.

Recorrió el largo vestíbulo del edificio. Por las puertas de cristal se entreveía la tormenta que se estaba abatiendo sobre la ciudad. Una vez fuera, enseguida distinguió el utilitario de Berish que la esperaba en la esquina con el motor encendido.

—Y bien, ¿qué tal ha ido el día? —le preguntó su viejo amigo en cuanto Mila subió al coche.

—No veía el momento de que se terminara —afirmó, porque era exactamente lo que Berish quería escuchar.

La lluvia caía a cántaros sobre el parabrisas y los limpiaparabrisas no conseguían despejar la vista. En el interior había una agradable temperatura, pero del pelo mojado de Hitch emanaba un olor penetrante que, mezclado con el perfume de mujer que Mila ya había notado por la mañana, no producía un efecto placentero.

Berish se sumergió en el caótico tráfico del viernes por la tarde. Las oficinas habían cerrado hacía poco, un montón de gente se había echado a la calle y ahora intentaban regresar pronto a casa para empezar el fin de semana.

—Te han involucrado en el caso Enigma, ¿verdad? Ahora ya puedes decírmelo...

—Cuanto menos sepas, mejor para ti —afirmó la expolicía, que no tenía ganas de hablar de ello y, de hecho, cambió enseguida de tema—. Le he prometido a Alice que le llevaría comida india para cenar, pero a este paso voy a perder el próximo tren. ¿No podrías acelerar?

Berish ignoró su petición y volvió al ataque:

—El sofisticado plan de vuestro adversario ha concluido con una mofa —dijo para tener la última palabra.

Tenía razón. Por un momento, después del asunto de las coordenadas geográficas, Mila pensó que Enigma era un antagonista con una mente sofisticada. Había olvidado que solo se trataba de un cruel asesino de inocentes. O tal vez no quería aceptarlo. Como todos, ella también tenía dificultad en admitir que la maldad fuera banal.

«No sé por qué siempre nos imaginamos al diablo como a un ser astuto —decía el padre de su hija, el mejor criminólogo que había conocido—. Tal vez porque, de lo contrario, nos quedaría el tormento de no haber sabido pararlo».

Mientras tanto, delante de su coche se había formado una hilera de vehículos.

—Mierda, no debería haber ido por el centro —se maldijo Berish. Luego encontró un hueco y aprovechó para aparcar al lado de la calzada.

—¿Qué haces? —preguntó Mila, sorprendida por la maniobra.

—Aquí al lado hay un restaurante indio, estoy seguro de que también hacen comida para llevar. —Y antes de bajar, se volvió hacia ella y le guiñó el ojo—. No querrás decepcionar a mi sobrinita.

—Pide platos vegetarianos —le recomendó Mila, y a continuación lo vio alejarse bajo el temporal, saltando entre los charcos con los hombros encorvados como si cargaran con el peso de la lluvia.

Al quedarse sola, puso en marcha las luces de emergencia para indicar a los otros conductores que el coche estaba parado. Hitch dormía en el asiento de atrás, roncando suavemente. El mantra de esa respiración, acompañado por el tic-tac de los

intermitentes y las gotas que repiqueteaban en la carrocería, tuvo el poder de calmarle los nervios. En esa paz interior, empezó a abrirse paso un razonamiento. Mila se ausentó de todo lo que la rodeaba y se sumergió en el silencio de su propia mente.

El caso Anderson era intrincado. Ninguno de los datos de que disponían, ningún elemento, prueba o indicio concordaba con los demás. No había modo de intuir el «diseño» que se ocultaba detrás de la masacre.

Pervivía el «caos».

«Y, aun así, los números son orden, precisión, limpieza —se dijo—. El hombre de los números no puede haber confiado solo en su instinto asesino, en las coincidencias, en la fatalidad. Él desprecia el caos. En otro caso no habría decidido grabarse la piel de esa manera».

«Así pues, ¿dónde está el plan?».

Sin darse cuenta estaba haciendo algo que llevaba tiempo sin hacer: Mila se había puesto a triangular la información de que disponía en busca de simetrías.

Se estremeció por un instante porque de repente sintió la necesidad de tomar apuntes. Miró a su alrededor, instintivamente abrió la guantera ya que estaba segura de que Berish, como buen policía, guardaría un bloc de notas y un bolígrafo en el coche. De hecho, así era.

Mila pasó unas cuantas páginas en busca de la primera hoja en blanco disponible. Cuando la encontró, empezó a hacer una lista.

- Sangre
- Cuerpos

«Sabemos que hubo una masacre, pero no sabemos dónde están las víctimas. Por tanto, hay una parte de esta historia que no conocemos. Pero ¿qué sentido tiene para el homicida esconder los cadáveres cuando toda la sangre derramada en la granja revela que, a pesar de ello se produjo una matanza? Por lo tanto, o el asesino quiere negarse a sí mismo que ha cometido un acto grave —y a muchos psicópatas, tras haber matado, les asaltaban tremendos sentimientos de culpabilidad—, o bien el acto de mover los cuerpos era determinante para él». El comportamiento de Enigma la hacía inclinarse por la segunda hipótesis.

- Polvo de ángel

De la sangre de las víctimas se pasa a la de Enigma, en la que están presentes rastros de una droga sintética, un alucinógeno.

- Tatuajes
- Números

«En el cuerpo de Enigma y en la muñeca de Karl Anderson hay unos números tatuados». La primera consecuencia que se podía extraer era que los dos se conocían.

Pero ¿para qué servían las cifras tatuadas?

«Enigma las usó para indicarnos unas coordenadas geográficas que, sin embargo, nos condujeron a un lugar en el que no había nada, excepto un grafiti con una palabra sin ningún significado».

- Raspa

«¿Qué quiere decir? ¿Tiene realmente un sentido o es solo una broma?». Enigma también había pronunciado la palabra durante su breve encuentro en la fosa, suscitando en ella una profunda inquietud.

Entonces Mila escribió:

- Miedo

Karl Anderson tenía miedo de Enigma, por eso se llevó a su familia a vivir a la granja. Pero, mirándolo bien, los Anderson se habían hecho ilocalizables, aunque no eran inalcanzables. «Como yo —se dijo Mila—, cuando me trasladé al lago».

Y esto llevaba a otro punto controvertido.

- Renuncia a la tecnología

Mila había rechazado tener un móvil y un ordenador con internet para evitar que alguien del pasado pudiera ponerse en contacto con ella, echando a perder así su decisión de cambiar. Pero no había servido de mucho teniendo en cuenta que Shutton había ido hasta el lago personalmente.

Enigma había hecho lo mismo. Había ido a ver a los Anderson. Sintió un escalofrío ante esa idea.

Al final anotó:

- Ordenadores viejos

Los Anderson habían renunciado a la tecnología. Enigma se rodeaba de viejos ordenadores. Era una simetría, pero no tenía ninguna lógica.

Mila levantó el bolígrafo de la hoja y observó el resultado. De allí no surgía nada nuevo, solo era un vago resumen. Le embargó una repentina frustración. Arrancó el papel del bloc y lo estrujó en una mano, con un gesto de rabia.

«¿Qué estoy haciendo? Tendría que olvidarme de todo. ¿Por qué, en cambio, sigo pensando en ello?».

Pero el motivo era incluso demasiado evidente.

«Porque ese bastardo se ha tatuado mi nombre encima».

La idea de que estuviera escrito de un modo indeleble en la piel del monstruo la volvía loca. Era como estar recluida con él en la celda de la fosa para el resto de sus días.

«¿Cómo es posible que me haya dejado involucrar?». Temía seriamente que esa historia se convirtiera en una obsesión. Ella no era como los demás polis, no lograba dejar atrás los casos de los que se ocupaba. Era el verdadero problema, su mayor defecto cuando estaba en el Limbo.

Los desaparecidos la seguían a todas partes.

Los buscaba en los rostros de los transeúntes cuando caminaba por la calle, pensaba continuamente en sus existencias interrumpidas y no conseguía vivir plenamente la suya.

Ahora los fantasmas habían regresado.

Y, sin embargo, estaba segura de haberlos dejado en el Limbo, en los rincones de la oficina de personas desaparecidas junto... «a su vieja vida».

Mila se quedó bloqueada. Había notado algo, un cosquilleo en la base del cuello. El destello de una idea le había pasado por delante, pero había durado demasiado poco para poder aferrarla.

Volvió a abrir la hoja estrujada y releyó la última línea.

- Ordenadores viejos

Le había vuelto a la memoria la escena de un rato antes en el departamento, con los técnicos informáticos tratando de extraer los datos de la memoria de las unidades operativas ya en desuso recogidas donde encontraron a Enigma.

«Es increíble cuánta vida tiramos», había comentado Delacroix.

Por eso añadió una entrada en la lista:

- Vieja vida

El motivo por el que Karl Anderson conocía a Enigma había que buscarlo en el pasado, en su vida anterior. ¿Y dónde encierra la gente su propia existencia? En los objetos tecnológicos. Allí es donde lo metemos todo.

Habría sido interesante poder mirar en los viejos ordenadores o en los móviles de los Anderson para saber si había alguna referencia a su verdugo. Por desgracia, no era posible, porque se habían desprendido de la tecnología.

«Enigma se tatuó mi nombre —se repitió—. Él me conoce a mí, pero yo no le conozco a él».

«¿Y si no fuera así? ¿Y si, en cambio, hubiera una conexión entre nosotros?».

«El único modo de descubrirlo...».

—... es ir a mirar en mi pasado —dijo en voz alta sin tan siquiera darse cuenta, dando cuerpo a la última parte de esa revelación.

—He ido lo más deprisa que he podido —se excusó Berish entrando en el coche empapado de lluvia, mientras le tendía orgulloso una bolsa que llevaba impreso un retrato reinterpretado de Ganesha con gafas de sol.

Mila no pudo esconder su turbación.

—¿Qué ocurre? —preguntó el otro, alarmado después de mirarla a la cara.

—Tenemos que volver —le dijo la excavadora de desaparecidos—. La respuesta está en el Limbo.

La sala de los pasos perdidos.

En ese lugar, parecido a un santuario, se conservaban las fotos con los rostros de los desaparecidos. La última imagen antes de que su existencia se perdiera en la nada. Un retrato sonriente, ya fuera por haber sido hecho durante un momento de alegría o despreocupación: una fiesta de cumpleaños o una excursión, una entrega de diplomas, un bautizo o una boda.

«Porque nos fotografiamos en los momentos felices —recordó Mila—. Y nadie se imaginaría nunca que acabaría en una de estas paredes».

Mientras miraba a su alrededor, pensó que después de un año no había cambiado nada. La oficina estaba desierta porque ningún policía quería trabajar en esos casos. Demasiados misterios y pocas posibilidades de éxito.

—Y bien, ¿qué tenemos que buscar? —le preguntó un reacio Berish.

Mila se le acercó.

—Escucha, quiero que te vayas a casa.

—Lo dices en broma, ¿verdad?

—No —dijo—. No estoy autorizada a compartir contigo la información que tengo en mi poder: soy una civil, ahora.

La verdad era que no quería implicarlo porque temía por él. Tenía la convicción de que Joanna Shutton estaba intentando descargar la responsabilidad de su propio fracaso y que de inmediato daría comienzo en el departamento la caza al chivo expiatorio. Rodarían muchas cabezas y Mila no quería que Berish acabara en la trituradora por su culpa.

—Te estás metiendo en algún lío, ¿verdad? —preguntó su viejo amigo, leyéndole el pensamiento.

—No tengo ninguna autoridad para llevar a cabo una investigación —admitió ella—. Pero necesito despejar una duda: ya sabes cómo soy.

—¿Y si alguien te encuentra aquí? Yo soy el responsable ahora, me vería implicado de todos modos.

—Siempre puedo afirmar que todavía tenía las llaves de la oficina. —Sonrió—. Un ataque de nostalgia.

—Es un delito. —Berish estaba serio.

Se miraron durante un instante, sin decir nada.

—¿Y Alice? ¿La cena con la comida india?

Se le había olvidado.

—Joder —dijo, y se sintió terriblemente culpable.

Berish, sin embargo, no tenía intención de ensañarse con ella.

—¿Cómo se llama su compañera de colegio?

—Jane.

—Yo llamaré a su madre y le diré que llegarás con retraso.

Mila le dio el número.

—Pídele que te pase con Alice, le gustará.

Su amigo policía sacudió la cabeza en señal de reprobación.

—Hitch odia las verduras, tendré que comérmelas yo solo —dijo antes de irse.

Cuando se quedó sola, Mila se dirigió hacia el que había sido su escritorio. De allí procedía la única luz que iluminaba la sala.

Se sentó delante del viejo terminal. Los recursos del Limbo siempre eran escasos. No había gloria en los casos de desapariciones ya que, la mayoría de las veces, se quedaban sin resolver. De modo que ¿para qué derrochar el dinero?, se preguntaban los burócratas.

Mila puso en marcha el ordenador y esperó a que se cargara el sistema operativo. Tardó un poco, pero enseguida consultó la lista de los casos archivados.

Pensó en qué palabras introducir en el motor de búsqueda. Primero lo intentó con «tatuaje».

Como era de esperar, aparecieron centenares de referencias. Se trataba más que nada de desaparecidos que se habían tatuado algo en el transcurso de su vida. Un tatuaje era un rastro muy valioso para un cazador, especialmente en los casos de secuestro: un detalle inmutable resultaba más útil que una vieja fotografía para identificar a la víctima al cabo de muchos años, mientras que el aspecto físico siempre podía cambiar.

Pasó a cribar los resultados con una segunda palabra: «números».

De este modo redujo los casos en tres cuartas partes, pero aun así seguían siendo muchos. Miró algunas fotos que aparecían en los expedientes, pero los tatuajes de cifras eran bastante comunes ya que la gente solía grabarse alguna fecha importante en la piel.

Necesitaba otro elemento para filtrar los resultados. «Polvo de ángel» le permitió reducir una vez más la selección, pero al mismo tiempo le daba miedo que el detalle la apartara de su camino. Aparecieron casos de desaparición relacionados con traficantes o drogadictos.

Entonces fue cuando se le ocurrió introducir «raspa». El motor de búsqueda dio como resultado un único caso.

«Aquí estás —se dijo—. Ahora veremos quién eres».

Cuando abrió el archivo apareció ante ella el rostro demacrado y lleno de granos de un chico de diecisiete años. Habían trazado un círculo rojo a su alrededor en una foto tomada en una fiesta escolar: el baile de primavera.

Timmy Jackson sostenía un vaso de papel en la mano y era el único que no sonreía. A Mila le causó cierta impresión.

A causa de su aspecto delgado, la altura y su postura encorvada, lo llamaban «Raspa».

En el informe de la Policía, redactado tras una denuncia presentada por Vita Jackson a principios de marzo de hacía siete años, se decía que el adolescente había

desaparecido inexplicablemente un miércoles por la mañana: la madre fue a despertarlo y no lo encontró en su cama.

Mila tuvo la confirmación de que era la historia que realmente estaba buscando cuando leyó lo que ponía unas líneas más abajo: Timmy tenía antecedentes por actos vandálicos y daños a la propiedad pública por haber hecho pintadas con pintura en spray en un vagón de metro.

«Un grafitero», se dijo al recordar lo que habían encontrado en la refinería abandonada.

Según la declaración de la madre, antes de su arresto Timmy era un chico tranquilo. Nadie podía imaginar que se convirtiera en un vándalo. Se pasaba los días encerrado en su habitación, metido en internet jugando a un «videojuego» sin especificar. Siempre según la mujer, su hijo se había convertido en un gamberro por culpa de la influencia negativa de alguien que había conocido en la red.

Esa relación podía ser el origen de su desaparición, reflexionó la excavadora. Solía suceder que los menores fueran reclutados por adultos malintencionados que se servían del anonimato que ofrecía internet.

Mila pensó enseguida en Enigma.

Ese era el motivo por el que Karl Anderson había eliminado la tecnología de su vida.

«Había conocido a su asesino en la red».

Pero la decisión no había bastado para salvar su vida y la de su familia. ¿Timmy Jackson había corrido la misma suerte que los Anderson? Mila siguió leyendo.

Al registrar el cuarto de Timmy después de su desaparición, su madre encontró unas pastillas azules que más tarde resultaron ser PCP o «polvo de ángel». Además, la mujer contó que su hijo se había tatuado un número en la pantorrilla sirviéndose de un bolígrafo y un encendedor. Ese hecho fue motivo de violentas discusiones en la familia.

—Siete años desaparecido —se repitió Mila, recordando también la probable existencia de la pintada en la pared de la refinería abandonada. Había pasado mucho tiempo, y en esa época ella no era la única que trabaja en el Limbo, de ser así se habría acordado de Timmy.

En una nota a pie de página del informe se indicaba que, por insistencia de una tenaz Vita Jackson, la Policía había requisado el ordenador de su hijo para analizarlo y descubrir con quién se relacionaba por internet.

Si hubiera surgido algo, sin duda se habría reflejado en el informe, consideró la expolicía. Pero el documento terminaba con un código alfanumérico. Mila sabía lo que significaba.

El ordenador de Raspa todavía estaba bajo custodia en el depósito del Limbo.

El sótano era un lugar lúgubre.

El techo era bajo y no había ventanas, solo una hilera de respiraderos en la pared oeste que, sin embargo, quedaban ocultos tras unos paneles de contrachapado. Había que tener cuidado al bajar la escalera porque algún genio había tenido la gran idea de colocar el interruptor de la luz al lado del último peldaño.

Mila alargó una mano para pulsar el botón, las lámparas de neón se encendieron y descubrieron el laberinto de estanterías.

El archivo del Limbo estaba dividido en dos áreas. En la primera se conservaban los expedientes de los casos más antiguos que, por ese motivo, nunca habían sido introducidos en la base de datos. En la del fondo estaba el depósito de los hallazgos. No se trataba de pruebas, sino simplemente de objetos pertenecientes a los desaparecidos y que podían ofrecer alguna idea para empezar una investigación. Se cogían a cualquier cosa con tal de descubrir algo, porque a menudo sucedía que la búsqueda se embarrancaba incluso antes de empezar.

«Qué suerte tienen los polis que trabajan en Homicidios», pensaba siempre Mila. Porque disponían de armas del delito, sangre, ADN y otros restos orgánicos, y, sobre todo, cadáveres. Quienes se dedicaban a indagar sobre personas desaparecidas no solían tener nada de nada.

Se dirigió hacia el fondo de la gran sala.

La caja que contenía las cosas de Timmy Jackson estaba en la parte de arriba de una estantería, semioculta detrás de otras parecidas. La expolicía tuvo que encaramarse para cogerla, teniendo mucho cuidado en que no se le cayera todo encima.

Después de haberla recuperado, se dio cuenta de que el cartón estaba reblandecido por la humedad y corría el riesgo de romperse. Por eso decidió que no la llevaría arriba. La abriría encima del escritorio que se usaba para consultar los expedientes de papel.

La puso allí, pero antes de comprobar su contenido, se quitó la cazadora de piel porque con todo ese movimiento tenía calor y estaba sudando. Se sirvió de un abrecartas para cortar la cinta adhesiva y abrió las solapas de la tapa.

En la caja había guardado una vieja libreta con pegatinas de grupos *punk-rock*, un *joystick* y uno de los primeros visores de realidad virtual.

Mila sacó los objetos y, tras deshacerse del cartón, los colocó frente a ella encima de la mesa. Los observó mientras seguía de pie con las manos apoyadas en la superficie.

A continuación, abrió el portátil, lo conectó a una toma de corriente y lo despertó de su prolongado letargo.

La primera pantalla que apareció contenía un mensaje de los técnicos del departamento que la informaban de que el ordenador originariamente estaba protegido por una contraseña, pero que la habían descriptado. Por eso podía acceder libremente a los contenidos.

En el escritorio había la foto de Joe Strummer de The Clash fumando. Los iconos que lo constelaban se referían a viejos programas ya en desuso, como el de gráficos para grafiteros con el que se podían crear textos y dibujos antes de reproducirlos a mayor escala, o videojuegos que comparados con los modernos casi provocaban ternura por su puerilidad.

En definitiva, el portátil de Raspa no revelaba nada extraordinario: era el ordenador de un adolescente de la última generación antes de que llegaran los *millennials*.

En una esquina, una carpeta con el logo del departamento contenía el informe de los técnicos sobre lo que habían encontrado en la memoria. Mila la abrió, pero solo para descubrir que Timmy Jackson antes de desaparecer había pasado gran parte de su tiempo en un videojuego sin nombre.

No sabía qué podía ser. Fue en busca del icono correspondiente y lo encontró.

Era un simple anillo azul.

Presionó encima para abrirlo. Enseguida le apareció una advertencia: para entrar, era necesario tener conexión a internet y conectar el *joystick* y el visor.

Mila hizo lo que se requería y, al final, buscó la red inalámbrica del departamento con la esperanza de que la señal llegara también hasta el sótano. La encontró y tecleó la contraseña, rezando para que no hubiera cambiado. Por fin consiguió conectarse.

En la pantalla apareció un globo estilizado que giraba sobre sí mismo.

«¿De modo que fue aquí donde te perdiste, Timmy Jackson?». Solo había un modo de comprobarlo: repetir lo mismo que había hecho él.

Mila se sentó, colocó el *joystick* en posición y estaba a punto de ponerse el visor cuando el programa terminó de cargarse y apareció una nueva pantalla.

Debajo del globo giratorio parpadeaba una casilla en la que había que introducir dos datos.

«Latitud y longitud».

Mila sintió que se le cortaba la respiración, porque le vinieron enseguida a la mente los números con las coordenadas geográficas que les había proporcionado Enigma, señalándolas en su propio cuerpo.

Levantó las manos sobre el teclado. Titubeando apenas, las introdujo.

El visor que estaba a su lado se iluminó. Mila lo cogió con la intención de ponérselo, pero lentamente, porque no sabía lo que iba a ver y le daba miedo descubrirlo.

Se lo colocó en la cabeza y se vio trasladada a un anticuado videojuego.

Imágenes y sonidos procedían de un ambiente hueco y en ruinas. Las paredes y los pilares se caían a pedazos y el suelo era una alfombra de escombros. No se veía mucho porque era de noche y solo había la luz de la luna que se filtraba por las ranuras del techo. Se percibía el rumor del viento y algún sonido metálico, pero a lo lejos.

A pesar de las tres dimensiones, el grafismo era más bien plano y la resolución distaba mucho de ser alta, estimó Mila. Nada que ver con los videojuegos modernos. A saber cuántos años tendría ese programa.

Intentó mover la palanca del *joystick* que tenía en la mano y la imagen de delante se movió al mismo tiempo.

«Soy un avatar», se dijo.

Básicamente, un duplicado de ella se movía en ese espacio virtual. Lo aprovechó para registrar el lugar en el que se encontraba. Avanzó, vagó por la zona que la rodeaba y sintió una extraña sensación de *déjà-vu*. Le parecía que ya había estado allí. «Es absurdo», se dijo. Pero entonces se volvió hacia un punto de la sala y reconoció una pintada en la pared.

Una palabra. «Raspa».

«Estoy en la refinería abandonada. ¿Cómo puede ser? ¿Qué hago aquí?». No tuvo tiempo de turbarse porque advirtió unos pasos alrededor. Se volvió en la dirección de la que creía que procedían.

Una sombra avanzaba hacia ella. La figura caminaba lentamente, silenciosa. Cuando entró en el primer cono de luz lunar, la reconoció.

Mila se quedó helada. El hombre tatuado estaba desnudo como cuando lo habían arrestado. No dijo nada. Durante algunos segundos no se movió. A continuación, con gestos elegantes e hipnóticos, empezó a señalar una serie de números sobre su cuerpo, como había hecho en la fosa.

Cuando terminó, le sonrió de nuevo. Desapareció.

Mila se quitó el visor. El regreso a la realidad fue brusco y tuvo que mirar lo que la rodeaba durante unos instantes para recobrar la confianza en el lugar en el que se encontraba. Seguía estando en el archivo del Limbo, pero algo le decía que no estaba a salvo.

Todavía se sentía aturdida por el encuentro con Enigma. «¿Qué quería de mí? ¿Por qué insiste en arrastrarme a esta historia?».

Delante de ella estaba la pantalla con el globo girando. Mila había tenido tiempo de memorizar las nuevas coordenadas. Pero tenía un presentimiento: si introducía la nueva posición en el ordenador, ya no podría volver atrás. Se trataba de un punto de no retorno. Aunque si no lo comprobaba, la duda la perseguiría durante el resto de su vida.

«¿Qué quieres que vea, maldito bastardo?».

Con los dedos que le temblaban de un modo imperceptible, introdujo las coordenadas en la casilla correspondiente. Y volvió a sumergirse en la realidad virtual.

Seguía siendo de noche. Al otro lado de la cristalera que tenía delante, reconoció el paisaje de la ciudad. Pero había algo distinto. Era espectral.

«¿Dónde estoy? En un apartamento, en los pisos superiores de un rascacielos». Miró a su alrededor, el efecto gráfico era imperfecto: el perfil de las cosas se veía desenfocado, los píxeles no podían reflejar los movimientos y por eso la imagen se veía trémula, o aparecían una especie de agujeros negros. La decoración se distinguía elegante, lujosa. Mila comprendió que estaba en un amplio cuarto de estar con un gran televisor de plasma, una chimenea de gas empotrada en una pared, sofás blancos y un mueble bar.

En alguna parte de la casa, alguien canturreaba. Una voz femenina.

El sonido la atrajo hacia un largo pasillo, había una puerta entreabierta por la que se filtraba un rayo de luz. Llegó junto a la puerta, la empujó y entró en una bonita cocina con los muebles lacados en negro. Había una mujer de espaldas preparando la comida. Ella se volvió un poco, la figura era indefinida y los rasgos del rostro vibraban, pero Mila reconoció la réplica exacta de Frida Anderson.

Risas cristalinas. Dos pequeñas sombras huidizas entraron en la habitación por otra entrada. Las gemelas, pensó enseguida Mila. Eugenia y Carla jugaban a perseguirse, dieron un par de vueltas alrededor de la mesa puesta para la cena y luego salieron de nuevo.

Ni la madre ni las hijas se habían percatado de la presencia de Mila. «¿Qué está sucediendo?», se preguntó. Aunque se trataba solo de una réplica digital de la realidad, le molestaba la idea de verlas todavía con vida sabiendo lo que les había ocurrido.

En ese momento, bajó la mirada y, sin saber por qué, vio que empuñaba un largo cuchillo afilado.

«Dios mío, soy Enigma».

Inesperadamente, una fuerza externa se apoderó del avatar quitándole cualquier control. Mila se descubrió sin pretenderlo personificando al asesino. Antes de poder saber exactamente lo que estaba sucediendo, vio su propio brazo levantarse esgrimiendo el arma.

Dio un salto hacia la desprevenida Frida y empezó a atacarla con una serie de violentas cuchilladas en las manos que extendía inútilmente para protegerse. Luego, en el busto, los senos, el vientre. Y también en la cara, hasta casi dejarla en carne viva, volviéndola irreconocible.

La mujer se desplomó sobre el suelo, exánime. Pero el avatar de Mila seguía atacando. Un golpe tras otro, con la sangre brotando copiosamente de las heridas, salpicándolo todo y a ella también. La expolicía sabía que todo era ficción, que lo que tenía delante era la representación imperfecta de un programa de ordenador. A pesar de ello, podría haberlo dejado ahí, quitarse el visor, pero no podía. Tenía que verlo. Tenía que saber. Estaba segura de que Enigma quería mostrarle lo que había hecho.

En ese momento no se preguntó por qué no estaban en la granja o por qué en la casa en la que se encontraban todavía había objetos tecnológicos de los que los

Anderson se habían privado. No tuvo tiempo de razonar sobre ello porque Enigma se apartó de Frida y empezó a desplazarse.

Mila sabía adónde se dirigía. Iba en busca de las pequeñas gemelas.

Estaban jugando al escondite y no se habían dado cuenta de nada. Una estaba de cuclillas detrás de una butaca del dormitorio de sus padres. Cuando vio aparecer al monstruo, se lo quedó mirando aterrorizada. No tuvo tiempo de gritar, en vez de eso hizo un gesto tan natural que a Mila le pareció estar realmente delante de una niña: se tapó los ojos con las manos, como si con eso bastara para borrar el horror del mundo.

Una vez más, la hoja se elevó sin piedad y empezó a abatirse sobre la carne inocente. Más sangre, ninguna lágrima. Cuando se sació del espectáculo, Enigma se movió para ir a por la hermanita.

Estaba en su cuarto, escondida entre los peluches. Lo recibió con una mirada inerte. Pero en sus ojos había algo incomprensible y discordante con la situación.

No era miedo, en todo caso era estupor. «Es como si me conociera», se dijo Mila.

La niña estaba a punto de decir algo, pero un sablazo le cortó la cabeza de raíz. Mila movió el *joystick*, intentando instintivamente detenerse, salvarla. Fue inútil. La cabeza cortada rodó a sus pies, los ojos vacíos se cruzaron de nuevo con su mirada.

«La he matado yo —se dijo Mila—. No ha sido Enigma». Y es que interpretar al monstruo lo hacía increíblemente vívido.

En el silencio de la habitación, se oía solamente la respiración jadeante del asesino. El cansancio satisfecho después de la carnicería.

Entonces ocurrió un episodio inesperado. Una sombra pasó por su lado.

—Mírate.

Había alguien más allí con ella.

Al tocar el *joystick*, Mila descubrió que podía volver a controlar el avatar. Enseguida apartó la vista de la masacre. Pero al girarse reparó en un espejo de color rosa pálido, de esos con los que todas las niñas, en la intimidad de sus dormitorios, juegan a parecer adultas.

«Mírate».

Mila decidió seguir la indicación del susurro y empezó a acercarse al espejo, indecisa. Hizo lo que le decían: se miró. Por primera vez se encontró frente a su *alter ego*. Y se quedó petrificada.

De repente la escena desapareció de delante de sus ojos y una cortina negra cayó sin previo aviso. Y mientras se iba desconectando del mundo virtual, Mila consiguió decirlo.

—Fue el padre.

Estaba hambrienta. ¿Cuánto hacía que no comía? Había tomado un desayuno frugal y apresurado, luego solo un par de cafés durante el resto del día. Y, además, tenía la impresión de que había pillado un resfriado.

Hurgó en el bolsillo de la cazadora de piel en busca de un pañuelo de papel, pero se encontró en la mano algo distinto. La foto del rostro de Enigma, recreada después de eliminar los tatuajes. La cara de un hombre normal.

Por primera vez, Mila se dio cuenta de que lo conocía. «Dime que no eres lo que me temo que eres».

Permanecía sentada en una incomodísima silla de plástico, en el pasillo de las oficinas de la Unidad de Crímenes Violentos, la UCV. Estaba esperando un resultado. No le habían vuelto a entregar la tarjeta de identificación en la que ponía «VISITANTE» porque su actual posición no estaba clara. Tendrían que valorar su comportamiento y decidir si había elementos para incriminarla por haber llevado a cabo una investigación sin tener autoridad para ello, y encima utilizando los recursos del departamento.

Su destino dependía de lo que estaba sucediendo en otro lugar, lejano. Y de lo que encontrarán allí.

Le había indicado a Su Señoría dónde podrían localizar los cadáveres de los Anderson.

Pero ahora rezaba por que se hubiera equivocado. No porque albergara la esperanza de que Frida, Eugenia y Carla estuvieran todavía vivas, sabía perfectamente que era imposible, sino por ella misma. A pesar de que ello le costara verse imputada.

«Dime que no eres lo que me temo que eres», se repitió.

Comprendió que la espera había terminado cuando vio a Delacroix ir a su encuentro desde el final del pasillo. A medida que se acercaba, Mila ya podía leerle claramente en la cara las respuestas a sus peores interrogantes.

—Era como tú decías —confirmó el policía.

Sí, la pesadilla era real. Habían encontrado los cuerpos de los Anderson en el apartamento donde vivían antes de trasladarse al campo.

—Karl las llevó allí después de matarlas en la granja —prosiguió Delacroix—. Acostó a sus hijas en sus camas, les ajustó las sábanas como si estuvieran durmiendo. Luego se tendió al lado del cadáver de su mujer en la cama de matrimonio, se cortó las venas de las muñecas y murió abrazado a ella.

El resumen no era frío y apático, como solían hacer los polis para demostrar que no les afectaba emocionalmente.

—La circunstancia de no haber encontrado enseguida la sangre de Karl Anderson en la granja debería habernos hecho sospechar —admitió el agente, sacudiendo la cabeza.

Habían supuesto que el cabeza de familia había sido asesinado en primer lugar en el patio delantero y que, a continuación, Enigma se había dirigido a la casa para terminar el trabajo. Habían atribuido la falta de rastros de sangre en el suelo a la tormenta que cayó en la zona durante gran parte de la noche.

—Ahora nos veremos obligados a revisar el rol del hombre tatuado —afirmó al final el policía, desanimado—. Debemos saber si participó activamente en la masacre o si solamente llevó a Karl y a los cadáveres hasta su casa de la ciudad y luego prosiguió con el coche hacia el matadero donde lo arrestamos gracias a una acusación anónima.

Esto comportaba también una revisión de la pena a la que podía ser condenado, consideró Mila.

Entonces Delacroix se llevó una mano a la frente.

—Todo esto es una locura —comentó.

—No lo es, créeme —dijo Mila para darle ánimos.

El policía se fijó en la foto de Enigma que ella sostenía en la mano y su expresión se endureció.

—¿Y tú qué sabes? —la atacó—. No deberías estar aquí. —Y a continuación añadió para herirla—: Ya no eres una de nosotros.

Hasta ese momento siempre había sido amable con ella. Después de los últimos acontecimientos era comprensible que hubiera cambiado de actitud, pero Mila no podía aceptar que se tergiversara la realidad.

—Yo no quería verme involucrada en todo esto, no quiero vuestro maldito caso —objetó con vehemencia—. Hace un año tomé una decisión: dejar a un lado para siempre toda esta mierda. Habéis sido vosotros quienes me habéis arrastrado hasta aquí.

Delacroix le apuntó con el dedo a la cara.

—Ha sido Shutton. Nosotros no te queríamos.

Mila reaccionó sonriendo.

—Pensaba que era Bauer el gilipollas de la pareja.

El otro no hizo ningún comentario.

—Estaré encantada de explicaros lo que sucedió y luego os dejaré para siempre, así os podréis dedicar vosotros solos a vuestro precioso caso.

—Sea lo que sea lo que tengas que decirnos, dos niñas y una mujer han muerto asesinadas a manos de quien debía protegerlas —rebatió el poli—. Al único que puede beneficiar tu aportación es a Enigma, que a lo mejor verá cómo lo exculpan de la acusación de homicidio y se lo cambian por la de cómplice.

—No lo creo —rebatió Mila, dejándolo descolocado—. Porque yo sé quién es.

En el despacho de Shutton, además de Su Señoría, obviamente, se hallaban presentes Corradini, Bauer y Delacroix. Mila estaba sentada en el centro de la sala, mientras

que los demás orbitaban a su alrededor a la espera de respuestas.

—A través del ordenador de Timmy Jackson asistí a una especie de... «simulación».

—No lo entiendo —dijo Su Señoría—. ¿Era real o no?

—Lo era... O mejor dicho: se convirtió en real a continuación.

Mila se esforzaba por explicar lo que había visto. Es más, lo que había vivido. No era en absoluto fácil porque, inmediatamente después de que fuera desconectada contra su propia voluntad, no había podido volver a acceder a ese extraño programa.

—Karl Anderson entró en una especie de realidad virtual: una copia fiel del mundo que tenemos alrededor —«pero más lúgubre y espectral», recordó Mila, aunque no lo dijo—. Todavía no sé exactamente cómo funciona, es una especie de videojuego en línea.

—¿Un videojuego? —comentó Bauer, alzando los ojos al cielo.

—Un juego sin nombre en el que hacer realidad los deseos prohibidos y probarse a sí mismo la naturaleza de cada uno.

Timmy Jackson, por ejemplo, encontró allí el valor de convertirse en un vándalo y pintar un grafiti en un vagón de metro.

—Un juego donde se puede intentar ser alguien distinto: un asesino, quizá —prosiguió Mila—. Pero creo que, con el tiempo, Karl Anderson se convirtió realmente en el personaje que interpretaba.

A saber cuántas veces Karl había experimentado en el videojuego la fantasía de exterminar a su propia familia.

—Cuando se dio cuenta, ya era demasiado tarde.

No sirvió de nada que se trasladara lejos de la ciudad, abandonarlo todo. El demonio del que intentaba huir estaba dentro de sí mismo.

—Todavía no sé cuál es el papel de Enigma —objetó Shutton, usando de nuevo el nombre que ella misma había proscrito.

—Karl Anderson conoció a Enigma en el interior del videojuego.

—¿Por qué? ¿Acaso puede jugar más de una persona? —preguntó un perdido Corradini.

Había un gran escepticismo a su alrededor. Delacroix la observaba con los brazos cruzados y no hablaba.

—Supongo que sí. Mientras yo estaba allí noté una presencia —intentó aclarar Mila.

«Mírate».

—¿Una presencia? —preguntó Shutton.

—Sí, la sentí antes de que me desconectarán: no sé describirla de otra manera, pero tuve la sensación de que alguien me estaba observando...

—¿Sensación? —se burló Bauer—. Pero ¿de verdad estamos dispuestos a escuchar estas gilipolleces?

Delacroix lo calmó con un gesto de la mano porque quería escuchar el resto, a continuación volvió a cruzarse de brazos.

—Enigma y Karl Anderson se conocieron dentro del juego —confirmó Mila—. Tal vez al principio para Karl realmente solo fuera un entretenimiento. Pero luego empieza a hacer cosas que no sabe explicarse.

—¿Como asesinar a su familia? —preguntó una cada vez más perpleja Shutton.

—Exacto —afirmó Mila—. Cuando Karl se da cuenta de que está a punto de cruzar una frontera peligrosa, que está a punto de plasmar en la realidad lo que hasta ese momento solo ha hecho de manera virtual, corta de golpe todo contacto con el juego. Pero también comprende que no basta con desconectarse: algo se ha insinuado en su interior. Una especie de «tentación». Y entonces convence a su mujer para que renuncien a su vida dorada y, sobre todo, a la tecnología que, según su razonamiento ya perturbado, podría inducirlo a volver a entrar en la realidad paralela.

—Todo esto no tiene sentido —comentó Bauer.

Mila lo ignoró.

—Pero Enigma logra encontrarlo y, esta vez, va a verlo en persona. Mientras la mujer llama a la policía, Karl sale para hablar con él. Quizá le pide que lo deje en paz, o puede que ni siquiera discutan. Enigma, sin embargo, lo convence para que lleve a cabo lo que empezó en el juego: le ofrece la hoz que ha cogido del cobertizo de las herramientas y lo ve entrar en casa... El resto ya lo conocemos.

—Así pues, en tu opinión, Enigma es una especie de susurrador —intervino finalmente Delacroix.

Mila lo miró.

—Enigma busca a personas frágiles como Karl Anderson.

—¿Frágiles? —protestó Shutton.

—Los monstruos no saben que son monstruos —afirmó la expolicía, con convicción—. En su interior albergan insatisfacción, debilidad. Enigma sabe reconocerlos, los intercepta, se les acerca. Es capaz de halagarlos, sabe cómo ganarse su confianza. Y los convence con su mentira...

—¿Qué mentira? —preguntó un escéptico Corradini.

—Que pueden ser todo lo que deseen. Que sus fantasías, incluso las más enfermizas, no son un error. Que, aunque nutran en su interior un poso secreto de violencia, no hay nada de malo en ellos.

—¿Nos estás diciendo que el hombre tatuado es inocente? —saltó Bauer, furioso.

—No, os estoy diciendo que Enigma es un «susurrador».

Se llamaban «susurradores» o «asesinos subliminales», el más famoso había sido Charles Manson.

Se rodeaban de adeptos y formaban «familias».

Mataban a través de los demás. Escogían un intermediario, lo sugestionaban y al final lo convencían para dar rienda suelta a sus instintos más oscuros.

Los susurradores no tenían ninguna relación con la víctima, no tenían ningún contacto con ella, no la tocaban. A menudo ni siquiera la conocían porque no eran ellos quienes la designaban. Dejaban que fuera el adepto quien la escogiera, escarbando en su propio deseo o en su propia rabia. Ellos casi nunca presenciaban el asesinato. Solían encontrarse en un lugar muy distinto, lejos.

A menudo todo eso los hacía inmunes a cualquier acusación. No se les podía imputar, no se les podía castigar. Y, sobre todo, se hacía difícil —si no imposible— identificarlos.

Su objetivo no era la muerte y, paradójicamente, tampoco hacer el mal. Es más, esto último era una consecuencia completamente secundaria respecto a la verdadera razón que los movía.

«El poder de cambiar a las personas, de transformar a inocuos individuos en sádicos asesinos».

Mila lo sabía perfectamente, porque en su vida ya había conocido a uno.

También ese era un motivo por el que no quería oír hablar más de Enigma ni de esa historia. Ahora ya podía admitirlo, estaba aterrorizada.

A las once de la noche dejó el departamento con la intención de no volver a poner los pies allí. Desde esa tarde, no había dejado de llover. Paró un taxi para que la llevara a la estación ferroviaria. El último tren salía a medianoche y no tenía ninguna intención de perderlo.

Quería volver al lago, quería ir a buscar a su hija.

La madre de Jane le había dicho por teléfono que Alice tenía sueño y que podía quedarse a dormir en el sofá. Mila le dio las gracias y la informó de que pasaría de todas formas para llevarla a casa, ya que el día siguiente era sábado y su hija podría quedarse en la cama todo el tiempo que quisiera.

Llegó a la estación con cierta antelación. Tenía tiempo para tomarse el enésimo café de la jornada. En el único bar abierto apenas había tres clientes. Todos varones.

Le sirvieron un café largo en un vaso de cartón, Mila se lo llevó consigo a una de las mesitas junto a la cristalera. La bebida era insípida, pero por lo menos estaba caliente y ella estaba tiritando. Temía que tuviera fiebre. Habría sido bonito acostarse en el refugio de mantas de Alice e intentar dormir a salvo de las pesadillas.

Debería haber llamado a Simon Berish y pedirle disculpas por haberlo metido en líos a causa de su incursión en el Limbo. Pero no le habría contado nada. Seguía estando convencida de que era mejor que se mantuviera alejado de ese asunto.

En cuanto a ella, tendría que olvidar ese día. Quería volver a la rutina del lago, aunque significara tener que enfrentarse a la carta que guardaba en el cajón de la cocina.

«Las condiciones generales del paciente siguen siendo irreversibles».

Mientras se llevaba el vaso a los labios para tomar otro sorbo del oscuro brebaje, Mila reparó en que uno de los parroquianos la estaba mirando.

El hombre estaba apoyado en la barra y apartó enseguida la mirada. Llevaba un impermeable negro, pantalón gris y zapatos marrones gastados. Con una mano se arregló el pelo liso y grasiento por detrás de las orejas.

Fue un instante, pero Mila entrevió una mancha oscura que afloraba un poco del cuello liso de la camisa.

Dio un respingo y se le cortó la respiración. ¿Era un antojo o un tatuaje en el cuello? ¿Parecía un número o solo se lo había imaginado?

Siguió sin quitarle los ojos de encima al desconocido esperando que volviese a girarse para mirarla. No sucedió, pero él tampoco se marchaba. Entonces se levantó, decidida a llegar al andén.

Quioscos y tiendas tenían las persianas bajadas y no había nadie. Mila caminaba sin volverse, pero con los oídos aguzados y listos para captar cualquier movimiento a su espalda. Solo oía el eco de sus pasos que se perdían en la gran nave del ala este de la estación junto con el motor de una máquina barredora que limpiaba los suelos en alguna parte.

Divisó el convoy que ya estaba parado en el andén y subió al último vagón. Se quedó al lado de las puertas automáticas para controlar si también subía el hombre del bar. Habría sido plausible, en vista de que el tren era uno de los últimos que salían esa noche.

Pero el desconocido del impermeable no apareció.

Las puertas se cerraron y Mila se sorprendió al experimentar una inesperada sensación de alivio. Ahora ya podía elegir un asiento. Solo tenía que tomarse la molestia de decidir cuál, el vagón estaba vacío.

«En menos de media hora habré llegado a mi destino», se dijo. Tenía ganas de quitarse la ropa mojada, pero sobre todo quería volver a guardarla en la caja de cartón y meterla en el trastero.

«Ya no soy una cazadora. Soy una madre».

Aunque hacía un año que no trabajaba, todavía le quedaba una discreta cantidad de dinero para optar al traspaso de un pequeño quiosco en el lago, además de una tiendecita de cebos y aparejos de pesca. Si le iban bien los negocios, también podría comprar una barca y acompañar a los turistas a capturar maravillosas truchas arcoíris que podrían exponer embalsamadas encima de la chimenea.

Sí, ya se veía en el papel.

Recordó durante unos segundos lo que había ocurrido un rato antes, cuando había tenido miedo del desconocido del impermeable y se avergonzó. En el pasado no

habría sentido nada parecido. Pero tal vez fuera una buena señal, significaba que su antiguo instinto de ir detrás de las sombras casi había desaparecido. Que tal vez lo que la había empujado a aceptar la invitación de Shutton era solo curiosidad y que, de alguna manera, había sido algo bueno porque le había aportado una confirmación: se estaba volviendo «humana».

«Es de la oscuridad de donde vengo...».

Mientras pensaba en todo esto, por fin sentía que los hombros y el cuello se relajaban después de horas de tensión. La marcha del tren la acunaba, el ritmo de las ruedas en las vías era casi hipnótico. Entornó los ojos sin siquiera advertirlo.

Un ruido imprevisto, los párpados se levantaron al instante. En el retrete del final del vagón, alguien había tirado de la cadena.

Con la descarga, junto con todo lo demás, fueron a parar el quiosco en el lago, la barca y todos sus pensamientos positivos. Esperó ansiosa a que se abriera la puerta del baño, pero el ocupante se lo tomaba con calma.

Mila empezó a contar mentalmente los segundos que tardaba en salir. Sabía que cuando estás en tensión el tiempo tiende a no pasar. Pero después de calcular más de cuatro minutos, comprendió que esa tardanza no era normal.

Reconoció el sonido de la cerradura al saltar. En el instante en que la puerta del baño se abrió, por un momento le pareció ver al hombre del impermeable negro. Pero no se trataba de él, sino de un chico con el pelo y la piel blanquísimos.

El albino vestía un anorak y llevaba una bolsa colgada en bandolera, parecía un estudiante. Atrapó su mirada por un instante, luego se fue a sentar a una decena de asientos de distancia, con la espalda encarada a la dirección de la marcha, pero exactamente frente a ella.

El tren circulaba a gran velocidad en la noche y, de vez en cuando, daba tumbos ruidosamente con los cambios de raíl. Mila no perdía de vista al otro pasajero, temiendo captar algo que la hiciera volver a caer en el terror.

El émbolo de las ruedas, que primero era relajante, ahora hacía insoportable el silencio entre ellos.

El chico abrió la bolsa y empezó a hurgar en su interior. Ante esas circunstancias, a Mila le habría gustado poder tener su pistola consigo. Pero era una idea tonta porque de todos modos no habría podido llevarla al departamento.

Al final, el albino sacó una agenda, se la puso delante de la cara y empezó a anotar algo en una página con un bolígrafo. Estaba muy concentrado en la escritura. O tal vez solo era miope.

Al cabo de un par de minutos, el tren empezó a reducir la velocidad. El chico apartó los ojos de la hoja y miró por la ventana. Una voz grabada anunció por el altavoz que llegaban a una parada intermedia.

La expolicía estudió atentamente los movimientos del otro pasajero, con la esperanza de que se bajara allí. Lo vio levantarse de nuevo, abrocharse el anorak y

colgarse la bolsa en bandolera. Para salir eligió la puerta automática a la espalda de Mila, así que se dirigió hacia ella.

Cuando pasó a su lado, la expolicía pudo captar un perfume familiar procedente de su ropa. Lirio y jazmín: el mismo del coche de Berish.

«¿Cómo es posible?», se preguntó, perpleja.

El tren arrancó casi inmediatamente.

Mila estaba confusa. ¿El perfume era producto de su fantasía, una extraña coincidencia, o es que alguien le estaba enviando una sutil advertencia?

«Sabemos quién eres, lo sabemos todo de ti, no puedes escapar de nosotros...».

«Soy una idiota», se dijo. ¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Por qué se había vuelto paranoica? Era perfectamente consciente de lo absurdo de su comportamiento, pero aun así no conseguía dominar la ansiedad.

Decidió cambiar de asiento porque quería una mejor visión de su estación cuando llegara. No sabía por qué, pero ahora temía que allí hubiera alguien aguardándola. Alguien inesperado.

Lo descubriría en breve: el altavoz anunció que había llegado a su destino.

No llovía y a esa hora la estación estaba desierta. Mila fue la única que bajó. Miró a su alrededor: tenía que utilizar el paso subterráneo para llegar al *parking* donde había dejado el Hyundai por la mañana.

Miró los escalones que se hundían en el subsuelo. Una luz amarilla emergía del abismo. Intentó determinar si había algún peligro. Estaba a merced de su imaginación y no sabía si podía seguir fiándose de sí misma.

Las puertas del tren se cerraron a su espalda, el convoy se puso en marcha. En ese momento, no tenía demasiadas alternativas: si no quería pasarse la noche en ese andén, debía enfrentarse al demonio del miedo.

Bajó lentamente. Al llegar al final de los escalones, miró rápidamente a su alrededor. El túnel continuaba a su derecha durante un centenar de metros. Era recto, excepto por una curva al fondo.

Se encaminó hacia allí a paso ligero.

El ruido de las botas resonaba en el eco metálico, como un martillo en un yunque. Recorrió el tramo esforzándose en no pensar en lo que podría encontrarse al final, pero su mente era hábil sorteando los buenos propósitos y proponiendo escenarios inquietantes. Al aproximarse a la curva ciega, aflojó el paso intentando captar hasta el más pequeño sonido. Giró a la izquierda y vislumbró la salida al *parking*.

Al cruzar el límite con el exterior, enseguida distinguió su coche, el único que quedaba.

La humedad helada de la noche le saltó encima como un hada molesta, le cogió la cara entre las manos y se la apretó tanto que no había modo de escapar. Mientras se dirigía al vehículo, sentía que le temblaban los labios, los ojos le lloraban y la

respiración se condensaba en pequeñas nubes de vapor que se apartaban de ella rápidamente.

Se metió una mano en el bolsillo y cogió las llaves que, obviamente, estuvieron a punto de caerse. Abrió el Hyundai al primer intento; a continuación, se metió en el habitáculo helado que al instante le hizo pensar en una tumba.

Cerró rápidamente la portezuela y puso el coche en marcha.

Recorrió el trayecto hasta casa de Jane con una sola idea en la cabeza: abrazar a Alice. Estaba segura de que sería la única manera de entrar en calor, en otro caso moriría congelada.

El frío que sentía no procedía de fuera, sino de dentro de ella. Era el hálito de los muertos.

Se decía que los polis que trabajaban con homicidios al cabo de poco tenían un aliento desagradable. Durante años Mila había inhalado ese aire pútrido, grávido de muerte. Todavía ahora notaba un sabor amargo en la boca y estaba segura de que el olor ya no se iría nunca.

También por eso no besaba jamás a su hija. Albergaba el temor de que ella lo notara.

A pesar de lo que se había prometido, cuando vio a Alice no la abrazó para entrar en calor. Por otra parte, tampoco su hija se lo hubiera esperado.

—Hoy he hablado por teléfono con el tío Simon —le dijo la pequeña, soñolienta, en cuanto la reconoció en la entrada de la casita donde vivían Jane y sus padres.

No le preguntó dónde había estado todo el día ni tampoco por qué había tardado en llegar. Pero Alice era así. Todavía llevaba la ropa con la que había ido al colegio y la madre de su amiga se había quedado levantada adrede para esperar juntas la llegada de Mila. La mujer no parecía contenta, notó la expolicía. Pero fue amable y no se lo reprochó.

—¿Vamos a casa? —preguntó Alice.

—Claro —contestó Mila, ¿a qué otro sitio podían ir a esa hora?

El viaje en coche desde la estación hasta allí había sido agitado, pero al final no había ocurrido nada. Ningún encuentro sospechoso, ningún coche que se pusiera a seguirla. Pero la sospecha de que el desconocido con el tatuaje del bar y el perfume del albino eran un mensaje no abandonaba a Mila.

Acompañó a Alice a sentarse en el asiento de atrás y le abrochó el cinturón, segura de que se dormiría en el primer kilómetro. Después se sentó al volante.

Como había previsto, su hija se quedó dormida casi enseguida: con la cabeza hacia atrás, apoyada en la ventanilla, la boca abierta y el pelo rojizo cayéndole sobre el rostro.

Mila estaba cansada, pero la adrenalina acumulada durante la jornada la mantenía despierta. Sus ojos se iban moviendo entre la carretera que tenía delante y el espejo

retrovisor, escrutando alrededor en busca de algún cambio.

En el cielo restalló un rayo a su espalda, que iluminó por un instante los árboles y la montaña. Así fue cómo Mila se percató de la motocicleta que la seguía con los faros apagados.

La presencia del vehículo fue la confirmación de sus peores presentimientos. Esta vez no se lo había imaginado. Era real.

Metió una mano en el bolsillo de la cazadora y cogió el móvil para llamar a la Policía local, pero ya sabía que en esa zona deshabitada no había cobertura. Entonces pensó rápidamente en lo que debía hacer. No tenía muchas opciones. El camino hacia el lago se perdía en medio de los bosques, no había vías laterales que tomar para intentar eludir a su perseguidor. A menos que intentara un arriesgado cambio de sentido y fuera contra el motociclista misterioso con la esperanza de cogerlo por sorpresa; la dirección era obligatoria.

«¿Qué quieres de mí? ¿Quién te envía?». Conocía la respuesta, pero no quería admitirlo.

Había un único modo. Proseguir hasta casa e intentar llegar primero para atrincherarse dentro.

Allí al menos tenía la pistola.

Mila redujo una marcha y aceleró de golpe, apretando el pedal. El Hyundai tuvo un instante de retroceso y luego el motor lo sacudió fuertemente hacia delante. Alice se quejó en sueños, pero no se dio cuenta de nada.

El asfalto se deslizaba rápidamente bajo los faros del coche. Mila tenía ambas manos bien agarradas al volante: había algunas curvas complicadas antes de embocar la orilla del lago, a esa velocidad corría el riesgo de perder adherencia. Cogió la primera curva cerrada demasiado fuerte, se atrevió con un ligero derrape, pero consiguió recuperar la trayectoria antes de acabar saliéndose de la carretera. Las siguientes curvas se le dieron mejor, ahora ya les había tomado las medidas.

Comprobó un par de veces el espejo retrovisor, intentando saber si la moto seguía todavía allí, pero no la vio. «Espero que te estrelles contra un árbol, bastardo hijo de puta».

En su interior se alternaban el miedo y la rabia. Temía por su hija, pero también estaba furiosa por lo que le podría pasar.

Por fin, reconoció su casa.

Las luces del porche se habían encendido automáticamente, como todas las noches. No era capaz de saber si realmente era seguro entrar, porque cualquier peligro podía estar esperándolas.

Pero no había otras opciones.

El Hyundai llegó a la explanada delantera levantando una nube de polvo. Mila clavó el freno. Por suerte Alice llevaba el cinturón de seguridad abrochado, pero ni siquiera

el frenazo bastó para despertarla. La expolicía bajó del coche y, mientras iba a cogerla, comprobó que detrás de ellas no llegase nadie. No oyó el retumbar de ninguna moto y al menos eso la tranquilizó.

—Vamos, tenemos que entrar —dijo a su hija, que no quería saber nada de caminar—. Alice, ¿me oyes? Tienes que espabilarte.

Consiguió cargarla en el hombro, medio dormida, hasta la entrada. Mientras abría con la llave, escrutó el interior de la casa a través de los cristales. Todo parecía en orden: no había signos de intromisión.

Después de cruzar el umbral, cerró rápidamente la puerta a su espalda. Encendió las luces y dejó que Alice se acomodara en una silla. Le dio un par de suaves bofetones para despertarla.

—Alice, escucha, tienes que ayudarme, ¿de acuerdo?

Su hija abrió mucho los ojos.

—¿Qué sucede?

—Tenemos que comprobar que las puertas y las ventanas estén cerradas.

Por el tono de su madre, la niña se dio cuenta de que algo no iba bien.

—¿Qué sucede? —repitió, confusa.

Mila no tenía tiempo de explicárselo.

—Quédate conmigo y todo irá bien.

Se apoderó del atizador de la chimenea y dieron una vuelta rápida por la casa. La puerta de atrás y las ventanas del piso inferior estaban cerradas desde dentro, no se veía ninguna señal de que hubieran sido forzadas. Luego subieron a la planta superior, donde estaban los dormitorios. Mila encendió las luces: todo parecía estar tal y como lo había dejado por la mañana. Se precipitó a la cómoda donde guardaba la pistola: se aseguró de que estuviera cargada y se sintió mucho mejor ya con ella en las manos en vez del atizador.

Mientras tanto, fuera no había rastro del motorista. Mila examinó el perímetro de alrededor de la casa desde las ventanas. Los dos tilos ondeaban tranquilamente, como manos huesudas danzando en el cielo negro. El lago y la noche eran una sola cosa y el muelle parecía estar suspendido en la nada. Las sombras entre los árboles del bosque eran engañosas, Mila tenía miedo de que una de ellas se moviera de un momento al otro y desvelara una figura humana.

En la casa el viejo móvil tenía cobertura. Mila pensó en informar enseguida a la Policía. Antes de llamar, se volvió hacia Alice:

—Quiero que vayas arriba.

—¿Por qué? —protestó la niña.

Era más seguro, pero no podía decírselo. Por un instante se acordó de Frida Anderson y su desesperado intento de poner a salvo a sus gemelas llevándolas al piso de arriba de la granja. No le sirvió para impedir que su marido subiera la escalera y diera inicio a la carnicería.

Pero en el caso de Mila tenía la pistola. Años de experiencia le habían enseñado que ningún malintencionado habría estado dispuesto a enfrentarse en campo abierto a un arma de fuego, ni siquiera el más loco arriesgaría así su vida.

—Ahora debes obedecerme, ¿está claro? —dijo con un tono que no admitía réplica.

Alice gimoteó algo y seguidamente, muy a su pesar, obedeció.

Mila marcó en el móvil el número de la Policía local. Una voz grabada la dejó a la espera. «Maldición», dijo para sus adentros. ¿Qué tenían que hacer que fuera tan importante para no responder a una emergencia? Colgó y se disponía a llamar al departamento, pero se quedó parada porque vio a Alice de nuevo al final de la escalera.

—Te había dicho que...

—Lo sé —la interrumpió la niña con una extraña sonrisa en la cara.

El hecho despertó inmediatamente las sospechas de Mila.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó a su hija.

—No te lo vas a creer —dijo la pequeña con los ojos brillantes—. Papá ha venido a buscarme.

Mila sintió que se le cerraba la garganta. Alice ni siquiera sabía cómo era su padre, la única vez que lo vio en una cama de hospital era demasiado pequeña.

—¿Dónde está ahora? —preguntó, intentando no alarmarla.

—Arriba, en mi refugio.

Subió la escalera con la pistola apuntando hacia delante. El refugio de mantas era el único sitio que no había comprobado. Pero si Alice no había tenido una alucinación, ¿cómo había podido el intruso entrar en casa?

Se juró a sí misma que si por casualidad se trataba de otra de las fantasías de su hija, la castigaría como nunca había hecho hasta entonces. Y a la mierda los sentimientos de culpa por no ser una buena madre.

Llegó a lo alto de los escalones, al pequeño distribuidor que había antes de la puerta del desván, frente al refugio de mantas levantado con cuerdas y pinzas de tender.

La entrada estaba cerrada con la manta de cuadros rojos y verdes.

Mila se acercó lentamente, sintiéndose como una estúpida por lo que estaba haciendo. Sus pasos crujieron en el suelo de roble. Cada pequeño ruido provocaba un escalofrío eléctrico en su interior.

Alargó la mano hacia la manta que hacía de puerta, metió los dedos en la abertura y sintió la suavidad del tejido bajo sus yemas. Apartó completamente la manta, apuntando al mismo tiempo con la pistola.

En el interior, una oscuridad hecha de sombras y miedos. «Cosas de niños», pensó. «Alice se va a enterar, ahora me va a oír». Mila estaba a punto de dar marcha

atrás, pero algo la retuvo.

Había dos ojos mirándola en la oscuridad.

PASCAL

Fue el frío de primera hora de la mañana lo que la despertó.

Abrió los ojos y enseguida reconoció el techo del salón. Estaba tendida en el suelo de roble, con los brazos y las piernas separados. «¿Qué estoy haciendo aquí?», se preguntó, como cuando al despertar se echa la vista hacia atrás, en busca de los sueños de la noche.

No recordaba nada. Pero todavía empuñaba la pistola.

Intentó levantarse, le daba vueltas la cabeza y le dolía todo. Fuera estaba amaneciendo. Una claridad rosada penetraba por las cristaleras, mientras en el lago flotaba una fina bruma.

Oyó unos ruidos procedentes de la cocina. Cacerolas, platos, vasos. «Alice ya se ha levantado —pensó—. He olvidado otra vez prepararle el desayuno. Y también debe de haber vuelto Finz, estará hambrienta».

Se puso de pie y fue hacia la puerta. A medida que se acercaba a esos sonidos, se iba haciendo más fuerte en ella la convicción de que allí estaba su hija con la gata. Pero cuando cruzó el umbral, no podía creer lo que veían sus ojos.

Ante ella había un enorme ejemplar de ciervo macho.

Tenía el pelo brillante, un porte altivo. Mila comprendió de dónde venía el frío que la había despertado: el animal había entrado en casa por la puerta de atrás que estaba abierta, tal vez empujado por el hambre. Levantó el hocico y los imponentes cuernos golpearon la lámpara central, haciéndola oscilar. Después miró a Mila.

Mientras le devolvía la mirada, hipnotizada por la absurdidad de la escena, seguía repitiéndose: «Hay un ciervo enorme en mi cocina». Le pareció una señal.

Fue entonces cuando le volvió un recuerdo a la mente. «Me han drogado», se dijo. Pero el animal no era una alucinación, como tampoco lo eran los ojos que vio en el refugio de mantas de Alice.

Salió disparada hacia la escalera con la pistola en la mano. Su repentino movimiento asustó al ciervo, Mila lo oyó patinar sobre el suelo mientras buscaba la vía de escape, pero ella tenía otra meta en la que centrarse.

A pesar del vértigo, se lanzó escaleras arriba, agarrándose a la barandilla para no caer. Cuando llegó al final, se precipitó a la habitación de Alice. Abrió la puerta de par en par con una sola súplica en la cabeza.

Pero la cama estaba vacía e intacta.

La pesadilla estaba empezando a tomar forma a su alrededor. Mila no se desanimó.

—Alice —empezó a llamarla—. Alice, contéstame.

Se dirigió al refugio de mantas. Al fin y al cabo, muchas noches su hija pasaba la noche allí dentro.

En el corredor que daba al desván se le presentó la misma escena de la noche anterior. La cabaña estaba allí, la entrada estaba cerrada. Reconoció en el murmullo

de una canción la voz inconfundible de Elvis. «Se ha quedado otra vez dormida con el iPod, por eso no me ha oído».

Esta vez apartó la manta de cuadros sin pensárselo demasiado. En efecto, el iPod estaba entre los cojines, encendido. Pero Alice no estaba.

Miró a su alrededor, intentando comprender. La desesperación tomaba la delantera. «¿Por qué no recuerdo nada de anoche?».

Fue al piso de abajo y recorrió la casa en busca de indicios que la ayudaran a reconstruir lo sucedido. Cuando llegaron, puertas y ventanas estaban cerradas, no tenía ninguna duda sobre ese aspecto. Pero no comprobó el desván. ¿Fue por allí por donde entró?

Empezaba a dudar de que realmente hubiera un intruso. La mirada en la oscuridad ¿podía ser fruto de su imaginación?

Ya no estaba segura de nada, ni siquiera de sí misma.

Salió por detrás y corrió hacia el muelle. ¿Cuántas veces le había advertido a Alice que no se acercara demasiado al lago? Mila no sabía qué era peor: que la hubieran raptado o que se hubiera ahogado. Pero en el agua limpia no se vislumbraba ningún cuerpo. Registró la información, pero no sirvió para quitarle la angustia.

«Tengo que calmarme —se dijo—. Calmarme y reflexionar. Porque yo “sé” lo que hay que hacer en estos casos. Soy una cazadora de desaparecidos. Hablo el lenguaje secreto de los objetos, reconozco el olor malvado que se oculta en las cosas, veo las sombras que los demás no pueden ver, sigo sus pasos en la oscuridad del mundo».

«Es de la oscuridad de donde vengo...».

Volvió atrás, tenía que inspeccionar atentamente la casa en busca de anomalías, signos de pelea, manchas de sangre dejadas por Alice o por el probable raptor. «Las pruebas se evaporan —se dijo—. Quedan asimiladas por el ambiente que las rodea y desaparecen para siempre». Por eso el primer examen de los lugares siempre era el más importante. Y un ciervo ya había contaminado la escena.

Mientras se movía por las habitaciones, oyó un timbre: su móvil la estaba llamando desde algún lugar de la casa.

¿Quién podía ser?

Abandonó enseguida lo que estaba haciendo y fue a buscar el teléfono. Lo encontró donde lo había dejado la noche anterior, cuando Alice había interrumpido su intento de llamar a la Policía.

«No te lo vas a creer. Papá ha venido a buscarme».

Mila contestó con el corazón lleno de aprensión.

—Diga...

—Buenos días, señora Vasquez, la llama la Policía local —se presentó una voz masculina—. Esta noche nos ha dejado un mensaje en el contestador en el que denunciaba la desaparición de su hija, ¿es correcto?

Mila estaba aturdida, recordaba haber llamado y que le había contestado una voz grabada que la puso a la espera, pero no tenía ninguna certeza de que hubiera dejado un mensaje.

—Probablemente sí —pero no estaba segura.

—Disculpe si no la hemos llamado antes, es que en invierno tenemos pocos hombres disponibles y por la noche salen de ronda para disuadir a los ladrones que se meten en las casas de los veraneantes.

—Ningún problema, no pasa nada —lo cortó Mila, porque estaba más interesada en saber si habían encontrado a Alice—. ¿Tienen noticias de mi hija?

—Por desgracia, no —afirmó el agente—. Pero ¿puede contarme lo que pasó exactamente?

—Esta noche alguien se ha introducido en casa y se ha llevado a mi hija Alice.

—¿Podría describirme al intruso?

—No —admitió—. Deben de haberme sedado, no recuerdo su cara. —Solo los ojos, pensó. Después era un vacío total. Y volvió a sentir un escalofrío.

—¿Y su hija? ¿Puede describirmela?

Años de experiencia le habían enseñado que a menudo quien denunciaba una desaparición de alguien próximo proporcionaba información completamente inútil para la investigación, ya fuera porque era presa del pánico o porque estaba confuso. Mila entonces se concentró en lo que solía considerar detalles esenciales para una primera descripción, sin adornarlos con adjetivos y comentarios que pudieran distraer a quien tenía que tomar nota.

—Diez años, altura metro treinta y ocho, pesa treinta y cinco kilos, constitución media —enumeró lentamente, para que su interlocutor pudiera anotarlo—. Ojos verdes, cabello pelirrojo largo hasta los hombros. La última vez que la vi llevaba un pantalón azul de pana, un jersey trenzado azul con una blusa blanca y unas Nike blancas.

En ese momento, Mila se dio cuenta de que en el perchero de la entrada todavía estaba colgado el chaquetón claro de Alice. «Tendrá frío», pensó de manera completamente irracional, como si ahora ese fuera realmente el problema.

—¿Alguna marca particular? —preguntó el policía.

—¿A qué se refiere, disculpe? —Mila no lograba entender la utilidad de la pregunta.

—¿Tiene la niña alguna marca particular en la piel como un antojo o una cicatriz, o quizá empastes en la boca?

—No —contestó irritada. Tal vez la Policía local no estaba acostumbrada a los casos de desaparición, pensó—. Nada de todo eso.

—¿Está usted segura? —insistió el otro, con calma.

Estaba crispada.

—Perdone, ¿qué utilidad tendrían unos signos particulares no evidentes?

—En el caso de que tuviéramos que identificar un cuerpo —fue la respuesta.

Mila sintió un frío repentino. ¿Qué modales eran esos? Nunca se había cruzado con un aficionado de ese calibre. Estaba a punto de protestar cuando captó algo al otro lado del teléfono.

Una risa contenida.

—Señora Vasquez, ¿sigue ahí?

Había alguien más con él y se estaba riendo.

—Señora, ¿quiere poner la denuncia? —insistió el agente.

Mila se dio cuenta de que al policía también se le escapaba la risa. Algo no iba bien.

—¿Con quién estoy hablando? —preguntó, poniéndose tensa.

El otro contestó tras un breve titubeo.

—Con la Policía local.

—¿Tú quién coño eres? —Estaba fuera de sí.

Al otro lado estallaron en una enorme carcajada. Después colgaron.

Mila apartó el teléfono de la oreja y lo miró en su mano. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué historia era esa?

En ese momento se fijó en que, en su muñeca derecha, semioculto por el jersey, había algo escrito. Se levantó la manga.

Seis números. Más coordenadas geográficas.

No se trataba de un tatuaje, le habían escrito la latitud y la longitud con un rotulador. Mientras asimilaba la información, el móvil volvió a sonar, haciéndole dar un respingo.

Estaba a punto de arrojarlo a lo lejos, pero se contuvo. No sabía qué hacer. El corazón le latía con fuerza, tenía miedo de saber quién había al otro lado. Una parte de ella estaba segura de que oiría la voz de Alice, que su hija la reclamaría llorando y ella no podría ayudarla.

—Diga...

Unos segundos de silencio. Luego de nuevo una voz masculina.

—Tienes que irte de ahí.

El hombre que había hablado era distinto del de antes.

—Pero quién...

—Ahora —la interrumpió el otro decidido—. Nos encontraremos al final del sendero que lleva al mirador.

Mila ya no sabía de qué fiarse. Pero el desconocido volvió a intervenir.

—Tienes que darte prisa, están a punto de llegar. —Luego añadió—: Trae también la pistola, si quieres. Pero deja el móvil en casa.

No cogió el sendero, no se fiaba. Bordeó la orilla del lago sin quitarle ojo a la maraña del bosque, intentando captar algún movimiento o la sombra de alguien.

Obviamente, llevaba la pistola consigo.

Llegó al mirador, pero no había nadie. Oteó a su alrededor. Por detrás de una roca apareció una figura.

Mila apuntó su arma.

—Quieto —lo amenazó.

Era un hombre con un pasamontañas rojo del que apenas se entreveían los ojos y la boca.

—Voy desarmado —afirmó, manteniendo las manos levantadas y bien a la vista.

Era un tipo robusto, claramente nada en forma. Llevaba un traje claro, arrugado. La americana, el pantalón y la corbata marrón estaban llenos de manchas de grasa acumuladas en el tiempo. Llevaba puestos unos guantes de látex en sus manos de dedos rechonchos, evidentemente demasiado pequeños comparados con su tamaño. Y tenía los pies planos.

No parecía amenazador, en todo caso, extravagante.

—Quiero ayudarte —le aseguró.

—Quítate esa mierda de pasamontañas —le ordenó.

—No. Esta es mi única condición... Al fin y al cabo, si me disparas o me coaccionas no conseguirás nada.

Mila lo pensó un momento. La situación era paradójica.

—¿Dónde está mi hija?

—El cliente del bar con el impermeable negro —dijo en cambio el hombre—. El chico albino y luego el motorista.

Mila no lo entendía. ¿Cómo podía estar al corriente de esos tres?

—¿Son una banda? —preguntó.

—En realidad no se conocen entre sí. Pero todos tenían el mismo cometido: asustarte.

—¿Por qué?

—Porque así se lo indica su juego.

—¿Qué juego? ¿De qué hablas? ¿Quién ha cogido a mi hija? —insistió, irritada.

—No lo sé —contestó el otro—. Es como en el Monopoly: coges una carta y te dice lo que te ha tocado. A ti te ha correspondido esto, lo siento.

Mila reflexionó.

—Los ha enviado Enigma, ¿verdad?

Sí, había sido el susurrador, estaba segura.

El hombre del pasamontañas no le contestó. En cambio, preguntó:

—¿Puedo bajar ya los brazos? Empiezan a hacerme daño.

Le hizo un gesto de que podía. El desconocido se masajeó los codos doloridos.

—Gracias.

—¿Ahora quieres decirme qué está pasando?

—No es seguro quedarse aquí —le advirtió el hombre—. Te contaré todo lo que sé, pero tendrás que seguirme a un sitio.

—Estás loco, no te seguiré a ninguna parte.

—Si lo prefieres, puedes llamar a tus amigos policías. Pero no lo hagas con el teléfono que has dejado en casa: lo han *hackeado*.

—¿Quién? —Mila estaba furiosa.

El hombre volvió a mostrarse evasivo.

—Si vas a la Policía, no volverás a ver a tu hija.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—No lo sé, pero es fácil imaginarlo.

Mila estaba aturdida. El hombre intentó convencerla.

—Escucha, él te ha elegido.

Se refería a Enigma. ¿Cómo podía saber lo del tatuaje con su nombre? El departamento no había difundido la historia a los medios de comunicación.

—Sabes cosas que no deberías saber —dijo Mila—. ¿Puedes demostrarme que eres sincero? Enigma podría haberte enviado a ti también...

—Tienes razón, yo tampoco me fiaría demasiado. Pero piénsalo: ¿qué alternativas tienes?

Mila lo sopesó. Cambió la pistola de una mano a otra, sin perderlo nunca de vista. Luego, con los dientes, levantó la manga del jersey para dejar la muñeca al descubierto.

—Cuando me he despertado hace un rato, he encontrado esto... —dijo mostrándole el mensaje con las coordenadas geográficas.

—Está bien. —El desconocido tomó nota con un tono preocupado—. Vámonos.

Esta vez Mila decidió seguirlo.

Se encaminaron por el sendero, ella unos pasos por detrás para tenerlo a tiro. Llegaron a un ensanchamiento sin asfaltar donde en verano aparcaban las autocaravanas. Había un Peugeot 309 de color beis que dataría de los años noventa. «Igual que el Passat verde de Enigma», pensó ella.

—Ahora te explico lo que vamos a hacer —apuntó el hombre—. Como ya sabes, no quiero que me veas la cara. Pero con el pasamontañas no puedo conducir: resultaría demasiado sospechoso.

—Conduciré yo.

—Vale, tampoco quisiera decirte adónde nos dirigimos.

—Entonces ¿cómo lo haremos? —preguntó Mila.

El hombre calló y Mila comprendió por sí sola lo que tenía en mente.

—No me meteré en un maldito maletero. Eso no va a pasar, olvídale.

—Tienes una pistola, yo voy desarmado —puntualizó el desconocido—. ¿O es que no te fías de cómo conduzco? —dijo irónicamente.

Mila lo miró de reojo.

—Espero por tu bien que la información que tengas sea tan importante como dices —lo amenazó antes de dirigirse hacia la parte trasera del coche.

Encerrada en el maletero, Mila intentó registrar lo que sucedía a su alrededor a lo largo del trayecto.

Habían atravesado un centro habitado, porque había oído unos niños en un parque infantil. También habían pasado junto a una fábrica, porque había notado un fuerte olor metálico, sin duda relacionado con las emisiones de un alto horno. Además, el hombre del pasamontañas había estornudado varias veces.

—Soy alérgico a los gatos —se había excusado en voz alta.

Mila había pensado en Finz: tal vez llevaba algún pelo suyo encima. Inevitablemente, esa reflexión la condujo a Alice. Tenía miedo de lo que estaba pasando su hija. Hubiera querido formularle miles de preguntas al desconocido, pero se abstuvo.

Tardaron casi una hora en llegar a su destino.

Aparcaron en un lugar carente de ruidos. Entonces Mila escuchó solo una persiana que se cerraba. El encapuchado fue a liberarla. Al abrir la puerta del maletero, la expolicía descubrió que se encontraban en el garaje de una vivienda.

—¿Todo bien? —le preguntó el hombre, y a continuación le tendió la mano rechoncha cubierta con el guante de látex y la ayudó a salir.

—Todo bien —confirmó Mila sin bajar la guardia, porque todavía no sabía dónde estaban.

—Iré delante —dijo él, poniéndose en marcha.

Poco después, cruzaron el umbral de un comedor.

Los recibió un extraño olor químico, a plástico o a goma quemada, como el hedor que queda después de quemar un neumático.

Mila oyó que la puerta se cerraba detrás de ella y comprendió que era demasiado tarde para escapar. De modo que se dedicó a estudiar lo que tenía alrededor.

La vivienda en la que estaban se parecía a uno de esos chalets familiares que se levantan en los barrios residenciales de las afueras de las grandes ciudades. Pero de eso no podía tener la certeza porque las ventanas estaban tapadas con unas gruesas cortinas negras. La decoración era sobria y, sobre todo, parecía que no se utilizaba desde hacía tiempo. No había rastro de más inquilinos.

—Por este lado —le indicó el dueño de la casa.

La condujo hacia una puerta tras la que se ocultaba una escalera que descendía al sótano.

Mila vaciló: no quería acabar como esas víctimas que se fían totalmente de su asesino hasta el punto de seguirlo hasta la trampa que ha preparado para ellas.

—Sigues llevando la pistola, ¿no? —le dijo el otro, ante tanto titubeo. Luego, sin esperar su decisión, la precedió.

Cuando llegó al último escalón, Mila se dio cuenta de que estaba en un sótano que hacía las veces de trastero y de lavadero. Pero además de los estantes llenos de

viejos enseres y cajas, también había un catre y un rincón con una cocina en un lado.

En un armario abierto colgaba un extraño guardarropa compuesto de monos de trabajo, trajes elegantes, camisetas juveniles y abrigos. Mila se sorprendió de que también hubiera un tocador con un espejo, unas cabezas de poliéster que servían para colocar varias pelucas y una repisa llena de cosméticos.

Allí era donde vivía su inquietante anfitrión, una elección singular, en vista de que arriba tenía a disposición una casa entera.

Entonces la expolicía se volvió y vio que había una butaca raída situada frente a un viejo iMac con la pantalla de rayos catódicos y los bordes de color azul, transparentes. Recordó que ese aparato significó una revolución en la época en que se comercializó, alrededor de los años noventa. Esa pieza de coleccionismo, sin embargo, todavía debía de funcionar. Sobre la mesita en la que estaba situado, junto al ratón y el teclado, había un *joystick* y un visor de realidad virtual.

Lo que hacía falta para entrar en el juego sin nombre, pensó enseguida Mila.

—Bienvenida —exclamó el hombre del pasamontañas rojo—. Ahora puedes preguntarme lo que quieras.

—¿Dónde está Alice?

—No lo sé —contestó rápidamente el otro—. Pero, aunque no puedo confirmártelo, estoy casi seguro de que se encuentra bien.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque tu hija es lo que está en juego.

Otra vez la historia del juego, ¿qué significaba?

El hombre se quitó la chaqueta arrugada y aun así fue a ponerla con mucho cuidado sobre el catre, a continuación se sentó al lado, poniendo las manos enguantadas sobre las rodillas en posición de espera.

—Segunda pregunta... —la animó.

—¿Quién eres tú?

—Mi nombre no te servirá de nada, ni tampoco ver mi cara —afirmó tranquilo—. El anonimato es mi pequeña obsesión, espero que no te moleste.

—Depende de quién seas realmente —lo provocó Mila—. Podría dispararte en una pierna y obligarte a mostrarme el rostro: las balas saben ser muy convincentes y estoy segura de que me lo dirías todo con tal de no morir desangrado.

—Podrías, pero no lo harás...

Mila se calló. Transcurrieron unos segundos de silencio.

—De acuerdo —accedió el hombre, en vista de que ella no cejaba—. Hace años decidí borrar cualquier rastro de mi identidad. Aunque te dijera cómo me llamo y te mostrase mi aspecto, no encontrarías ningún resultado en ningún archivo o base de datos. Además, nadie me ha visto nunca, nadie me conoce: hace tiempo que abandoné todo contacto con el resto de la humanidad.

Exactamente igual que Enigma, reflexionó Mila.

—¿Cómo consigues que no te graben las cámaras de seguridad que hay por ahí? ¿Te vuelves invisible? —dijo irónicamente.

—Suelo modificar mis rasgos, me disfrazo para confundirme con la multitud —le reveló, señalando el tocador con el maquillaje y la ropa colgada—. No dejo huellas dactilares ni ADN por ahí —dijo levantando las manos con los guantes de látex—. No es fácil, requiere mucha disciplina. Pero puede hacerse, te lo aseguro.

Mila estaba sorprendida por tanto empeño.

—No tengo móvil ni aparatos electrónicos que permitan que alguien me localice o pueda llegar hasta mí. La única tecnología que utilizo se remonta a los años noventa, cuando las multinacionales todavía no estaban autorizadas a introducir códigos de rastreo en sus productos.

Mila pensó en el coche y en el ordenador del hombre. Enigma también se servía de estrategias parecidas.

—He tardado mucho tiempo en obtener este resultado —se jactó al final el anfitrión—. Pero he acabado consiguiéndolo... Yo no existo.

—¿Y cómo debo llamarte?

—Pascal.

—Pascal —repitió Mila—. Como el lenguaje de programación, imagino —dijo, recurriendo a sus escasos conocimientos en informática.

El hombre no hizo ningún comentario. Entonces, Mila decidió ir directa al grano. Señaló el visor.

—Háblame del juego sin nombre.

El hombre del pasamontañas rojo puso un hervidor sobre el fogón eléctrico.

—El nombre del juego es *Dos*, pero algunos lo llaman *El más allá* —dijo—. Estaba disponible en línea poco antes del inicio del nuevo milenio: por eso los gráficos no son sofisticados como los de los videojuegos modernos. Pero en mi opinión su aspecto *vintage* también conforma su auténtica belleza, ¿no te parece?

Mila no contestó, no era relevante.

—De todos modos, sería un error imperdonable considerar *Dos* solo un juego, porque al principio era sobre todo una extraordinaria utopía.

El tono de voz de Pascal era nostálgico.

—Los creadores de *Dos* prefirieron permanecer en el anonimato, sobre ellos circulan un montón de leyendas. Pero lo que cuenta es que imaginaron una dimensión paralela, un lugar virtual que fuera la réplica exacta de la realidad, pero donde poder llevar a cabo un revolucionario experimento social... *El más allá* debía ser un ensayo general para el mundo del mañana, un mundo para probar nuevos modelos y nuevas fórmulas para hacer progresar a la humanidad.

Pascal parecía convencido de lo que afirmaba. Mila, sin embargo, todavía no entendía si realmente podía ayudarla o simplemente estaba loco.

—Lo más extraordinario era que todos podían formar parte de ese gran sueño: cuando entrabas en *Dos* tenías que buscarte un trabajo que te permitiera ganar dinero, comprar una casa, bienes, siempre dentro del juego. No debía ser un trabajo cualquiera, sino uno que favoreciera el crecimiento de la nueva sociedad, porque la regla de *Dos* era que el bienestar de cada uno repercutiera en el de todos. Podías hacer carrera, tener éxito y reconocimientos, pero solo a condición de ofrecer una ventaja también a los demás... En *Dos* no existía el paro, la lucha de clases ni las injusticias sociales.

—¿Podías ser cualquiera o tenías que ser tú mismo a la fuerza?

—Escogías un avatar y eras libre de interpretar cualquier papel. Pero la lección que todos aprendían enseguida era que en *Dos* la sinceridad constituía siempre la mejor opción.

Mila no creía que los seres humanos pudieran ser sinceros. «Todos mentimos para imponernos a los demás», se dijo.

—*Dos* nació para facilitar la interacción entre individuos. Allí coincidían, se conocían, había un continuo intercambio de ideas y propuestas. También era extraordinario en cuanto a las relaciones afectivas: a menudo había noviazgos o, incluso, bodas entre personas distintas de las que tenían al lado en la vida real. Pero no había malicia, no se podía comparar con una infidelidad. Es más, muchos reforzaban sus relaciones reales precisamente gracias a que en *El más allá* aprendían cosas de sí mismos que antes ni siquiera imaginaban.

El hervidor empezó a silbar. Pascal lo apartó del fogón y vertió el agua caliente en dos tazas en las que sumergió unas bolsitas de té.

—Cuando entré en ese mundo por primera vez, a través del ordenador de un chico de diecisiete años desaparecido, solo vi una ciudad espectral —le contó Mila, acordándose de Raspa.

—Hubo una época en la que en *Dos* había casas, coches, tiendas, locales. Podías ir al cine o a bailar, comprar un bonito vestido o presentarte a unas elecciones. Muchos artistas, pintores, músicos, actores, entraban en *Dos* para mostrar sus creaciones. No había crímenes, egoísmo, crueldad: quien no respetaba las reglas, acababa excluyéndose a sí mismo del juego... La gente era feliz.

—¿Y qué ocurrió luego?

El tono de Pascal se volvió triste.

—Con la intención de imaginar la sociedad perfecta, los creadores de *Dos* olvidaron introducir una variable imprescindible de la naturaleza humana.

—La maldad —dijo Mila, anticipándose.

Pascal asintió.

—Excluir *a priori* el mal fue un error, pero se dieron cuenta demasiado tarde. Tendrían que haberlo previsto para permitir que el universo paralelo creara los anticuerpos para derrotarlo por sí mismo. A la larga, el mundo que habían generado a partir de la nada ya no era atractivo. La gente no ambicionaba ser perfecta, al

contrario: quería sentirse libre de no serlo... De modo que los usuarios de *Dos* fueron perdiendo el interés progresivamente y empezaron a abandonar el juego.

Mila se dio cuenta de que, además de mostrarse nostálgico, Pascal estaba decepcionado.

—Quienes antes viajaban a *El más allá*, ahora encuentran más gratificante navegar por cualquier red social —afirmó el hombre con amargura—. Crees que interactúas con los demás, en cambio te rodeas de falsos amigos solo para mirar de reojo la vida de los demás y dejar que te miren; sin pudor, sin vergüenza... Solo eres un hámster en la jaula que se pasa el tiempo espiando las jaulas de los otros hámsteres.

El hombre del pasamontañas comprobó que el té había terminado de infusionar y a continuación le tendió una de las tazas. Mila la aceptó.

—Según los informes del departamento, el «método Shutton» está funcionando estupendamente —siguió diciendo el anfitrión—. Los delitos han disminuido rápidamente, los homicidios se han reducido drásticamente, la población se siente más segura...

Mila recordaba las palabras de Berish en ese sentido y también los datos que Su Señoría en persona había soltado en la breve conversación en la sala de operaciones antes de la incursión en la refinería abandonada.

—En vez de felicitarnos por estos resultados, deberíamos hacernos una pregunta... ¿Dónde ha ido a parar el mal?

Mila temía la respuesta.

—Internet es una enorme esponja: absorbe lo que somos, sobre todo lo peor. En la vida real nos vemos obligados a adaptarnos para convivir con los demás, llegar a un compromiso con nuestra naturaleza, aceptar leyes y convenciones. A veces también debemos ponernos una máscara, pero es inevitable: en otro caso no podríamos formar parte de la sociedad... En la red, en cambio, nos sentimos liberados de toda esa hipocresía, pero es solo una ilusión: simplemente nos han dejado solos con nuestros demonios. Y la prueba la tenemos precisamente en *Dos*.

—¿Qué sucedió después de que la gente se fuera del juego? —preguntó Mila, impaciente.

Pascal se apoyó en una viga del sótano y se aflojó la corbata.

—Después de una temporada en que se convirtió en un lugar desértico, *El más allá* empezó a poblarse de nuevo —contó—. Imagina una tierra de nadie que es la reproducción exacta del mundo en el que vivimos, un sitio en el que las personas pueden hacer cosas que en la vida real no harían por miedo a la ley, pero también por vergüenza, por el juicio social que eso comportaría. Piensa en un sitio sin reglas, donde el único Dios reconocido es el egoísmo y la ley del más fuerte la única que se respeta.

Mila podía imaginárselo. Ese mundo le dio miedo.

—Ayer, mientras exploraba *Dos* con el ordenador de un tal Raspa, noté una presencia a mi alrededor... Luego habló, me dijo: «Mírate».

Pascal zanjó el asunto.

—Todos te estaban mirando.

—¿Quieres decir los otros jugadores?

—Enigma los invitó al espectáculo, por eso todos lo vieron. Yo también —añadió él—. Así es como te he encontrado.

Mila no estaba convencida del todo de la explicación, pero entonces examinó a Pascal.

—Tengo la impresión de que los números de mi muñeca significan que si quiero encontrar a Alice tengo que volver al juego...

—Me temo que sí —confirmó él, mirándola a su vez—. Solo así podrás saber cómo funciona en realidad.

Pascal se dirigió hacia el iMac y lo encendió.

—No te preocupes: tengo una conexión protegida y nadie podrá localizarte —la tranquilizó sentándose delante del terminal y empezando a teclear frenéticamente en el teclado—. Estoy creando un avatar para ti.

Mila no sabía todavía si iba a aceptar, mientras tanto el hombre del pasamontañas rojo seguía pulsando teclas.

—¿Canción preferida?

—¿Cómo? —Se oyó preguntar.

Pascal levantó la mirada hacia ella.

—Tengo que poder sacarte de ahí en cualquier momento, la música es como una especie de cuerda de seguridad.

—La otra vez salí yo sola.

—Esta vez será distinto, créeme.

—Pues cualquier cosa de Elvis —dijo recordando lo que le gustaba a Alice.

—El Rey siempre es una excelente elección —aprobó él.

Cuando hubo terminado, se levantó para coger un gran mapa de la ciudad y se lo extendió delante.

—A ojo, diría que las coordenadas que te han escrito en la piel indican que entrarás en *Dos* por aquí...

Le mostró el lugar.

—Chinatown —identificó Mila enseguida, y volvieron a su mente el bullicio, los olores y los colores del barrio.

El hombre del pasamontañas le tendió el visor de realidad virtual y seguidamente dio un par de palmadas al respaldo de la butaca que estaba frente al terminal para hacerle entender que todo estaba listo y ahora le tocaba a ella.

—Eso no vas a poder llevártelo contigo, lo sabes ¿verdad? —ironizó, señalando la pistola.

—¿Tú no vendrás conmigo?

—No creo que la invitación sirva para los dos... Y tampoco podré ver lo que ocurra allí abajo, por eso deberás prestar mucha atención.

La expolicía posó el arma sobre la mesa, al lado del ordenador. Consideró que si Pascal hubiera querido matarla realmente, encontraría la manera de conseguir su objetivo de todos modos.

Así que tomó asiento.

En la pantalla del iMac apareció el portal de *Dos*, con el globo estilizado dando vueltas y la casilla donde introducir la latitud y la longitud, cosa que Pascal hizo enseguida leyéndole la muñeca.

—Un último detalle... —El hombre se hurgó el bolsillo del pantalón, luego abrió la palma de la mano enguantada delante de ella. Contenía una píldora azul.

—Polvo de ángel —dijo Mila, reconociéndola—. ¿Para qué necesito una droga sintética?

—Como tuviste ocasión de constatar con tus ojos cuando estuviste allí, *Dos* tiene un grafismo casi elemental.

Mila recordaba la baja resolución: píxeles ausentes y agujeros negros, colores apagados, perfiles desenfocados de las cosas, imágenes planas a pesar de las tres dimensiones.

—Muchos jugadores toman polvo de ángel para tener una experiencia más realista.

La expolicía no tenía ninguna intención de tomarse ninguna píldora.

—Mi objetivo no es jugar, sino indagar.

—Hay un componente de *El más allá* que no está escrito en los códigos del programa: se trata de una experiencia emotiva y sensorial que no puede explicarse... Y si no comprendes completamente de qué estoy hablando, no entrarás nunca en la cabeza de Enigma y no podrás saber cuál es su plan, su diseño.

«Diseño» era una palabra que utilizaban criminólogos y analistas de perfiles, pensó Mila. «No sé quién es Enigma, pero tampoco quién eres tú, Pascal; podría haber cualquiera debajo de ese pasamontañas». Miró una vez más la droga que reposaba en la superficie de látex, indecisa.

—Antes has dicho que Alice era lo que estaba en juego.

—Enigma empezó una nueva partida, y tú eres su antagonista —le confirmó Pascal.

—¿Cuál es mi juego?

—Me temo que tendrás que descubrirlo tú misma.

Mila cogió la pastillita azul de su mano y se la metió en la boca sin pensarlo.

—Estoy lista —dijo—. Vamos.

Fue muy distinto comparado con la primera vez.

Se vio proyectada hacia un túnel negro. El viaje fue rapidísimo, duró menos de un segundo, pero la sensación de alejamiento fue total: ya no percibía la presencia de Pascal a su lado, al igual que también se desvanecieron los sonidos y los olores del sótano.

En el extremo de la galería se encontró un callejón entre dos edificios, al final del cual se entreveía una calle desierta.

Era de noche. Se maravilló, porque en el mundo real era por la mañana.

El efecto visual era sorprendente. La realidad en torno a Mila no dejaba de ser artificial, pero la imagen de conjunto resultaba increíblemente nítida. Los contornos que en el viaje anterior parecían desdibujados ahora se veían más definidos. Los movimientos eran fluidos; era como estar en el interior de un frasco. Y, sobre todo, los colores ya no estaban desteñidos, sino que eran tan verídicos que impresionaban.

Mérito del polvo de ángel.

Mila se miró las manos. Las tenía cuidadas, eran elegantes, con los dedos estilizados. Nunca había tenido unas manos así. Normalmente se cortaba las uñas muy cortas y tenía la piel ajada. Resultaba extraño. Así que sintió curiosidad por ver el resto.

Se fijó en una ventana a un metro de ella y se acercó para reflejarse en el cristal cubierto de hollín.

Iba vestida de oscuro, como prefería por lo general. Subió con la mirada hacia su propio rostro. Todavía seguía vivo el recuerdo de cuando en el reflejo encontró el de Karl Anderson.

El pelo ondeaba ligeramente al viento y la piel de la cara era suave. Mila se sorprendió al descubrir que el avatar que Pascal había creado para ella era una desconocida que le era familiar. De entrada, no sabía explicárselo. Se parecía a ella, aunque era distinta.

«Esa no soy yo —se dijo—. Es Alice de adulta».

Pero en el fondo el parecido era normal, solo que Mila olvidaba a menudo lo mucho que tenían en común ella y su hija. El pensamiento le hizo daño.

En ese momento la distrajo una sensación que ya había experimentado en el pasado: una neblina se extendía sutilmente por su rostro y el dorso de sus manos. Levantó la mirada al cielo de alquitrán.

Estaba lloviendo.

Una llovizna fina, podía sentirla claramente sobre ella: solo entonces Mila comprendió el significado de las palabras de Pascal.

«Hay un componente de *El más allá* que no está escrito en los códigos del programa: se trata de una experiencia emotiva y sensorial que no puede explicarse...».

La percepción de estar mojada era otro engaño —el más logrado, hasta ahora— del polvo de ángel.

Se encaminó hacia el extremo del callejón.

Una vez en la calle, miró a su alrededor. Chinatown era un largo enclave de edificios bajos sobre los que se cernían los rascacielos del centro. Normalmente eran gigantes de luz, pero en *El más allá* aparecían como monolitos de baquelita negra.

Los letreros de colores del barrio chino estaban apagados, los faroles rojos se balanceaban como tristes vestigios del pasado. Pesaba un tétrico silencio. No era el lugar que recordaba y al que le gustaba ir. Era como si lo hubieran contaminado con algo maligno.

Una brisa pasó por su lado, rozándole una pierna. Mila se volvió a mirar, pero no había nadie. Una vez más, como cuando estaba en el apartamento de los Anderson, tuvo la nítida impresión de no estar sola.

«Todos te estaban mirando...», había dicho Pascal.

Se puso a caminar por la calle. A través de los escaparates de las tiendas no se veía nada, solo oscuridad. De nuevo la brisa, pero esta vez le habló.

—Sálvate —dijo la misma voz delicada que ya había oído en el cuarto de las gemelas.

Mila se quedó bloqueada y miró a su alrededor intentando comprender quién había hablado. No había nadie. Pero notó un cambio delante de ella.

Al fondo de la manzana, había un cine. La puerta se estaba abriendo y una sombra se alargó sobre el asfalto. Decidió ir a ver de qué se trataba.

En el interior, un largo pasillo oscuro; del fondo provenía el tictac de un reloj.

Por un instante tuvo miedo de seguir adelante. «Todo es fingido —se recordó a sí misma—. Es ridículo titubear. Nadie puede hacerme daño realmente —se repitió avanzando en la oscuridad».

Y, sin embargo, una parte de ella, la menos racional, albergaba un mal presentimiento.

Al final del pasillo había una habitación.

A Mila le recordó el salón de casa de su abuela. El tictac que la había conducido hasta allí procedía de un viejo péndulo. Había un sofá y butacas de terciopelo, una alfombra con dibujos geométricos, una lámpara de pie que terminaba en una pantalla granate de la que procedía una luz cálida. Un aparador y mesitas de café llenas de estatuillas de porcelana. Una estufa de hierro fundido encendida y una mecedora. Las paredes estaban revestidas de papel pintado con unas graciosas flores rojas. Eran tan realistas que Mila se acercó como para tocarlas.

Las florecillas se movieron y ella retiró la mano.

Había un cuadro colgado en la pared. Un paisaje campestre. Al igual que el papel de las paredes, la obra no era en absoluto estática. El agua de un riachuelo corría plácidamente y la hierba se mecía con la caricia del viento.

En medio del prado había una preciosa rosa negra.

Pascal había hablado de artistas que en otra época iban a *Dos* para experimentar con su talento, Mila pensó que se trataba de una *performance* digital. Estuvo tentada de coger la flor, pero la pintura se disolvió y el cuadro se convirtió en un espejo. Ella reconoció su propio avatar, pero lo que vio reflejado a su espalda no le gustó.

La mecedora se movió, como si hubiera alguien sentado. La bombilla de debajo de la pantalla vibró y la luz disminuyó de intensidad. La estufa de hierro fundido se apagó haciéndole sentir de repente un frío intenso. Bastaron esas pequeñas disonancias para hacerle entender que todo era igual que antes y, sin embargo, de repente «todo» era distinto.

El reflejo de su avatar fue succionado hacia el interior del marco por un abismo líquido.

Mila se volvió. Las florecillas de las paredes se habían marchitado. Se dio cuenta de que ya no estaba sola. O tal vez nunca lo había estado.

«Sálvate...».

«No, —se dijo—: es demasiado tarde, ya ha llegado». Una sombra con forma humana se separó de la pared y avanzó tres pasos hacia ella. Luego se paró. No hacía nada, no decía nada. Su simple presencia, sin embargo, era angustiosa. Mila también sabía quién la enviaba.

—¿Tienes algo que decirme? —preguntó ella, para interrumpir el claustrofóbico silencio.

No hubo reacción.

—Adelante, aquí estoy... ¿Qué quieres de mí?

Empezaba a ponerse nerviosa, pero solo porque —a pesar de no querer admitirlo— sentía que el miedo crecía en su interior.

Transcurrieron unos segundos en los que no sucedió nada. Luego fue todo incluso demasiado rápido. La sombra dio un salto —elegante como el de un antiguo depredador— y en un instante se le echó encima.

Mila no tuvo tiempo de esquivarlo o de huir. La sombra la aferró. «Todo esto no existe, no es real. Está solo en mi cabeza».

Estaba tumbada, pero no en el suelo: flotaba en el aire. La sombra estaba encima de ella. De la cabeza emergieron dos ojos negros. Los mismos ojos con los que se había cruzado en el refugio de mantas.

Entonces la sombra habló:

—Mamá...

Era Alice, y estaba asustada. La voz de la niña rechinaba en la boca del monstruo. Mamá... Cuántas veces Mila había odiado ese nombre.

—Mamá, por favor, ayúdame...

«Mi hija me está llamando. Mi hija me necesita».

La cazadora de desaparecidos, la mujer sin empatía, empezó a sentir algo en su interior después de muchos años. Una indescifrable convulsión. ¿Cómo era posible? ¿Era lo mismo que sentía su hija en ese momento?

De repente alguien le echó los brazos al cuello.

«Es Alice, se agarra a mí, quiere que la salve».

Lástima que no pudiera corresponderla. Habría podido hacerle saber que no iba a abandonarla.

Pero entonces el abrazo empezó a ser más intenso, cada vez más. No solo afectaba al avatar. Le estaba sucediendo «a ella». Mila notó que le faltaba el aire.

Se había equivocado. No era su niña quien la abrazaba, sino el monstruo que la estaba asfixiando.

Podía sentir claramente una garra que se cerraba alrededor de su garganta. El ser era demasiado fuerte, ella no podía oponer resistencia. «No está sucediendo de verdad», seguía repitiéndose. Pero se estaba ahogando.

Apartó la mirada hacia su izquierda. En el espejo de antes encontró un rostro.

Una chica.

De rasgos delicados, la piel joven. Ojos azules engarzados en un par de gafas y largos cabellos rubios recogidos en una coleta.

La chica estaba en su misma situación. Tendida, cianótica, con las manos de un desconocido alrededor del cuello. E invocaba ayuda con la mirada.

En la garganta de la chica del espejo se extendían cardenales violáceos, de las mejillas se propagaba una red de capilares rotos que subía hasta las sienes. Se estaba muriendo. Mila se dio cuenta de que lo mismo le estaba sucediendo a ella.

«No puedo morir, ahora no».

—Mamá... No te vayas, mamá...

«Lo siento, Alice. Si me quedo aquí, sin duda moriré. Tengo que irme».

—No, te lo ruego, mamá, quédate... Quédate conmigo...

«Lo siento, lo siento, lo siento...».

En el momento en que vio a la chica del espejo rendirse a la furia de su asesino, comprendió que para ella también era el fin. Mientras trepaba sobre su último aliento, reconoció una música muy dulce, lejana... El estilo inconfundible de Elvis cantando *You Don't Have To Say You Love Me*. A la que también se solapó la voz de Pascal...

—Respira —le conminó.

Mila abrió los ojos de par en par y vio que estaba tendida en el suelo del sótano. «... *You don't have to say you love me / Just be close at hand...*».

Pascal estaba encima de ella —exactamente como la sombra que la había atacado — y la sacudía. «... *You don't have to stay forever / I will understand...*».

—Respira —repitió el hombre del pasamontañas rojo, dándole un golpe con la mano abierta en el esternón.

Justo entonces Mila recordó que todavía podía hacerlo. Abrió la boca e inspiró todo el aire que pudo. Tardó un rato en recobrar el aliento. Unos puntitos negros danzaban en su campo de visión.

Por fin comprendió el peligro que había corrido.

Apartó al hombre haciéndolo caer hacia atrás. A continuación, cogió la pistola que había dejado encima de la mesa y la apuntó contra él.

—¿Qué has intentado hacerme? —gruñó con rabia, pero con la voz ronca.

Pascal levantó las manos, aunque se quedó donde estaba.

—Habías dejado de respirar —le dijo.

—Querías matarme —lo acusó mientras Elvis seguía cantando... «*Believe me, believe me / I can't help but love you...*».

—No he sido yo —se defendió él—. Ha sido la droga.

«... *But believe me / I'll never tie you down...*».

Mila todavía sentía la presión de su atacante y se llevó las manos a la garganta. Para su gran sorpresa, no le dolía. ¿Cómo era posible?

La música cesó. Ahora también estaba solo en su cabeza. Entonces comprendió que había cometido un error: si en *Dos* el efecto de la lluvia había sido tan realista, debería haber imaginado lo que podía pasar con lo demás.

La ficción podía convertirse en real.

«Hay un componente de *El más allá* que no está escrito en los códigos del programa...».

—En *Dos* se puede morir. —Estaba furiosa—. ¿Era esto lo que querías que descubriera por mí misma?

—La mente ve lo que la mente quiere ver —fue la respuesta de Pascal—. La sensación es real tanto para la víctima como para el verdugo: de ahí el éxito de *Dos*... Sexo, violencia, dolor, muerte: puedes experimentarlo todo. Y lo más extraordinario es que no violas ninguna ley. Nadie puede castigarte.

Mila pensó en Karl Anderson. Se había preguntado cómo un padre podía matar brutalmente a la sangre de su sangre. La respuesta era sencilla: ya sabía lo que iba a sentir. Y le había gustado.

—Es un parque de atracciones para maníacos de mierda —comentó sin apartar la pistola de Pascal.

—Pero ahora cálmate...

—No voy a calmarme.

—Si yo no hubiera estado aquí contigo, te habrías ahogado —rebatía el otro, levantándose con una mano en la espalda dolorida—. Al menos deberías darme las gracias.

Mila sintió que le cedían las rodillas. Se mareaba, estaba a punto de desplomarse. Pascal se precipitó hacia ella y la sostuvo justo a tiempo.

—Todavía estás demasiado afectada —dijo, luego le cogió delicadamente la pistola y la condujo hacia el catre.

Mila lo dejó hacer.

—El juego te ha hablado, ¿verdad? —preguntó el hombre del pasamontañas.

—Creo que sí —dijo ella—. Pero todavía no entiendo muy bien de qué se trata.

—No te preocupes, ya lo entenderás —contestó Pascal, quien a continuación fue a coger un botellín de agua. Estaba a punto de beber un sorbo, pero se lo pasó ya abierto a Mila.

Ella aceptó, lo que se tradujo como una señal de paz.

—Ahora que sé cómo funciona, vuélveme a enviar allí abajo para acabar el juego.

—No tienes ni la más remota idea y apenas te sostienes en pie —le señaló él—. Y, además, no se puede tomar más PCP tan pronto: esa cosa te hace papilla el cerebro, ¿no lo sabes?

No le importaba: Alice necesitaba su ayuda.

—Si ahora volvieras ahí adentro, no sabrías adónde ir. Antes tendrás que encontrar las otras coordenadas geográficas en el mundo real.

Mila se acordó de los números que le habían escrito en la muñeca. Comprendió que había sido un regalo de bienvenida, el resto no iba a ser gratis.

—Tendrás que centrarte en lo que has visto mientras estabas allí —le explicó Pascal—. Los elementos de la escena son cruciales para saber cuál es tu juego: son como las partes de un jeroglífico, cada uno tiene un significado.

—Alice me ha hablado, ¿quiere decir esto que todavía está viva? —preguntó enseguida.

—Siento decírtelo, pero creo que tu hija era una distracción: servía para apartar tu atención de cosas más importantes.

No había nada más importante que ella, pero tal vez Pascal tuviera razón. Mientras reflexionaba, Mila bebió un largo sorbo del botellín.

—Al principio, una voz me ha puesto en guardia sobre lo que iba a ocurrir...

«Sálvate».

—Ahí dentro no encontrarás amigos —comentó el otro.

—Pues ha sido así: también noté su presencia en casa de los Anderson —insistió la expolicía—. No había nada de amenazador, al contrario: era una presencia positiva, no sé cómo explicarlo. Parecía... «un espectro».

Pascal sacudió la cabeza.

—Yo tampoco puedo explicármelo, pero a veces en *El más allá* vemos y sentimos cosas que no están porque son fruto de nuestra mente, sobre todo si estamos bajo los efectos de un ácido.

—Luego, obviamente, estaba el monstruo y la chica...

—Descríbemelos.

—El primero estaba hecho de sombras, solo sé que ha intentado asfixiarme... La chica, en cambio, parecía una estudiante, puede que fuera por las gafas. La he visto en un cuadro que, sin embargo, también era un espejo porque su rostro era mi rostro en el reflejo...

—Cuadro, estudiante... —resumió el hombre del pasamontañas.

—Y había muebles viejos y una rosa negra —añadió. Entonces Mila sufrió un nuevo mareo, clavó los brazos en el catre y cerró los ojos.

Pascal le llevó otro botellín de agua.

—Necesitas beber para que tu organismo se libere de los residuos del polvo de ángel. Y también deberías intentar dormir un poco.

—No hay tiempo —rebatía Mila, esforzándose en reaccionar. «Alice no tiene tiempo»—. Y además estoy demasiado alterada, no lograría dormirme.

Pensó que eso también era un efecto de la droga.

—Hay remedio para todo... —dijo el hombre del pasamontañas.

Hurgó en el bolsillo y le mostró otra píldora.

—Niacina, es el antídoto de la PCP: cuatro miligramos para salir del viaje —la tranquilizó.

Mila se la tragó con un sorbo de agua. A continuación, él le puso la mano con los guantes de látex sobre los hombros y la obligó a tenderse en la cama. Ella no opuso resistencia, le faltaban las fuerzas.

—Cuando te despiertes, tendrás las ideas mucho más claras y pensaremos en un plan para recuperar a tu hija —le prometió.

Mila sintió que los párpados se volvían pesados. En la oscuridad de los sentidos, todo parecía enrarecido. Vislumbró a Pascal mientras se quitaba el pasamontañas rojo.

Pero antes de lograr verle el rostro, los ojos se le cerraron del todo.

No tuvo tiempo de quedarse dormida, al cabo de unos segundos volvía a estar en guardia.

Al menos eso fue lo que le pareció. En su mente, ese sueño había durado poquísimo. Pero luego descubrió que había oscurecido y que la única luz era la de la luna que se filtraba por una ventana del sótano. «No puede ser ya de noche», se dijo.

Tenía frío. Se levantó e intentó mirar a su alrededor.

—Pascal... —llamó.

No obtuvo respuesta.

Entonces advirtió que ya no estaban ni el iMac ni el extraño guardarropa, el maquillaje ni las pelucas. Las provisiones también habían desaparecido. El sótano estaba vacío como si el hombre del pasamontañas rojo nunca hubiera vivido allí. Es más, como si Pascal nunca hubiera existido.

Ese pensamiento sumió a Mila en una gran confusión. ¿Otro engaño de Enigma? «Si no quiero volverme loca, tengo que irme de aquí».

Después de ponerse la cazadora de piel, subió la escalera que conducía al salón de la villa. Las cortinas seguían corridas y reconoció el olor químico de plástico quemado que había notado al entrar. «Eso no me lo he imaginado», reflexionó.

En el garaje no había rastro del viejo Peugeot 309 beis con el que había llegado junto a su misterioso guía.

Cerró la puerta a su espalda, miró enseguida atrás y comprendió de dónde procedía el hedor del interior: el piso de arriba de la casa había sido devastado por un incendio. Ahora no le pareció tan extraño que no viviera nadie allí.

La propiedad estaba rodeada de un alto seto. La verja al final del sendero de entrada estaba cerrada con un candado y Mila se vio obligada a saltarla.

Como había imaginado, el chalet se encontraba en un barrio residencial a las afueras de la ciudad. Todas las viviendas se parecían: jardín, césped, techo a dos aguas y garaje. No se veía a nadie por allí; a menos que Mila hubiera dormido durante más de veinticuatro horas, todavía era sábado.

«Tengo que irme de aquí», se repitió tiritando, envolviéndose en la chaqueta de piel.

Buscó un coche que coger «prestado» entre los que había aparcados en la calle arbolada. Le volvieron a la mente las palabras de Pascal sobre la localización de vehículos. Todavía no había decidido si se fiaba de ese hombre. En cualquier caso, distinguió un viejo escarabajo gris.

Cogió un ladrillo del suelo, se acercó al coche y lo arrojó contra la ventanilla del lado del conductor. Saltó una alarma que resonó en la calle. Mila metió rápidamente el brazo en el habitáculo y quitó el seguro. A continuación, se sentó y empezó a trastear con los cables de debajo del volante.

En menos de treinta segundos, la sirena dejó de sonar y el motor se puso en marcha.

Mientras se alejaba rápidamente, pensó que solo había un sitio al que pudiera ir.

—No puedo fiarme de nadie —dijo nada más abrirse la puerta.

Simon Berish la miró pasmado en el umbral. Llevaba una elegante camisa blanca y emanaba un perfume demasiado dulce: una vez más, lirio y jazmín. Le bastó una mirada para comprender que la situación de Mila era seria.

—Ve a dar una vuelta y regresa dentro de quince minutos —le dijo él antes de cerrar.

Ella, en cambio, se metió en un rincón oscuro del rellano y esperó. Al cabo de poco, la puerta se abrió y Berish despidió a una mujer con un beso en los labios. Desde donde se encontraba, Mila pudo verle la cara: era muy atractiva. Por fin comprendió a quién pertenecía la esencia dulzona que había notado en Simon, y en el albino del tren, recordó con un escalofrío.

—Ya sabía que acabarías metida en un lío —la riñó su amigo después de haberla acogido en una tenue atmósfera.

Hitch se le acercó en busca de mimos. Mila, sin embargo, no estaba de humor para caricias.

—¿Dónde está Alice? ¿Has vuelto a dejarla en casa de una amiga? —le reprochó Simon mientras llevaba a la cocina las dos copas de balón con vino tinto para dejarlas en el fregadero.

—Alice ha desaparecido, Simon. Se la han llevado.

Él se paró en seco con las copas todavía en la mano. Mila se dejó caer en el sofá, llevándose las manos al pelo. El policía fue con ella.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó severo, obligándola a mirarlo a la cara.

Ella levantó la cabeza y se cruzó con su mirada endurecida. Se lo merecía, era sobre todo culpa suya.

—Enigma es un susurrador.

Berish la miró en silencio durante unos segundos, incrédulo.

Había una cosa que Mila nunca le había dicho, de modo que aprovechó para hacerlo ahora.

—El padre de mi hija y yo nos conocimos gracias a un susurrador, hace diez años. —Era como si hubiera sido él quien los convirtió en pareja—. El regalo del mal fue Alice. Y ahora la oscuridad ha vuelto para quedársela.

A Simon le habría gustado consolarla, estrecharla en sus brazos. Pero sabía que a Mila no le gustaba el contacto físico.

—Descubriremos más horrores, ¿no es así? —preguntó en cambio con un hilo de voz—. Lo que ocurrió en la granja de los Anderson era solo el principio...

La expolicía no sabía lo que iba a ocurrir, solo había tenido contacto una vez con un asesino subliminal y todavía le quedaban las marcas. ¿Tenían que esperarse una espiral de violencia? No podía descartarlo.

—Quiero que quede enseguida una cosa clara —afirmó, seria—. Sé que Alice te importa mucho y que harías cualquier cosa por ella, pero debo advertírtelo: el precio que hay que pagar es muy alto. De modo que entendería que no quisieras involucrarte.

—Maldita sea, me conoces —saltó él—. ¿Cómo podría echarme atrás? No tienes que preocuparte por mí: no tengo esposa ni hijos, no tengo nada que perder.

—Tu amiga, la que estaba contigo esta noche, ¿no cuenta?

—Sé a lo que me enfrento —replicó Berish.

Mila se levantó, lo cogió por la camisa.

—No, no lo sabes, ni siquiera te lo imaginas... La otra vez el equipo acabó hecho pedazos: recuerdo perfectamente cómo estábamos al principio de la investigación, y sobre todo en qué nos convertimos después.

No podría olvidar jamás los rostros demacrados de sus compañeros, ni lo que les había ocurrido. Las niñas desaparecidas, el cementerio de brazos. Los horrores que se sucedían sin que consiguieran detenerlos. Cada vez que parecía que se acercaban a una solución, descubrían que se trataba de una ilusión y se veían obligados a empezar de nuevo. Hasta el padre de Alice, el criminólogo que los guiaba, cayó en el engaño.

—El objetivo de un susurrador no solo consiste en mostrarte su admirable plan de muerte y destrucción —dijo Mila con énfasis, pero el sarcasmo disfrazaba su miedo—. Él quiere meterse en tu cabeza... Hagas lo que hagas, por muy preparado que estés, no podrás impedirselo. Créeme. E incluso cuando pienses que ya se ha terminado, no es cierto: el horror a tu alrededor se desvanece, pero él todavía está aquí —dijo, y se tocó la sien.

«Él tiene el poder de cambiar a las personas», recordó, porque todavía podía oír la voz embaucadora del manipulador dentro de ella.

—Nadie se salva de un susurrador —concluyó, seria.

Sin que Mila se diera cuenta, una pequeña lágrima se había escapado de la fortaleza que se erigía en su interior desde siempre y ahora se deslizaba por su mejilla. Berish la contempló.

—No dejaré que te enfrentes tú sola a todo esto.

El policía sacó una botella de *whisky* escocés y durante la hora siguiente Mila lo puso al corriente sobre el caso de Enigma, revelándole los detalles que no había querido darle con anterioridad y que debería haber mantenido en secreto.

Le habló del tatuaje con su nombre encontrado en medio de los números, explicándole que todo había empezado por allí. Le ilustró sobre cómo llegó a descubrir que Karl Anderson era culpable y los motivos de que hubiera renunciado a la tecnología. Le dijo que la conexión entre ella y esa historia se ocultaba en su pasado en el Limbo. El asunto de Timmy Jackson, alias Raspa: a través del portátil

del chico de diecisiete años, que se custodiaba en el archivo entre objetos de otros desaparecidos, tuvo lugar su primer viaje a *El más allá*.

Se esforzó en ser precisa mientras intentaba hacerle entender todo lo verídico que era el juego, sirviéndose a menudo de las palabras de Pascal.

Las coordenadas geográficas como clave de acceso, un lugar donde siempre era de noche, dominado por el mal.

—¿Cómo es posible que los *hackers* del departamento nunca lo hayan detectado? —preguntó Berish en cierto momento, escéptico.

—Por lo que he entendido, no se puede entrar en *Dos* con los ordenadores actuales: es necesario tener un modelo que se remonte a la época del juego, entre finales de los años noventa y principios del nuevo milenio.

—Obsolescencia digital —comentó el policía, citando el fenómeno por el cual la velocidad con la que se desarrollaba la tecnología planteaba un problema de accesibilidad a los datos contenidos en el *hardware* del pasado—. La gente de mi generación tiene un montón de casetes de música que ya no puede escuchar. El progreso debería preservar los recuerdos en vez de condenarlos al olvido.

Entonces llegó para Mila la parte más difícil de la historia: la crónica de cómo los hombres de Enigma la siguieron hasta el lago y raptaron a Alice.

Para terminar, le contó las últimas doce horas. Su encuentro con el desconocido del pasamontañas rojo y los guantes de látex, el sótano y el segundo viaje a *Dos* para jugar la partida del susurrador y poder recuperar a su hija.

—Polvo de ángel, un mundo paralelo, un personaje misterioso que primero dice que quiere ayudarte y luego desaparece...

Berish caminaba por la habitación, confuso.

—Me dijo que lo llamara Pascal —dijo Mila—. Como el lenguaje de programación de los ordenadores. Creo que es un *hacker*.

Pero eso de momento a Simon no le interesaba.

—Solo hay una cosa que hacer: tienes que avisar a Shutton.

—No —reaccionó ella con vehemencia, levantándose del sofá.

—Ella fue la que te metió en esta historia, está en deuda contigo: ya verás cómo pone todos los recursos del departamento a tu disposición.

—Ni hablar —rehusó Mila—. Para ellos, el de Alice es solo otro caso más de desaparición, y tú y yo sabemos cómo acaban esos expedientes: al cabo de un tiempo quedan olvidados.

—No puedes enfrentarte a esta historia tú sola —intentó convencerla.

—¿Por qué no? ¿Durante cuánto tiempo estuve sola ocupándome de adultos que se habían esfumado en la nada o de niños que parecía que ni siquiera hubieran venido al mundo? ¿Y cuántas veces al final conseguí devolverlos a casa?

—¡Sabes perfectamente por qué! No estás lúcida, no eres objetiva, el caso te afecta directamente... De este modo condenas a Alice, lo entiendes, ¿no?

Mila le dio una bofetada sin siquiera darse cuenta. No tenía nada contra él, solo quería no verse obligada a escuchar cosas que ya sabía.

Berish se quedó callado. Hitch levantó la mirada hacia ellos, intentando saber si iba todo bien.

Mila debería haberse disculpado, decirle que lo sentía. En cambio, hurgó en el bolsillo y sacó la versión del rostro de Enigma sin tatuajes que le habían dado en el departamento.

La cara de un hombre normal.

—Este es el verdadero aspecto del susurrador —dijo—. Míralo bien y dime qué te parece...

Berish cogió el papel y lo observó.

—¿Por qué Shutton no difunde públicamente esta imagen? —se preguntó—. A lo mejor aparece alguien capaz de reconocerlo.

—Yo también se lo pregunté y su respuesta fue que no querían alimentar el mito de Enigma. Pero la verdad es que en el departamento no se arriesgarán a volver a hacer el ridículo como hicieron con Karl Anderson. Dejarán las cosas como están: Enigma se ganará una cadena perpetua en la fosa por instigación al crimen y complicidad, y todos se olvidarán pronto de él... De modo que para Su Señoría este caso está cerrado.

Al final Berish también lo había entendido.

—Está bien, lo haremos como tú dices.

Después de la bronca, Mila se sirvió otro vaso de *whisky* escocés. Se fijó en que le temblaban las manos.

—Yo sé lo que debo hacer.

—¿Por dónde empezamos? —le preguntó su viejo amigo, olvidándose de la pelea y también de la bofetada.

Mila se sentía incómoda por lo que había sucedido, pero intentó seguir concentrada.

—Mientras venía hacia aquí, he revisado los elementos de mi segundo viaje a *Dos...* Chinatown, muebles viejos, una rosa negra... Un asesino a quien le gusta asfixiar a su víctima y, para terminar, la estudiante rubia con gafas: tengo la impresión de que ya la había visto antes.

Mila omitió la parte referente al espectro que le había aconsejado que se fuera porque no sabía si había ocurrido realmente o bien era solo que su inconsciente quería avisarla.

«Sálvate».

Berish llenó un cuenco de agua para Hitch y se preparó para salir. Mila lo obligó a dejar el móvil en casa y para moverse utilizaron el escarabajo robado. Se veía

claramente que su amigo no comprendía los motivos de tanta prudencia, pero ella le agradeció que se esforzase en seguirle la corriente.

—Lo lamento por tu cita romántica —dijo Mila mientras Simon conducía.

—Es una mujer inteligente, enseguida ha comprendido la situación.

Se alegraba de que Berish tuviera a alguien a su lado. En el pasado temió que él pudiera cogerle demasiado cariño: si se hubiera visto obligada a apartarlo, su relación se habría resentido. Pero afortunadamente Simon nunca había dado un paso en esa dirección, ahorrándole el mal trago de explicarle una vez más a alguien que le importaba que los sentimientos que para él —y para el resto de la humanidad— eran normales, para ella en cambio seguían siendo un insondable misterio.

Aunque algo había cambiado durante las últimas horas. No sabía decir si estaba causado por el impacto emocional del secuestro de Alice o por el efecto del polvo de ángel.

En *El más allá*, Mila había sentido algo.

Un indescifrable revuelo coincidiendo con el llanto de su hija cuando la llamaba.

«Mamá, por favor, ayúdame...».

No lograba dejar de pensar en ello y estaba asustada.

Por seguridad, abandonaron el escarabajo en la explanada de la estación de tren. Había una furgoneta de voluntarios que repartían ropa usada a los sintecho. Mila aprovechó esto para cambiar un poco de aspecto. Estaba imitando el comportamiento de Pascal.

Cambió la cazadora de piel por un impermeable negro y el jersey de cuello alto por uno con capucha, también negro.

A continuación, ella y Berish cogieron el metro para llegar al Limbo.

El rostro de Lea Mulach era uno de tantos en las paredes de la sala de los pasos perdidos. Pero Mila había tardado menos de veinte minutos en dar con ella entre miles de desaparecidos.

Lea Mulach se había disuelto en la nada en la primavera de 2001, cuando cursaba el primer año de Lenguas Orientales en la universidad.

—Según sus compañeras de la residencia, ese sábado por la noche Lea había quedado con un chico para ir a ver una película en Chinatown —leyó Berish en el informe de la Policía—. Lea nunca llegó a ese cine.

Mila no se había equivocado, se acordaba de ella.

—La desaparición siguió siendo un misterio durante casi un año, hasta que la Unidad de Crímenes Violentos me arrebató el caso.

La UCV —de la que formaban parte Bauer y Delacroix— se ocupaba de los asesinos en serie, asesinos itinerantes, asesinos de masas, es decir, de todos los asesinos que actuaban con un móvil que no era atribuible a las lógicas criminales normales, que de hecho casi siempre tenían como objetivo el dinero. En cambio, la

razón que movía a ese tipo de monstruos residía en los recovecos más oscuros y perversos de la mente humana.

—Contaron a Lea como una de las víctimas de un asesino en serie —recordó Mila—. Es más, dijeron que ella había sido la primera.

En los dos años siguientes a la desaparición de Lea Mulach habían desaparecido otras dos chicas. Estudiantes, rubias y con gafas.

—Ellas tres no se conocían, pero las dos últimas tenían una amistad común: un chico llamado Larry, muy mono —explicó Mila—. Lo conocieron en Unic.

«Unic» era un acrónimo, se refería al «Campus Universitario» y era la red social más popular entre los estudiantes del país.

—En su página, Larry subía fotos con los amigos, su perro, incluso con su abuela. Aseguraba que estudiaba Derecho y que le gustaba el fútbol —siguió diciendo la expolicía—. Ambas víctimas fueron cortejadas mucho tiempo por él a través de la red, con unos modales de auténtico caballero. Después de las desapariciones se supo que el perfil era falso: el «Larry» de las fotos trabajaba de modelo publicitario y no tenía ni idea de nada.

—El monstruo de Unic —recordó Berish.

La aparición de las redes sociales había hecho la vida más sencilla a los depredadores en serie. Mila consideró que los maníacos modernos podían cazar escudados por el anonimato y, sobre todo, sin jugarse nada. Antes, si no querías ser capturado, tenías que seguir a la presa a distancia, estudiar sus costumbres, sus desplazamientos. Ahora, en cambio, los asesinos en serie disponían de toda la información que necesitaban para tejer una representación adecuada. Y eran las propias víctimas quienes se la proporcionaban. De modo que a los monstruos les bastaba con asumir el parecido del hombre de sus sueños.

«La mente ve lo que la mente quiere ver», eso fue lo que dijo Pascal.

—No hay de qué extrañarse —afirmó Berish—. Al fin y al cabo, la red social más importante del mundo nació de la idea de un desgraciado en pantuflas que creó un sitio para votar sobre el aspecto físico de las chicas de su universidad... Y nosotros, en vez de darle una buena lección sobre sexismo y respeto a las mujeres, lo elevamos a gurú de la comunicación.

Como siempre, Simon era muy perspicaz en sus reflexiones.

—¿Por qué añadieron a Lea Mulach al cómputo de víctimas si no había pruebas de que hubiera chateado con Larry? —preguntó el policía.

—Porque su perfil se correspondía con el de las presas preferidas del homicida: estudiante rubia con gafas —supuso ella—. Los de la UCV necesitaban una tercera víctima para elevar el estatus de asesino ocasional a asesino en serie, por eso me arrebataron el caso.

Era una convención que Mila conocía perfectamente. Un día los criminólogos determinaron que la definición de un asesino en serie podía ser un individuo que mataba al menos «tres veces» repitiendo el mismo ritual o *modus operandi*.

—Pero si Lea Mulach está muerta, ¿por qué su foto sigue estando en la pared del Limbo? —preguntó Simon.

—Porque, a diferencia de las otras dos estudiantes, su cuerpo nunca se encontró. —Mila pensó en la tristeza de aquella situación: algunos desaparecidos estaban destinados a vagar en la nada sin encontrar la paz.

Y, sin embargo, Lea había sido la primera de la serie del asesino.

—Si hubiéramos encontrado el cadáver, habríamos tenido inmediatamente la confirmación de la existencia de un asesino... sin esperar a que esos fenómenos de la UCV cogieran el caso —afirmó la expolicía. «Y tal vez las otras dos habrían podido salvarse», pensó con amargura.

—¿Cómo murieron las otras chicas?

—Asfixiadas —contestó y, sin darse cuenta, se llevó una mano a la garganta: el cerebro todavía no había metabolizado el recuerdo de las garras del hombre sombra agarrado a su carótida—. Y sus cuerpos fueron encontrados tirados en la cuneta de una carretera.

La asfixia entraba en la categoría de los «síndromes de ahogo mecánico violento». A diferencia del estrangulamiento o del ahogamiento, no se producía con instrumentos como cuerdas, capuchas o almohadas. Se llevaba a cabo con las propias manos. El asesino prefería no servirse de la mediación de ningún objeto porque quería sentir el placer de notar la vida del otro consumirse bajo sus dedos: la respiración se hacía más débil, el ritmo cardíaco disminuía hasta detenerse. El contacto físico era esencial y, además de la crueldad, también denotaba cierta determinación. No todos, la verdad, comprendían qué conllevaba matar a una persona asfixiándola. La víctima se debatía desesperada, se relajaban los esfínteres, los ojos a menudo se salían de las órbitas. Para las personas normales era un espectáculo atroz, en cambio resultaba extremadamente excitante para ciertos psicópatas que de ese modo alcanzaban el orgasmo.

Mila se colocó a la espalda de Berish para leer qué más decía en el informe.

—La cadena de homicidios del monstruo de Unic se para en abril de 2013... Qué raro —comentó.

Ambos sabían que la compulsión de matar no podía ni controlarse ni mucho menos detenerse autónomamente por parte del asesino en serie. La necesidad de repetir el *modus operandi* era irreprimible. Por eso, para que se detuviera, siempre era necesaria una causa externa.

—Nuestro hombre podría haber acabado en la cárcel por algún delito: a lo mejor está cumpliendo condena por haber tirado del bolso de una viejecita y solo espera a salir para volver a actuar —aventuró Simon—. O bien el buen Dios ha decidido anticipar su viaje al infierno.

—No creo que haya muerto —consideró Mila—. Todavía hay algo de esta historia que no sabemos. Sino, ¿por qué *Dos* le había hecho experimentar la muerte de Lea Mulach?

—Aquí arriba dice que en 2013 detuvieron a un sospechoso —leyó Berish en la pantalla, reclinándose sobre la mesa.

—¿Dónde? Déjame ver...

—Un tal Norman Luth se entregó a la Policía e hizo una confesión completa de los tres delitos.

De modo que fue él quien dio la información a la UCV para relacionar a Lea con las otras dos, pensó Mila. De no ser así nunca se habrían dado cuenta.

—Nadie informó al Limbo, ¿por qué?

Pero Berish no había terminado y el motivo se aclaró inmediatamente después.

—Por lo que parece, el hombre refirió detalles que solo el asesino podía conocer... Y a pesar de eso fue exculpado.

Se miraron el uno al otro, incrédulos.

Quien le proporcionó una coartada impecable fue un cura.

El padre Roy vivía en un suburbio de casas de ladrillos rojos edificadas alrededor de un gran complejo siderúrgico.

Las viviendas databan de la época gloriosa de la industria del acero, cuando los urbanistas aspiraban a construir comunidades y los obreros se consideraban una élite a la que había que premiar con un modelo de vida más que con un generoso sobre con una paga.

Después la recesión mundial del sector arruinó todos esos sueños, todas las utopías. Esas ciudades inacabadas se convirtieron pronto en guetos en los que confinar el fracaso político, así como el rencor social que generó.

Para llegar allí, Mila y Berish cogieron una berlina anónima del departamento que normalmente se utilizaba para las vigilancias y que, por ese motivo, era ilocalizable.

Por las ventanillas, el panorama era desolador.

Casas en venta o abandonadas desde hacía tiempo. Niños jugando en la calle como perros callejeros en una sombría mañana de domingo. Hombres que holgazaneaban por las esquinas de las manzanas, buscando una señal en el fondo de una lata de cerveza. Detrás de las ventanas, mujeres envejecidas demasiado pronto y que ya habían dejado de tener esperanza; se reconocía enseguida su mirada apagada por la pobreza.

El padre Roy vivía en la rectoría que estaba junto a la iglesia. A su espalda se entreveía un viejo garaje debajo de un pequeño apartamento con un cartel de «SE ALQUILA», mientras que en frente había un jardín con un tobogán oxidado y un par de columpios que se mecían solitarios, empujados por el viento. El motivo por el que no había niños jugando se hacía evidente por las pintadas en los muros que lo rodeaban.

Insultos y amenazas eran una clara invitación a irse de allí.

Berish aparcó al otro lado de la calle.

—Así, pues, estamos de acuerdo —le dijo a Mila—. Sigue mis instrucciones, no tomes la iniciativa: recuerda que estamos aquí con carácter no oficial y si él nos echa a la calle no tendremos otra oportunidad de saber más.

El plan preveía que la expolicía entrara sola para hablar con el cura: según Berish la presencia de dos interlocutores haría que el padre Roy se sintiera en minoría, con la consecuencia de que se pondría a la defensiva.

Todos querían hablar con Simon Berish, recordó Mila. Se fiaba ciegamente del agente con mayor experiencia en interrogatorios del departamento.

El policía sacó del bolsillo interior de la americana un estuche negro de polipiel y deslizó la cremallera de alrededor descubriendo lo que los polis llamaban «el pequeño neceser de los informadores». Dos invisibles auriculares y otros tantos micrófonos grandes como una cabeza de alfiler, conectados cada uno a un transmisor con una batería de 12V capaz de cubrir una distancia de doscientos metros. Se

utilizaban en las operaciones de incógnito, para proporcionar a los infiltrados en el terreno instrucciones precisas a partir de lo que decían sus interlocutores.

Berish ayudó a Mila a ponerse el equipo y a continuación también se puso el suyo.

—Esta joya solo tiene un defecto —le advirtió—. A veces se pierde la señal, de modo que mantente alejada de radios, televisores y microondas.

Mila señaló con la mirada las pintadas en las paredes de la parroquia.

—¿Crees que querrá hablar?

Simon no lo sabía.

—Tú haz tu papel y solo trata de recitar bien las frases que hemos preparado: si no funciona así, al menos lo habremos intentado.

Mila bajó del coche y, mientras cruzaba la calle, repasó mentalmente lo que tenía que decir.

La puerta estaba cubierta de restos de huevos podridos. Mila tuvo que llamar varias veces antes de vislumbrar una figura detrás de los cristales deslustrados.

—¿Quién es? —preguntó una vocecita estridente, con tono de desconfianza.

Intentó parecer tranquilizadora.

—Estoy llevando a cabo una investigación privada y necesito su ayuda, ¿podemos hablar?

—No tengo nada que decir —replicó la voz.

Mila se volvió hacia Berish y, desde detrás del parabrisas, él asintió. Tal y como habían acordado, la expolicía flexionó las rodillas y metió por debajo de la puerta del padre Roy un billete de veinte, pero solo hasta la mitad.

Permaneció mirando la parte que sobresalía, como una veleta al viento. Al cabo de un rato, fue succionada hacia el otro lado.

La puerta se abrió, aunque solo un poco.

—Deprisa, entre.

Mila se metió en el umbral y la puerta se cerró rápidamente tras ella. El interior estaba oscuro y sus ojos tardaron un poco en acostumbrarse.

Mientras tanto, la vocecita de antes seguía hablando.

—No me dejan en paz, no puedo asomar la nariz fuera porque siempre hay alguien que me tira algo. A los mensajeros les pegan y ahora ya no hay nadie que quiera venir a traerme la compra.

Al fin Mila pudo enfocar al hombre que tenía delante. De unos sesenta años mal llevados, la barba descuidada y el escaso cabello despeinado. Vestía una bata raída, un pijama de rayas abierto en la barriga prominente y calzaba zapatillas. Emanaba un olor desagradable —a cigarrillos y a col— que también impregnaba la casa.

—Apártese de ahí —le dijo a Mila—. Está demasiado cerca de la ventana.

Siguió su consejo, si bien las cortinas estaban echadas. Aprovechó el momento para mirar a su alrededor. No era un bonito lugar, había mucho desorden y basura por todas partes.

—He hecho lo que me han dicho: estoy siguiendo la terapia y ya hace meses que hago bien las cosas, pero no servirá de mucho mientras permanezca aquí —masculló el cura, dirigiéndose a la cocina—. Venga, allí estaremos mejor.

Cruzaron el umbral y el hombre enseguida fue a sentarse en una butaca estropeada, situada delante de un televisor apagado, guareciéndose en lo que Mila imaginaba era su sitio preferido. Cogió un cigarrillo de un paquete que estaba encima de uno de los reposabrazos, se lo metió entre los labios y lo encendió con una cerilla.

Mila eligió una de las sillas de la mesa del comedor, atestada de platos sucios y periódicos viejos.

—¿No me pregunta siquiera cómo me llamo?

El hombre se escarbaba los dientes, produciendo un molesto ruido.

—Francamente, solo me interesa saber si hay más billetes como el de antes.

—Depende de lo que tenga que decirme.

—Esas malditas hormonas me mantienen despierto gran parte de la noche y de día me vuelven apático durante todo el tiempo, por lo que no sé si conseguiré responder correctamente a sus preguntas.

Mila asoció las palabras «terapia» y «hormonas» y comprendió el motivo de su voz estridente. Había quien lo llamaba «castración química» y se proponía a ciertos depredadores sexuales como alternativa a la cárcel.

—Como le decía, padre Roy, estoy llevando a cabo una investigación privada.

—Déjese estar de «padre» y llámeme solo Roy —la invitó, liquidando los formalismos con un gesto de la mano—. La curia me ha suspendido *a divinis*, pero hasta que no me degraden al estado de laico, todavía puedo ocupar este alojamiento.

—Está bien, Roy —lo complació Mila—. Quisiera hablar de Norman Luth.

El nombre cayó entre ellos como una piedra en un estanque. El padre Roy se quedó callado, tal vez estaba estudiando la situación: quería entender si le convenía contestar.

Mila sacó del bolsillo otro billete de veinte y lo metió debajo de un vaso sucio, dejándolo bien a la vista.

—Nunca toqué a Norman —dijo el cura a la defensiva—. Lo conocí cuando ya era adulto.

—Estoy aquí por otro asunto —lo tranquilizó ella—. Solo quisiera saber por qué le proporcionó una coartada cuando él se autoinculpó de los tres delitos de las estudiantes.

—No le proporcioné ninguna coartada, solo le dije a la Policía lo que ellos también habrían podido saber. Es decir, que era imposible que Norman Luth estuviera implicado en esos homicidios porque estaba ingresado en una institución psiquiátrica.

—Luth entró en la clínica voluntariamente porque sabía que tenía un temperamento agresivo derivado de su incapacidad para relacionarse con los demás, sobre todo con las mujeres —objetó Mila que conocía la historia—. Quería controlar a sus demonios, pero sus demonios lo controlaban a él.

El hombre aspiró profundamente el cigarrillo.

—Por eso usted sostiene que Luth era el verdadero monstruo.

—He leído su confesión —afirmó Mila—. Era demasiado detallada... Luth describió minuciosamente el modo en que las asfixiaba con sus propias manos e incluso las sensaciones que experimentaba... Contó detalles que nunca fueron referidos a la prensa: solo la Policía y el verdadero asesino los conocían.

—Así pues, hay dos opciones: o Luth era el verdadero culpable o bien era vidente —ironizó el cura mostrando una sonrisa amarillenta.

—Una persona a la que conocí decía que «se puede engañar a cualquiera, menos a uno mismo» —replicó Mila, citando al padre de su hija—. Luth no era un mitómano: sabía quién era en realidad, era consciente de que podía ser capaz de cosas horribles, como matar brutalmente a un inocente... Por eso se suicidó antes de que lo dejaran en libertad. ¿Y sabe cómo ocurrió?

—Se puso una bolsa de plástico en la cabeza —dijo sin inmutarse el padre Roy.

—Sí... Experimentó en sí mismo una muerte similar a la que reservaba a sus víctimas.

Él extrajo una última calada a la colilla que tenía en la mano y a continuación la aplastó en el cenicero rebosante que tenía al lado.

—Si lo sabe todo y está tan segura, entonces ¿por qué ha venido a verme?

Mientras el cura encendía otro cigarrillo, Mila puso otro billete debajo del vaso.

—Usted fue amigo de Luth y conoce su pasado... Quiero saber cómo nace un monstruo.

Berish miró la hora: eran casi las nueve y la conversación entre Mila y el padre Roy ya hacía veinte minutos que duraba.

Por lo que oía por radio, su amiga se las estaba apañando bastante bien, enseguida había puesto en evidencia los aspectos controvertidos del asunto y ahora se apresuraba a captar la más mínima contradicción en el relato del sacerdote.

«Si Enigma nos ha conducido hasta aquí, tiene que haber un motivo válido. Quiere que veamos algo o que desvelemos alguna verdad que nunca nadie ha descubierto».

—Norman procedía de una familia normal —estaba diciendo mientras tanto el cura—. Su padre tenía una fábrica de botones, su madre era ama de casa. Era hijo único. En primaria era un niño educado y un buen estudiante: de pequeño nunca dio señales de las perturbaciones mentales que más tarde desestabilizarían su vida.

El cura intentaba que su voz sonara más ronca con los cigarrillos, pensó Berish. Pero el resultado seguía siendo grotesco. Le parecía estar escuchando a un viejo payaso. Uno de esos que pueblan las pesadillas de los niños.

—Tengo la impresión de que está a punto de contarme que un terrible drama se cernió sobre ese idílico cuadro —lo provocó Mila.

«Cuidado —la reprendió el policía con el pensamiento—. Si pones en entredicho cada una de sus palabras, corres el riesgo de que empiece a decirte únicamente lo que quieres escuchar: al fin y al cabo, a él solo le interesa sacarte algún billete más».

Por el momento, Berish se abstuvo de intervenir por radio. No quería distraerla.

—A la edad de nueve años tuvo lugar un suceso que lo cambió todo —confirmó el sacerdote—. Norman llegó a casa de regreso de la escuela y descubrió que su padre había vuelto más temprano del trabajo y que él y su madre estaban discutiendo en el salón. El chico se escondió para escuchar lo que se decían... En resumen, Gregory Luth acusaba a su mujer de haberlo engañado repetidas veces. Ella lo negaba con decisión, pero, al final, cedió y lo admitió todo; solo que, en vez de mostrarse arrepentida, la mujer le dijo al marido que se alegraba de haberlo humillado yéndose con otros hombres. Gregory, cegado por la rabia, le puso las manos al cuello y la estranguló.

El último detalle no era en absoluto superficial, consideró Berish, en vista de que el maníaco de Unic recurría al mismo método para matar. Todo encajaba a la perfección y corroboraba la tesis de que Norman Luth era el verdadero culpable.

Si bien todavía quedaba el problema de la coartada para los tres delitos.

El policía se dijo que probablemente Luth había hallado el modo de abandonar temporalmente la clínica psiquiátrica. O tal vez alguien lo había ayudado a salir y a volver a entrar.

—Después de matar a su mujer, Gregory se percató de la presencia de su hijo. Le ordenó que hiciera la maleta porque tenían que irse. Norman obedeció y, poco después, subió al coche con su padre. No habían recorrido ni ocho kilómetros cuando, mientras cruzaban uno de los puentes que conducen fuera de la ciudad, Gregory detuvo el coche en medio del tráfico, bajó y se dirigió en silencio hacia la barandilla.

—Dios santo —se le escapó a Berish pensando en la perturbación de ese pobre chiquillo que, en tan poco tiempo, había asistido a la muerte cruenta de ambos progenitores.

—¿Quién se ocupó después de Norman? —preguntó Mila.

—Durante una temporada, la familia más cercana, pero luego se lo sacaron de encima entregándolo a los asistentes sociales con la excusa de que así gozaría de un mejor apoyo psicológico, en vista del drama que había vivido... Al final, un juez dictó que podía ir a un hogar de acogida o, si procedía, ser entregado en adopción.

—Pero no logró adaptarse a ninguna familia —apostó Mila.

—Nadie quiere a un niño que ha visto cómo su padre mata a su madre antes de quitarse a su vez la vida —fue la amarga respuesta del cura.

Berish sabía que tenía razón. Los llamaban «hijos del horror» y estaban marcados para siempre por la culpa de quienes los habían traído al mundo.

—Norman acabó en una institución psiquiátrica para menores. En realidad, estaba perfectamente sano de mente, pero fue aparcado allí solo porque no había nadie que se hiciera cargo de él.

Increíble, se dijo Berish. Dieron por supuesto que Norman había quedado marcado irreversiblemente por lo que había vivido. De este modo, al tener que convivir con enfermos mentales, se convirtió en uno de ellos.

—¿Cómo conoció a Norman Luth? —preguntó Mila.

—Cuando cumplió la mayoría de edad, los médicos dictaminaron que podía volver al mundo. —El cura dejó escapar una carcajada irónica—. El único lugar al que podía ir a vivir era la casa que había heredado después de la muerte de sus padres.

«Cuesta creerlo —pensó Berish—. Volver al sitio donde empezó su tragedia no debió de serle de gran ayuda».

—Norman no quería vivir allí... De modo que un día leyó en el periódico que yo alquilaba un piso de dos habitaciones encima del garaje de la parroquia y se presentó en mi casa.

Berish se desplazó en el asiento para observar la construcción en la que se había fijado al llegar, al final del sendero que bordeaba el parque infantil. Volvió a constatar que había un apartamento en el piso de arriba con el cartel de «SE ALQUILA».

Si nadie vivía allí, entonces probablemente ese había sido el último domicilio de Norman Luth.

Tal vez fuera conveniente ir a echar un vistazo.

Mila estaba satisfecha por cómo se estaba desarrollando la conversación con el padre Roy, ni siquiera parecía un interrogatorio. Si Berish todavía no había intervenido, quería decir que él también estaba contento.

Mientras tanto, el cura tosió muy fuerte, luego escupió un grumo de mucosidad en un pañuelo de papel ya usado que cogió del bolsillo del pijama.

Mila prosiguió con las preguntas.

—¿Cuánto tiempo pasó Norman en el piso de encima del garaje?

El padre Roy levantó la mirada al techo, intentando hacer memoria.

—Desde 2011 hasta 2013, el año en que murió.

Era exactamente el período de tiempo en que se produjeron los homicidios de las estudiantes; «2011 también era el año del probable asesinato de la que más tarde sería calificada como la primera víctima del monstruo de Unic», consideró Mila. La relación entre Luth y el padre Roy coincidía con la desaparición de Lea Mulach, y era una nueva confirmación de la tesis que estaba elaborando.

—Como ya le he explicado, de vez en cuando Norman decidía ingresar en una clínica psiquiátrica con la esperanza de que los médicos pusieran orden en el lío que tenía en la cabeza. Se pasaba allí una temporada y, cuando se cansaba, volvía conmigo: los períodos de internamiento coinciden con los tres homicidios del monstruo de Unic. ¿Le parece una casualidad? —la provocó, riéndose.

Mila se había hecho una idea bastante concreta de cómo Norman Luth había podido eludir la vigilancia de la clínica psiquiátrica para ir a matar a sus víctimas y volver a entrar.

Sospechaba que fue precisamente el padre Roy quien lo había ayudado.

Norman no mencionó a su cómplice en la confesión: ¿por agradecimiento o solo por miedo? Pero una cosa era segura: un día el trastorno psíquico de Luth, junto con la experiencia de muerte violenta que vivió en la infancia, coincidieron con los impulsos de un depredador de niños.

Una asociación letal.

Tal vez fuera ese el misterio que Enigma quería que desvelara. Pero Mila todavía no tenía pruebas que sustentaran esa teoría y no sabía qué tenía que ver *Dos* en el asunto.

—Sin embargo, Roy, hay una cosa que no acabo de entender. En vista de que usted defiende la inocencia de Norman, me parece raro que no se haya planteado también una pregunta...

—¿Qué pregunta?

—¿Nunca se ha cuestionado cómo es posible que la cadena de delitos de los que Luth se autoinculcó se interrumpiera precisamente con su suicidio en 2013? Después de entonces, ninguna estudiante rubia con gafas ha sido asesinada...

El sacerdote se quedó callado, dejando escapar una ligera sonrisa. Mila había seguido al pie de la letra las instrucciones de Berish y había esperado hasta ese momento para revelar la contradicción. Pensó que lo había arrinconado.

—Norman era un grafómano, ¿lo sabía? —soltó el padre Roy, sin que viniera a cuento—. Llenaba diarios y diarios... Guardé algunos, ¿quiere echarles un vistazo? Quién sabe, podría encontrar algo de valor para su investigación.

Mila no sabía si solo era una manera de despistarla o de sacarle más dinero.

—Tráigame los diarios —dijo añadiendo un billete de cincuenta al montón de debajo del vaso sucio.

El cura hizo una breve pausa, parecía que la estuviera estudiando. Eso no le gustó.

—Están en el trastero. Venga, se los mostraré —afirmó a continuación, levantándose de la butaca.

Mila se quedó donde estaba. El hombre captó su titubeo.

—¿Qué pasa, ha cambiado de idea? —preguntó, divertido por haberla atemorizado.

—No, en absoluto. Vamos a verlos —dijo sorbiéndose los mocos a pesar de que no estaba resfriada.

Berish llegó al pie de la escalera exterior del garaje por donde se accedía al apartamento de arriba.

Por radio había oído que Mila había puesto sobre la mesa su carta más importante: el hecho de que Luth, además de conocer detalles de los delitos que no debería haber sabido, hubiera puesto fin a la gesta del monstruo de Unic simplemente quitándose la vida. Con esa jugada, la interpretación de Mila ya casi había terminado, por lo que a él no le quedaba mucho tiempo para un registro.

Pero luego escuchó al cura mencionar los diarios de Norman.

—Está bien, dale más dinero y ve a ver —dijo por el micrófono—. Mientras, yo echaré una ojeada al piso de encima del garaje.

Mila se sorbió los mocos. Era la señal de que lo había entendido y se disponía a proceder.

Berish subió los escalones y llegó ante una puerta blanca en la que había una ventanita, pero no se podía mirar al interior porque estaba cubierta por una cortina enrollable amarilla. El policía tanteó la cerradura y la abrió con la ayuda de una simple tarjeta de crédito.

Enseguida lo envistió una vaharada intensa y nauseabunda. Bajó la mirada y vio una rata muerta en la moqueta.

Decidió dejar la puerta abierta a su espalda para que se ventilara.

El piso de dos habitaciones tenía en realidad una única sala grande dividida en dos por un tabique de acordeón que ahora estaba completamente abierto. La parte de delante la ocupaba una cama individual. Al fondo había un rincón con una cocina y una puerta, probablemente el baño.

Por todas partes había ropa tirada, cajas de comida, revistas pornográficas y demás cosas. Por la capa de polvo que las cubría, Simon dedujo que llevaban allí mucho tiempo. Pero la confirmación de que esos objetos pertenecían a Norman Luth la obtuvo por una foto enmarcada encima de la mesilla de noche.

Un niño sonriente en brazos de sus padres en una excursión a la playa.

Berish se esforzó por olvidar la rata muerta y el hedor, y se puso a revolverlo todo.

El sacerdote avanzaba por el pasillo arrastrando las zapatillas, el sonido era enervante. Mila lo seguía a regañadientes por los rincones de esa casa oscura y maloliente. En las paredes, cuadros religiosos y crucifijos no infundían ninguna sensación de paz ni de consuelo.

Un ruido en el piso de arriba la puso en alerta, parecían pasos. Levantó los ojos al techo y vio que un poco de polvo caía de las vigas de madera.

Por primera vez desde que se encontraba allí, tuvo la sensación de que no estaban solos en casa.

Sin dejarse notar, apartó el impermeable y se llevó una mano a la espalda para localizar la culata de la pistola. Pasaron al lado de una especie de pequeño estudio y la expolicía se cruzó con la mirada de un hombre barbudo. Se quedó pasmada, pero luego reconoció los rasgos de un santo reproducidos en una estatua de madera de tamaño natural.

Intuyendo el equívoco, el padre Roy dejó escapar una carcajada sarcástica.

—Santiago el Mayor, protector de los ejércitos...

Antes de proseguir, la mirada de Mila fue a parar al viejo PC que estaba en un rincón de la sala. No había ningún *joystick*, ningún visor. Pero el teclado tenía una extraña forma: las teclas con los números, que normalmente estaban a la derecha, estaban situadas a la izquierda.

—Bueno, está todo aquí —dijo el sacerdote abriendo una puerta y encendiendo la luz del interior.

Mila vio que se trataba de un estrecho intersticio, de unos cuatro metros de largo.

—Las cosas de Norman están al final —afirmó el padre Roy—. Encontrará dos cajas encima de uno de los estantes de abajo. No puede equivocarse: tienen su nombre escrito.

Mila albergaba la esperanza de que Berish lo hubiera oído: si las cosas de Luth estaban allí, tal vez era inútil que perdiera el tiempo en el otro piso. Pero la verdad era que no le apetecía nada aventurarse en esa angostura. Levantó una vez más la mirada al techo, preguntándose si lo de antes había sido solo una impresión o si realmente había alguien más.

«Está bien, terminemos con esto», se dijo, decidida a desafiar la claustrofobia.

Se quitó el impermeable negro y se arremangó el jersey de capucha, lista para introducirse en la oscuridad.

Mientras tanto, el padre Roy se apoyó en el marco de la puerta del trastero y, para disfrutar mejor del espectáculo, se encendió el enésimo cigarrillo.

El hedor de la rata muerta apestaba el piso, Berish intentaba respirar solo por la boca, pero no era suficiente. Además, el registro no estaba dando los resultados esperados, solo había cachivaches inútiles. El policía retuvo una arcada, tenía que apresurarse a salir de allí o esa pestilencia se le pegaría a la ropa. A la segunda advertencia de su estómago, comprendió que no tardaría en vomitar.

Se dirigió hacia la puerta del baño, intentó abrirla, pero no lo consiguió. Era extraño, no había cerradura, solo la manija. Por tanto, algo la bloqueaba por dentro. Se olvidó de las náuseas e intentó forzarla: en efecto, al otro lado había un obstáculo. Asestó algunos empujones con el hombro para abrir la puerta. Cuando por fin consiguió tener una rendija, metió la cabeza para mirar... pero la apartó enseguida.

Le llegó un hedor todavía peor que el de la maldita rata, procedía de un cadáver en avanzado estado de descomposición.

Berish se cubrió la nariz y la boca con la mano y se obligó a volver a meter la cabeza por la abertura.

El cuerpo estaba tumbado hacia un lado, casi en posición fetal. Ocupaba todo el suelo del pequeño cuarto de baño. La piel de la cara estaba tirante y negra a causa del proceso de putrefacción. Se entreveían los dientes y las órbitas estaban vacías. Vestía ropa de hombre: camisa y pantalón oscuros.

Tenía la bragueta abierta.

Berish se asomó para verlo mejor. A la altura del pubis había un charco de sangre seca, pero fue al mirarle las manos cuando el policía comprendió lo que había ocurrido.

En una empuñaba un cuchillo, en la otra su propio pene además de los testículos. Se había emasculado y había muerto desangrado. Lo había hecho para castigarse.

Mientras formulaba esas consideraciones, a Berish se le fueron los ojos a un detalle de la camisa. El descubrimiento lo paralizó.

En el bolsillo izquierdo, a la altura del corazón, había un pin de un crucifijo.

Mila había abierto la primera caja: en su interior solo había un radiodespertador, una tostadora, alguna cacerola y un secador; ni rastro de los diarios que había mencionado el padre Roy. Ahora se disponía a revisar la segunda, con la esperanza de que el cura no le hubiera tomado el pelo.

Contenía ropa.

Mientras hurgaba entre viejos jerséis y camisas de franela, le pareció oír la voz de Berish en el auricular. Pero la transmisión tenía interferencias y solo le llegaban fragmentos de palabras.

La maldita angostura impedía sintonizar la señal de radio.

Después la voz de Berish desapareció del todo y, al mismo tiempo, a Mila la distrajo algo que se encontraba en el fondo de la caja.

Tres diarios con las portadas de colores, como los que utilizan los niños. En el lomo de cada uno aparecía el año al que correspondía.

2011, 2012 y 2013. Uno por cada víctima, pensó Mila.

Si Norman Luth era realmente grafómano como aseguraba el padre Roy, tal vez contenían la crónica de los crímenes de las estudiantes. La expolicía cogió el primero, esperando que el monstruo de Unic hubiera anotado también dónde había escondido el único cadáver que nunca habían encontrado. Quizá Lea Mulach por fin tendría una sepultura para descansar en paz.

Pero cuando Mila abrió el diario, se encontró ante una realidad distinta. Las páginas escritas con la letra apiñada, con una caligrafía muy fina, solo estaban repletas de números.

Tenía la prueba de que Norman Luth estaba relacionado con *Dos*.

Una vez más, notó el cosquilleo en la base del cuello. Pero no era por eso. El descubrimiento le había hecho volver a la memoria la posición de los números en el teclado del ordenador del padre Roy.

Berish había bajado a toda prisa la escalera del apartamento de encima del garaje y ahora corría hacia la casa parroquial, con la esperanza de llegar a tiempo.

—¿Mila, me oyes? Ese no es el padre Roy —gritaba a la radio, pero no lograba obtener respuesta—. ¡El cura está muerto, tienes que salir de ahí enseguida!

Solo oía su respiración confundida con el viento. Luego una explosión amortiguada. Berish aflojó el paso sin darse cuenta. Podía ser fruto de su imaginación, pero su instinto le decía que había sido un disparo.

«No me lo he imaginado», se dijo. Procedía precisamente de la casa.

Cuando entró en la casa parroquial empuñando la pistola, se puso a buscar a Mila. Había demasiado silencio, no era buena señal. Luego oyó una tos sofocada y la siguió por los recovecos de la vivienda.

Quien tosía era el falso padre Roy, tirado en el suelo del pasillo. Mila estaba a su lado e intentaba taponarle con las manos una herida en el abdomen.

—¿Dónde está mi hija? —preguntaba sin imponerse, en voz baja—. Dime dónde está, por favor.

El hombre volvió a toser y de la boca le salió un chorro de sangre que le manchó los pelos blancos de la barbilla. Después sonrió.

Berish comprendió lo que había ocurrido porque Mila había dejado en el suelo el arma con la que había disparado para defenderse y, junto a esta, estaba el cuchillo con el que presumiblemente había sido atacada.

La expolicía reparó en la presencia de su amigo y se volvió hacia él con ojos de súplica.

—Llama a una ambulancia —dijo.

Pero Simon era demasiado experto en heridas y en balazos como para ver de inmediato que el hombre estaba perdido. De hecho, pocos instantes después, vio una luz maligna que se apagaba en su mirada.

—Tenemos que irnos —dijo cogiéndola de los brazos y levantándola.

—El teclado del ordenador —afirmó Mila, afectada.

Berish no la entendió.

—El teclado es para zurdos, él fumaba con la derecha.

Mientras descubría los números en los diarios, se había acordado de lo que había visto en el estudio del cura, de ahí el cosquilleo en la base del cuello. Fuera quien fuese ese bastardo, lo había enviado Enigma.

Oyeron unos pasos que se movían en el piso de arriba. Berish dio un respingo, en alerta: listo para disparar. Por las ventanas de la planta baja entrevieron a dos figuras

que bajaban por la escalera antiincendios; corrieron hacia un coche aparcado poco lejos de allí y desaparecieron.

Mila no se había equivocado: realmente había alguien más en la casa.

—Mierda —comentó Simon. Recogió los diarios de la entrada del trastero y se los puso entre las manos todavía ensangrentadas. A continuación, le dio instrucciones sobre lo que tenía que hacer:

—Coge el coche y vete a mi casa.

—¿Y mi pistola?

—Déjala aquí, ya me ocupo yo. —Luego observó el cadáver y añadió—: Y también del resto.

Se limpió las manos utilizando unas toallitas húmedas que había encontrado en la guantera del coche. Pero todavía tenía la sensación de estar manchada de la sangre del hombre al que había disparado. De modo que, al llegar al apartamento de Berish, se metió rápidamente en la ducha. Se quedó allí un buen rato, abriendo al mínimo el agua fría porque esperaba que el chorro hirviente la reconfortara.

Mila Vasquez siempre intentaba curar el dolor con dolor.

Al salir del baño con el albornoz de Simon puesto, lo primero que hizo fue llenar de comida el cuenco de Hitch. Luego también encontró algo para ella, porque estaba hambrienta. Pan de molde y embutido. Se lo llevó al sofá.

Fuera llovía.

Con las piernas cruzadas, Mila empezó a hojear los diarios de Norman Luth esperando que esos números revelaran algo. Era como resolver un complejo problema matemático, uno de esos planteamientos imposibles que tenían ocupados a los estudiosos durante toda su vida.

«No —se dijo—. Es la fantasía enfermiza de una mente asesina. En estas cifras no hay ninguna lógica, solo caos y muerte. Porque ese es el único credo del susurrador».

Mila no entendía nada. Tal vez la respuesta se ocultaba en los otros elementos que había recopilado en su segundo viaje a *El más allá*: «los viejos muebles y la rosa negra». Pero ya no estaba segura.

Berish volvió cuando casi era mediodía. Tiró el abrigo mojado por la lluvia en una silla y se sirvió algo de beber.

—¿Está todo arreglado? —le preguntó Mila, titubeando.

El poli echó un trago antes de contestarle.

—Sí, está todo arreglado.

Hitch se acercó a su amo porque había olfateado un extraño olor en su ropa. Berish lo alejó apartándole el hocico.

Mila no le preguntó cómo lo había hecho para borrar de la casa parroquial las huellas de su visita de esa mañana, ni cómo se había deshecho de los cadáveres del cura emasculado y del desconocido que se había hecho pasar por él. Sabía que un poli con tantos años a su espalda en la Policía sin duda había ido conociendo a gente del mundo criminal que le podía resultar útil en caso de necesidad. Pero su amigo estaba consternado, y eso no le gustó.

—¿Qué hay en los diarios de Luth? —le preguntó para cambiar de tema.

Mila levantó uno y pasó rápidamente las páginas delante de él.

Berish sacudió la cabeza.

—No ha servido de nada... —comentó.

—Si hubiéramos hallado la solución del misterio, tendríamos que haber dado con las nuevas coordenadas para acceder a *Dos*.

—De modo que tenemos que volver a empezar desde el principio...

—¿Por qué? —Mila no estaba de acuerdo.

—Porque ahora nos vemos obligados a poner en duda todo lo que nos ha dicho el falso sacerdote. ¿Ha mentado para despistarnos o ha contado la verdad que el verdadero padre Roy ya no podía revelarnos porque llevaba tiempo muerto?

—Tenemos que partir de los hechos... Y los hechos dicen que Norman Luth confesó los crímenes con abundancia de detalles porque los «conocía» —replicó Mila.

—Pero su coartada se aguanta —objetó él.

—Si bien después de su suicidio no han muerto más estudiantes.

Simon dio un trago al resto del vaso.

—Tiene que haber a la fuerza una explicación.

—Los números de los diarios solo son comprensibles para la mente enferma de un loco, pero sin duda no son una coincidencia —afirmó Mila—. Son la prueba de que Norman frecuentaba *Dos* y tal vez conocía a Enigma.

—Todavía no son una prueba —rebató Simon, a pesar de que le costaba llevarle la contraria—. Tenemos que hacer que «se conviertan» en pruebas.

—¿Y cómo? —Mila estaba frustrada.

—Indagando —replicó el otro, casi con rabia—. Yendo a buscar donde no hemos ido, metiendo las narices donde no las hemos metido, hundiendo las manos en la mierda que todavía no hemos revuelto.

Mila nunca lo había visto tan acalorado.

—Por convencionalismo decimos que nos encontramos ante el caso de un asesino en serie cuando el asesino mata al menos tres veces y con el mismo sistema. Pero ¿quién dice que tiene que ser así forzosamente? Lo decidimos solo porque siempre nos damos cuenta demasiado tarde de su existencia, cuando ya ha actuado. ¡Es una justificación porque no somos capaces de detenerlo antes!

Mila no comprendía adónde quería llegar con esas palabras.

—Y cuando descubrimos un nuevo asesino en serie, ¿qué hacemos? Esperamos a que mate de nuevo con la esperanza de que esta vez cometa algún error...

La «desgracia» con los asesinos en serie era que no sabían parar. La «suerte» con los asesinos en serie era que no sabían parar.

—Bueno, nosotros hoy hemos hecho lo mismo —concluyó Berish, sin perdonárselo—. Hemos ido a interrogar a un cura cuando en cambio la verdadera pregunta debíamos hacérsela a nosotros mismos... ¿Cómo aprende a matar un asesino en serie?

Por fin Mila lo comprendió.

—Se lo enseña su primera víctima.

¿Basándose en qué características los asesinos en serie seleccionaban a sus víctimas? Era una de las preguntas cruciales para los criminólogos.

A menudo no había ninguna base que justificara el homicidio. Bastaba con que la víctima fuera una mujer y que se encontrara en el lugar oportuno. Oportuno para el asesino, naturalmente.

Otras veces, la designación era completamente accidental. Mila recordaba un asesino en serie que solo violaba y descuartizaba a camareras de bar. Cuando lo capturaron, admitió que no era una razón concreta: como la primera mujer que mató casualmente era una camarera de bar y esa vez se salió con la suya, decidió proseguir con esa tipología. También por una especie de superstición.

Pero también existía una razón más profunda: para un asesino en serie la repetición del *modus operandi* es una fuente de satisfacción al menos igual que el propio homicidio. Para él significa que está haciendo un buen trabajo. La idea de haber elaborado un método para matar sin ser capturado satisfacía su ego, se dijo Mila.

«Si un pastel te sale bien, ¿para qué cambiar de receta? —repetía siempre el hombre que le había enseñado esas cosas—. Puedes perfeccionarla con el tiempo, aprendiendo de la experiencia. De vez en cuando incluso puedes permitirte sustituir un ingrediente. Pero no la distorsiones arriesgándote a que te salga mal».

Lea Mulach, estudiante rubia y con gafas, estableció el prototipo del monstruo de Unic. La referencia para que luego llegaran las demás.

Porque cada asesino tiene su ideal de víctima, recordó la expolicía.

La madre de la chica vivía en un bonito edificio en la bahía. Después de la muerte de su hija, se divorció y hacía un año que había vuelto a casarse con un abogado.

Mila y Berish fueron a llamar a su puerta con la esperanza de que el domingo lluvioso la hubiera obligado a quedarse en casa.

Una empleada del hogar los hizo pasar al amplio salón que se asomaba directamente al mar. Habían pasado siete años desde que Barbara Mulach llamaba casi cada día al Limbo para tener noticias de la investigación de la desaparición de su hija. Al cabo de unos meses, espació las llamadas. Y cuando la Policía decidió incluir también a Lea entre las víctimas del monstruo de Unic, la madre interrumpió todo contacto.

En cuanto Barbara Mulach puso un pie en la habitación, Mila se dio cuenta de que la había reconocido enseguida. «Esa es la expresión que yo también pondré si no logro encontrar a Alice», se dijo.

Impotencia y pesadumbre.

La mujer llevaba un chándal gris de felpa. Todavía tenía el pelo rubio, pero ahora teñido a causa de la edad. Lo llevaba recogido en una cola y se parecía de manera

increíble a su hija.

Se echó a llorar.

—¿La han encontrado? —preguntó con un hilo de voz.

Mila acudió a sostenerla.

—Por desgracia no...

—Entonces ¿por qué ha venido? —preguntó, confusa.

—Porque me estoy ocupando de nuevo del caso —mintió parcialmente la expolicía.

El objetivo de su investigación no autorizada no era encontrar el cuerpo de Lea, sino a Alice.

—Este es el agente Simon Berish, nuevo responsable de la Oficina de Personas Desaparecidas.

Después de las presentaciones, tomaron asiento en los sofás de piel clara delante de la terraza. Fuera, el mar estaba embravecido, pero era un espectáculo mudo porque el ruido de las olas no conseguía atravesar la cristalera de la ventana.

—Habría sido una mujer extraordinaria —afirmó Barbara Mulach señalando con la mirada las fotos en marcos de plata que estaban encima de una mesita. Eran retratos de su hija en varios momentos de su breve vida. De recién nacida, apagando las velas en uno de sus primeros cumpleaños, en una pista de esquí, montada a caballo, vestida de *majorette* y al final sonriendo con un diploma en las manos.

—Era la primera en todo, no se conformaba con llegar la segunda.

Lo había sido incluso en la muerte, pensó Mila. La primera de una serie.

—Ya sé que cuando se habla de muertos, sobre todo cuando son jóvenes, es fácil decir que en su vida eran unas bellas personas, que todo el mundo las quería —afirmó la mujer—. En el fondo, también es patético. Pero Lea ni siquiera tuvo tiempo de equivocarse. —Recuperó el aliento—. Cuando me dijo que quería estudiar Lenguas Orientales, la animé a hacerlo. Su padre, en cambio, habría preferido que se licenciara en Económicas. Pero Lea tenía ganas de viajar, también era mi sueño de joven.

A causa de la falta de empatía, Mila no podía sentir compasión por esa mujer, pero sabía muy bien de qué estaba hecho el sentimiento de culpa.

Los tropiezos en el camino del destino nosotros los llamamos «si».

Si no hubiera obligado a Alice a vivir en una casa aislada en el lago, si no hubiera aceptado el encargo de Shutton, si no hubiera visitado a Enigma tal vez ahora las cosas habrían sido distintas también para Mila.

—Señora Mulach —intervino Berish—. Como bien sabe, el nombre de Lea se incluyó en la lista de víctimas del asesino en serie de Unic... Pero las diferencias respecto a las otras dos chicas asesinadas son relevantes: el cuerpo de su hija nunca fue encontrado y no hay pruebas de que el misterioso chico llamado Larry la engatusara en las redes sociales. En cualquier caso, esto podría no significar mucho: tal vez el asesino se sirvió de otro perfil... Pero lo que le pregunto es: ¿Lea era de las

que aceptaban que un chico ligara con ellas por internet? Era muy guapa y me parece entender que sin duda no le faltaban admiradores.

—Tiene razón, agente Berish, pero ese bastardo apareció en su vida en el peor momento. Lea acababa de salir de una larga relación con un compañero de instituto. Ya se sabe cómo acaban ciertas cosas cuando se empieza la universidad: las parejas se alejan, se cambian las costumbres y los amigos... Creo que mi hija se sentía sola, pero no tenía el valor de empezar una nueva relación.

«La red social de la universidad fue entonces una especie de terapia para ella», pensó Mila. Una manera de estar de nuevo con alguien sin tener que comprometerse.

—Fue al cine con ese cobarde solo porque le parecía algo inofensivo... Después de la desaparición, en su armario faltaban un par de vaqueros, una cazadora y una camiseta. Si Lea se hubiera imaginado una cita amorosa, evidentemente no se habría vestido así.

—Como sabe, hace unos años un hombre llamado Norman Luth se autoinculpó de los crímenes, incluido el homicidio de Lea —le recordó Simon.

—Ah, sí, ese mitómano desequilibrado —despachó enseguida la mujer—. ¿Saben qué les digo? La Policía hizo bien en no creerle. Ese hijo de puta de Luth mentía porque nunca habría podido engañar a mi Lea. Alguien que entra y sale continuamente del manicomio no es capaz de embaucar a una chica guapa y brillante.

En eso Barbara Mulach se había equivocado, consideró Mila. Por desgracia, la verdad era distinta y muchos de los maníacos que iban a la caza en las redes sociales no eran en absoluto astutos ni fascinantes, les bastaba con mostrar una apariencia interesante para atraer a su presa a la trampa. El resto del trabajo normalmente lo hacían las víctimas, creyendo en la mentira que se contaban a sí mismas. Y recordó también las palabras de su misterioso amigo del pasamontañas rojo.

«La mente ve lo que la mente quiere ver».

—No estamos aquí para que albergue falsas ilusiones, señora Mulach —afirmó Mila—. Estamos intentando reunir las piezas del caso y hemos pensado empezar precisamente por Lea porque así fue como también actuó el homicida.

Berish intervino:

—El hecho de que el cuerpo de Lea nunca haya sido encontrado podría ser un indicio revelador de la personalidad del asesino... Después de matarla, no la abandonó en la cuneta de una carretera como a las otras.

Simon intentaba hacerle comprender que tal vez el asesino en serie había hecho desaparecer el cadáver porque en el fondo todavía podía avergonzarse de sus actos. Con el tiempo perdería esa sensibilidad, pero entonces había querido ocuparse de los restos mortales de Lea. Sin embargo, no se podía convencer a una madre de que podía haber remordimiento o pulcritud en el horror.

—¿Qué tiene de revelador comparado con el hecho de no permitir que dos padres lloren en la tumba de su propia hija? —rebatía la mujer, ofendida.

En ese momento intervino Mila:

—El agente Berish solo intenta decir que quizá el asesino escogió a Lea por un motivo. Si descubrimos cuál es, tal vez podamos llegar hasta él.

Barbara Mulach se los quedó mirando. La perspectiva de contribuir a capturar al monstruo que le había arruinado la vida haciendo añicos su familia había despertado en ella una rabia positiva.

—¿Qué puedo hacer para ayudarles?

—¿Tiene todavía el ordenador de Lea? —preguntó Berish—. Nos gustaría echarle un vistazo.

—Sí, lo guardo yo. Yo logré reaccionar, volver a empezar. Mi exmarido, en cambio, no se resigna. Después de que nos separáramos vino a traerme las cosas de nuestra hija, porque no quería tenerlas en casa. Aunque luego se arrepintió, pero sus objetos siguen todavía aquí...

La mujer se levantó del sofá y los dejó solos para dirigirse a otra ala del apartamento.

—¿Qué te parece? —preguntó Berish en voz baja.

Mila sacudió la cabeza.

—No lo sé, solo espero que tengas razón...

Barbara Mulach regresó al cabo de unos minutos con un portátil con la carcasa roja llena de pequeños dragones dorados.

—Está intacto desde que Lea desapareció.

Mila lo reconoció porque cuando el caso era de su competencia, antes de que fuera reclamado por la UCV, estuvo analizando el portátil en busca de indicios útiles que explicaran la desaparición de Lea.

—¿De verdad creen que todavía se puede encontrar al asesino? Sus colegas de la Policía dicen que ya ha pasado demasiado tiempo, y después de aquellas otras dos pobres chicas, el monstruo se volatilizó...

A menudo los padres de las víctimas de crímenes violentos adoptaban al monstruo situándolo en el lugar de los hijos que habían perdido. En sus corazones, el odio reemplazaba al amor. Mila no quería haberle dado falsas esperanzas.

—Es solo una pista —se apresuró a aclarar la expolicía—. Podría llevarnos a algo o a nada... De todos modos, Lea no será olvidada. Yo no la he olvidado. —Y era cierto.

—Estamos tan desesperados que hace tres años hicimos poner una lápida en el cementerio... Somos conscientes de que allí abajo no hay nadie, pero la gente pasará por delante de la tumba y leerá su nombre. Así sabrán que una vez existió una preciosa chica llamada Lea Mulach y se acordarán de ella cuando también nosotros dos hayamos muerto...

El verdadero drama de esa madre no era que su hija hubiera muerto, sino que, a causa de su joven edad, hubiera vivido en vano.

—No sé si fue una broma o si, en cambio, fue un gesto de sincera caridad... También se lo dije a la Policía, pero no me lo supieron explicar... Tal vez no sea

importante...

Mila no entendía a qué se estaba refiriendo la mujer. Intercambió una mirada con Berish y él también parecía confuso.

—¿Qué es lo que no es importante? —la animó entonces la expolicía.

La madre de Lea Mulach se volvió a mirarla.

—Desde que pusimos la lápida, cada año, el día del aniversario de la desaparición, alguien deja una rosa negra.

El *modus operandi* de un asesino en serie era como la receta de una tarta.

Mila se repitió a sí misma esa eficaz comparación. Si algo te sale bien con un determinado procedimiento, ¿por qué intentar hacerlo de una manera distinta?

Pero a pesar de mantener unos elementos fijos, el *modus operandi* de un asesino en serie podía variar de un crimen a otro: el homicida, al igual que el pastelero, tiende a perfeccionarse, ya que aprende de la experiencia.

Por este motivo, muchos criminólogos, a la hora de atribuir los delitos al mismo asesino en serie, lo consideraban un criterio superado: de hecho, era muy probable que entre el primer homicidio de la serie y el último hubiera muchas diferencias y de tal calibre que podrían parecer obra de manos distintas. Y eso representaba un riesgo, especialmente durante el procedimiento judicial, donde un abogado avisado podía hacer hincapié en las discrepancias para que decayeran las acusaciones contra su representado.

Esa era la razón por la que los analistas de perfiles empezaron a basarse mayormente en otro aspecto del comportamiento de los asesinos en serie. Algo que permanecía inmutable con el paso del tiempo.

«La firma».

—Un asesino en serie usa el crimen para satisfacer una necesidad —explicó Mila a Berish mientras este conducía bajo la lluvia—. Para estar completamente satisfecho del homicidio, hay algo que «debe» hacer necesariamente. Por ejemplo, si su necesidad es infligir dolor o dominar a la víctima, no podrá evitar cumplir actos de sadismo o humillación, y entonces estos serán su firma.

El denominador común de los delitos.

—Pero la distinción entre *modus operandi* y firma a veces es muy sutil —le advirtió.

Mila recordaba el caso de un atracador de bancos que fotografiaba a los rehenes después de obligarlos a desnudarse. Un comportamiento similar no era ni útil ni necesario para el buen fin del atraco, es más, aumentaba los riesgos ya que el atracador se entretenía durante más tiempo en el banco.

Esa era su firma, el síntoma de una necesidad irreprimible.

Otro atracador, en cambio, si bien hacía desnudarse a los rehenes, no los fotografiaba. Su objetivo era meramente práctico: una vez desnudos, habrían evitado mirarlo por la vergüenza, así había menos posibilidades de que pudieran dar indicaciones sobre su aspecto a la Policía.

Pero Berish seguía sin entenderlo.

—¿Qué tiene que ver lo que dices sobre la «firma» del asesino en serie con la rosa negra que la madre de Lea Mulach encuentra cada año sobre la tumba de su hija?

—Vamos al Limbo y te lo explicaré. Tengo la impresión de que hemos cometido un error —dijo Mila, sin añadir nada más.

A pesar del mal tiempo, el tráfico fluía cómodamente. La temperatura había descendido varios grados y las previsiones tampoco prometían nada bueno para las horas siguientes.

Mila y Berish llegaron al departamento hacia las cuatro.

Los domingos por la tarde había poco movimiento en el edificio, pero rezaron para no encontrarse con nadie que los reconociera y le chivara a Shutton que los había visto juntos.

En la sala de los pasos perdidos, Mila dejó el portátil de Lea Mulach en una esquina de la mesa y lo puso a cargar porque a saber cuánto tiempo llevaba sin encenderse.

—Nos ocuparemos más tarde del ordenador de la chica —le comunicó a Berish.

Se sentó enseguida delante del viejo terminal para ir en busca de la confirmación que esperaba encontrar.

En la base de datos de los homicidios había una sección dedicada a las «víctimas menores». No era políticamente correcto hablar de individuos que habían muerto a causa de su estilo de vida, pero en sustancia era exactamente así. Traficantes, prostitutas, integrantes de bandas, tenían más probabilidades que los demás de que los mataran. Había quien también lo definía como «gajes del oficio».

A Mila le interesaban precisamente las prostitutas y, después de afinar la búsqueda introduciendo parámetros como «pelo rubio», «gafas» y «asfixia», obtuvo una lista de seis homicidios desde 2013 hasta ahora.

—Aquí está la firma —anunció, triunfante—. El asesino en serie no ha dejado de matar en absoluto: solo se ha vuelto más astuto.

Para actuar impunemente, cambió un ingrediente de la receta, se dijo Mila. Nada de estudiantes, sino prostitutas. Una estudiante estrangulada constituye una excepcionalidad, mientras que una prostituta se considera como la enésima predestinada.

—No lo entiendo —dijo Berish—. Así pues, ¿Norman Luth es inocente o es que había dos asesinos en serie desde el principio?

Mila le señaló la silla que estaba al lado de la suya.

—Tengo una teoría, veamos si te convence... —Estaba excitada por el descubrimiento y no veía el momento de compartirlo con su excolega—. Norman Luth visitaba *Dos*, lo confirman sus diarios llenos de números. De manera virtual, Luth asiste a la puesta en escena de la fantasía de otro jugador: uno a quien le gusta estrangular a estudiantes rubias con gafas.

Mila había podido comprobar lo que significaba entrar en las fantasías enfermizas de alguien: no iba a olvidar lo que sintió al encarnar a Karl Anderson mientras se encarnizaba con su mujer y sus hijas con un cuchillo.

—Luth es mentalmente inestable y, cuando los crímenes se repiten con la misma modalidad en el mundo real, se convence de que es el homicida: va a la Policía y

ofrece una confesión detallada... Pero, como en los períodos en que se cometieron los asesinatos estaba en una clínica psiquiátrica, resulta que no podía haber sido él y queda exculpado.

—Pero el asunto de Luth, que culmina con su suicidio, enseña algo al verdadero asesino —intervino Berish, que por fin empezaba a comprender el razonamiento—. Si no quería que lo capturaran, tenía que cambiar su *modus operandi* solo lo suficiente para que pareciera que la serie se había interrumpido... Por eso, reemplaza a las estudiantes por las prostitutas.

—Su firma es el aspecto de la víctima. Para satisfacer plenamente sus necesidades, siempre debe ser el mismo: pelo rubio y gafas.

Berish reflexionó.

—¿Y la rosa negra? ¿Cuál es su significado?

—No significa que sea un gesto de compasión o de arrepentimiento —afirmó Mila—. Puede ser una manera de demostrarse a sí mismo que no ha olvidado a su primera víctima.

Todos los asesinos en serie estaban agradecidos a su primera víctima, recordó la expolicía. Como un primer amor, no eran capaces de olvidarla.

—Si Norman Luth estaba en contacto con el verdadero homicida a través de *Dos*, entonces será suficiente con mirar su ordenador —afirmó Berish, seguro—. Pero en el piso de encima del garaje no había ningún ordenador —recordó, frustrado.

Parecía un callejón sin salida, pero Mila tuvo una intuición.

—El falso padre Roy me contó que Norman heredó la casa de sus padres. Sin embargo, por culpa de los malos recuerdos, él se negaba a vivir allí y por eso alquiló el piso. Es probable que el ordenador de Luth esté donde vivía de pequeño.

—El falso cura podría haber mentido. —La puso en guardia Simon—. O puede que en esa casa viva ahora otra persona.

Pero Mila tenía una opinión muy distinta.

—Nada nos impide ir a comprobarlo... Luego nos dedicaremos al portátil de Lea —afirmó sacando el cargador del portátil del enchufe, lista para salir.

La lluvia que había arreciado en la ciudad durante toda la jornada había concedido una tregua, pero sobre sus cabezas todavía se cernía un amenazador amasijo de nubes negras.

Con la cercanía de la puesta de sol, la luminosidad disminuía rápidamente. Pronto empezaría otra larga noche para Alice y el pensamiento hundía a Mila en el desaliento. Era como tener que convivir con un dolor sordo en medio del pecho, un puño que se metía lentamente entre las costillas, abriéndose paso con tenacidad.

Los padres de Norman Luth le habían dejado una bonita villa estilo *Art Nouveau* en la colina, rodeada de un jardín vallado con verjas de hierro. Pero Berish tenía

razón: la casa estaba habitada. Si bien las cortinas de las ventanas estaban echadas, se entreveía luz en el interior.

—¿Qué hacemos? —preguntó Mila, pensando que ahora ya sería inútil llamar a la puerta de los nuevos inquilinos.

—No lo sé —respondió Simon.

La jugada estaba resultando improductiva. Pero luego la expolicía se percató de que, en la parte trasera de la villa, semioculto por las ramas nudosas de un pino, había un Lancia Beta de color azul cobalto.

Enigma y Pascal también conducían automóviles que se remontaban al siglo anterior. Precisamente el hombre del pasamontañas rojo le había explicado la razón: esos coches no disponían de sistemas electrónicos que permitieran ser localizados.

—No sé si es solo una casualidad —le explicó a Berish—. Pero pienso que muchos jugadores de *Dos* toman la misma precaución.

El policía se quedó pensando.

—¿Qué dices, llamamos al timbre y preguntamos si todavía tienen el ordenador de Luth?

—Me parece que no —contestó Mila.

—Me lo imaginaba.

Berish sacó del bolsillo del abrigo dos pistolas. Le entregó una, en sustitución de la que había hecho desaparecer después del homicidio del falso padre Roy.

—Es un arma limpia —le advirtió, queriendo dar a entender que en caso de que tuviera de nuevo la necesidad de utilizarla no podrían relacionarla con ellos.

Poco después, saltaron la verja en el punto donde era imposible que alguien los viera desde el interior. A continuación, se dirigieron hacia la casa pasando por el césped cubierto de hojas mojadas que amortiguaron el ruido de sus pasos.

Rachas de viento helado bajaban de repente desde la colina cercana, rebotaban entre los árboles del jardín, agitando las ramas, y después desaparecían.

Berish señaló a Mila una entrada trasera que conducía a un jardín de invierno. Al otro lado de los cristales opacos se entreveía solo una maraña de ramas, como esqueletos en la oscuridad.

Bastó con empujar la hoja para vencer la modesta cerradura. En pocos segundos, estaban dentro.

Fueron acogidos por una agradable temperatura que procedente del interior de la casa. Se pusieron a escuchar, intentando captar la presencia de quien vivía allí. Pero no oyeron nada.

Berish dio un paso para introducirse en la villa, pero Mila lo retuvo por la manga. Cuando se volvió, el policía vio lo que había visto ella.

El jardín de invierno albergaba un rosal. En la planta más bella y más vistosa brotaban unos capullos negros.

Si hacía falta una confirmación de que estaban en el lugar adecuado, la habían encontrado.

Berish precedió a Mila en la exploración de las habitaciones. El viejo parque gemía bajo sus pies y avanzaban dosificando bien el peso a cada paso.

No estaban seguros de que hubiera alguien, pero la casa estaba iluminada. Lámparas con las pantallas cubiertas con fulares adamascados y apliques dorados que sobresalían del papel pintado rojo amaranto de la pared, con su luz ambarina, parecían indicarles el camino. Los muebles de época emanaban un olor agradable, antiguo; cera de abeja y maderas nobles.

Al llegar junto a una escalera con la barandilla taraceada que conducía a las plantas superiores, Berish le hizo una señal a Mila de que iba a seguir por esa dirección. Ella, en cambio, se quedaría abajo.

Para llevar a cabo una mejor inspección de las habitaciones, se dividieron.

Mila sujetaba la pistola con los brazos bien tensos delante de sí: como había aprendido en la academia cuando todavía era una recluta, la mirada y la mirilla debían moverse casi simultáneamente y cubrir un área de seguridad de ciento ochenta grados.

La expolicía rebasó la cocina de mayólica amarilla pajiza, con las cacerolas de cobre que colgaban de una rejilla del techo y un aparador esmaltado en blanco. Inmediatamente después estaban las dependencias de los empleados, luego una biblioteca con una radio de transistor de raíz de nogal en el centro. Mila pensó que probablemente la casa de los Luth había ido pasando de generación en generación. Norman, sin embargo, había preferido vivir en el piso de encima del garaje de un cura depravado.

La razón se ocultaba en el comedor en el que ahora deambulaban los fantasmas de sus padres. En ese momento, Mila rebasó el umbral.

Un viejo reloj de péndulo hacía tictac plácidamente en una esquina. El sofá y las butacas de terciopelo. Una alfombra con dibujos geométricos. La lámpara de pie que terminaba con una pantalla granate. Un aparador y mesitas de café llenas de estatuillas de porcelana. La estufa de hierro fundido y una mecedora. Las paredes revestidas de papel con unas graciosas flores rojas.

Mila se dio cuenta de que ya había estado allí, pero en *El más allá*.

Era el lugar donde la sombra había intentado asfixiarla, pero entre esas paredes años atrás se había consumado una violencia real: la estrangulación de una esposa infiel a manos de un marido engañado, bajo la mirada inocente de su hijo de nueve años.

Norman vio cómo el rostro de su madre palidecía, se le salían los ojos de las órbitas, mientras debajo de ella se extendía un charco de orina, se imaginó Mila la escena.

Después de tanto tiempo, cada objeto de esa habitación todavía preservaba un secreto de muerte. Pero también había algo que la expolicía no encontró en su gemela virtual de *Dos*.

Un escritorio coronado por una lámpara orientable: el haz de luz caía sobre un viejo PC durmiente.

Se acercó para revisarlo, albergando la esperanza de que fuera el que Luth utilizaba para meterse en el juego. Mientras rodeaba la mesa, notó que efectivamente allí había un *joystick* un visor. Pero la mirada se le quedó clavada en el teclado.

Encima había un pasamontañas rojo.

Sus pulmones eran dos pistones, almacenaban más aire del que hacía falta. Estaba hiperventilando y el corazón le latía tan fuerte que las palpitaciones se convirtieron en una especie de acúfeno.

«Pascal me ha engañado. Él es el monstruo de Unic».

Por el techo podía oír el crujido de los pasos de Berish mientras inspeccionaba el piso de arriba. «Tengo que avisarlo», se dijo.

Desanduvo las habitaciones que había visitado para llegar nuevamente al pie de la gran escalera con la barandilla taraceada. Poniendo atención en interceptar cualquier mínimo ruido o cambio a su alrededor, empezó a subir siempre precedida por el cañón de su pistola.

Al llegar al primer descansillo, intentó en vano entrever a Simon. Pegando la espalda al revestimiento de madera de la pared, se percató de que allí se escondía una puerta secreta perfectamente mimetizada.

Qué raro que Berish no la hubiera detectado.

Empujó el batiente con el pie y apareció ante ella un simple trastero con un aspirador y productos de limpieza. Estaba a punto de cerrarlo cuando percibió un sonido.

Había sido como un lamento.

Se puso a escuchar. Contó mentalmente los segundos hasta llegar a un minuto sin que sucediera nada. Pero no quería desistir. Estaba segura de haber oído algo.

El lamento se repitió, aunque duró poquísimo tiempo.

El espectro, se dijo pensando en la voz que había oído en *El más allá*.

«Mírate...». «Sálvate...».

Mila se agachó sobre las rodillas porque había comprendido de dónde procedía el gemido del trastero. Había un conducto de aire caliente cubierto por una rejilla.

«Viene de debajo de la casa», se dijo.

Le hubiera gustado avisar a Simon, pero la ansiedad se apoderó de ella: debía saber si realmente alguien necesitaba ayuda. Entonces bajó de nuevo los escalones en busca del acceso al sótano. Imaginó que estaría en la cocina y volvió sobre sus pasos.

Efectivamente, detrás de una mesa había una puerta gris con una manija dorada. Apartó el mueble y tanteó la cerradura. Estaba abierta. Delante de ella, un abismo de escaleras.

Mila titubeó. En el transcurso de su carrera como cazadora, había explorado lugares oscuros y peligrosos en muchas ocasiones. Lugares que las personas normales solo podían imaginar y en los que nadie con un poco de perspicacia o autoestima se habría aventurado. Ni siquiera un poli. Para ella, en cambio, nunca había representado un problema.

«Es de la oscuridad de donde vengo. Y es a la oscuridad donde tengo que regresar de vez en cuando».

En ese momento, sin embargo, le asaltó un pensamiento distinto, y era eso lo que la frenaba.

«Si muero ahora, para Alice se habrá acabado».

Pero si no iba a ver qué había allí abajo, tampoco obtendría las respuestas que buscaba.

«Esa no es mi hija —se dijo recordando el gemido que había oído—. Y, de todos modos, puede tratarse de un engaño».

Del sótano emanaba un aliento hediondo y frío de humedad. Mila decidió ir a su encuentro, bajó el primero de los peldaños que conducían a una oscuridad que le era familiar.

No llevaba ninguna linterna consigo. Aparte de la pistola, no tenía nada. Y, después de todo, en esa oscuridad tan densa, un arma era inútil.

A medida que descendía, podía notar la puerta de la cocina alejándose a su espalda: la luz y el mundo conocido quedaban confinados allí; ella en cambio se estaba introduciendo en otra dimensión, hecha de horrores inconfesables y lamentos ocultos en la oscuridad.

Mila contó los peldaños hasta llegar a la base de la escalera. Veintiséis. La oscuridad allí abajo era tan densa que se podía sentir en la piel, como una caricia molesta.

Apartó de su mente los pensamientos de muerte, porque solo con el vacío más total podría ser capaz de anticiparse a los acontecimientos. Se aventuró a avanzar empleando su instinto como un sonar.

Entonces captó una respiración.

Desde alguna parte, a su alrededor, una criatura la estaba esperando. Se hallaba agazapada en la sombra, y la buscaba.

La respiración se transformó de nuevo en un gemido.

—¿Alice? —preguntó Mila a la oscuridad.

Ninguna reacción.

—¿Quién está ahí? —Volvió a intentarlo.

Esta vez la oscuridad contestó.

—Busca por el suelo...

Una voz masculina adulta. Mila se quedó paralizada. A continuación, avanzó algunos pasos y chocó con un objeto metálico con la punta de sus botas. Se agachó y, sin dejar de tener la pistola preparada, tanteó con la mano el pavimento polvoriento hasta que encontró algo. Lo palpó para saber qué era.

Una lámpara de *camping* a gas.

Apretó el pulsador del encendido eléctrico, oyó una serie de pequeñas descargas y, al mismo tiempo, el silbido del gas. Mantuvo pulsado el botón hasta que la linterna empezó a iluminarse. La luz opaca le reveló que el sótano había sido excavado en la roca. A su alrededor se erguían los pilares de los cimientos.

A uno de ellos estaba encadenado un hombre.

Mila levantó la lámpara y la tendió hacia él. El desconocido enseguida hizo pantalla ante su cara con las manos. Pero, a través de los dedos, ella pudo distinguir dos ojos asustados.

Tenía poco más de veinte años. Una pesada argolla le rodeaba el tobillo. Iba descalzo y vestido con una especie de chándal.

Era rosa como el que llevaba puesto Enigma en la celda de la fosa.

—¿Quién eres? —preguntó de nuevo la expolicía.

El otro se demoró un instante antes de responder.

—Me llamo Timmy Jackson.

Pero a Mila enseguida le vino a la cabeza otro nombre.

«Raspa».

—Tenemos que llevarlo al hospital —afirmó Berish en voz baja una vez se hubieron apartado un poco de él.

La había encontrado en el sótano al terminar su inspección y le dio la noticia de que, aparte de ellos, en la casa no había nadie más.

Mila lo retuvo en la escalera, preparándolo para lo que iba a ver allí abajo. Pero cuando Berish se encontró cara a cara con el prisionero, palideció. Sin embargo, en ese momento, ella y su excompañero tenían opiniones distintas sobre lo que había que hacer con Timmy Jackson.

—Necesita un médico —replicó el policía señalando al chico.

Estaba hecho un ovillo en el suelo, casi en posición fetal, con la mirada perdida en el vacío y el tobillo todavía sujeto por la cadena.

Berish seguía mirándolo, Mila lo obligó a mirarla a ella girándole la cara.

—No me estás escuchando. Timmy Jackson lleva desaparecido siete años, quién sabe cuántas cosas puede revelarnos.

Pero Simon estaba desconcertado y no le hacía caso.

Precisamente por eso todavía no le había dicho nada del viejo PC del salón y del pasamontañas rojo que había encontrado sobre el teclado.

—Voy a buscar unos alicates y lo liberaré —dijo el policía.

—Ni hablar —lo detuvo Mila, cogiéndolo de la mano.

Raspa estaba en una situación emocional indefinida porque todavía no se había dado cuenta de que acababan de salvarlo. Lo que ocurriría después, con el regreso a la normalidad y a un mundo que ya no se sometía a las reglas de la violencia, era lo que los psiquiatras llamaban «síndrome del superviviente» y era un verdadero trauma. Un trastorno que contaminaba los recuerdos provocando un proceso de eliminación de lo sucedido: era el motivo principal por el que muchas personas que lograban ser liberadas luego no eran capaces de acusar a sus carceleros. Es más, tendían a justificarlos para no tener que admitir que el horror que habían sufrido era real.

Mila sabía que los minutos siguientes a la localización de un desaparecido eran los más importantes para obtener información útil.

—Tienes que interrogarlo —le dijo a su excompañero—. Y debes hacerlo ahora.

Era evidente que Berish no tenía ánimo para hacerlo.

—Si no lo haces, Alice sufrirá las consecuencias.

—Ni te atrevas —la amenazó Simon.

Mila no quería ser grosera con su viejo amigo, pero no tenía alternativa.

—Y además no sería como un interrogatorio normal de la Policía —objetó él—. En este caso, no tengo que hacer que nadie se desmorone. No soy psicólogo y se necesita una formación específica para entrar en la mente de una víctima... Pero ¿qué te estoy contando? Lo sabes perfectamente —concluyó, irritado.

La psique de alguien que sobrevivía a un secuestro era un terreno minado. El principal peligro era desencadenar en la víctima un sentimiento de vergüenza: muchos se sentían culpables por haber caído en la trampa del monstruo y por haber causado el sufrimiento de sus seres queridos. Algunos, después de que los salvaran, incluso se quitaban la vida.

—Hay veces que se deben tomar decisiones —afirmó Mila, que no tenía ninguna intención de ceder. Parecía cinismo, tal vez en parte lo fuera. Pero la expolicía sabía que debía ser pragmática si quería obtener algún resultado. Pascal le había dicho que debía descubrir por sí misma cuál era «su juego», pero hasta entonces solo había estado sometida a la situación, dejándose zarandear por los acontecimientos, sin tener nunca el control sobre las cosas, ni siquiera por un momento. Ahora estaba cansada, quería marcarse un punto a su favor. Cambiar al menos una maldita regla del juego.

—Míralo. Está limpio y ha estado bien alimentado durante todo este tiempo: significa que su carcelero se ha ocupado de él —afirmó Mila.

Ante esas palabras, Berish tuvo un presentimiento.

—De acuerdo, pero solo te concedo veinte minutos, después llamaremos a emergencias.

Se acercaron a Raspa.

—Timmy, el agente Berish quisiera hablar contigo. ¿Estás de acuerdo?

El chico asintió.

Berish se sentó en el suelo polvoriento, justo frente a él: ponerse al mismo nivel del interlocutor servía para que enseguida supiera que todo se desarrollaría de una manera relajada. En cambio, en los interrogatorios, el policía solía estar de pie para imponerse al interrogado, que normalmente estaba esposado a una silla.

Simon había cogido del coche el portátil de Lea Mulach y ahora lo dejó a su lado, de manera que el otro viera bien la carcasa roja con los dragones dorados.

—¿Prefieres que te llame Timmy o Raspa? —preguntó para aportar un tono amable a la conversación.

—No lo sé... Como quiera, da lo mismo...

—Antes de que empiece, ¿tienes algo que preguntarme? No sé, una curiosidad, alguna duda...

Raspa lo pensó un momento.

—¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí?

En el transcurso de su carrera de cazadora de desaparecidos, Mila se había encontrado más de una vez teniendo que responder a esa pregunta. Le ocurría cuando salvaba a alguien que había sido arrancado de su vida hacía años, pero también si hacía pocos días. En realidad, para el rehén no había ninguna diferencia. El tiempo se dilataba y unos pocos minutos transcurridos en cautividad podían parecer infinitos.

—Siete años —dijo Berish.

Mila se puso a recordar al chico de diecisiete años con acné al que le encantaban el *punk-rock* y los grafitis.

Timmy se quedó pensando en ese número. Tampoco pareció que le afectara demasiado. Tenía que procesar la idea de que mientras tanto el mundo lo había olvidado.

—¿Quién te trajo aquí?

—Se ha marchado, no volverá —dijo para tranquilizarlos.

—¿Cómo lo sabes?

«Pascal estaba esperando a que llegásemos para escapar», imaginó Mila.

—Lo sé porque, antes de irse, me dio esto...

Raspa abrió la palma de la mano y les mostró un puñado de pastillas azules. Berish las cogió y se las pasó a Mila. Polvo de ángel: la única libertad que el raptor huido le concedía al prisionero era decidir si quitarse la vida con una sobredosis.

—¿Sabrías reconocer al hombre que vivía aquí?

El chico los miró a ambos con los ojos llenos de miedo, después negó con la cabeza.

—Siempre llevaba la cara tapada.

Mila estaba decepcionada, no iba a saber cómo era su rostro debajo del pasamontañas. Berish dejó a un lado ese tema y se centró en otro.

—Timmy, ¿puedes contarnos lo que recuerdas de antes de venir aquí?

—No sé cómo fui a parar a ese videojuego —admitió el chico, titubeando—. Entonces era un verdadero idiota... Había leído historias en la red, pero me parecían tan absurdas; era algo así como una de esas leyendas que circulan sobre internet.

Mila conocía bastantes, desde la de Slender Man hasta la de la Ballena Azul.

—Me descargué el juego y entré. Y cuando entras ya no puedes salir, pero yo no lo sabía... Mamá siempre me decía que pasaba demasiado tiempo en ese maldito ordenador de los cojones, y yo me enfadaba con ella. Pero sentía que me estaba sucediendo algo, porque yo ya no era yo. Ya no podía discernir lo que era verdad de lo que, en cambio, solo estaba en mi cabeza. Por culpa de esa mierda de pastillas azules...

Timmy hablaba todavía como un adolescente, como si su desarrollo intelectual se hubiera detenido siete años atrás. Era uno de los efectos del cautiverio, pensó Mila.

—¿Cómo conociste al hombre que te secuestró? —preguntó Berish.

—Fue él quien vino a buscarme en el juego, después me escapé de casa porque decía que él se ocuparía de mí.

—¿Y qué hacía el hombre en el videojuego?

Raspa se mordió un labio antes de contestar.

—Él se divierte matando.

Mila y Berish no dijeron nada, se limitaron a registrar la información.

—Solo le gustan las rubias, pero tienen que llevar gafas —añadió el prisionero—. No sé por qué.

Berish se inclinó hacia él.

—Timmy, ¿has visto a ese hombre haciendo daño a las chicas?

El joven calló.

El policía insistió, con calma.

—A nosotros nos lo puedes decir...

Raspa empezó a llorar.

—Me obligaba a mirar...

Berish dejó que se desahogara un poco, a continuación prosiguió:

—¿Has oído nombrar alguna vez a un tal Norman Luth?

—Antes esta era su casa, ¿verdad?

—Sí, así es —confirmó el policía.

—Y el nombre de Alice ¿te dice algo? —preguntó Mila, tal vez adelantando un poco el proceso.

Mientras Berish la fulminaba con la mirada, Raspa se sorbió los mocos y negó con la cabeza.

Por un instante, la expolicía había acariciado la idea de que el prisionero supiera algo de su hija.

—Timmy, necesito hacerte una pregunta, pero me gustaría que me dieras una respuesta concreta... —dijo Simon—. ¿Te has cuestionado alguna vez por qué te secuestraron?

El chico parecía desorientado.

—Quiero decir: si a tu raptor le gustaba matar a rubias con gafas, ¿por qué te cogió y te mantuvo aquí abajo?

—No lo sé...

Berish no insistió, se limitó a tomar nota de la respuesta y volvió a cambiar de tema. Mila se preguntó qué tenía en mente.

—¿Cómo lo hacía ese hombre para engañar a las chicas?

—Las encontraba en internet... Las estudiantes en una red social llamada Unic, las prostitutas en páginas de citas.

—¿Y luego venían aquí?

—Sí, así es —confirmó Timmy Jackson.

El policía se inclinó de nuevo hacia él.

—¿Me estás contando la verdad, Raspa? ¿Quieres decir que esas mujeres venían voluntariamente a esta especie de casa de los espíritus?

Mila advirtió que Timmy había bajado la mirada.

Berish lo presionó.

—¿Y yo debería creer que un monstruo que ha estado engañando a la Policía durante años iba a correr el riesgo de revelar en internet esta dirección?

Raspa empezó a sollozar de nuevo.

—Las citaba en otro sitio, ¿no es cierto? Y para no mostrarse, te hacía ir a ti.

Raspa negaba con la cabeza con decisión, pero no era convincente.

—No te limitabas solo a mirar, él te usaba como cebo.

Mila comprendió por qué el carcelero había cuidado del prisionero.

—¿Y qué podía hacer? —estalló Timmy, llorando desesperado—. Si no hacía lo que él decía, me hubiera matado.

Tenía los ojos rojos y de la boca le caía un hilo de saliva, pero Berish no tenía tiempo para dejarse conmovir. Cogió el portátil con la carcasa roja y los dragones dorados, se lo colocó sobre las rodillas, lo abrió y lo puso en marcha.

—La propietaria de este portátil se llamaba Lea Mulach —dijo mientras esperaba a que el ordenador arrancara—. Como sabes, antes de que nuestro amigo se dedicara a las prostitutas, tenía debilidad por las estudiantes. Lea fue la primera en ser asesinada, pero a diferencia de las dos que la siguieron, su cuerpo nunca fue encontrado. Además, mientras que a las otras dos las engatusaron con un falso perfil de un chico llamado Larry, en el caso de Lea no se sabe cómo lo hizo.

Mila recordaba cuando discutieron sobre ese tema con Barbara Mulach, imaginando que el asesino en serie se habría servido de otra identidad ficticia que los investigadores no pudieron encontrar. El hecho de que la hubiera cambiado, convirtiéndose en Larry, tal vez revelaba un valioso punto débil en su estrategia, algo defectuoso en el *modus operandi* que más tarde el monstruo quiso corregir: gracias a esa imperfección podían remontarse a su verdadera identidad.

—Ahora nos mostrarás cómo hizo el asesino para contactar con ella...

—No me acuerdo —afirmó enseguida el otro.

—Sí, seguro que te acuerdas —dijo Berish con calma, sin dejarle escapatoria—. Tú ya estabas aquí.

—Ha pasado demasiado tiempo —intentó escudarse Raspa.

Pero el policía estaba decidido.

—Vamos a entrar en Unic y me lo enseñarás, punto.

Berish cogió del abrigo un par de gafas de lectura. La pantalla del portátil tenía como fondo un paisaje nocturno de Hong Kong. Sobre él aparecieron los iconos de los programas.

Simon se puso las gafas y abrió el servidor de internet. Revisó la cronología, pero entonces se quedó inmóvil.

En el largo listado, al lado de cada sitio, estaba el día y la hora en que había sido visitado. Las fechas se remontaban a 2011, el año de la desaparición. Pero yendo hacia atrás en la lista, Unic no aparecía en ninguna ocasión.

La única explicación posible era que la chica nunca se hubiera inscrito en la red social.

Berish y Mila se plantearon la misma pregunta con la mirada. «Así pues, ¿cómo pudo el monstruo engatusar a Lea Mulach?».

La respuesta fue automática y dejó a ambos sin aliento.

—Mierda —dejó escapar Mila—. La conocía en persona.

—¿Cómo es posible que en la UCV no se dieran cuenta? —se preguntaba Mila, agitada.

—Fue Norman Luth quien los indujo involuntariamente al error con su confesión —afirmó Berish—. Él fue quien les señaló a Lea, porque había presenciado su asesinato en *El más allá*.

—Ellos solo necesitaban un nombre para llegar a la cifra de tres víctimas y así abrir oficialmente la caza a un asesino en serie —recordó Mila.

—Como el *modus operandi* para engatusar y matar a la segunda y la tercera estudiante era idéntico, los de la UCV dieron por descontado que también servía para la primera víctima.

—Con la única diferencia de que el cuerpo de Lea Mulach no había sido encontrado, pero este detalle debió de parecerles insignificante —afirmó con sarcasmo mezclado con rabia la expolicía.

Mila estaba fuera de sí y Berish no quería que perdiera la concentración.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó, intentando ser práctico—. Y más teniendo en cuenta que hemos averiguado que el chico no es capaz de proporcionarnos una descripción de su carcelero.

Se habían apartado de nuevo al lado de la escalera para no turbar a Raspa con aquella discusión. Pero Timmy todavía estaba preso en su propio infierno y no se fijaba en ellos.

—La rosa negra nos indica que había un vínculo especial entre el monstruo y su primera víctima —se dijo segura Mila, volviendo a su teoría inicial—. Él no escogió a Lea Mulach porque tuviera el pelo rubio y llevara gafas, sino que escogió a las demás porque se parecían a ella.

La estudiante era lo que los criminólogos llamaban «víctima original».

La teoría de la expolicía se había reforzado después de haber visto la planta con los capullos negros en el jardín de invierno de la casa. El cuidado que requerían esas flores junto con el gesto de acordarse de cada aniversario de la desaparición de Lea, dejando una rosa sobre su falsa tumba, era la prueba de un afecto enfermizo que, con el tiempo, podía haberse convertido en un odio rencoroso.

También Berish empezaba a considerar esa hipótesis más que razonable.

—Por eso para el asesino no hay ninguna diferencia entre matar estudiantes o prostitutas: lo que cuenta es que se parezcan a Lea.

—Tenemos que descubrir por qué es tan importante para él.

—Estoy de acuerdo.

—Creo que el asesino es presa de una obsesión de la que no logra liberarse.

—Ahora que sabemos que los dos se conocían, tal vez deberíamos buscar a alguien que estuviera con ella en la universidad —propuso Simon.

La expolicía se mostró escéptica.

—Ya has oído a la madre, ¿no? Hacía poco que Lea se había matriculado, era nueva en ese mundo. Todavía no había tenido ni tiempo ni ocasión de convertirse en

objeto de las fantasías trastornadas de nadie.

Mila sabía perfectamente que una obsesión no nace de un encuentro ocasional, sino que necesita años para echar raíces. Años de miradas robadas, de gestos incomprensidos. La víctima no suele saber que es la destinataria de esas atenciones. Y cuando por fin el obsesionado encuentra el valor de manifestarse, ella no entiende cuáles son sus verdaderas intenciones. Entonces cada una de sus reacciones, incluso la más insignificante, es interpretada como un rechazo. La decepción se vuelve insoportable y el enamorado convierte a la mujer idealizada en un enemigo al que hay que destruir.

Porque si la destruye, ella ya no pertenecerá nunca a nadie y entonces será suya para siempre.

—¿Estabas pensando que tal vez Lea, sin saberlo, se convirtió en la obsesión de un familiar? —preguntó Berish, intentando esbozar un perfil del asesino en serie.

—No lo sé, pero de todos modos pensaba en alguien presente en su círculo del pasado, cuando todavía era menor de edad. Alguien encontró el valor de declararse cuando ella estaba en la universidad y dio ese paso solo para no perderla.

No tenían que dejarse despistar por el aspecto de Lea, se dijo Mila. Había resultado ser un elemento fundamental para aunar a las otras víctimas, pero podía no ser tan determinante para la persona que estaba obsesionada con ella.

—A menudo la víctima es idealizada no por unas características físicas particulares —afirmó la expolicía—, sino solo porque a los ojos del monstruo representa algo inalcanzable... «prohibido».

—Podría ser alguien que antes de que Lea fuera mayor de edad no podía exponerse por culpa de su propio papel —supuso el policía.

—¿Qué te parece un exprofesor del instituto? —propuso Mila—. Recuerdo que en la época de la desaparición se habló de episodios de acoso hacia las estudiantes, pero no se señaló a ningún responsable.

—¿Por qué no lo anotaron en el expediente del Limbo? —preguntó Simon, dubitativo.

—Era solo un apunte, luego la UCV nos quitó el caso antes de que pudiéramos profundizar.

—Pues la idea de que se tratase de un adulto tiene sentido —se convenció Berish—. Iré a la vieja escuela de Lea Mulach a indagar un poco sobre los profesores, quién sabe si aparece algo interesante.

Mila estaba satisfecha, porque era exactamente lo que quería.

—Y tú llama a alguien para que se ocupe del chico —dijo Simon señalando a Timmy Jackson con la mirada—. Después márchate antes de que lleguen los de emergencias. No tienen que encontrarte aquí bajo ningún concepto.

—De acuerdo —le aseguró Mila. Pero estaba mintiendo.

Mila se había inventado la historia del acoso en la escuela de Lea solo para despistar a Berish. No se había producido ninguna denuncia en ese sentido. Y no tenía intención de llamar a emergencias para que atendieran a Raspa. Al menos no enseguida. Todavía le quedaba una cosa que hacer en esa casa.

Explorar el PC junto al que había encontrado el pasamontañas de Pascal. Estaba convencida de que era una invitación para que encendiera el aparato.

Aunque su excolega no habría estado de acuerdo, Timmy Jackson era un valioso recurso y Mila no podía perderlo sin antes saber qué había en ese ordenador.

Ahora que se había desembarazado de Simon, tenía todo el tiempo que fuera necesario.

Le dio a Raspa una almohada, una manta y también un cubo por si necesitaba ir al baño. Le prometió que pronto regresaría con él. Debería haber sentido pena por ese chico todavía atado como un animal a una cadena. Pero en casos similares le daba gracias a su alexitimia que le inhibía cualquier emoción.

Su prioridad era salvar a su hija.

Mila se quitó el impermeable negro y lo tiró sobre una de las butacas del salón con los muebles viejos. El reloj de péndulo empezó a dar las once. Tras comprobar que era esa hora, la expolicía se sentó delante del PC y lo puso en marcha. Encendió el monitor, luego esperó a que se cargara el sistema operativo. En el escritorio apareció un único icono, el de *Dos*. Hizo clic sobre él. En la primera pantalla, el globo estilizado daba vueltas, pero, a diferencia de las otras veces, en el interior de la casilla reservada a la latitud y la longitud habían sido introducidos unos números.

«Lo sabía», se dijo Mila.

La habitación olía a pasado. Fuera había empezado a llover y las gotas caían sobre las plantas del jardín produciendo una cacofonía de sonidos. La expolicía sintió una sensación de tranquilizadora soledad.

De nuevo estaba lista.

Dejó la pistola encima de la mesa, de manera que siguiera teniéndola a su lado. Se frotó las palmas de las manos en los vaqueros para secarse el sudor, inspiró y espiró varias veces. Cogió del bolsillo una de las píldoras de polvo de ángel que el carcelero le había dejado a Raspa para que se suicidara.

Miró el pasamontañas rojo y se la metió en la boca. A continuación, cogió el *joystick* y se puso el visor.

Un caleidoscopio de colores la proyectó a la velocidad de la luz al segundo mundo. En su descenso irrefrenable hacia esa especie de hiperespacio, sintió que el corazón se le precipitaba al estómago. Era tan verdadero, tan real.

Pero luego todo se ralentizó de repente.

Una agradable calma se apoderó de ella mientras los píxeles empezaban a componer ordenadamente la nueva realidad.

En el silencio de la noche, oyó un eco de explosiones lejanas.

Murallas de cemento se erigían en el puerto fluvial y grandes grúas metálicas trepaban hacia el cielo de tinta. Sobre el amplio arenal negro, restos de grandes buques fondeados, tumbados sobre un costado o apoyados el uno contra el otro, el hierro gemía haciéndoles parecer inmensos cetáceos que, desorientados, habían ido a morir a la playa.

Otra deflagración.

Mila se volvió a mirar. Solo vio escombros a lo lejos, sobre los que se elevaba el humo de los hidrocarburos. Podía notar su olor agrio, así como veía el aliento condensarse por el frío delante de su boca.

Lo primero que hizo fue buscar su propio aspecto en un charco: el avatar tenía los rasgos de la sombra negra que había intentado asfixiarla en Chinatown. El monstruo de Unic.

Un nuevo estruendo.

Una nube de polvo se levantaba sobre la ciudad: uno de los rascacielos del centro se había derrumbado. «¿Qué está sucediendo?», se preguntó.

El universo artificial se estaba descomponiendo.

Se encaminó por la calle brillante de lluvia. A la izquierda había un río, un aceite denso y oscuro que discurría lentamente. A la derecha, una sucesión de almacenes abandonados.

No sabía adónde ir o qué buscar, pero entonces empezó a oír una música de *blues*. Una vez más, Elvis cantaba, esta vez era una versión distorsionada de *That's Alright, Mama*.

Parecía un demonio invitándola a una fiesta.

El significado de la canción era claro. Mila siguió las notas y se encontró en el umbral de un bar. Sentía curiosidad por saber qué engaño del susurrador le esperaba allí dentro.

Empujó la puerta.

Una ráfaga se insinuó en el interior y movió una campana de viento colgada de una viga. Una secuencia de sonidos dulces y estridentes le dio la bienvenida.

En la sala oscura había una larga barra coronada por un amplio botellero. En un rincón, una máquina de discos encendida; de allí provenía la canción de Elvis.

Delante de ella, un hombre de espaldas siguiendo el ritmo con los pies. Llevaba una americana de terciopelo y un par de Clarks deformados, tenía el pelo revuelto. Incluso antes de que se diera la vuelta, Mila lo reconoció por su aspecto desaliñado que la había atraído diez años atrás.

El padre de su hija la observó con extraños ojos de pájaro, oscuros e inexpresivos.

«Deberías estar en coma, maldito». «Las condiciones generales del paciente siguen siendo irreversibles». En cambio, estaba tallando un trozo de madera con una navaja.

«No, no es madera —se corrigió Mila—. Es un hueso».

El criminólogo inclinó la cabeza para señalarle la sala de al lado. Un arco daba paso a un segundo ambiente con mesitas y también a los reservados.

Al lado de uno de ellos, una cuna era mecida por una mano esquelética.

Mila siguió la indicación y se encaminó hacia esa dirección, pero el terror la hacía vacilar a cada paso: de las pesadillas que Enigma había creado para ella, esa era sin duda la peor.

Al llegar junto al reservado, vio que la mano pertenecía a una mujer vestida completamente de negro. El paño oscuro también cubría la cuna e impedía distinguir bien al recién nacido. Solo se veían las piernecitas que pateaban.

La madre de negro se dedicaba a disponer las cartas del tarot sobre la mesa. La piel de los brazos dejados al descubierto por el tejido estaba llena de viejas cicatrices. Besos de cuchilla, los llamaba Mila cuando a los dieciséis años empezó a cortarse. Comprendió que la madre de negro era ella misma, por lo tanto, en la cuna debía de hallarse Alice.

La familia al completo, se dijo sentándose frente a la mujer y esperando a que terminara.

—Síguelo.

Una vez más, la voz del espectro pasó rápida e inesperada junto a ella, como un susurro en un oído. Mila se volvió en la dirección por la que le había parecido que había huido. Vio una cortina de bambú que se movía y detrás creyó distinguir a un niño; tenía más o menos diez años, la edad de Alice. Y llevaba una camiseta roja.

«Síguelo». ¿A quién debía seguir? No lo entendía.

Se quedaron mirándose un largo instante. Luego la madre de negro golpeó la mesa con su mano huesuda para llamar su atención.

Mila dio un respingo y apartó su mirada. Cuando volvió a mirar hacia la cortina de bambú, el espectro del niño se había desvanecido.

Después de terminar de ordenar las cartas, la mujer empezó a mostrarlas de una en una. Eran rostros. Mujeres, hombres, viejos, jóvenes, niños. Sonreían. Eran fotos de desaparecidos, como las que colgaban en las paredes de la sala de los pasos perdidos del Limbo; la última imagen que quedaba antes de que la oscuridad se los tragara.

Mientras Mila se preguntaba qué estaba intentando desvelarle, salió una carta distinta de las demás: en vez de una persona, representaba una preciosa serpiente de color esmeralda.

En ese momento, sucedió algo que no se esperaba. La madre de negro empezó a llorar debajo del velo. Primero de manera silenciosa, luego cada vez más fuerte. El lamento pronto se volvió desgarrador al igual que los sollozos que le sacudían el pecho.

Al mismo tiempo, dejó de acunar al bebé. Mila, que no entendía lo que estaba ocurriendo, echó un vistazo a la cuna.

Alice ya no pateaba, estaba inmóvil.

Mila empezó a tener una sensación de consternación. Era como si *El más allá* le estuviera diciendo que, para conseguir por fin llorar, debía ver morir a su hija.

En ese momento se percató de que ya no podía moverse. Estaba paralizada. No sabía explicárselo, luego comprendió el motivo.

La serpiente de color esmeralda había salido de la carta del tarot y se había enroscado a su alrededor.

«No es real —se dijo—. Es como la otra vez, cuando sentía que alguien me asfixiaba. Solo tengo que convencerme de que no es cierto».

El reptil iba subiendo arrastrándose por su cuerpo. Mila volvió la cabeza hacia la cristalera del local.

Los vio llegar, en grupos o solos. Eran sombras, eran monstruos. Se acercaban a paso lento, como una procesión.

Los había atraído el lamento de la madre de negro. «Vienen a por mí», se dijo Mila. Habría querido huir, pero el abrazo de la serpiente se hacía cada vez más estrecho.

El niño de la camiseta roja había intentado avisarla del peligro inminente. Y, una vez más, ella no le había hecho caso.

Pero no tenía intención de rendirse.

«Puedo conseguirlo —se convenció—. No hace falta mucho, solo tengo que dejar el *joystick* y luego podré sacarme también el visor. Me bastará con alargar los dedos alrededor de la empuñadura y romperé este encantamiento malvado dentro de mi mente».

En realidad, no fue necesario ningún esfuerzo para apartar la mano de la palanca. Es más, lo consiguió incluso bastante fácilmente. Pero no fue suficiente, porque la sensación de constricción perduraba.

«Dentro de poco los monstruos estarán aquí», se dijo, pensando también en las cosas horribles que podrían hacerle.

«La mente ve lo que la mente quiere ver».

Para empeorar la situación, Mila empezó a oír una carcajada en medio del llanto.

El asqueroso reptil la había envuelto hasta la garganta, por eso solo podía mover la mirada en torno a ella. Pero no sabía de dónde procedía.

«¿Qué es esta broma? ¿Quién se está riendo?».

Y entonces apareció una voz masculina.

—Es inútil que me busques, no estoy en el juego —dijo, divertido.

Mila comprendió lo que estaba sucediendo. La risa y la voz no estaban en *El más allá* y tampoco dependían del polvo de ángel.

En la realidad externa del juego, la serpiente era una cuerda y Mila estaba atada a la silla delante del ordenador. Y había alguien con ella en la habitación.

La lluvia había empezado de nuevo a caer con cierta intensidad. Berish conducía por la circunvalación inclinado sobre el volante y con los limpiaparabrisas a la máxima velocidad.

Pensó en su situación. Había planeado pasar un fin de semana romántico, a base de buena comida y charlas agradables. En cambio, se había encontrado en una especie de pesadilla de la que no vislumbraba la salida.

«Lo estoy haciendo por Alice», se repitió. Estaba preocupado por la suerte de la niña, pero a la vez enfadado con Mila porque se obstinaba en no entender que, si fracasaban, tendría que cargar con ello en su conciencia durante el resto de su vida.

La apreciaba, pero había veces que sabía ser persistentemente hostil. Además, sentía una extraña atracción por la oscuridad y, aunque delante de ella nunca lo habría admitido, eso lo asustaba.

A Berish le reconfortaba la idea de que la relación con Vanessa no estuviera en una fase tan avanzada como para involucrarla en ese descenso a los abismos. No habría podido perdonarse que su nueva compañera pagara un precio por el caso del que se estaba ocupando. Porque no estaba seguro de que saliera vivo de él.

Llevaban saliendo solo unas semanas, pero Simon tenía la sensación de que había dado con la persona ideal para él. Antes de conocerse, casi se había resignado a pasar el resto de su vida en perfecta soledad. Había comprendido que no necesitaba una familia, ni una esposa. Tenía a su perro, los libros, la colección de *whisky* escocés, el póquer con los amigos los jueves por la noche y toda una serie de costumbres establecidas con el tiempo que hacían de él un hombre satisfecho.

Pero Vanessa, con sus maneras amables y esas atenciones de las que hacía tiempo que no disfrutaba, le había despertado la duda de que lo que tenía hasta ahora podía no ser suficiente.

Todavía era prematuro afirmar que existieran realmente las condiciones para un siguiente paso, como por ejemplo vivir juntos. Hitch no habría estado de acuerdo, aunque solo porque no le gustaban los cambios. Pero Berish tenía que lidiar con el hecho de que su *hovahart* envejecía más rápidamente que él y que, tarde o temprano, lo dejaría solo.

Había conocido a Vanessa en un club, porque compartían su pasión por el *jazz*. Fue ella quien se acercó con un *bloody mary* y le preguntó si podía sentarse a su mesa.

La velada se convirtió en una agradable sorpresa.

Tenía más o menos su edad y le confió que en el pasado había estado casada. Una vez constatado que no había hijos de por medio, Simon no le preguntó nada más de su relación anterior, también porque le dio la impresión de que para ella no era fácil afrontar el tema.

En lo demás, sin embargo, estaban perfectamente de acuerdo. Tenían los mismos gustos y también las mismas sincronías.

La verdadera prueba de la complicidad entre ellos dos la tuvo la noche anterior, cuando Mila se presentó en su puerta y Vanessa, al comprender la situación, no tuvo ningún problema en irse sin siquiera averiguar de qué emergencia se trataba.

Berish todavía podía oler su perfume, a lirio y jazmín.

A esas horas deberían haber estado en la cama abrazados, disfrutando de la lluvia estrepitosa y la secreta dulzura de un desapacible domingo por la tarde. En cambio, conducía completamente empapado hacia el pasado de una chica asesinada muchos años atrás, probablemente por una persona en la que confiaba. O de la que ignoraba su peligrosidad, se dijo.

Dejamos entrar a alguien en nuestra vida sin sospechar nada y sin saberlo nos convertimos en prisioneros de la obsesión ajena.

Se metió por la salida que llevaba al viejo barrio de Lea Mulach. Redujo hasta detenerse al lado de una parada de autobús para comprobar la dirección en un plano que había encontrado en la guantera. Se había prometido no poner en marcha el navegador. No estaba del todo seguro de si esas precauciones servían realmente o, en cambio, eran solo fruto de la paranoia de Mila o de ese tal Pascal, pero decidió no arriesgarse.

La verdad era que no sabía qué sitio ocupaba él en el «diseño» del susurrador.

«Enigma, sin duda, ha previsto que Mila se dirigiría a mí, por eso también ha pensado en el papel que tendría que interpretar yo», reflexionó.

Permaneció un momento pensando en ese aspecto, mientras la lluvia tamborileaba sobre el techo del coche. Era un ruido agradable. Berish sostenía que había que disfrutar al máximo de cada momento de paz, porque no se sabía qué nos depararía el futuro.

No quería admitirlo, pero temía que lo peor todavía no hubiera llegado. No podía confiárselo a Mila, pero la idea de que el asunto concluyera con la liberación de Alice era ilusoria.

Nadie sobrevivía a un susurrador, le había dicho ella.

Berish apartó de la mente cualquier pensamiento negativo, tampoco servía de nada dejarse condicionar. Luego siguió recorriendo la calle en dirección al instituto de Lea Mulach.

El edificio había sido construido según los parámetros anteriores a los años ochenta. Lo sugería el posterior añadido de rampas para sillas de ruedas y de salidas de emergencia.

Estaba formado por dos cuerpos separados por una torre central que tenía un reloj en la parte superior y el perímetro estaba delimitado por farolas de luz anaranjada.

Berish aparcó la berlina a unos cincuenta metros de la entrada, de manera que no llamara la atención. A continuación, se puso a observar.

No había ningún guarda, pero no podía descartar que la escuela estuviera vigilada para evitar hurtos o actos de vandalismo. Bajó del coche y se encaminó hacia el lado oeste porque había una farola que no funcionaba coincidiendo con las ventanas.

Secó con la manga la lluvia del cristal. Después hizo pantalla con las manos delante de la cara y se pegó a la superficie para mirar al interior.

Era un laboratorio de ciencias.

El policía comprobó que no hubiera nadie por allí, luego se quitó el abrigo, se lo enrolló bien en el brazo y empezó a golpear la ventana con el codo hasta que se rompió.

El ruido quedó amortiguado por el agua que caía a cántaros. Berish hizo la abertura más grande, quitando las esquirlas más puntiagudas. A continuación, se impulsó sobre el alféizar y se dejó caer al interior.

No sonó ninguna alarma.

Simon encendió la linterna que había llevado consigo y examinó lo que había a su alrededor para identificar posibles cámaras. No encontró ninguna, pero continuó la búsqueda en el pasillo. Tampoco allí, como en el vestíbulo, había ningún rastro de sistemas de seguridad.

Siguió su camino apuntando hacia abajo el haz de luz de modo que no se advirtiera desde el exterior. Se dirigía directamente a Administración, el lugar donde presumía que hallaría los informes personales del cuerpo de docentes.

Sin embargo, al aproximarse a la puerta que conducía a las oficinas de Dirección, se percató de la presencia de un sistema de videovigilancia.

Era imposible superar ese límite, a menos que no lograra neutralizar los ojos electrónicos. Pero no desistió, porque se le ocurrió otro sitio donde podía mirar.

Se dirigió a la biblioteca.

La gran sala alojaba miles de volúmenes. Berish no tenía tiempo de llevar a cabo una búsqueda en el fichero, así que pasó rápidamente revista a los estantes con la linterna, seguro de que los anuarios ocuparían un lugar destacado.

De hecho, así era: incluso había una sección que recogía los álbumes de los últimos sesenta años. Al policía le interesaban los correspondientes al período en que Lea Mulach había frecuentado la escuela.

Los cogió para llevárselos a una de las mesas de consulta. Apoyó la linterna a su lado, de manera que le hiciera luz, se colocó las gafas de lectura y empezó a hojearlos.

La encontró entre las páginas del volumen dedicado al último año: en la foto, Lea llevaba el pelo recogido y un par de gafas con la montura dorada. Sonreía.

El pie de foto describía a una alumna modélica, capitana del equipo de *majorettes* y redactora en el periódico escolar. Además, dada su pasión por Oriente, Lea se había ocupado con éxito de promover un hermanamiento con un instituto de Pekín que se había concretado con un intercambio de estudiantes.

Berish fue en busca de las fichas de los profesores de la chica, preparándose para redactar una lista. El perfil que estaba persiguiendo era el de un hombre que, en la época de la desaparición de Lea Mulach, no hubiese superado los treinta y cinco años porque, según las teorías criminológicas, los asesinos en serie maduran ya desde la adolescencia la necesidad de matar y no consiguen retenerla más allá de esa edad.

El policía incluyó enseguida en el listado a un apuesto profesor de gimnasia, así como a uno de historia y también al de química. Al final añadió al subdirector, porque le parecía justo no cerrarse a posibles sorpresas.

Al terminar, observó los cuatro nombres escritos en el papel.

Un día el camino de uno de esos hombres se cruzó con el del susurrador. Enigma reconoció en él la oscura aura del mal, lo convenció para que escuchara los razonamientos de la voz secreta de su interior que desde siempre le decía que matar estaba en su naturaleza, por eso no podía ser algo erróneo. Le proporcionó el empujón motivacional para satisfacer una necesidad incubada durante quién sabe cuánto tiempo junto con un deseo inconfesable: poseer a la chica del pelo rubio y las gafas, coger la fruta prohibida de su juventud. Aunque eso significara aniquilarla.

El policía sintió un escalofrío al pensar que detrás de los rasgos normales de uno de esos individuos que había anotado se escondía el monstruo de Unic.

Ahora él y Mila irían a llamar a las puertas de esos íntegros educadores, de esos padres de familia fuera de toda sospecha. Tendrían que hacer preguntas difíciles y ambiguas, y luego escrutar cada una de sus reacciones, captar el más pequeño rictus de su expresión, en busca de una confirmación. No iba a ser fácil. Años transcurridos interpretando un doble papel sin duda constituirían una ventaja para su contrincante.

Pero toda máscara tiene su fisura, se dijo Berish, mientras hojeaba distraídamente las últimas páginas del anuario: recogían las fotos del baile de primavera con el que los estudiantes del último curso se despedían de los profesores y de los compañeros de las clases inferiores.

Se paró porque identificó a Lea Mulach en medio de un grupito de compañeras: estaba radiante con un vestido de seda rojo con libélulas y flores de melocotonero bordadas.

Entonces, confiando en un golpe de suerte, el policía empezó a buscar también a algún adulto entre los presentes a su alrededor, esperando captar a un profesor que le dirigiera una ojeada secreta, una de esas miradas escurridizas que a veces revelan de manera inconsciente las intenciones reales de los maníacos.

Pero no notó nada de eso.

Se dio cuenta de que había sido un ingenuo. «¿Cómo he podido creer que iba a ser tan fácil?». Sacudió la cabeza y se dispuso a cerrar el anuario cuando se detuvo. La mano se quedó en equilibrio sosteniendo la otra mitad del tomo: en la ranura entre las páginas, justo en la zona entre la luz y la sombra, sus ojos identificaron un rostro conocido.

Berish se dio cuenta de que se había equivocado en todo hasta ese momento. Pero el error más grave lo había cometido Mila.

Rezó para que su amiga hubiera tenido tiempo de llamar a emergencias y se hubiera marchado como le había asegurado. En otro caso, corría un grave peligro.

En la foto reveladora, a unos pasos de distancia de Lea Mulach, había un chico con acné que miraba a la estudiante con un vaso en la mano.

Su compañero de colegio que había madurado una obsesión por ella tan grande como para convertirse en un asesino en serie era Timmy Jackson, también llamado Raspa.

«Síguelo».

¿Qué había querido decirle el niño de la camiseta roja? Fuera lo que fuese, ya era demasiado tarde.

Raspa estaba allí con ella, lo oía moverse por la habitación. Pero Mila estaba aislada en *El más allá*.

La madre de negro continuaba llorando. Las piernecitas del bebé se estaban poniendo violáceas. Elvis había dejado de cantar. Pero lo más preocupante eran las sombras que en el exterior avanzaban hacia el bar.

—No te puedes ir... —le recordó Timmy Jackson, susurrándole en un oído desde el mundo real.

Le habría gustado felicitarlo por la eficaz puesta en escena: fingir ser prisionero del monstruo de Unic había sido una excelente argucia para disipar sospechas. Y ella que pensaba que se había comportado de manera cruel por haberlo dejado encadenado en el sótano. En cambio, Raspa podía liberarse en cualquier momento. Si bien había esperado a que estuviera conectada a *Dos* para hacerlo.

¿Qué tenía en mente? Temía conocer la respuesta, después de haber experimentado la fuerza de sus manos alrededor de su cuello en *El más allá*.

Había sido una estúpida al fiarse, pero el pasamontañas rojo la había engañado. ¿Timmy también era Pascal? Imposible: los dos tenían voces y físicos demasiado distintos.

Pero ahora no le interesaba reconstruir la lógica de los acontecimientos. Pensaba en Berish, que no iba a poder salvarla: por culpa de su mentira, su amigo la creía lejos de esa casa, seguro de que ya había llamado a emergencias para que atendieran al pobre recluso.

Mila continuaba oscilando entre dos mundos. Mientras tanto, el padre de su hija dejó de tallar el hueso, se dirigió hacia la puerta del bar y la abrió para los huéspedes que iban llegando, ansiosos de unirse a la fiesta familiar.

—Timmy, sé que puedes oírme —intentó decir—. Incluso puedo imaginar lo mucho que esto te divierte y no me importa admitir que eres muy astuto... Mi hija me necesita... Nunca he sido una buena madre. Nunca le he dicho que la quería, también

porque no habría sido verdad... Nunca la quise dentro de mí, y tampoco en mi vida. Pero tengo que pedirte un favor...

No se escapaba de un asesino en serie, lo sabía. Pero tenía otro objetivo.

—Sé que voy a morir, y me parece bien. Pero tú ¿podrías cuidar de mi niña?

Se odiaba por lo que acababa de decir, pero interpretaba un papel: para los que eran como Timmy Jackson no había nada peor que una víctima que aceptaba su destino y Mila quería quitarle a ese bastardo el placer de llegar al orgasmo mientras la mataba.

—Cállate —gritó de hecho Raspa—. ¡Tienes que estar callada!

—Alice te necesita, Timmy —insistió Mila con énfasis, para provocarlo—. No puedes negarme este favor.

Por toda respuesta, sintió los dedos del asesino en serie que se situaban en su garganta. Era exactamente el objetivo que se proponía, además mientras tanto las sombras habían entrado en el bar y se estaban colocando alrededor de ella. Prefería morir en pocos minutos asfixiada por Raspa antes que vivir una larga agonía en *El más allá* a causa de los efectos alucinógenos del polvo de ángel.

«Date prisa, hijo de puta».

Solo tenía ganas de irse deprisa al mundo real porque un terror irracional le decía que si moría en *Dos* se quedaría para siempre prisionera del juego.

Cuando el monstruo empezó a hacer presión, pensó en Alice y en todo lo que no había hecho por ella. Mila no creía que hubiera un más allá, a pesar de que había estado varias veces en el infierno.

Con su muerte, Enigma había ganado. «Su premio es mi hija. Y es solo culpa mía».

Mientras las sombras de su alrededor alargaban las manos como tentáculos para acariciarla, saboreando el suplicio al que iban a someterla, Mila espiró todo el aire que tenía en los pulmones para facilitar la tarea de Raspa.

Todo sucedió muy rápidamente. Primero escuchó un estallido y pensó que otro pedazo de *El más allá* se había derrumbado, pero esta vez muy cerca. Luego la presión de las manos de Timmy Jackson se aflojó inexplicablemente. Casi tenía encima a los monstruos, pero la sutil membrana entre los dos mundos se rasgó de repente.

Mila se encontró de nuevo en el real.

Alguien le había quitado el visor, pero ella todavía estaba bajo los efectos de la droga. La cabeza le daba vueltas vertiginosamente. Lo primero que sus ojos enfocaron fue a Raspa tendido en el suelo: escupía sangre como una absurda fuente por un agujero en medio de la garganta.

Mientras el monstruo moría desesperado, se iban soltando las ataduras que la obligaban a permanecer en la silla delante del PC. Mila fue en busca de su pistola sobre la mesa, no estaba y tampoco estaba el pasamontañas rojo.

A su espalda apareció Pascal. El hombre con el rostro cubierto tenía el arma metida en el cinturón.

—No hay tiempo para agradecimientos —se le adelantó.

Mila se dio cuenta de que no se fiaba. Él también se percató de ello.

—¿Por qué estaba aquí tu pasamontañas? —preguntó señalando el teclado.

—Quería que supieras que estaba cerca, pero evidentemente no entendiste la señal.

—No es cierto —lo acusó, mientras una sensación de malestar se apoderaba de ella—. Tú estás implicado... No sé cómo, pero lo estás.

—Cuando tú y ese otro habéis entrado en la casa, me he escondido en el jardín —se defendió Pascal, pero estaba nervioso—. Debemos darnos prisa. Están a punto de llegar.

—¿Quiénes? —preguntó Mila con la voz pastosa por las náuseas.

—Los mismos que has visto ahí abajo —afirmó el hombre, señalando el ordenador—. Solo que estos son de verdad: los envía Enigma.

—No te creo —replicó ella, levantándose de golpe y derrumbándose de nuevo en la silla por el vértigo—. Y además ese bastardo antes de morir desangrado tiene que decirme dónde está mi hija.

—¿No ves que no puede hablar?

Pero ella no se movía. Entonces Pascal se sacó la pistola de los pantalones y se la tendió. Mila titubeó, pero luego le volvió a la memoria lo que le había dicho el espectro.

«Síguelo».

Se quedó mirando al hombre del pasamontañas del mismo color rojo que la camiseta del niño, lo pensó durante unos segundos y a continuación cogió el arma de la mano enguantada de látex.

Pascal le puso sobre los hombros el impermeable negro, luego la cogió de la cintura con un brazo para ayudarla a levantarse. La expolicía se dio cuenta de que no tenía suficiente fuerza en las piernas, pero hizo lo posible para no perder el equilibrio.

El hombre encapuchado la arrastró consigo, pero Mila era consciente de que era un peso muerto. Cruzaron la casa lo más rápidamente que pudieron, directos a la salida. Entre tanto controlaban cada ventana con el temor de vislumbrar alguna presencia; el corazón se les salía en cada esquina que doblaban.

Para Mila todo era confuso y enrarecido. Notaba la dificultad para respirar de Pascal que se esforzaba en sostenerla. El olor penetrante de su sudor. No podía evitar pensar en su propia muerte y en los hombres que estaban a punto de llegar.

Atravesaron de nuevo el jardín de invierno y recibió la saludable bofetada del frío de la noche. Antes de sumergirse en la tormenta, Mila se volvió instintivamente hacia el rosal de rosas negras, como para despedirse. Fue cuando reparó en algo que sobresalía del suelo.

Un mechón apelmazado y sucio del cabello rubio de Lea Mulach.

JOSHUA

El coche era una vieja chatarra, pero iba a toda velocidad por las calles de la ciudad en medio de la lluvia.

Pascal la había hecho tender detrás y ni siquiera se había quitado el pasamontañas confiando en que la noche y la cortina de agua que se deslizaba por el parabrisas y las ventanillas impedirían ver que al volante había un hombre encapuchado.

En su alocada huida de las sombras enviadas por Enigma, de vez en cuando esquivaban un coche que venía en sentido contrario y eran increpados por el sonido de un claxon.

Mila todavía no había salido del viaje del polvo de ángel. Intentaba levantarse, pero un peso en la cabeza volvía a enviarla hacia abajo. Estaba empapada, tenía frío y se envolvía en el impermeable negro. No sabía adónde se dirigían, en la oscuridad solo se percibían los faros de los otros coches.

—Debes intentar permanecer consciente —aseguró el desconocido, sin dejar de conducir.

Muchos drogadictos se freían el cerebro con las drogas sintéticas, pero Mila no necesitaba que Pascal se lo recordara.

—¿Por qué me abandonaste en la casa incendiada?

—Porque todavía no podía fiarme de ti.

—Prometiste que me ayudarías a encontrar a Alice.

—¿Lo ves? No me escuchas, solo piensas en ti misma.

Mila temblaba, no podía evitar castañetear los dientes.

—De acuerdo. ¿Qué quieres decir?

El coche dobló una esquina a la derecha, los neumáticos patinaron por un instante sobre el asfalto mojado. Pascal seguía mirando por el retrovisor para ver si los seguían.

—La partida que estás jugando no solo tiene que ver contigo y con tu hija —afirmó el hombre—. Hay en juego algo más importante.

—¿A qué te refieres?

—Empezamos a supervisar el juego hace muchos años.

—¿«Empezamos»? ¿De quién estás hablando? ¿Tú y quién más?

—Ya te expliqué que *El más allá* originariamente fue concebido como un gran experimento social. Después de que los «jugadores virtuosos» lo abandonaran, pensamos que era una buena oportunidad para observar la evolución del comportamiento humano en un ambiente exento de reglas. Nos preguntamos: «¿Qué pasa cuando un individuo normal va a parar a una realidad en la que reina la anarquía absoluta y se puede ser quien se quiera y hacer cualquier cosa sin pagar ningún precio? ¿Y ese tipo de sociedad vivirá autónomamente tendiendo hacia el bien o hacia el mal?».

Mila prescindió por un momento del significado de sus palabras, porque se había dado cuenta de que esa jerga le era familiar.

—Espera un momento... ¿Tú eres criminólogo?

Pascal no contestó. Dio un golpe de volante y se metió en sentido contrario por una calle desierta.

Mila había pensado que era un *hacker* porque eligió como nombre el lenguaje de programación de ordenadores, pero evidentemente se equivocaba.

—¿Para quién trabajas? —insistió.

—Para nadie —replicó el hombre—. De todos modos, al principio el objetivo de nuestra investigación era noble, te lo aseguro. Luego todo se fue a la mierda...

—¿Qué cojones estás intentando decirme? ¿Que fuisteis vosotros quienes llevasteis esos monstruos a *Dos*?

—No eran monstruos antes de entrar en el juego —puntualizó el otro, confirmándolo al mismo tiempo—. Al menos no todos... Pero muchos estaban en la frontera de la normalidad: tenían intrínsecos esos brotes de violencia y crueldad necesarios para que su comportamiento evolucionara de manera sádica.

Mila pensó en Raspa y en Karl Anderson, en cómo se habían transformado: un inofensivo adolescente con acné y un padre de familia se convirtieron respectivamente en un asesino en serie y en el autor de una masacre.

—*Dos* produce un efecto paroxístico sobre las fantasías de las personas, las convierte en reales —dijo la expolicía.

Todos nos imaginamos que matamos a alguien, pero una cosa es un pensamiento que se queda confinado en el secreto de nuestra mente, vigilado por la vergüenza y el miedo a las consecuencias, y otra muy distinta es que se alimente con la ilusión de la impunidad, se gratifique con el poder y se lleve hasta los límites de lo posible.

Entonces esa idea inconfesable se convierte en deseo, el peor veneno de la naturaleza humana.

—Al principio el experimento estaba controlado —se defendió el hombre del pasamontañas rojo.

—¿Qué significa «controlado»? ¿Cómo se puede tener la presunción de controlar el mal? —Mila estaba furiosa.

—Sé de lo que hablo, confía en mí. Soy un guardián.

—¿Un guardián? —se hizo eco ella.

—Cuando el juego se transformó, todavía éramos bastantes. Nuestra tarea era vigilar las anomalías de *El más allá*: obviamente, estaba previsto que algo se desbordara también en este lado... De vez en cuando alguno daba «el salto», era inevitable.

«¿El salto? ¿De qué estaba hablando?».

—Un buen día, un inofensivo empleado de banca entraba en *Dos* y, allí dentro, se convertía en violador en serie. Cuando nos dábamos cuenta de que estaba a punto de

hacer lo mismo en el mundo real, interveníamos para disuadirlo o si no lo denunciábamos a las autoridades.

—Así pues, ¿por qué el sistema no funcionó?

—Nos diezmaron... Sucedió algo y empezaron a perseguirnos aquí fuera, es por eso por lo que borré mi identidad y vivo intentando no dejar rastro.

Mila estaba segura de que ese «algo» del que hablaba Pascal —la causa desencadenante del caos— era el susurrador.

—No sé cuántos guardianes quedamos, perdí el contacto con los demás hace mucho tiempo y ahora estoy solo.

Subieron por un puente de hierro que llevaba a las afueras de la ciudad; los neumáticos, en contacto con el asfalto suspendido en el vacío, producían un ruido sordo.

—¿Qué tengo yo que ver con todo esto? —preguntó Mila, desesperada—. ¿Por qué me han metido en medio de esta historia?

—No tengo ni idea, pero si quieres salvarte tendrás que descubrirlo.

Ella solo quería salvar a Alice.

—¿Te has planteado alguna vez por qué Enigma tiene el cuerpo cubierto de números? —preguntó Pascal.

—Me parece haber entendido que es una especie de mapa de *El más allá*.

—Exacto —aprobó el otro—. ¿Y has entendido cómo funciona tu juego?

—Desde mi primer viaje a *Dos*, me han ido mostrando escenas de crímenes... Con Karl Anderson me proporcionaron directamente la solución del misterio, pero solo para que entendiera cómo funcionaba el asunto. En cambio, después en Chinatown tuve que llevar a cabo una investigación a partir de algunos elementos que había visto en *El más allá*, de este modo pude remontarme a la desaparición de una estudiante. —En efecto, hacía rato que lo estaba pensando—. El interrogante oculto en la escena que me encuentro en *Dos* siempre está conectado con un crimen real, cada vez que lo resuelvo se me permite pasar a un nuevo nivel del juego. Pero no sé cuántos quedan todavía.

—¿El hombre que estaba contigo lo sabe todo?

—Sí, es un excompañero.

—Sabes que podrías haberle hecho una putada, ¿verdad?

Sí, lo había pensado, pero no había tenido alternativa. Un año antes había truncado bruscamente cualquier relación con Simon Berish y luego se presentó en su vida sin sopesar el peligro al que lo exponía.

«Deberías estar con la mujer del perfume de lirio y jazmín, en cambio ahora te estarás preguntando dónde me habré metido y si estoy bien».

—¿Has notado algún cambio en el último viaje a *El más allá*? —preguntó Pascal—. Quiero decir, comparado con las otras veces...

Mila lo pensó un momento. Le vinieron a la memoria los estruendos y la escena del rascacielos que se derrumbaba en el centro.

—Alguien está destruyendo la ciudad.

—Pues sí —confirmó el otro, seguidamente sacudió la cabeza—. No va bien, no va bien en absoluto...

—¿Me explicas lo que significa?

—Cuando llegemos. Ahora necesitas tomar el antídoto de la PCP y descansar —afirmó alejándose del núcleo habitado.

—¿Adónde vamos?

—A un lugar seguro.

El lugar seguro eran unas ruinas abandonadas que en el pasado fueron una casa de campo. Pascal ayudó a Mila a bajar del coche y ella pudo escudriñar el edificio bajo la lluvia. La mitad de la casa había sufrido un incendio a saber cuánto tiempo atrás.

Una vez más, el hombre del pasamontañas rojo había elegido un lugar que se había salvado de las llamas.

Pascal la llevó al interior, aunque al cruzar el umbral continuaba lloviendo porque una parte del techo se había derrumbado.

Después de atravesar un par de habitaciones devastadas, con los muebles carbonizados y el suelo ennegrecido por el hollín, entraron en un tercer espacio que se había salvado. Había un armario, una cama y una butaca.

Pascal hizo que se tumbara y volvió atrás para cerrar la puerta. A continuación, cogió un botellín de agua de un estante y se lo pasó junto a la píldora de cuatro miligramos de niacina.

—Después, tengo náuseas —dijo ella, apartando la mano de látex.

Entonces Pascal fue a abrir un armario y se puso a buscar algo. Regresó a su lado llevando una manta.

—Sécate con esto.

Mila se la echó por encima del impermeable, esperando que pararan los temblores.

—¿Estás mejor? —le preguntó.

—Mejor, gracias.

Había dudado de él, sin embargo, una vez más había aparecido en su ayuda salvándole la vida. ¿Por qué? Y además era atento. Pero Mila estaba acostumbrada a desconfiar de la amabilidad. «Los monstruos siempre son amables», se repitió. No debía bajar la guardia porque no sabía nada de él. ¿Quién era ese hombre rechoncho, con los pies planos y, en el fondo, también un poco ridículo? ¿De dónde había salido ese traje marrón arrugado que vestía? ¿Por qué llevaba corbata? ¿Quién cuidaba de él? Daba la impresión de que estuviera solo.

Mientras tanto, Pascal se sentó en la butaca. En la penumbra y con el sonido amortiguado de la lluvia sobre la casa, los pensamientos de Mila empezaron a

despejarse. Entonces vio que su misterioso amigo se quitaba el pasamontañas. Desde donde se encontraba no podía distinguir su rostro, él también lo sabía.

—Sin duda se te habrá ocurrido pensar qué harías si pudieras retroceder en el tiempo...

«No traería a Alice al mundo», se dijo Mila.

—Últimamente reflexiono a menudo sobre eso —continuó Pascal. En su voz se notaba cansancio, pero también una sensación de desaliento—. Los seres humanos son capaces de inventar cosas extraordinarias, su genialidad no tiene límite. Pero a menudo las creaciones más bellas acaban por volverse contra nosotros... Pensaba en *Dos*: cualquier cosa irreversible que hubieras hecho o te hubiera ocurrido en la vida real, en el juego podías tener la oportunidad de solucionarla.

—¿Qué quieres decir?

—Quien, a causa de un accidente, ya no podía caminar, volvía a hacerlo en *El más allá*. Quien salía del coma, aprendía de nuevo a vivir o a hacer cosas esenciales. Al principio, *Dos* se usaba en los centros de rehabilitación para devolver la esperanza a los pacientes.

Mila comprendió que había ocurrido algo doloroso en el pasado del desconocido, estaba seguro de que llevaba un gran peso en su interior.

—¿Qué te angustia, Pascal? ¿Por qué no lo dices claramente?

El hombre se pasó una mano por la cabeza.

—Nos dijeron que internet era una revolución indispensable. Pero nadie previó lo que iba a costarnos... Ante todo, no es tan libre como quieren hacernos creer: si no, ¿por qué usaríamos todos el mismo motor de búsqueda? Quieren que tengamos las mismas informaciones, han uniformado nuestro pensamiento sin que nos demos cuenta... Y además internet ni siquiera es ecuánime: es tiránico. Y no es cierto que repare las injusticias sociales; al contrario, no olvida ni perdona. Si escribo algo sobre ti, nadie podrá borrarlo. Aunque sea una mentira, permanecerá allí para siempre. Cualquiera puede utilizar la web como un arma y, lo que es peor, sabe que quedará impune... La gente ha volcado su rabia en la red y nosotros se lo hemos permitido, ha sido como esconder la suciedad debajo de la alfombra. Pero, por muy vasto que nos parezca, internet no es capaz de contener nuestro peor lado. Antes o después, todo ese odio buscará una vía de escape... Vivimos en la ilusión de poderlo controlar todo solo porque podemos ir de compras desde el sofá con una mierda de *smartphone*. Pero bastaría una erupción solar más potente que las demás para colapsar en pocos minutos los aparatos electrónicos del mundo. Se tardarían años en reparar los daños y, mientras tanto, nos precipitaríamos en una profunda Edad Media...

El análisis era impecable, pensó Mila. Pero lo más desconcertante era que esas verdades estaban delante de los ojos de todo el mundo y, sin embargo, nadie parecía darse cuenta del riesgo real.

—El rascacielos que viste derrumbarse y los estruendos que escuchaste... —Pascal dejó en suspenso la frase, como si le costara proseguir con el relato.

—¿Y bien? —lo exhortó ella.

—Alguien ha introducido un virus en el programa, *El más allá* se está autodestruyendo.

—¿Y no te alegras?

—No lo entiendes: *Dos* no es simplemente un mundo paralelo, es como somos en realidad... Si el juego termina, el mal invadirá las calles, no tendremos escapatoria.

Mila no sabía si compartir la visión apocalíptica de Pascal.

—Y además habría una consecuencia que te afecta directamente —prosiguió el hombre—. Si el tiempo de *El más allá* acaba, también terminará el de tu hija.

Mila no había tenido en cuenta que el juego pudiera interrumpirse por una causa ajena a la voluntad de los jugadores. Así pues, ¿qué iba a ocurrirle a Alice? ¿Dónde conseguiría la información para liberarla? Un nuevo miedo se apoderó de ella.

—¿Cuánto queda?

—No lo sé, sin duda no mucho. Tienes que sacarla antes de que ocurra o no volverás a verla nunca más.

La expolicía fue presa de una repentina desesperación y se dispuso a levantarse. Pero el hombre volvió a ponerse rápidamente el pasamontañas para ir hacia ella e impedirselo.

—No estás en condiciones de hacer nada —le advirtió con severidad—. Deja de fiarte solo de tu instinto y usa la cabeza, maldita sea.

—No puedo esperar... Alice no puede —dijo mientras el vértigo la succionaba hacia la cama.

—Sí, sí puedes —objetó Pascal—. Necesitas recobrar las fuerzas porque esto es un juego de astucia.

—Le prometí que le llevaría comida india para cenar y que encontraríamos a su gata que se había perdido...

—Soy alérgico a los gatos —afirmó, lacónico, Pascal.

—Lo sé. —Todavía recordaba su primer viaje en coche, cuando estornudó durante todo el trayecto a causa de los pelos de Finz.

—¿Has encontrado elementos útiles en la última escena? —le preguntó.

Mila se acordó del bar en el puerto fluvial, de la madre de negro, del padre de su hija.

—Una serpiente de color esmeralda —afirmó.

—¿Eso es todo? —se sorprendió el otro.

—Estaba dibujada en una carta del tarot, y todas las demás tenían rostros de personas desaparecidas.

—Bien, mañana por la mañana tendrás que buscar el significado de la serpiente y relacionarla con un crimen por resolver —dijo Pascal tendiéndole nuevamente la niacina.

Esta vez, Mila la cogió sin discutir y se la tragó.

—Cuando me despierte no te encontraré, ¿verdad? —le preguntó, si bien ya conocía la respuesta.

—Cuando hace un rato te decía que si pudiera volvería atrás, tal vez solo lo haría para poner fin a todo esto.

—¿Quieres decir que te suicidarías?

—Quiero decir que llega un momento en que lo pierdes todo, y entonces ya no tiene sentido seguir adelante. No te suicidas por el dolor, a la larga es soportable. Lo haces porque ya no tienes ninguna misión. Ahora yo la tengo, pero no debería haber sido mi misión y, encima, no la escogí yo.

Mila no comprendía exactamente a qué se refería, pero el fármaco empezaba a hacerle efecto y se sentía demasiado agotada para profundizar.

—Vi a un niño en *El más allá* —dijo mientras se le cerraban los ojos—. No debería haber niños en el infierno, ¿no te parece?

Advirtió que Pascal había dado un pequeño paso atrás.

—¿Qué niño?

—Llevaba una camiseta roja e intentó ponerme en guardia. Ya te hablé de él, pero las primeras veces era solo una voz... ahora en cambio se me ha aparecido.

El espectro era una figura amistosa en medio de las sombras y su camiseta era del mismo color que el pasamontañas de Pascal.

—Olvídate de ese niño —le advirtió el hombre—. Déjalo estar.

«Síguelo».

—Y, sin embargo, sabía que ibas a venir a por mí... Es una señal —dijo casi balbuceando, mientras los párpados se hacían pesados.

El hombre del pasamontañas rojo se arrodilló para mirarla a los ojos.

—Volveréis a comer comida india y también encontraréis a esa maldita gata... Pero si quieres recuperar a tu hija sana y salva, no te fíes de nadie.

Mila sintió que estaba a punto de caer en el sueño.

—¿Ni siquiera de ti? —consiguió preguntarle apenas.

—Todos tenemos un avatar en el mundo real —respondió Pascal.

El despertar fue brusco y repentino.

Mila miró a su alrededor en la habitación: Pascal había desaparecido. El resplandor anaranjado del sol se filtraba por debajo de la puerta y entre las vigas del techo. Su primer pensamiento fue que esa había sido la segunda noche que Alice pasaba lejos de ella, prisionera quién sabía dónde.

Había dejado de llover y se oía cantar a los pájaros. Le resonaba en la cabeza la última frase del hombre encapuchado.

«Todos tenemos un avatar en el mundo real».

¿Qué había querido decir? No tenía sentido.

Se levantó y se quedó sentada en la cama. La cabeza seguía dándole vueltas y, por el dolor que notaba un poco por todo el cuerpo, comprendió que el sueño no había servido para ponerla en forma.

Se puso el impermeable y se levantó la capucha del jersey sobre la cabeza, a continuación salió de la casa incendiada.

Al amanecer, en medio del campo, no había ni un alma.

Se encaminó por la carretera desierta. Después de las abundantes lluvias, el aire estaba impregnado de perfumes. Habría sido un agradable paseo de no ser por los tétricos pensamientos que se agolpaban en su mente. Prosiguió durante un par de kilómetros, después vio aparecer una furgoneta. La paró y le pidió al conductor que iba a la ciudad que la llevara.

Durante todo el trayecto, le volvieron a la mente la madre de negro, el padre de su hija ocupado en tallar un hueso y Alice muriendo en la cuna. Y también las palabras de su amigo del pasamontañas, la invitación a no fiarse de nadie y esa extraña referencia al tiempo que quedaba. Un virus estaba destruyendo *El más allá*, pero Mila había tenido la impresión de que en la vida de Pascal había ocurrido algo igualmente devastador.

«Sin duda se te habrá ocurrido pensar qué harías si pudieras retroceder en el tiempo...».

Todo el mundo pensaba en ello, sin excluir a nadie. Los errores del pasado eran la cura del presente. Todos miraban hacia atrás y atribuían sus males a decisiones lejanas e irrepetibles. Pero solo era una excusa para seguir equivocándose.

Al llegar a la ciudad, Mila hizo que el conductor la dejara cerca de una estación de metro. Luego cogió un tren en dirección al departamento con la esperanza de que Simon Berish ya estuviera de servicio.

Entró en el edificio por un acceso secundario, aprovechando el cambio de turno del personal de la limpieza. Se retiró la capucha de la cabeza pero, con el caos del lunes por la mañana, nadie se fijó en ella y pudo llegar fácilmente al Limbo.

Tras cruzar el umbral de la sala de los pasos perdidos, advirtió que Berish dormía en una silla. Se despertó inmediatamente.

—¿Estás bien? —le preguntó yendo a su encuentro con aire preocupado—. Volví a la villa y vi el cuerpo de Raspa.

—Tú tenías razón —consiguió solo decir Mila, llevándose las manos a la cabeza—. He sido una estúpida. Pero ahora tengo que contarte un millón de cosas.

Lo hizo durante la siguiente hora, después de haberse tomado un café muy caliente que Simon le preparó en la máquina que tenía en la oficina. Le confirmó que Timmy Jackson era el monstruo de Unic, de alguna manera volvió a disculparse por no haberle hecho caso y no haberse ido enseguida de aquella casa; a pesar de que en el fondo sabía que Raspa hubiera encontrado igualmente un modo de agredirla.

—No consigo entender la razón de todo esto —afirmó su excompañero—. ¿Por qué Enigma te involucra tatuándose encima tu nombre y en cambio sus secuaces intentan matarte varias veces? Y tampoco tiene sentido que alguien haya raptado a Alice; si el objetivo eras tú, ¿por qué no eliminarte enseguida en la casa del lago?

Efectivamente, Berish estaba en lo cierto. Había una evidente contradicción entre los diversos factores.

—Podría ser mi juego —aventuró ella.

Al final le habló de Pascal, de su deducción de que en realidad fuera un criminólogo y del hecho de que él no se lo hubiera negado.

—Deberíamos intentar descubrir la identidad de Pascal —propuso Berish, a pesar de ser consciente de que el hombre había borrado cualquier rastro de sí mismo—. Como bien sabes, es imposible desaparecer del todo.

Era cierto, Mila lo había experimentado en los años que pasó en el Limbo, dando caza a los desaparecidos. Podías modificar tu aspecto, tus costumbres, limpiar tus huellas y cualquier rastro orgánico que pudiera revelar tu ADN, pero siempre había algo de ti —tal vez algo insospechado— que nunca cambiaba. Todavía recordaba el caso de una mujer con marido e hijos, desaparecida durante veinte años. Mila la había identificado solo porque había conservado el gesto inconsciente de tocarse las cejas cuando estaba preocupada.

—Por el momento no tenemos ningún indicio por el que empezar —afirmó la expolicía, que también estaba atenta a detalles parecidos—. Es muy precavido.

Berish no estaba convencido, pero decidió esperar.

—¿Qué te has traído de tu nuevo viaje a *El más allá*?

—Esta vez el *souvenir* es una serpiente de color esmeralda.

Mila omitió voluntariamente la descripción de su lúgubre reunión familiar y se dedicó a introducir el dato en la base de datos de la oficina de personas desaparecidas.

—En *Dos* me mostraron cartas del tarot —le explicó mientras a Simon—. Contenían fotos de desaparecidos, como las que hay aquí en la sala de los pasos perdidos.

—Pero si la serpiente está vinculada a una desaparición, ¿por qué entonces no mostrarte directamente el rostro de la persona? —observó su excolega—. Algo me

dice que no es la pista adecuada.

A pesar del escepticismo de Berish, Mila estaba segura. Sin embargo, la búsqueda con el reptil como palabra clave no produjo ningún resultado.

—Tal vez deberíamos empezar por otro elemento de la escena —propuso Simon.

Mila lo pensó, pero le vino a la cabeza una única posibilidad.

—Podríamos ir a comprobar si el bar del puerto en el que he estado existe de verdad.

El local era un sitio sin nombre al final del muelle, frente a los astilleros y en medio de edificios bajos destinados a la reparación de barcos. No tenía cartel porque allí solo se iba a beber y quien tenía que conocerlo, ya lo conocía.

—Los alcohólicos no necesitan tantas florituras —comentó Berish enseguida—. Les basta con saber que encontrarán una botella.

El puerto fluvial estaba situado justo en la desembocadura, lo cual hacía del bar una extraña encrucijada entre gente de río y de mar.

Cuando entraron, los acogió el sonido ligero de una campana de viento que a Mila le recordó de inmediato al que había oído en *El más allá*. Era todo tan fiel que se sintió incómoda.

La máquina de discos, delante de la que estaba parado el padre de su hija tallando un hueso en la pesadilla, se encontraba en la esquina, pero encima tenía un cartel pegado con celo en el que se leía «AVERIADA». A saber cuánto tiempo llevaría apagada. Berish tenía razón, la música no servía de nada en un sitio así.

De hecho, a las nueve y cuarto de la mañana, los pocos y silenciosos parroquianos sentados en la larga barra por lo general estaban absortos anestesiando a sus propios demonios. No tenían la necesidad de hablar o de socializar, todo lo que les hacía falta se lo servía por turnos en sus vasos una joven camarera.

Tenía el pelo largo y castaño, llevaba una camisa de franela de cuadros encima de un par de vaqueros. Podía tener poco más de veinte años, pero como la piel del rostro estaba ajada, aparentaba por lo menos diez más.

—Buenos días —dijo Mila, presentándose. Enseguida le dio la impresión de que esperaban su visita, porque la chica palideció.

—¿La habéis encontrado? —preguntó esta, con voz temblorosa.

La pregunta confirmó que estaban en el sitio adecuado.

—¿Podemos hablar un momento? —le propuso Berish, dándole a entender que tal vez era mejor proseguir la conversación en un lugar más apartado.

—Sois polis, ¿no es verdad? —preguntó ella, a la que le asaltó la duda de si se había equivocado.

—Sí —confirmó el policía.

—Dígame solo si todavía está viva —le suplicó.

Mila se entrometió y aventuró:

—¿Es su hermana?

La chica negó con la cabeza.

—No, es mi madre.

Se llamaba Laura Ortis y, en menos de cinco minutos, puso en la puerta a los clientes del local para quedarse a solas con los nuevos huéspedes. Después los acompañó a una salita interior, donde estaban los reservados. Mila escogió el mismo en el que había encontrado a la madre de negro.

—No tenemos noticias —aclaró Berish enseguida para no crearle falsas expectativas—. Pero quizá podría ayudarnos a entender lo que le ha pasado.

Después de haberse sentado, la chica se puso delante un paquete de Marlboro y un Zippo oxidado.

—Rose siempre ha sido una mujer complicada —dijo casi tirando el encendedor encima de la mesa—. Por lo general siempre me toca a mí arreglar sus embrollos.

Por el tono y los gestos, era evidente la relación tormentosa entre madre e hija. También el hecho de que la llamara por su nombre era indicativo, pensó Mila.

—Rose no es capaz de cuidar de sí misma —reafirmó la camarera, aspirando la llama del Zippo con la punta de un cigarrillo—. Le gusta desaparecer y aparecer en mi vida como y cuando quiere. Pero nunca había ocurrido que no me hiciera llegar noticias suyas durante tres meses.

—¿Podría hablarnos de ella? —preguntó Berish, sacando del bolsillo del impermeable las gafas y un bloc de notas.

La chica exhaló una nube de humo.

—Rose tiene cincuenta y seis años, aunque le dice a todo el mundo que tiene treinta y seis y se comporta como si tuviera dieciséis. Hubo una época en que este lugar era suyo, me lo dejó, prácticamente viene a verme cada vez que necesita dinero. Nunca ha estado casada, asegura que me crio ella sola a pesar de que siempre he sido yo quien se ha ocupado de ella.

El retrato no era muy benévolo, pensó Mila. Pero era posible que, a pesar de todo, la preocupación de Laura por su madre fuera sincera.

—Durante el último año descubrió una nueva manera de arruinarse la vida porque le dio por obsesionarse con las redes sociales.

La red una vez más, se dijo Mila. Pero no creía que Rose hubiera acabado en las garras de *Dos*: una mujer sola de mediana edad no era el perfil de los videojuegos.

—¿Qué buscaba su madre en esos sitios?

—Si lo piensan bien, es el lugar perfecto para una egocéntrica exhibicionista. Ella colgaba cosas continuamente, incluidas fotos y detalles personales: toda su mierda de vida acababa allí dentro. Intenté decirle de todas las maneras posibles que no estaba bien. Rose se cree que gusta a todo el mundo, pero no sabría distinguir un cumplido de una tomadura de pelo. Y los demás siempre se han aprovechado de ello.

—Si le hablara de una serpiente de color esmeralda, ¿sabría asociarla de algún modo con su madre? —preguntó Berish.

La chica no necesitó siquiera pensarlo, se desabrochó la camisa y sacó un colgante que llevaba al cuello con una cadena. Una iguana esmaltada de color verde.

—¿Algo así?

Simon miró a Mila que asintió. Era muy parecido al reptil que había visto en *El más allá*.

—Durante algún tiempo fabricaba bisutería que vendía por internet, no hace falta que les diga que apenas cubría gastos. La serpiente de la que habla, fue la primera pieza de todas: un anillo del que no se separa nunca.

Mila recordó la opresión del animal en *Dos*, pero apartó inmediatamente la imagen.

—Usted piensa que Rose ha desaparecido, ¿verdad?

—Sí —confirmó la muchacha.

—Entonces ¿por qué no ha puesto una denuncia en la Policía?

—Lo hice —exclamó Laura, indignada—. Pero nadie ha venido nunca por aquí hasta hoy.

Mila intercambió una mirada con Berish.

—¿Cómo es posible que no haya rastro de la denuncia en el Limbo? —le preguntó.

Simon sacudió la cabeza, no tenía ninguna respuesta.

—Tal vez sea por culpa del correo electrónico —afirmó la joven.

—¿Qué correo?

—Llegó antes de que hiciera la denuncia. En resumen, decía que Rose había conocido a un hombre aquí en la ciudad, que estaba enamorada y que habían decidido irse a vivir a Guadalupe.

Mila comprendió lo que había ocurrido: a causa de la carta, el agente que había recogido la denuncia pensó en un alejamiento voluntario, por eso no valía la pena pasar la comunicación al Limbo.

—¿Está segura de que el correo era de su madre? —preguntó la expolicía.

—La decisión de irse a vivir al extranjero con un tipo al que acababa de conocer es típica de ella. Y además la dirección electrónica era la suya —confirmó la chica—. Pero si me está preguntando si estoy segura de que las palabras las escribiera Rose, entonces le contesto que no.

—¿Por qué lo dice? —se entrometió Berish.

—Mi madre era una cabeza loca, pero tenía una memoria infalible. Y en esa carta hay cosas que no cuadran.

La chica se fue durante unos minutos, luego volvió con ellos llevando el correo impreso que guardaba desde hacía mucho tiempo. Por el encabezamiento, se remontaba a primeros de diciembre del año anterior.

—«Querida Laura, rayo de sol —empezó a leer—: Me ha pasado una cosa extraordinaria: he conocido a un hombre magnífico, se llama Tom y me he enamorado enseguida de él. Sé lo que piensas, que es la locura habitual de tu

excéntrica madre. Pero esta vez te equivocas porque él también me ama con locura y yo le creo. No te enfades, pero hemos decidido irnos a vivir juntos a Guadalupe. Ya sabes cómo me gusta el sol y que siempre he deseado pasar mi vejez en una isla del Caribe, ahora este sueño se hará realidad. En cuanto me haya instalado en la isla te escribiré de nuevo (no te llamo por teléfono porque sé que me insultarías y no quiero que me estropees todo esto). He hablado con Tom y él piensa que sería bonito si pudieras venir a vernos por tu próximo cumpleaños, el 26 de junio. No ve la hora de conocer a su hijastra. Espero que te alegres por mí, te quiero. Rose». —La muchacha dejó la hoja sobre la mesa y los miró—. Y bien, ¿qué les parece?

—¿Qué es lo que no cuadra? —preguntó Berish.

—Rose nunca se ha referido a su «vejez», ni estando borracha. Y si bien es cierta su obsesión por el Caribe, le daba miedo volar y, aunque hubiera llevado un bar en el puerto, incluso la sola vista de un barco le provocaba mareo.

—Me parece demasiado poco para descartar un alejamiento voluntario —objetó el policía.

—Pero esto no acaba aquí, porque lo más extraño tiene que ver con la fecha de mi cumpleaños.

—¿Usted no nació el 26 de junio?

—Eso es lo que pone en mi documentación, porque Rose olvidó registrar mi nacimiento durante una semana. En realidad me parió el 19 y, desde que era pequeña, siempre lo celebramos ese día.

Mila comprendió lo que estaba intentando decirle Laura.

—Usted piensa que su madre estaba en peligro e intentaba enviarle un mensaje que solo podía comprender usted.

La chica se lo confirmó.

—Alguien la obligó a escribir el correo para que así yo no me preocupara de buscarla o de avisar a la Policía, pero Rose encontró la manera de introducir esas cosas que solo yo podía saber. En esa carta hay una petición de ayuda.

Después de haber buscado en vano durante tres meses a alguien que escuchara su teoría, Laura Ortis se había alegrado de colaborar con ellos y también les entregó la llave para acceder al apartamento de su madre. Ella ya había llevado a cabo una inspección, pero los ojos entrenados de dos polis eran sin duda mejores para identificar posibles anomalías.

—¿Qué te parece? —preguntó Berish mientras conducía hacia el viejo barrio holandés en el que vivía la mujer desaparecida.

Mila se quedó pensando un momento.

—Me gustaría poder decirte que hay elementos para creer en la versión de la hija. Pero si no hubiera recibido el indicio de la serpiente en el juego, no vería las condiciones para justificar una investigación.

En los años de servicio en el Limbo lo había visto suceder varias veces. Desapariciones que acababan siendo fugas de amor, secuestros que se producían con el consenso de la presunta víctima. Incluso había quien se atrevía a escenificar su propia muerte para no tener que revelar a sus seres queridos una incómoda realidad —una bancarrota, una infidelidad o no haberse presentado ni a un solo examen en la universidad.

Según la hija, Rose era una mujer excéntrica. Sin embargo, su decisión de trasladarse al extranjero de repente con un hombre que acababa de conocer no era tan absurda como podía parecer o, mejor dicho, era bastante habitual.

Rose vivía en un edificio de los años sesenta, un complejo de tres plantas con una piscina en el centro. La construcción parecía haber sido dispuesta prácticamente alrededor de la piscina, pero ahora estaba vacía y se usaba como pista de monopatín.

Mila y Berish llegaron hacia las once, después de pasar por el Limbo a coger una bolsa con un «kit sangrehuellas». Por motivos presupuestarios, el departamento enviaba a un equipo de la Policía Científica solo en caso de crímenes confirmados. Por eso con el tiempo habían aprendido a arreglárselas.

La mujer desaparecida ocupaba un pequeño apartamento situado en la segunda planta. Mila y Berish lo localizaron por el número en la puerta. Cuando abrieron, se encontraron a sus pies con un montón de folletos publicitarios y viejas facturas.

—Increíble, la hija sigue pagando el alquiler, aunque no viva aquí —comentó Berish, pasando a Mila un par de guantes—. Quizá piensa que su madre regresará un día de estos.

—O tal vez solo esperaba que alguien se decidiera a tomarla en serio —replicó la expolicía mientras se ponía los protectores de látex.

Miraron a su alrededor para decidir por dónde iban a empezar.

El apartamento era modesto: salón con cocina a la vista, dormitorio con un pequeño armario y un baño sin ventana. La decoración era un batiburrillo de estilos, el conjunto resultaba más bien *kitsch*. Un sofá y una butaca cubiertos con fulares de estilo *hippy*, alfombras orientales, una cama con dosel, quemadores de incienso, budas de varios tamaños y toda una serie de cachivaches.

En la mesa del comedor había un PC.

—Yo echaré una ojeada por ahí, tú dedícate al ordenador —propuso Berish.

Por suerte la corriente eléctrica todavía no había sido desconectada, de modo que Mila pudo entrar en el mundo de Rose. Al parecer había coleccionado perfiles en todas las redes sociales. Para acceder no había contraseñas ni requisitos especiales, por lo que fue fácil explorar la existencia virtual de la mujer.

Lo primero que le chocó a la expolicía fue que las últimas actualizaciones de las páginas personales tenían al menos tres meses de antigüedad, es decir, se remontaban a poco antes de la desaparición. Para una persona que estaba obsesionada con las redes sociales era sin duda inusual. Porque Laura Ortis tenía razón: compartía con la red cualquier detalle de su día a día. Mila consideró que muchas personas no tenían

una vida satisfactoria y buscaban una compensación en los *likes* y en los *followers*. Pero, más allá del aspecto ilusorio de ese tipo de aprobación y de lo muy peligroso que pudiera ser hacerse vulnerable a la curiosidad de los demás, había que preguntarse cuánto tiempo habría sabido vivir alejada de internet la gente que sufría una verdadera dependencia.

De entre muchas, Mila se detuvo ante una foto compartida de Rose.

La mujer aparecía sonriente con un paisaje de naturaleza a su espalda: una llanura en medio de las montañas donde pastaba una manada de caballos. Llevaba el pelo teñido y un maquillaje vistoso, especialmente en los ojos. En el dedo llevaba el anillo de la serpiente de color esmeralda del que, según Laura, nunca se separaba.

Mientras tanto, Berish seguía abriendo armarios y cajones.

—¿Has encontrado algo interesante? —le preguntó desde el dormitorio.

—Hay un montón de cosas en los perfiles, pero no he encontrado rastro del misterioso Tom que habría convencido a Rose para irse a vivir a Guadalupe.

—Falta ropa —aseguró en cambio el policía.

En el armario se balanceaban algunas perchas vacías. Todo hacía pensar que la mujer efectivamente había hecho las maletas para marcharse.

La búsqueda en internet se estaba revelando infructuosa. Por otra parte, Mila pensó que si alguien había elaborado un plan para hacer pasar la desaparición de Rose Ortis por un alejamiento voluntario, sin duda no habría tenido dificultad en borrar el rastro de su presencia en las redes sociales de la mujer.

Tal vez fuera mejor confiar en las pruebas materiales. Así pues la expolicía se unió a Berish.

En primer lugar, se acercó al tocador que tenía un espejo parecido al que Pascal llevaba consigo. Pero en cuanto a maquillaje, cosméticos y cremas de belleza, Rose Ortis era insuperable. Había de todo, desde pestañas postizas hasta lentes de contacto, pasando por pintalabios de mil tonos y utensilios que no había visto nunca antes.

Le sorprendió sobre todo la exposición de frascos de cristal azul, puestos en fila sobre un estante. Estaban vacíos, pero antes debían de haber contenido el perfume de Rose. Mila comprendió que, cuando la esencia se terminaba, en vez de tirarlos, la mujer los coleccionaba.

—Aquí no hay nada sospechoso —dijo Berish desde el rincón de la cocina.

Por lo general la nevera era un elemento revelador. Quien fingía una fuga voluntaria de los habitantes de una casa para ocultar un crimen —como un asesino o un secuestrador— era bueno haciendo las maletas, pero olvidaba tirar la comida sobrante. Por el deterioro de esta era posible teorizar si había sucedido algo y remontarse también al período en el que había ocurrido.

Mila se movió por el pequeño baño sin ventana. Abrió el váter, comprobó el desagüe para ver si alguien había tirado algo para deshacerse de ello. Examinó los grifos y los adornos de cerámica. Faltaba el cepillo de dientes y eso acreditaba la tesis

de que se hubiera ido de viaje, pero luego sus ojos se fijaron en una pequeña toalla blanca.

En una esquina era visible una manchita oscura.

—Ven a ver esto —dijo, llamando a Berish—. Podría ser sangre.

Simon examinó la prueba. Claro que no era raro encontrar restos hemáticos en una toalla cualquiera. Y, para una mirada inexperta, la cantidad hallada no habría sugerido nada preocupante. Pero Berish y Mila tenían motivos para alarmarse.

—La forma no me gusta —dijo enseguida el policía.

Según el método BPA. —*Bloodstain Pattern Analysis*, Análisis del Patrón de Manchas de Sangre— podían descubrirse muchas cosas analizando una o más manchas de sangre. Existían distintas clasificaciones según fuera su apariencia. El aspecto de la que tenían delante era alargada, lo que sugería que el líquido no había caído sino que había salpicado. Podía depender de distintas causas: la distancia del punto de origen, la velocidad del impacto con la toalla, la fuerza dada al objeto que había ocasionado la herida.

Era evidente para cualquiera que las manchas de sangre que podía dejar un individuo que se cortara al afeitarse eran muy distintas de las que se generaban por un disparo.

En particular, la que tenían delante hacía pensar en un traumatismo violento.

—Vale la pena comprobarlo —afirmó Berish.

Sacaron lo necesario de la bolsa en la que estaba el kit sangre-huellas que se habían traído.

—Quizá sea conveniente saber si Rose tuvo invitados antes de desaparecer —propuso la expolicía—. Tú ocúpate de repasarlo todo con luminol, yo iré en busca de huellas dactilares.

Además de las tareas, se repartieron el equipo.

Simon se armó con el vaporizador y la máquina fotográfica, luego se encerró en el baño en busca de más sangre. Aunque lo hubieran limpiado, el uso de detergentes no impedía localizar restos hemáticos posteriormente porque la sustancia química llamada 3-aminofalato hidrazida era capaz de detectarlos en disoluciones de 1 a 5 000 000. Sin embargo, el efecto fluorescente típico de esa técnica analítica era temporal y, para documentar la prueba, era necesario fotografiar el resultado antes de que se desvaneciera.

La tarea de Mila era menos compleja y sin duda más provechosa desde el punto de vista de los resultados. Todos dejamos huellas dactilares, se lo habían enseñado en la academia. A menudo incluso sin darnos cuenta. Y además era posible hacerlas emerger a la superficie de un objeto después de que hubiera pasado mucho tiempo. Evidentemente, el éxito dependía de la conformación del material sobre el que se iba

a trabajar, pero en el caso de la expolicía solo era cuestión de elegir, ya que tenía a su disposición una casa llena de cachivaches.

Mila había olvidado lo excitante que podía ser ese tipo de búsqueda. Una huella latente era la primera pista para obtener la identidad de un desconocido. A menudo, en la espiral que dejaba la caricia de una yema, se lograba intuir algo de quien la había grabado. Por ejemplo, si había habido fuerza, urgencia o miedo. Era cómo algunos genetistas conseguían entrever el aspecto de alguien simplemente observando su ADN.

Del mismo modo que Berish, la expolicía tampoco disponía de medios sofisticados para llevar a cabo ese primer examen. Tenía que conformarse con los métodos tradicionales, pero que solo le permitirían hacer un análisis superficial. Aunque por lo que esperaban encontrar, también podía ser suficiente.

Mila utilizó en primer lugar los llamados «polvos reveladores» —de aluminio, magnéticos o fluorescentes que esparció con un pincel: quedaban absorbidos por un componente acuoso o lipídico, revelando así el dibujo papilar.

Pasó revista a las superficies lisas, pero no apareció ninguna huella. Significaba que alguien se había tomado la molestia de borrarlas. Y, si lo había hecho, es que también tenía algo que esconder.

Pero cuando repitió la operación en otros estratos, el resultado fue idéntico.

«Qué raro», pensó. Encima de plástico, cristal o metal era preferible usar cianoacrilato, pero no disponía de un laboratorio con una cámara bórica.

Lo más singular era que no lograba encontrar las huellas de ningún intruso, pero tampoco las de la dueña de la casa. Mila pensó en ir a buscarlas en los frascos de perfume que había descubierto con anterioridad. Pero esta vez también quedó decepcionada.

—Ninguna huella —afirmó ella.

—Si alguien ha limpiado el apartamento, entonces es que ha sucedido algo —constató su excompañero, llegando a las mismas conclusiones que ella poco antes.

—Hay algo más —añadió Mila, que había ido incluso más lejos—. Es como si aquí nunca hubiera vivido nadie. Es como estar en Marte y que nosotros fuéramos los primeros humanos en poner los pies allí.

Los polis lo llamaban «la mano negra». La definición se adecuaba bien a ese tipo de incongruencia que hacía correr el riesgo de comprometer la lógica de una investigación.

—Es imposible —fue, de hecho, el comentario de Simon.

Una manchita oscura y ninguna huella latente era todo lo que tenían.

Mila pensó enseguida en una puesta en escena mucho más cuidadosa comparada con la que se encontraron sus colegas en la granja de los Anderson, cuando hallaron la sangre de las víctimas pero no sus cuerpos.

Otro engaño de Enigma.

—Tengo un mal presentimiento —afirmó la expolicía—. No solo Rose Ortis no se marchó nunca a Guadalupe, sino que nunca se ha movido de aquí.

—Entonces, ¿qué sugieres?

—Puede que sea hora de que vayas a buscar a Hitch.

Los hovawart no eran perros rastreadores de cadáveres, pero poseían un olfato especial, de tal manera que a menudo se utilizaban para localizar personas perdidas en desastres naturales. En cualquier caso, Hitch era el único recurso del que disponían.

En el tiempo que Berish iba y venía de su casa, Mila aprovechó para reflexionar sobre las implicaciones del caso.

No tenía ni idea del papel de Rose Ortis en el juego de Enigma, ni quién podía estar interesado en hacer daño a una mujer aparentemente inofensiva. La única certeza de la expolicía era que para ella las cosas no habían acabado bien. Se lo decía su instinto, pero también el correo electrónico que les había mostrado la hija; Laura estaba convencida de que su madre estaba en peligro, pero pensaba en un secuestro. En cambio, Mila sabía que ocuparse de un rehén era complicado y solo los profesionales se embarcaban en un crimen tan arriesgado, y nada más porque normalmente había un interés de naturaleza económica, en otro caso la empresa no valía el riesgo que conllevaba.

Pero Rose Ortis no era rica. Por eso la única conclusión era que estuviera muerta.

Una mujer sola y libertina era la presa perfecta para un sádico. Por desgracia, con los escasos elementos de que disponían, no se podía reconstruir un *modus operandi* o descubrir la firma del homicida. Pero todos los asesinos, incluso los más organizados, cometían errores «conscientemente». Formaba parte de su naturaleza.

Sobre esta cuestión, le vino a la cabeza lo que siempre decía el padre de Alice al citar la paradoja del «asno de Buridán».

Jean Buridán fue un filósofo del siglo XIV que contó la historia de un asno que se encuentra dos montones de heno delante: al no poder decidir cuál es el mejor, muere de inanición. Los criminólogos —y también algunos economistas— se servían de este ejemplo para explicar «el comportamiento económico del ser humano racional» por el cual, a diferencia de un animal, una persona siempre sabe qué elegir y su decisión está determinada por la utilidad.

Sin embargo, los únicos individuos incapaces de efectuar en su totalidad un cálculo oportunista eran precisamente los sádicos. A menudo los guiaba una necesidad irracional.

Mila recordaba que muchos de ellos después de haber matado sentían la necesidad de quitarle un objeto a la víctima, «un fetiche», como se decía en su jerga. A pesar de que ello los exponía al riesgo de que los vincularan con el crimen cometido, representaba una exigencia irreprímible.

Les permitía revivir su hazaña en secreto a través de la fantasía.

Mila recordaba el caso de un asesino que le había quitado la blusa al cadáver de una mujer a la que acaba de estrangular y, después de haber lavado la sangre, se la había regalado a su novia. Ella, inconscientemente, llevaba ante los ojos ignorantes de amigos y familiares un trofeo de caza y eso aumentaba la autoestima del asesino.

Mirando el apartamento de Rose Ortis, no podía excluirse que quien se la hubiera llevado también hubiera cogido un *souvenir*. Pero el hecho de que hubieran sacado objetos para representar una fuga hacía la búsqueda más bien imposible.

En ese momento, Berish llamó a la puerta del apartamento y Mila fue a abrirle. Hitch entró y empezó a moverse perezosamente por la habitación.

—Dejemos que se ambiente —dijo el policía—. Hace tiempo que no hace cosas de este estilo.

Mientras observaban al perro que tomaba confianza con los objetos, Mila consideró que había puesto demasiadas esperanzas en ese intento. Hitchcock tal vez era demasiado viejo para una labor así.

—Deberíamos darle una pista para que huela —propuso Simon.

—¿Qué te parece el perfume de Rose? Seguro que tiene que haber quedado un poco en alguno de los frascos de cristal azul.

A él se le escapó un murmullo de desaprobación que desarmó enseguida su entusiasmo.

—Tenemos la sangre, ¿no? Así pues, ¿por qué no aprovecharla...?

—¿Tú crees que bastará con un rastro tan pequeño?

Berish la miró.

—Confía en él.

Llamaron a Hitch y le hicieron oler la toalla que habían encontrado en el baño. El perro pasó el hocico por encima, luego se alejó, pero solo para regresar y volver a olfatear de nuevo. Repitió la operación cuatro veces, a continuación se dirigió a la entrada del apartamento y empezó a arañar la puerta con la pata.

—Quiere que vayamos afuera —afirmó Mila, por fin esperanzada.

Berish no dijo nada y se limitó a abrir la puerta.

Hitch, con el hocico en el suelo, los condujo hacia la escalera interior del edificio. No estaba seguro de la dirección y cambió de ruta un par de veces.

—Yo diría que nos está llevando por el camino equivocado —dejó escapar su dueño, escéptico.

—¿Qué te lo hace pensar?

—Lo conozco. Y, de todos modos, cualquier pista que esté siguiendo, después de tanto tiempo ya estará contaminada.

Mila se preguntaba por qué, si su excolega tenía tan poca confianza, había querido hacer participar al perro.

Descendieron hasta la planta baja y llegaron a una puerta de hierro que, seguramente, llevaba al cuarto de las calderas.

Berish se aseguró de que no hubiera nadie por allí y la forzó. Hitch se metió rápidamente por la abertura, como si hubiera encontrado la confirmación que buscaba. Lo siguieron. No se trataba del cuarto de las calderas, sino del que alojaba el sistema de depuración de la piscina, en desuso desde hacía ya años.

—Sí, ha olido algo —confirmó Simon al notar la repentina agitación del perro.

Mila esperaba que no se equivocara.

Mientras, Hitch señaló una puerta de madera que tenía una buena hendidura en la parte de abajo. Berish intuyó sus intenciones, quiso detenerlo, pero el animal, a pesar de su envergadura, fue más rápido, se metió por el pasaje y desapareció de su vista.

—Maldita sea —exclamó el policía. A continuación, cogió un poco de carrerilla y le dio una patada a la manija.

Ante ellos se abrió una especie de trastero, con tubos que pasaban por el techo y cables eléctricos que salían de las paredes de ladrillo.

El perro se movía inquieto en ese espacio vacío.

Berish se acercó y, para calmarlo, le dio algo de comer.

—Muy bien, guapo. —Seguidamente se dirigió a Mila—: Aquí no hay nada.

Pero ella no se había movido del umbral y miraba la pared de su derecha.

—¿Qué sucede? —preguntó Simon.

Mila alargó el brazo. Había tres números grabados en los ladrillos.

—Esta vez solo tenemos la latitud —comentó. ¿Dónde estaba la otra parte de las coordenadas?—. Me parece que tendríamos que mirar qué hay detrás de la pintada.

Simon no parecía muy convencido, pero igualmente salió del cuartucho.

Poco después, regresó decidido con una barra en la mano.

—Retenlo —dijo refiriéndose al perro.

Ella lo aferró por el collar mientras su amo empezaba a golpear la pared de ladrillos con la barra. Cada vez que el hierro se abatía sobre la superficie, se producía un ruido ensordecedor que retumbaba en el sótano. Saltaban trozos cada vez más consistentes de la pared, hasta que, por fin, detrás del tabique empezó a vislumbrarse algo.

Era una maleta negra, muy grande, cerrada con un candado.

Cuando el agujero fue lo bastante ancho, Berish dejó de golpear y aferró el asa para sacarla: la maleta cayó al suelo con un ruido sordo.

El policía miró a Mila, como si esperara de ella un último consenso. Cuando asintió, Simon asestó otro golpe con la barra e hizo saltar el candado.

Levantó la tapa y se preparó para lo peor.

En el interior, en cambio, había la ropa y los efectos personales de Rose Ortis. Los habían colocado ordenadamente.

«Fue ella quien la preparó —pensó Mila—. Alguien la engañó. Alguien la hizo creer que la historia del viaje era cierta, pero solo para que estuviera callada».

Revisando los vestidos y los objetos, Berish encontró el anillo con la serpiente de color esmeralda, pero también un martillo manchado de sangre seca y pequeños

fragmentos que parecían corteza cerebral. En la punta del instrumento había pegados unos cabellos rubios teñidos.

Hitch empezó a ladrar y a Mila le costaba retenerlo. Tenían la prueba que buscaban, pero la caza del culpable apenas había empezado.

El último hallazgo fue el más angustioso.

Una revista pornográfica que sin duda no tenía nada que ver con la pobre víctima. En las páginas interiores, alguien se había divertido recortando partes del rostro de las mujeres de las fotos.

Ojos, nariz, labios, orejas habían sido extraídos con precisión quirúrgica. Y perversión.

Hacía poco que habían dado las cuatro y decidieron separarse de nuevo.

Berish cogió el metro con Hitch para volver al departamento con la intención de buscar en la base de datos si había coincidencias con el elemento de la revista pornográfica recortada por el asesino y si el comportamiento se repetía en algún otro crimen.

Era típico de los sádicos alimentar su propia fantasía con pasatiempos como ese, consideró Mila. Normalmente preludiaban la actitud que tendrían con sus víctimas. A saber qué atroces torturas había tenido que sufrir Rose Ortis antes de morir.

La expolicía había hecho que su compañero le prestara el coche de servicio para ir al puerto a ver nuevamente a Laura. En el asiento de atrás llevaba la maleta de su madre.

Cuando entró en el bar, la encontró limpiando la barra con un trapo. A la chica le bastó con una mirada para reconocer la maleta.

Una vez más se sentaron en el reservado. Además de los cigarrillos, Laura se llevó consigo una botella y enseguida se sirvió un vaso.

—Debería habérmelo imaginado —dijo después de tomar el primer trago—. Rose era demasiado estúpida para no meterse en algún lío.

—Todavía no tenemos ninguna certeza —afirmó la expolicía, si bien no albergaba esperanzas.

La chica, sin embargo, ya estaba desengañada.

—¿En serio cree que después de tres meses Rose todavía está viva? —preguntó mirándola.

No, no lo creía. Pero Mila no estaba allí para consolarla.

—El misterioso Tom del que habla su madre en el correo seguramente no se llame así pero, a pesar de ello es sin duda un individuo muy astuto. Si le hizo escribir la carta con el objetivo de despistar a la Policía, también sabía perfectamente que, gracias a ese informe, nunca se transmitiría una posible denuncia a la Oficina de Personas Desparecidas.

—Al parecer, por una vez Rose consiguió encontrar un hombre con cerebro —comentó Laura, con desprecio.

—Él la convenció para que hiciera la maleta.

—¿Y por qué?

Para mantener el control de la situación, se dijo Mila. Si las víctimas se dejaban dominar por el pánico, luego era casi imposible manipularlas. Muchos violadores asesinos hacían que sus víctimas volvieran a vestirse, pero solo para engañarlas haciéndolas pensar que después las dejaría marchar. La mentira tenía el efecto de calmarlas.

—No lo sabemos —dijo, en cambio—. Ahora me gustaría enseñarle algo, pero voy a necesitar que preste atención.

—Está bien —afirmó la chica.

Mila se levantó de su asiento, cogió la maleta y la puso encima de la mesa. Seguidamente la abrió, revelando el contenido. Berish había sacado el martillo que, muy probablemente, era el arma del delito, y lo había metido en una bolsa de pruebas que había llevado consigo. Por eso en el interior solo había ropa y efectos personales.

—Le pido que revise estas cosas y me diga si, en su opinión, falta algo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Laura.

—Me imagino que conocía bien las costumbres de Rose, por eso sabrá decirme si echa de menos algún vestido o algún objeto que su madre nunca habría olvidado meter en la maleta.

Mila confiaba todavía en la teoría del asno de Buridán y por tanto en la posibilidad de que el asesino hubiera cogido un *souvenir* para recordar el homicidio en privado, incluso a costa de ser descubierto.

La muchacha empezó a hurgar tímidamente, era evidente que le costaba un gran esfuerzo, pero Mila no podía prescindir de su ayuda. Laura empezó a sacar vestidos y objetos y a ponerlos encima de la mesa, formando una especie de inventario. Cuando terminó, ya tenía una respuesta.

—No está su perfume —dijo—. Rose llevaba toda la vida usándolo.

Mila recordó la colección de frascos vacíos de cristal azul que estaban en un estante de su apartamento.

—¿Está segura?

—Segurísima, para ella era esencial. Siempre decía: «Cuando camino por la calle o entro en una habitación, todo el mundo debe saberlo». —Se quedó pensando—. Siempre llevaba un frasco en el bolso, incluso dejó uno aquí en el baño privado, se lo traeré.

—No hace falta —intentó decir Mila, pero Laura ya se había levantado.

La vio volver con el frasco de cristal en las manos; lloraba.

—No puedo, no lo soporto —dijo entre sollozos.

A Mila le habría gustado decirle que lo sentía, que estaba a su lado, pero no habría sido verdad. La única cosa que consiguió decir fue:

—Nadie la obliga a soportarlo, Laura. Todos tenemos derecho a sentir dolor.

Hubiera querido que fuese cierto, especialmente para ella.

No tenía nada más que hacer allí, de modo que empezó a colocar en su sitio el contenido de la maleta con la intención de irse. La operación además le permitía ignorar el llanto de la muchacha.

En ese momento un fuerte ruido la sobresaltó. Mila se volvió y vio que Laura, en un movimiento repentino de histeria, había estrellado el frasco de cristal en el suelo.

—Lo siento —dijo la chica—. No quería...

Los pequeños fragmentos azules se habían esparcido por todas partes. Mila estaba a punto de decirle algo, pero en cuanto notó el olor que emanaba de los cristales, se quedó petrificada.

Lirio y jazmín.

Sí, alguien había cogido un *souvenir* y lo lucía como un trofeo encima de su nueva conquista. Alguien que conocía todos los trucos para hacer desaparecer a una persona sin levantar sospechas. Alguien cuyo trabajo debería ser encontrar a quienes desaparecían.

«Todos tenemos un avatar en el mundo real». Pascal no se equivocaba.

Mientras conducía acelerando al máximo hacia el departamento, Mila empezaba a entender el sentido de las palabras del hombre del pasamontañas rojo. No hacía falta tener un *alter ego* en un maldito mundo virtual. Llevamos una doble vida también sin internet. Porque una parte de nosotros, la más profunda e inalcanzable, tiene vida propia. Con ella odiamos en secreto, envidiamos a escondidas a los demás deseándoles todos los males, manipulamos, mentimos. La usamos para aplastar a los débiles. La alimentamos con las peores perversiones, permitiéndole hacer todo lo que quiere dentro de nosotros. Y al final le echamos la culpa por lo que somos.

Simon Berish era un discípulo de Enigma. Simon Berish era un homicida.

¿Era posible? Sí, lo era.

«El susurrador tiene el poder de cambiar a las personas, él transforma a inocuos individuos en sádicos asesinos».

Berish había obligado a Rose Ortis a escribir un correo electrónico para frustrar una posible denuncia de desaparición. Quién sabe cuándo había madurado en él la idea de matarla.

Rose era la víctima perfecta, tan ingenua, tan naíf. Mila no lograba quitarse de la cabeza el rostro de la mujer de la foto que había visto en las redes sociales, posando en una llanura delante de las montañas, con una manada de caballos al fondo.

Ella misma se había dejado engañar por Berish. Repasando hacia atrás las últimas horas, la expolicía identificó todas las veces que la había despistado. Por ejemplo, cuando le propuso que Hitch olfateara el perfume de la mujer desaparecida.

«Tenemos la sangre, ¿no? Así pues, ¿por qué no aprovecharla?», había objetado, y ella no insistió.

Claro, la sangre. Berish había analizado el baño del apartamento después de que ella encontrara la manchita en la toalla. Mila estaba convencida de que en realidad se había servido del luminol para localizar más rastros de sangre que podían haberse pasado por alto cuando lo limpió todo después del homicidio.

Y luego se había llevado el martillo que habían encontrado en la maleta escondida en la pared. Probablemente ya se había deshecho de él. La misma suerte habría corrido la revista pornográfica, estaba segura.

Si no hubiera sido por el acceso de rabia de Laura, Mila nunca habría sospechado nada. Tenía que agradecerse a un suceso casual, del mismo modo que había sido accidental que ella notara el mismo perfume en el coche y en la camisa de Simon.

«Todos tenemos un avatar en el mundo real». Tal vez Simon Berish también había aprendido a ser otra persona en *El más allá*.

Los números en los ladrillos, ¿los había dejado él o bien otro de los acólitos? Eso era lo que debía descubrir.

Mila llegó a su destino después de saltarse una serie de semáforos. Bajó con la berlina del departamento directamente al garaje subterráneo con la esperanza de que nadie le pidiera explicaciones. Usó de nuevo una entrada secundaria para introducirse en la parte más remota y por tanto menos controlada del edificio. Llevaba consigo la pistola, si la sorprendían con un arma no autorizada en una oficina gubernamental la meterían en la cárcel sin pasar siquiera por un juicio. Pero tenía que arriesgarse.

Mientras caminaba hacia el Limbo, pensaba en lo que le diría al hombre con quien había compartido años de trabajo y amistad. La única persona a quien había permitido estar a su lado.

Berish se encontraba en la sala de los pasos perdidos, delante del ordenador del escritorio. Hitch estaba tumbado a sus pies.

—No hay ninguna coincidencia con el martillo ni con la publicación pornográfica —dijo al verla—. Pero he podido conseguir un número idéntico de la revista y quiero comparar las partes de faltan.

Ambas pruebas todavía estaban encima de la mesa. Tal vez Mila había llegado justo a tiempo, o quizá Simon estaba tan seguro de su papel que pensaba destruirlas más tarde.

Comparar las partes que faltaban de la revista pornográfica, se repitió la expolicía. Realmente era muy bueno mintiendo.

—He pensado en otra cosa —aseguró él—. La «mano negra»: nadie es capaz de borrar «todas» las huellas de un apartamento. Es una empresa casi imposible.

«Al parecer, tú sabes cómo se hace», se dijo Mila.

—Debe de habérsenos pasado algo por alto y, en mi opinión, la respuesta está precisamente en la revista —insistió el policía—. ¿A ti cómo te ha ido con la chica?

Mila intentaba parecer tranquila, pero mientras tanto lo estudiaba.

—Ha ido bien —aseguró, solo. Se acercó a él teniendo la mano lista para sacar la pistola.

—¿Quieres hablarme de ello o prefieres que lo adivine?

Cuando estuvo a un par de metros, lo miró.

—Simon, ¿qué te ha pasado durante este año en el que no nos hemos visto?

El hombre se arrellanó en la silla, parecía descolocado.

—¿Por qué? ¿Qué debería haberme ocurrido?

—Algo ha cambiado, tú has cambiado.

—Mila, ¿qué estás diciendo?

—¿Dónde está Alice, Simon? Ahora puedes decírmelo.

Berish la observaba como si se preguntara en serio de dónde salía esa acusación; «qué hipócrita».

Se sacó con calma las gafas de leer y las dejó encima de la mesa.

—Mila, no sé de qué me hablas. ¿Me lo quieres explicar, por favor?

La expolicía sacó la pistola del impermeable, pero no la apuntó contra él. Mantuvo el brazo al lado de la cadera, para hacerle entender que de todos modos iba

en serio.

—¿Ha ocurrido algo en el bar? ¿Por qué no hablamos de ello? Tal vez pueda explicártelo.

—Dime dónde está mi hija. O ponme en contacto con ellos.

—¿Con ellos?

—Con los discípulos de Enigma, los otros jugadores, llámalos como quieras, pero dime quiénes son.

—Es evidente que no estás en tu sano juicio —comentó el policía, sacudiendo la cabeza y apartando la mirada de ella.

—Mírame —le ordenó Mila en voz alta.

Berish volvió a mirarla, pero con los ojos incrédulos.

—¿Quién te piensas que soy?

—Ya no lo sé —contestó Mila levantando el arma hacia él.

El hombre se llevó una mano a los labios, no sabía qué decir. Y tenía los ojos brillantes.

—Las coordenadas que faltaban —dijo Mila, refiriéndose a la secuencia parcial que habían encontrado en la pared de ladrillos del sótano del edificio de Rose Ortis—. Quiero la longitud... Esta vez vendrás conmigo al juego y me llevarás con Alice.

Tenía que volver a *El más allá* antes de que el mundo virtual acabara autodestruyéndose a causa del virus. Sentía que no le quedaba demasiado tiempo.

Sin dejar de tenerlo a tiro, la expolicía se acercó a la que tiempo atrás fuera su mesa, abrió el primer cajón y cogió un par de esposas que le lanzó para que se las pusiera.

—Estás cometiendo un error. Yo no tengo ninguna longitud.

—Y yo no tengo ganas de oír más gilipolleces.

El policía se puso la primera argolla alrededor de la muñeca izquierda, la cerró. Estaba a punto de repetir la operación también con la derecha, pero dio un salto hacia delante y se lanzó contra ella. Mila podría haberle disparado, pero no lo hizo porque todavía veía en el hombre a su viejo amigo, la persona que la quería. Ese breve titubeo, sin embargo, le salió caro. Berish consiguió empujarla y hacerla caer al suelo y a continuación se apoderó del arma.

Hitch ladró, su ladrido resonó en el eco de la sala de los pasos perdidos. Miles de miradas mudas de las fotografías se posaron en la escena y en la expolicía. Miles de ojos y rostros sonrientes.

—Cabrón —lo insultó desde el suelo.

Berish no dijo nada. Permanecía de pie delante de ella con la pistola en la mano y una expresión indescifrable.

En el momento en que le pareció que se disponía a apuntarla con el arma, Mila oyó una voz a su espalda.

—Quieto —lo conminó Delacroix en el umbral, empuñando una semiautomática—. Suelta la pistola.

La llevaron a una habitación sin ventanas. Además de Delacroix, también estaba Bauer. Esperaban a Shutton, pero Su Señoría tardaba.

—¿Qué le ocurrirá a Berish? —preguntó Mila.

—Por ahora se encuentra bajo arresto preventivo por haber llevado a cabo una investigación no autorizada —contestó Delacroix.

—Por lo tanto, yo también estoy arrestada —replicó ella.

Nadie respondió.

—Pues dejadme hablar con él —propuso, quería acorralarlo para que escupiera lo que sabía del secuestro de Alice.

—¿Crees que será fácil hacer confesar a un experto en interrogatorios? —Delacroix sacudió la cabeza—. Mira que eres ingenua, Vasquez.

—¿Lo acusaréis por el homicidio de Rose Ortis? —se aventuró para saber si estaban al corriente de lo que ella sabía.

—Solo depende de ti —afirmó Bauer.

Mila tenía la impresión de que el agente rubio se estaba marcando un farol y que en realidad no necesitaba que ella admitiera nada, dado que ya tenían conocimiento de todo.

—¿Cuánto tiempo hace que nos seguís la pista?

Bauer dejó escapar una risita divertida.

—Os hemos perdido de vista un par de veces, pero os seguimos desde que saliste del departamento para regresar al lago.

—De modo que también sabéis lo que le ha ocurrido a mi hija. ¿Quién la ha cogido? ¿Y por qué no intervinisteis para detenerlos? —Estaba furiosa.

—Te vigilábamos a distancia —intervino Delacroix—. Nunca podríamos haber previsto lo que iba a pasar, ni impedirlo.

—¿Y qué querías de mí? ¿Qué esperabais que hiciera?

—No nos interesas tú —declaró Shutton haciendo su entrada con Corradini detrás—. Nos interesa otro hombre.

Su Señoría iba elegante como siempre. Falda de color crema y blusa de seda blanca, un par de Louboutin de leopardo y un collar de perlas al cuello. Mila se dio cuenta de que el asesor que estaba detrás de ella llevaba consigo un maletín negro. Lo dejó encima de la mesa y lo abrió, pero la tapa le impedía ver lo que contenía.

Shutton cogió una foto del interior y la deslizó delante de ella.

Pascal.

La imagen había sido tomada con un teleobjetivo mientras estaba con él en el mirador del lago: la escena era la de su primer encuentro y el hombre del pasamontañas rojo tenía las manos levantadas delante de la pistola que ella blandía.

—¿Qué queréis que os diga? —preguntó Mila, consciente de tener un poder sobre ellos.

—Todo —contestó Shutton—. Lo conocimos al mismo tiempo que tú. Pero ese hombre fue muy hábil al despistarnos ese día, y también la segunda vez mientras escapabais juntos de la villa de Norman Luth después de matar a Timmy Jackson alias Raspa.

Por lo que parecía, su amigo encapuchado sabía rehuir los seguimientos mejor que ella misma.

—¿Quién es? ¿Qué relación tienes con él? ¿Le has visto la cara alguna vez? —la apremió Bauer.

—No lo sé. Solo me ha ayudado. No, nunca le he visto la cara —aseguró ella sin vacilar, mirándolo con aire desafiante—. ¿Por qué os interesa tanto ese hombre?

—Porque, además de ir por ahí enmascarado, lleva guantes de látex para no dejar huellas y solo conduce coches que tengan al menos veinte años —rebató Shutton—. Pero sobre todo porque, a pesar de eso, nunca nadie se ha fijado en él y no aparece en los vídeos de una sola cámara de seguridad de la ciudad.

—¿Te recuerda a alguien, Vasquez? —intervino irónicamente Bauer.

—Enigma —dijo. Si hubieran visto el tocador con el maquillaje, las pelucas de Pascal y su colección de disfraces, tal vez se habrían dado cuenta de que al final la respuesta a sus preguntas era más bien elemental.

Destreza con los cosméticos y disciplina.

Corradini se apoyó en la mesa.

—Esa mañana en el lago os interceptamos a distancia con un micrófono direccional, oímos lo que estabais diciendo.

Mila intentó volver con la memoria al primer diálogo que mantuvo con Pascal. Pero recordó que en aquellas circunstancias el hombre le hizo una referencia genérica al juego, dejando el resto para cuando estuvieran a salvo.

—Te conviene decírnoslo todo —la amenazó Shutton—. Después valoraremos si tu versión casa o no con nuestras informaciones.

Pero en esas circunstancias Mila comprendió que Su Señoría y los demás sabían mucho menos de lo que querían hacerle creer. Al fin y al cabo, estaba claro que no podían haberla seguido en sus viajes a *El más allá*.

—¿Y si no colaboro?

Corradini cogió una segunda fotografía del maletín y la puso encima de la de Pascal. Era una antigua foto de la ficha policial del padre Roy, el falso sacerdote.

—Su nombre era Marcel Turquoise, era un *hacker* especializado en páginas de intercambio para pedófilos. Se pasó gran parte de su vida entrando y saliendo de la cárcel. Sabemos que lo mataste y que Berish ocultó el cadáver. Podemos incriminarte por homicidio.

—Pues entonces ¿por qué no lo hacéis? —los provocó.

—Por culpa de la llamada telefónica —fue la rápida respuesta de Shutton. Seguidamente intercambió una mirada con Bauer y Delacroix para que siguieran en su lugar.

—Como sin duda recordarás, Enigma fue localizado a consecuencia de un soplo anónimo —afirmó el agente de color.

Alguien les dijo a los polis que el coche que estaban buscando, una ranchera verde, se encontraba en la zona del viejo matadero, aparcado en el interior de un almacén abandonado. Los agentes enviados al lugar encontraron sangre en el coche. Luego, los perros olfatearon una presencia en el edificio. Al final, una operación relámpago llevó al arresto del hombre tatuado, que estaba en posesión del arma de la masacre en la granja de los Anderson.

Mila intuyó adónde querían llegar.

—Comparasteis la voz de la llamada anónima con la interceptada en el lago con el micrófono direccional y dio como resultado que quien os llamó había sido el hombre del pasamontañas.

—Exacto —confirmó Delacroix.

—¿Y qué tiene que ver esto conmigo? ¿Por qué una noticia como esta debería animarme a colaborar?

Shutton hizo un gesto a Corradini que cogió del maletín el plato fuerte del espectáculo que habían hilvanado para ella.

Una pequeña grabadora.

El consejero la puso en marcha. Tras un breve crujido y un par de tonos de llamada, se oyó la voz de una operadora.

—Policía, ¿cuál es la emergencia?

—Llamo por el hombre al que están persiguiendo. Sé dónde se encuentra —dijo Pascal.

—Dígame la dirección, en ese caso enviaremos a alguien a comprobarlo.

—Busquen en el viejo matadero, en uno de los almacenes abandonados. Encontrarán un Passat verde y también a él. ¿Lo ha apuntado todo?

—Sí, señor, lo he apuntado... Señor, ¿quiere dejar sus datos?

—No —contestó el otro—. Tengan cuidado, ese hombre es un susurrador.

La grabación terminó. Mila todavía estaba en estado de *shock*.

—Lo sabíais —afirmó, incrédula—. Sabíais que era un maldito susurrador...

—Sí —confirmó Shutton, completamente impasible.

Mila se la quedó mirando.

—Así pues, cuando viniste a mi casa del lago estabas mintiendo. La foto que me mostraste era un engaño: Enigma nunca se tatuó mi nombre en su piel.

Debería haberse sentido aliviada, porque ese detalle la había angustiada desde el principio. Pero ahora solo podía pensar que Su Señoría la había engañado para meterla en la investigación, porque Mila era la única que en el pasado había tenido que lidiar con un susurrador.

—En otro caso, nunca habrías aceptado colaborar con nosotros —afirmó la mujer, sin ningún escrúpulo.

No se lo podía creer. Pero todo cuadraba. Enigma no la había escogido. Es más, ni siquiera sabía a quién tenía delante cuando fue a verlo a la fosa. El hecho de que le hubiera dado las primeras coordenadas para acceder a *Dos* no significaba nada, que

fuera ella u otro poli daba exactamente lo mismo. El susurrador quería librar la batalla en *El más allá*, en «su» territorio. Los secuaces que iban a por ella, intentando matarla, simplemente estaban jugando la partida.

Pero quedaba un interrogante abierto: ¿por qué Alice había sido secuestrada?

La culpa, en cualquier caso, era de Shutton.

Mila se arrojó rabiosa contra Su Señoría y Delacroix apenas tuvo tiempo de retenerla, agarrándola por la cintura con un brazo.

—Puta —le gritó.

Shutton no se inmutó.

—Tu hija está en peligro y nosotros te ayudaremos a encontrarla. Pero tú tendrás que contárnoslo todo.

La expolicía continuaba forcejeando y despotricando contra ella. El teléfono de Corradini sonó. El asesor contestó y, a continuación, le pasó rápidamente el aparato a su jefa. Su Señoría escuchó lo que le decía su interlocutor, Mila se dio cuenta de que su expresión se derrumbaba.

Joanna Shutton de repente estaba preocupada.

Intentando no dejar traslucir nada más, la mujer colgó y se dirigió a Bauer y Delacroix.

—Aseguraos de que se decida a colaborar —ordenó antes de salir deprisa de la habitación.

Al cabo de un rato la llevaron de nuevo al Limbo. Mila no preguntó el motivo del traslado, pero mientras atravesaban las oficinas notó que había mucha agitación. Los teléfonos sonaban sin parar y los agentes iban y venían, muchos llevaban chalecos antibalas y se preparaban para entrar en acción.

—¿Qué ocurre? —preguntó la expolicía.

—Nada que te importe —contestó Bauer con su acostumbrado desprecio.

Sin embargo, sin duda algo estaba sucediendo, aunque ella no tenía la más remota idea de cuál podía ser la emergencia.

Al llegar a la sala de los pasos perdidos, se encontró a Hitch. Se había metido debajo de la mesa de Berish, estaba triste. Levantó el hocico y la miró como pidiéndole noticias de su dueño. Mila se sentía absurdamente culpable por el pobre animal.

—Quédate aquí —ordenó Delacroix—. Vendremos a buscarte dentro de un rato.

Salieron cerrando la puerta tras ellos. Una vez sola, Mila no encontró nada mejor que hacer que ir al baño a mojarse la cara.

Se observó en el espejo de encima del lavabo. Era lunes por la noche y esa historia había empezado unas noventa y seis horas antes, cuando Shutton entró en su casa del lago. Y, sin embargo, en su rostro parecía que hubieran pasado meses. De repente, tuvo la insensata sensación de haberse olvidado de Alice. Como si en su

memoria estuviera actuando un virus capaz de destruirlo todo exactamente igual que estaba sucediendo en *El más allá*. Entonces se esforzó en recordar su voz.

«Hay un nido de ardillas en el árbol», le había anunciado la niña cuando entró tiritando de buscar a Finz en el jardín, poco antes de que su vida se torciera por la llegada de Su Señoría.

Mila no imaginaba que, en vez de a una gata, se habría visto obligada a buscar a su hija.

Volvió con Hitch llevando un cuenco de agua. Seguidamente abrió los cajones del escritorio de Berish en busca de carne seca, porque sabía que siempre tenía una provisión para el perro. La encontró y le dio un poco, acariciándole la cabeza.

—No la tomes conmigo, ¿de acuerdo? —Pero tal vez el animal también se sentía culpable, en el fondo había contribuido a incriminar a su dueño al encontrar la maleta de Rose Ortis detrás de una pared de ladrillos.

«No, todos somos responsables. Yo también —se dijo Mila—. Por haberme dejado embaucar».

Le volvieron a la cabeza las palabras de Berish sobre internet y la insensata violencia que se desencadenaba en la red sin que nadie interviniera. Se preguntó dónde se habría producido, en cambio, el descenso de Berish al abismo. ¿Había conocido a Enigma en *Dos*? ¿Había sido realmente el susurrador quien lo había manipulado y convencido para que matara a un inocente?

Su mirada se posó encima de la mesa.

Delacroix o Bauer se habían llevado la bolsa de pruebas que contenía el martillo manchado de sangre y materia gris con el que probablemente Rose había sido asesinada. Pero habían dejado allí la revista pornográfica. Quizá no supieran que estaba relacionada con el caso.

Mila se sentó y empezó a hojearla. Buscó las fotos en las que habían sido recortadas partes del rostro de las mujeres. Ojos, nariz, boca, orejas... ¿Qué clase de perversión era esa? ¿Así era cómo Berish torturaba a las mujeres en su enfermiza fantasía? ¿Había hecho lo mismo con Rose?

Le vino a la memoria la sonrisa inocente de la mujer de cincuenta y seis años en la fotografía de la excursión al valle con los caballos. ¿Dónde estaba su cadáver? Un día, quizá dentro de mil años, alguien excavaría en un lugar aislado y encontraría los restos de una víctima sin nombre, asesinada a martillazos y después bárbaramente desfigurada. O tal vez eso no sucedería nunca.

Mila sintió que necesitaba un café. Cerró la publicación para adultos porque no quería seguir pensando en ello. Sin embargo, debajo encontró un ejemplar idéntico y recordó que Berish quería comparar las partes que faltaban.

¿Otro truco para despistarla?

Abrió la revista intacta y se topó con una mujer en una pose algo escabrosa, la misma a la que le habían extraído los ojos en su foto gemela.

De repente, esa mirada le pareció familiar.

Fue en busca de un par de tijeras y las encontró en un portalápices. Antes de usarlas, se preguntó si lo que estaba a punto de hacer tenía sentido.

«Sí, lo tiene», sentenció.

Así que empezó a recortar la imagen, después siguió avanzando. Esta vez le tocó a la nariz de otra estrella del porno. Luego a las orejas de una tercera. En total, al final había acumulado al menos una decena de partes.

No sabía lo que estaba haciendo, o lo sabía perfectamente, pero le daba miedo admitirlo. Apartó la revista, cogió una hoja en blanco y puso encima los fragmentos, empezando a componerlos como si fueran piezas de un puzle. Cuando terminó de encajarlos, apareció un rostro.

Al mirarlo, Mila sintió una punzada en el estómago.

El resultado se parecía a una mujer de cincuenta y seis años sonriente en una foto que, en realidad, nunca había sido tomada. Alguien había creado de la nada el rostro de Rose Ortis, para después superponerlo en un paisaje natural. No era difícil, bastaba con disponer de un buen programa en el ordenador.

Los perfiles en las redes sociales eran un elaborado *fake*.

Por eso no había huellas en su casa, se dijo la expolicía recordando la «mano negra».

La revista era la solución del misterio y se la habían dejado sarcásticamente delante de los ojos.

Esa mujer nunca había existido.

Eso implicaba dos cosas. Berish era inocente y la chica que se había presentado como la hija de Rose era una discípula de Enigma.

La profecía de Pascal se estaba cumpliendo.

A pesar de que la puerta del Limbo estaba cerrada por fuera, Mila tenía una llave de reserva que guardaba en una taza decorada encima del viejo escritorio. La utilizó para darse a la fuga. Hitch la miró durante un instante con ojitos melancólicos y ella comprendió que no podía dejarlo solo, de modo que se lo llevó consigo.

En cuanto cruzaron el umbral, se encontraron en medio del caos en el que estaba inmerso el departamento.

Los agentes estaban colapsados porque no podían estar simultáneamente presentes en las distintas partes de la ciudad. Por las conversaciones que tenían, parecía que de golpe los criminales hubieran salido de la oscuridad en la que habían estado refugiados durante los últimos años para ensañarse en calles y barrios.

Mila se dio cuenta de que estaba asistiendo al dramático fin del «método Shutton». Pascal tenía razón, antes o después el mal saldría a la luz desde *El más allá* para invadir el mundo real.

Atravesó ese ir y venir con el perro sin que nadie se fijara en ellos. Le habría gustado saber en qué dependencia del departamento habían retenido a Berish, pero no tenía tiempo de liberarlo y además era demasiado arriesgado. Ya pensaría más tarde en cómo exculpar a su amigo. Y, una vez más, le debía una disculpa.

Tomaron un ascensor y bajaron al segundo piso soterrado. Había decidido que saldrían del departamento atravesando la zona del polígono de tiro. Por lo general era muy frecuentado por los agentes que iban a entrenar. Pero en ese momento, en vista de la situación, estaba desierto.

Una vez fuera, Mila buscó rápidamente un coche. Tardó un rato en distinguir un viejo modelo que robar: esta vez la elección recayó en un Volvo rojo amaranto de los años ochenta, prácticamente una pieza de anticuario. Pertenecía a un ingeniero o un arquitecto, porque en el interior había tubos con proyectos y muestras de materiales de construcción.

Mientras conducía en la noche con Hitch tumbado en el asiento posterior, se fijó en que no había un alma por ningún sitio. Se oían las sirenas de los coches de la Policía recorriendo las calles como flechas. Parada en un cruce, al menos contó seis circulando a toda velocidad.

Mila encendió la radio. Las noticias contaban que había estallado una bomba en un supermercado nocturno, que se estaba produciendo un tiroteo en un local del centro y que habían atracado la joyería de un gran hotel.

Entonces a la expolicía también le asaltó una certeza: esos acontecimientos simultáneos no eran una casualidad, todo había empezado cuando la retuvieron en el departamento. Algo le decía que los discípulos de Enigma la querían fuera de allí para poder seguir dándole caza.

No tendrían que aguardar más, porque precisamente se dirigía al lugar donde la estaban esperando.

En la zona del puerto fluvial, el fuerte viento apartaba en el cielo nubes anaranjadas parecidas a legiones de almas escapadas del infierno. Mila aparcó delante de un vado permanente al principio del dique. Le dijo a Hitch que volvería pronto y además escribió una nota que colocó debajo del limpiaparabrisas: cuando acudieran a sacar el coche con el perro, también encontrarían los datos del agente Simon Berish.

La expolicía se encaminó a lo largo del muelle de los barcos. No había nadie. A las dos de la madrugada también podía ser normal. Pero no esa noche, se dijo. Por eso era mejor ser prudente y llegar al bar de Laura Ortis desde otra dirección.

A la muchacha le había salido muy bien su papel de hija preocupada por su madre irresponsable. La escena de ella haciendo añicos el frasco de cristal azul en el suelo en un gesto histérico resultó ser un perfecto golpe de efecto. Berish había sido inculgado como era de esperar. El plan no se basaba en la astucia, sino en el afecto: aprovechaba la intimidad que había entre él y Mila. Los acólitos del susurrador sabían que a ella no se le escaparía un detalle que revelaba la presencia de otra mujer en la vida de su amigo. Pero si habían llegado a descubrir en tan poco tiempo un detalle tan íntimo como el perfume de la compañera de Simon, entonces Mila podía esperarse cualquier sorpresa.

Pero, por una razón que no habría podido explicar, estaba convencida de que no iban a matarla en el mundo real. Como ya había tenido ocasión de experimentar, su muerte se produciría en *El más allá*.

Llegó a las inmediaciones del local y, como era previsible, las luces del interior estaban apagadas. Para entrar, forzó la cerradura de la puerta de atrás. Enseguida le embistió un fuerte olor a alcohol. Se aventuró en la oscuridad del almacén de licores. Al caminar, solo notaba bajo sus pies el crujido de cristales rotos: quien la había precedido había destruido las botellas de los estantes. La misma suerte habían corrido las que estaban sobre la barra del bar. Mila miró a su alrededor: los adornos de la sala también estaban destrozados.

En la zona de los reservados, en la única mesa que quedaba en su sitio, había un sobre blanco. A distancia, la expolicía se fijó en que encima había también una píldora de polvo de ángel. Imaginó que el contenido de la misiva era el premio por haber resuelto el engaño de Rose Ortis.

La longitud que le faltaba para volver a *Dos*.

A pesar de sentirse atenazada por el temor a una emboscada, dio unos pasos para acercarse al reservado. El hedor a licores de mala calidad era insoportable y tendría que haberla puesto en guardia. Pero solo se dio cuenta del peligro cuando chocó con algo fino con la rodilla. También oyó un chasquido, giró la mirada y vio el hilo de nailon enrollándose rápidamente al molinillo de una caña de pescar colgada en la

pared de su izquierda, mientras que a la derecha el sedal estaba conectado con el Zippo oxidado de Laura Ortis atado a la pata de una silla y que encendió una mecha empapada de alcohol.

Mila se dio cuenta de que había activado inadvertidamente la trampa incendiaria.

Intentó detener el mecanismo golpeando la silla con una patada, pero no llegó a tiempo porque las llamas cayeron al suelo empapado de líquidos inflamables y se produjo una deflagración.

Un muro de fuego se levantó delante de ella. Podría haber encontrado una vía de escape fácil a su espalda, en cambio, para alcanzar la mesa donde estaba la carta tenía que adentrarse en ese infierno.

Insultó y maldijo a Enigma. Pero no le quedaba mucho tiempo para decidirse. Cogió carrerilla y una profunda bocanada de aire y se lanzó hacia el incendio. Enseguida se vio agredida por lenguas incandescentes que la envolvieron desde abajo, comiéndose el tejido del pantalón y parte del impermeable. Mila tenía los brazos delante de la cara para resguardarse de las oleadas de calor, pero tuvo que pararse una primera vez después de recorrer un par de metros. Recobró el aliento y el valor, y volvió a intentarlo, pero avanzó muy poco.

Miró hacia delante: al otro lado de la danza sardónica de las llamas, el fuego había alcanzado la carta antes que ella y esta empezaba a arrugarse. Su parte racional le decía que ya era demasiado tarde, pero un insospechado instinto maternal la empujaba a proseguir. Hasta entonces lo había interpretado como un sentimiento de culpa por Alice porque no la amaba, pero ahora sabía que se trataba de algo distinto. «No te arriesgas a quemarte vivo por alguien a quien no quieres de verdad», se dijo.

A pesar de ello, se vio obligada a desistir porque la carta se convirtió rápidamente en cenizas.

Volvió atrás envuelta en una capa de humo que la cegaba y hacía que se ahogara. Para salir, dio una patada al marco de la puerta y el sonido tragicómico de la campana de viento le anunció la salvación.

Una vez fuera, cayó de rodillas y apoyó ambas manos en el empedrado. Tosió fuerte y tuvo unas arcadas, le asaltó el temor a desmayarse. Después, lentamente, empezó a respirar.

Cuando fue capaz, miró a su espalda. Todo se había perdido, todo había acabado. *Game over*. No había modo de volver a *El más allá*.

Condujo sin una meta hasta las cuatro de la mañana, con Hitch durmiendo en el asiento de atrás. Mila lo envidiaba.

Durante la última media hora una idea se había ido colando entre sus pensamientos y no la abandonaba. Al final, decidió hacerle caso.

El sobre del reservado del bar le había recordado otra carta. La que le enviaban cada año para pedirle que tomara una decisión.

Mila llegó frente a la clínica, detuvo el coche y permaneció observando las ventanas iluminadas del edificio rodeado por un gran jardín.

El lugar podía compararse con una ciudadela en la que las reglas del mundo exterior contaban poco o no contaban en absoluto. Una especie de *El más allá*, pero más tranquilo. Allí el tiempo de la vida se calculaba de otra manera: no había diferencia entre el día y la noche, y la vida y la muerte eran equivalentes.

Entre esas paredes, en la cama de una habitación de la cuarta planta, vivía y moría desde hacía diez años el padre de su hija.

Mila ya había estado allí otras veces, incluso en horarios extraños como ese, por eso le bastó con dejar que la reconocieran en la recepción de la entrada para permitir su acceso. Precisamente porque sabían quién era, las enfermeras de guardia decidieron pasar por alto su aspecto y el hecho de que su ropa emanase un intenso olor a humo. A Mila le habría gustado explicarles que no tenía ningún otro sitio adonde ir.

Cogió el ascensor para llegar a la unidad de los pacientes en estado de coma.

Las salas estaban inmersas en una luz azulada, suave, como indicando que el reposo permanente no debía ser turbado. Las paredes y el suelo de linóleo eran de color verde. El personal del turno de noche se movía en un silencio amortiguado y con discreción.

La habitación que le interesaba a Mila era la última del fondo, la que tenía la peor vista: daba a un patio interior al que nunca se asomaba el sol. Total, para el hombre que yacía conectado a las máquinas y al respirador, no representaba ninguna diferencia.

Fue ella quien lo hospitalizó allí y un mes tras otro ingresaba una considerable cantidad de dinero para que lo mantuvieran con vida. Cada año rehusaba el llamamiento de los médicos que habrían querido poner fin al sufrimiento del paciente. Pero, en vista de que el único familiar era su hija y Mila tenía la tutela de Alice hasta que no alcanzara la mayoría de edad, le correspondía a ella decidir si quería desenchufarlo y cuándo. No lo haría porque no creía en la pena de muerte. La cadena perpetua era lo que se merecía ese bastardo.

«Sin duda se te habrá ocurrido pensar qué harías si pudieras retroceder en el tiempo» le había dicho Pascal.

Y Mila había pensado que, si hubiera tenido la oportunidad, no habría traído a Alice al mundo. Porque cada vez que miraba a su hija, veía también a su padre —el hombre que la había engañado, utilizado, traicionado.

—La mañana que Alice desapareció había un enorme ciervo en mi cocina —afirmó, sin saber por qué.

En ese momento, habría querido decirle que otro susurrador había entrado en su vida, igual que ese que había hecho que se conocieran mucho tiempo atrás. El hombre que estaba en la cama habría sido el único, además de ella, capaz de comprender la gravedad de la situación. Porque el hecho de que Enigma estuviera detenido en una cárcel de máxima seguridad no cambiaba nada. De todas maneras, constituía una amenaza.

Si al menos Mila hubiese podido mostrarle la foto retocada de su aspecto sin los tatuajes que llevaba en el bolsillo, tal vez él habría sabido resolver el misterio que se ocultaba detrás de «la cara de un hombre normal».

Porque también él en el pasado había asumido la apariencia engañosa de una persona amable.

A Mila le habría gustado describirle la escena del bar de *El más allá*, cuando lo vio a él consciente, pero transfigurado y concentrado tallando en silencio un hueso humano.

Le habría gustado confiarle que su hija preguntaba continuamente por su padre. Y a pesar de que le había dicho que no se despertaría nunca, Alice mantenía la esperanza. «Tal vez tenga que desenchufar ese cable de verdad —se dijo—. Por lo menos así pondré fin de una vez por todas a este equívoco y a esta farsa».

Pero no estaba allí, como en otras ocasiones, para hablarle imaginando o engañándose con que, allí donde estuviera, tenía modo de escucharla. Había venido por culpa de Pascal. Recordó una vez más la conversación que mantuvieron los dos en el transcurso de la última noche que pasaron juntos en la casa incendiada.

«Quien, a causa de un accidente, ya no podía caminar, volvía a hacerlo en *El más allá*. Quien salía del coma, aprendía de nuevo a vivir o a hacer cosas esenciales. Al principio, *Dos* se usaba en los centros de rehabilitación para devolver la esperanza a los pacientes».

En ese momento Mila se distrajo al pensar que Pascal podía haber vivido una experiencia terrible e irreparable en el pasado y que todavía seguía llevando el peso. Las implicaciones de lo que dijo solo le vinieron a la cabeza más tarde, mientras conducía el Volvo sin saber cómo regresar a *El más allá* sin las nuevas coordenadas.

De vez en cuando alguien en la frontera del coma se despertaba. Por eso era necesario reeducarlo para devolverle, aunque solo fuera en parte, una existencia normal.

Mila puso fin a la breve visita, volvió la espalda al único hombre de su vida y se alejó. Cogió un ascensor de servicio para llegar al sótano de la clínica.

Como imaginaba, allí abajo había un almacén en el que se depositaban viejos ordenadores y aparatos de rehabilitación. Había visores y *joysticks* y eso le hacía concebir esperanzas. Cogió un monitor, una unidad central y ensambló un PC en el interior de un trastero.

Cuando puso en marcha el ordenador, esperó ansiosa descubrir si en el escritorio encontraría el icono circular de *Dos*. Allí estaba. Pero todavía no podía cantar victoria, porque solo había llevado a cabo una parte de la empresa.

Abrió el programa, en la pantalla apareció el portal con el globo y la casilla que ya le eran familiares. A través de las opciones del juego consiguió fabricarse un avatar que se le pareciera bastante. No sabía si iba a funcionar, pero el plan tenía sentido en su cabeza.

Ahora venía la parte complicada. Introducir latitud y longitud. Sin indicaciones concretas, debía escoger al azar. Así que introdujo las coordenadas del lugar donde quien debía encontrarla sin duda la encontraría.

El Limbo.

Hurgó en el bolsillo y cogió otra píldora del polvo de ángel de Raspa. Se la puso en la lengua sabiendo que, si se presentaba algún peligro, como una sombra estranguladora o una serpiente inmovilizadora, esta vez no estaría Pascal para salvarla. Tendría que salvarse sola. O sucumbir, tal y como estaba segura de que había previsto Enigma para quien osaba entrar indebidamente en su reino de tinieblas.

Una vez más repitió: «Estoy lista». Seguidamente se puso el visor y se sumergió en el olvido de *El más allá*.

La acogió una serie de estruendos que le recordaron que el mundo apocalíptico estaba en decadencia.

En la sala de los pasos perdidos, las sonrisas de las fotos de las paredes parecían siniestras. Las miradas de los desaparecidos estaban cargadas de odio y rencor. Mujeres, hombres y niños parecían preguntarle, mudos, por qué había dejado de buscarlos huyendo al lago con Alice.

Habría querido liberarlos de esas imágenes engañosas, devolverlos a las sombras que, un día cualquiera de sus vidas, los había cogido para llevárselos para siempre.

Estaba Beatrice, desaparecida en la nada a los treinta y siete años, embarazada de seis meses de su segundo hijo. Michael, padre de familia que un día como tantos fue a trabajar a la oficina y fue visto por última vez, con americana y corbata, por dos excursionistas en un sendero de la montaña. Larissa, doce años, cuya madre todavía recibía extrañas llamadas telefónicas por la noche en las que solo se oía una respiración.

Mila nunca los había conocido, pero eran como de la familia.

Cada vez que llegaba al Limbo la foto de un nuevo desaparecido, ella abría una cuchilla y se practicaba una pequeña incisión en la piel. El dolor servía para suscribir

un pacto, crear un vínculo, grabar el recuerdo.

Mientras formulaba esos pensamientos, oyó un crujido: algo se movía en la habitación. Mila intentó mirar, pero la figura se escurría.

—¿Quién eres? —dijo entonces.

—No puedo decirte mi nombre —contestó una voz de niño.

Pascal le había dicho que se mantuviera alejada del espectro, pero Mila no tenía otros recursos a los que aferrarse. Y estaba contenta de que él la hubiera encontrado.

—¿Por qué no puedes decirme tu nombre?

—No me permiten hablar con extraños.

—Pero ya hablaste conmigo, y ahora también lo estás haciendo —replicó ella, subrayando la contradicción—. Entonces a lo mejor no soy una extraña... Tal vez sepas quién soy.

—Eres su madre —afirmó el niño.

Tuvo un sobresalto. ¿El espectro conocía a Alice?

—¿Dónde se encuentra? ¿Está aquí en *El más allá*? ¿Puedes llevarme con ella?

El niño no contestó. Mila no insistió y cambió la pregunta.

—¿Está bien? —preguntó tan solo.

—Está a salvo.

En ese momento, la figura empezó a asumir una consistencia más definida. El niño de diez años con la camiseta roja se mostró ante ella. Tenía el pelo rubio, corto y bien peinado. Y los ojos claros.

Mila comprendió enseguida algo de él.

—Tú no eres un avatar, ¿verdad?

—¿Cómo lo has sabido?

—Porque todas las veces que he entrado en el juego, tú siempre estabas.

—Yo vivo aquí —le confirmó el niño.

Un fragor seguido de una sacudida hizo que todo temblara a su alrededor. Mila se asustó, el niño permaneció impasible.

—¿Por qué me estás ayudando? —preguntó la expolicía, recordando todas las veces que había intervenido para advertirle de los peligros que corría.

—Porque tú no eres como los demás, tú eres distinta. —A continuación, añadió —: Ellos no deben saber que estoy aquí. Por eso siempre tengo que esconderme.

Otro estruendo y otro terremoto.

—¿Qué le está pasando al juego? —preguntó Mila.

—Dentro de poco todo habrá terminado —aseguró el niño.

—¿Eres tú quien está haciendo todo esto?

—Pero ellos no lo saben.

Era como creía: el espectro era el virus del que hablaba Pascal.

—Tienes que parar.

El pequeño la miró, curioso.

—¿Por qué debería hacer eso? Si a ti tampoco te gusta este lugar.

—Pero si no te detienes, no podré encontrar a Alice.

El niño se encogió de hombros, como diciendo que no podía hacer nada.

—Al menos dime cuánto me queda...

—Todavía hay tiempo —le aseguró—. Pero debes darte prisa.

—¿Qué debo hacer para que termine mi juego?

Una vez más, el espectro no contestó y se dio la vuelta.

—Ahora tengo que irme.

—No, espera —intentó detenerlo—. Todavía tengo que preguntarte muchas cosas.

—Me ha gustado hablar contigo —dijo él, poniéndose en marcha.

—Un momento, por favor...

—Ella te quiere y está cerca.

Pronunció la frase mientras se alejaba. Mila estaba segura de que se refería a Alice.

—¿Qué significa cerca? ¿Cómo de cerca?

El espectro casi se había desvanecido.

—La mente ve lo que la mente quiere ver —fueron sus últimas palabras.

Cuatro gramos de niacina para salir del viaje.

Mila robó la sustancia de la farmacia de la clínica, pero algunos efectos del polvo de ángel eran persistentes. Como por ejemplo el frío, los temblores y los vértigos que la impedían caminar correctamente. Por eso, antes de irse, tenía que recuperarse.

Faltaba poco para las seis y pronto ese lugar se llenaría de gente, pero mientras tanto regresó al trastero con el PC, llevándose consigo un par de botellines de agua para hidratarse. Mientras bebía, se le ocurrió efectuar una búsqueda en internet introduciendo la última frase pronunciada por el espectro, la misma que había oído de Pascal.

«La mente ve lo que la mente quiere ver».

La coincidencia no podía estar carente de significado. Mila estaba convencida de que las palabras habían sido sacadas de un contexto: tal vez un libro, un artículo u otro tipo de publicación. Se había acercado bastante: se trataba del lema utilizado por un centro del que no se detallaba gran cosa llamado «INSTITUTO NEUROCIÉNTIFICO DE LA SELVA ROJA».

El sitio de internet llevaba años sin ser actualizado. A primera vista, parecía más un vetusto organismo público que una moderna empresa privada.

En la página principal solo aparecía el logotipo: un ojo humano estilizado y en su interior dos árboles rojos y un edificio que se remontaba al siglo pasado. Había pocas secciones y estaban compuestas sobre todo por fotos. Algunas mostraban precisamente el edificio en medio de un bosque de hayas majestuosas. En otras aparecían los interiores, una especie de mezcla entre un ambulatorio médico y un laboratorio de informática por el que deambulaban individuos con bata blanca.

Aparte de algún escueto pie de foto, había una página que contenía una descripción genérica de sus actividades.

«La Fundación se ocupa de la investigación y la innovación en el campo de la neurociencia. Tiene como objetivo social la actuación de una provechosa sinergia entre la mente humana y la inteligencia artificial, la divulgación de los descubrimientos en este ámbito y el compartir los progresos obtenidos para el bienestar de la humanidad».

Mila anotó la dirección y decidió ir a echar un vistazo personalmente.

Volvió con Hitch y le recompensó por haberla esperado con algunos *snacks* que había cogido de una máquina del vestíbulo. Berish nunca lo mimaba tanto, pero el perro se lo había ganado. Lo hizo salir del coche para que correteara por ahí mientras ella se bebía el enésimo botellín de agua apoyada en el Volvo.

El amanecer empezó a iluminar el horizonte. Mila sentía que estaba muy cerca de descubrir algo importante.

Se metió en el coche, tendría que recorrer muchos kilómetros para llegar a su destino. No fue para nada fácil encontrar el lugar. Tuvo que salir de la autopista, subir por las curvas cerradas de una montaña, atravesar un par de pueblecitos y coger una estrecha carretera que se encaramaba entre los bosques de hayas.

Finalmente, al cabo de un par de horas, de detrás de una colina emergió la fachada de piedra oscura picada del edificio del siglo pasado que Mila había visto en las fotos de la página de internet.

Aparcó a poca distancia de la entrada y se dirigió hacia la puerta principal junto con Hitch. Se esperaba un centro futurista, pero tuvo la impresión de estar ante un lugar abandonado. Pósteres descoloridos adornaban el vestíbulo, en ellos se veía a técnicos informáticos trabajando en equipo con los médicos. Pero por los trajes que llevaban y la tecnología que manejaban, parecían figuras de una época lejana y ya superada.

Había además una extraña desolación. Un rato después, interceptó a un empleado y le preguntó dónde podía encontrar al responsable del instituto.

—El doctor Stormark está en su despacho —le dijo, señalándole la dirección.

Recorrió un pasillo con un alto techo que hacía retumbar sus pasos. Al llegar delante de la puerta de Stormark, llamó. Una voz cavernosa la invitó a entrar. Mila abrió la puerta y se encontró en una habitación extrañamente oscura. Apenas se entreveía un escritorio con un hombre fumando.

—¿Está encendida o apagada? —preguntó aquel.

Mila, sin embargo, no entendió a qué se refería.

—La luz —precisó entonces el otro.

—Está apagada.

—Pues perdone, puede encenderla si quiere.

Cuando lo hizo, comprendió también el motivo de ese extraño diálogo. El doctor Stormark era ciego.

En el despacho había mucho desorden, pero las pilas de libros en braille y los viejos aparatos electrónicos del suelo estaban dispuestos de manera que permitían el movimiento del hombre. El aire estaba impregnado de un fuerte olor a puro.

—Me llamo Mila Vasquez —se presentó, tomando asiento delante de él mientras Hitch se tumbaba bajo ella.

Stormark llevaba un suéter amarillo manchado de ceniza. Era obeso y la butaca en la que estaba sentado apenas lo contenía. El rostro y las manos se veían estriados de capilares rojos y el pelo extrañamente encrespado. A diferencia de muchos ciegos, no llevaba gafas oscuras y su mirada inestable se movía por la habitación.

—¿Ha venido a venderme un perro guía? —afirmó riendo como si acabara de hacer un chiste—. Si por el contrario busca trabajo, está en el sitio equivocado: estamos apenas en febrero y ya nos hemos terminado los fondos para este año.

—No —contestó ella con amabilidad—. Estoy aquí para hacerle algunas preguntas, si no le molesta.

—¿En calidad de qué?

—Estoy llevando a cabo una investigación privada.

El científico refunfuñó algo.

—Si tiene algo que ver con el accidente de la semana pasada, los chicos han exagerado, pero el seguro debería ocuparse de pagarlo todo.

—No tiene que ver con lo que he venido a decirle —lo tranquilizó.

—Pues si es así, soy todo oídos —afirmó él, dando una calada al puro.

—Estoy buscando a una persona. Un hombre, para ser más exactos. Tengo la impresión de que en el pasado estuvo vinculado a este lugar. Creo que era criminólogo.

—Por aquí han pasado bastantes, es a causa de nuestras investigaciones.

—En efecto, no sé muy bien a qué se dedican...

—No se lo creerá, pero el Instituto de la Selva Roja ha estado entre las vanguardias de internet —afirmó el hombre, rascándose una mejilla hirsuta—. Muchas de las innovaciones que se encuentran en la red han nacido entre estas paredes. Hasta hace pocos años, aquí se proyectaba el futuro.

Mila, sin embargo, seguía sin comprender.

—¿Podría ser más específico, por favor?

Stormark sonrió.

—Claro, disculpe. El centro se creó para enseñar a la inteligencia artificial a distinguir el bien del mal.

La xpolicia se quedó desconcertada.

—¿Eso se puede hacer?

—Es el reto de este siglo, créame... Antes de confiar nuestra seguridad a una máquina, debemos estar seguros de que sea capaz de interpretar bien los datos; huelga decir que un niño con una pistola de agua es algo muy distinto a un atracador con una automática, pero un ordenador todavía no sabe discernir entre las dos cosas. Exactamente como yo en este momento, no soy capaz de saber si en su rostro hay una expresión asombrada o asustada.

—Ambas —dijo Mila—. ¿Entonces un día internet será inteligente?

—Solo si sabemos enseñarle el significado de una puesta de sol —explicó el científico—. Pero hasta que un ordenador no se conmueva delante del sol poniéndose detrás del horizonte, eso no será posible.

Mila pensó en su propia alexitimia: tal vez ella también era una máquina de carne y hueso.

—Los seres humanos a veces ven puestas de sol donde no las hay —objetó—. La mente ve lo que la mente quiere ver.

—El «corazón» ve lo que el corazón quiere ver —la corrigió el hombre.

La frase la impactó.

—A veces engañamos a nuestra inteligencia con las emociones porque no queremos aceptar la realidad —prosiguió él—. La madre de un asesino confeso nunca

estará completamente persuadida de la culpabilidad de su hijo, para hacerlo debería admitir que ha sido una mala madre. Es un mecanismo de autoconservación.

La expolicía vio que había entablado bastante confianza con el hombre, de modo que decidió ir al grano.

—Hace un tiempo me metí en una realidad virtual llamada *Dos*.

Stormark palideció.

—Me preguntaba si ha oído hablar de ella...

—El juego —dijo solamente el científico.

—Al entrar aquí y escuchar ahora sus palabras he imaginado que este podía ser el sitio adecuado para que naciera algo de ese estilo. ¿Me equivoco?

—*Dos* no nació aquí, pero en el pasado llevamos a cabo una investigación al respecto.

Por el tono apresurado de la respuesta, Mila intuyó que Stormark no tenía muchas ganas de hablar de ello. Pero ella tenía que saberlo.

—Me imagino que usted conocerá la historia.

—¿El mundo utópico que se transforma en un infierno? Sí, la conozco. Pero dada mi condición, nunca me he podido poner un visor y visitarlo.

—Allí abajo me encontré con una especie de inteligencia artificial: un niño. No quiso decirme su nombre, pero me confesó que vivía allí...

—Oh, Dios mío —dejó escapar el hombre—. ¿Rubio, ojos azules?

—Sí —confirmó Mila.

—Joshua —dijo en voz baja. Había algo parecido a la compasión en la manera en que había pronunciado el nombre.

—¿Lo crearon ustedes?

—No, señorita Vasquez... Existió realmente.

—Quiere decir que...

—Quiero decir que está muerto. —Hizo una pausa—. Puede dejar aquí al perro, y venga conmigo, quiero mostrarle algo.

El descubrimiento de que el niño de la camiseta roja era realmente un espectro fue perturbador.

Stormark cogió un bastón para invidentes con una bolita blanca en la punta que le servía para apreciar mejor el recorrido y los objetos. Con él, la guio por los pasillos del instituto hasta un laboratorio.

En el centro de la sala oscura había una tarima. Estaba rodeada de proyectores, había incluso en el techo.

—La calidad no será de las mejores —se disculpó por si acaso el científico—. Con los microprocesadores modernos el efecto sería distinto, pero es una tecnología que no podemos permitirnos.

—¿Qué es lo que va a pasar? —preguntó Mila, que no tenía ni la más remota idea de dónde estaban.

—Confíe en mí, dentro de poco lo verá —contestó. A continuación, se acercó a un técnico para darle instrucciones.

Este último se situó detrás de una consola, accionó unos mandos y, poco después, la tarima empezó a girar y los proyectores se encendieron generando rayos láser. Los haces se concentraron en el centro de la sala dando vida a una imagen holográfica.

Sentado en el suelo, había un niño de un año jugando con los cordones de sus zapatos. Tenía el pelo rubio y los ojos azules, sonreía. Y llevaba una camiseta roja.

—Joshua —lo presentó Stormark.

—El niño que vi tenía al menos diez años, pero se le parece.

El hombre sacudió la cabeza, contrariado.

—No debería haber pasado... La culpa es mía.

—¿Qué es culpa suya? —Mila ya estaba harta de misterios, quería saber la verdad.

—El padre de Joshua trabajaba aquí.

La expolicía comprendió que estaba hablando de Pascal.

—¿Era criminólogo?

—Antropólogo criminalista —especificó el científico—. Su nombre es Raul Morgan.

Así pues, ese era el nombre del hombre encapuchado.

—Raul estaba al frente de la investigación sobre el juego.

Pascal había hablado del intento de atraer al mundo virtual ahora despoblado a sujetos que se situaban en la frontera de la normalidad. El objetivo era comprobar si el germen de violencia y crueldad que tenían en sí mismos evolucionaría de manera sádica. Pero el experimento había degenerado dando origen a la actual versión de *El más allá*.

—Perdimos el control de la situación —admitió Stormark—. Y cuando me di cuenta ya era demasiado tarde. Debería haberlo parado todo, por eso la responsabilidad es mía.

Pascal se había definido como un «guardián». Había dicho que había bastantes como él: su tarea era supervisar las anomalías de *El más allá*, porque de vez en cuando algún jugador daba «el salto», llevando sus propias fantasías violentas a la realidad. Después el hombre del pasamontañas rojo se había quedado solo desempeñando su labor, sin saber qué había sido de los demás.

Pero antes de ese momento, debió de haber sucedido algo en la vida del antropólogo criminalista.

—¿Qué le ocurrió a Raul Morgan?

—Estaba demasiado implicado, se estaba volviendo paranoico: veía enemigos por todas partes y no se fiaba de nadie.

La descripción encajaba con Pascal.

—Sostenía que había conocido a alguien en el juego: «una peligrosa presencia», fueron las palabras exactas que utilizó.

Mila pensó inmediatamente en Enigma, el susurrador.

—Infravaloré el problema hasta la desgracia...

—¿Qué desgracia? —preguntó la expolicía con curiosidad.

Stormark se puso triste.

—Raul Morgan era un buen hombre, tenía familia: una mujer y un precioso niño de un año y medio... No tenía que haber terminado así.

—¿Hubo un accidente? —lo apremió Mila.

—En aquella época Raul vivía en ese mundo paralelo: no estaba simplemente distraído, sino que se había disociado completamente de la realidad... Cada día, antes de venir a trabajar, acompañaba a Joshua a la guardería mientras que la madre lo recogía por la tarde. Una mañana de septiembre, Raul llegó como siempre a las nueve y entró puntual en su laboratorio. Ocho horas después, su mujer llamó para preguntarle por qué no había dejado al niño en la guardería. Fue entonces cuando Raul se dio cuenta de lo que había ocurrido. Se precipitó al aparcamiento y lo encontró donde lo había dejado: en la sillita del asiento posterior.

Mila no podía pronunciar palabra.

—Probablemente el niño se había quedado dormido en el trayecto desde casa y luego Raul no se dio cuenta de que se había saltado la parada en el parvulario. Pero incluso delante de su cuerpecito seguía repitiendo que lo había dejado en la guardería, que sin duda había otra explicación. Negaba la evidencia, a pesar de tenerla delante.

«El corazón ve lo que el corazón quiere ver», se dijo Mila recordando las palabras de Stormark de un rato antes. La expolicía no lograba comprender un dolor tan enorme para un padre. Pero esta vez la falta de empatía no tenía nada que ver. Ciertos sufrimientos era imposible imaginarlos siquiera.

—Tres meses después, Raul presentó su dimisión. Desde entonces no he vuelto a saber nunca más de él.

Mila miró el holograma del niño con la camiseta roja jugando despreocupado.

—¿A qué viene esto? —preguntó refiriéndose al espectro.

—Después de que se fuera, casualmente encontramos el programa en su ordenador. Nunca hemos sabido el motivo que lo empujó a realizarlo, pero podíamos deducirlo fácilmente.

El científico levantó el bastón con el que se movía en las tinieblas de la ceguera, sacó la bola blanca de la punta y la lanzó delante de él, adivinando la trayectoria hacia el niño.

Joshua levantó un brazo como si quisiera cogerla al vuelo. No era simplemente un holograma, se dijo Mila.

—Joshua interactúa —le confirmó Stormark—. Pero, sobre todo, aprende.

—Si ahora tiene diez años, entonces significa que Raul lo llevó a *Dos* para que creciera en el juego como un niño normal.

«Yo vivo aquí», había dicho el espectro.

—Como ha podido ver, señorita Vasquez, Joshua ya era capaz de responder a los estímulos externos desde muy pequeño, aunque fuera de una manera elemental. Si usted ha hablado con él, quiere decir que en estos años ha evolucionado bastante. No me sorprende, Raul Morgan era muy bueno en su trabajo.

—Pero ha dicho que era antropólogo criminalista, no programador.

—Es cierto. Él enseñaba a las máquinas qué es el mal.

«Pensaba en *Dos*: cualquier cosa irreversible que hubieras hecho o te hubiera ocurrido en la vida real, en el juego podías tener la oportunidad de solucionarla».

Raul Morgan, alias Pascal, había pronunciado exactamente esa frase la última vez que se vieron. Ahora entendía por qué había creado un clon digital de su hijo. Pero era solo un engaño, una peligrosa ilusión.

Al salir del instituto, Mila se puso rápidamente en marcha al volante del Volvo. Tenía una nueva pista.

El vínculo entre Pascal y el espectro se había convertido en un hecho consumado, a pesar de que el hombre del pasamontañas rojo le había aconsejado que se mantuviera alejada del niño. En su último encuentro, Joshua le dijo a Mila que Alice estaba a salvo, por lo tanto sabía dónde se encontraba. Y si él lo sabía, entonces Raul Morgan también debía de estar al corriente.

El único modo de estar segura era encontrar a Pascal.

Stormark se había mostrado muy colaborador, dio disposiciones para que le proporcionaran a Mila la información que necesitaba. Ni siquiera le preguntó para qué la quería. Debía de haber intuido que su visita estaba relacionada con recientes repercusiones del trágico suceso de muchos años atrás. Y precisamente porque el científico se sentía en parte responsable por lo que había ocurrido, había dejado a un lado cualquier reparo.

Sin embargo, Mila no había conseguido encontrar gran cosa en el expediente personal de Raul Morgan. Para empezar, no había ninguna fotografía. Hasta la de la identificación que empleaba para acceder a los laboratorios había desaparecido. La expolicía pensó que era obra de la «mano negra» del propio Pascal, a causa de su obsesión por borrar cualquier rastro de sí mismo.

La única novedad que pudo recabar fue el nombre de la mujer del antropólogo criminalista. Se llamaba Mary.

Durante el viaje de regreso llovía a cántaros y era difícil orientarse en las carreteras de montaña. Mila pudo localizar una cafetería con un teléfono público.

Entró en el rústico local junto a Hitch. Con ese mal tiempo, no había nadie a excepción del personal. Había un buen fuego encendido en la chimenea de piedra, viejos esquís de madera adornaban las paredes y también un par de cabezas de ciervo disecadas. A parte de ese macabro detalle, el ambiente era acogedor y Mila necesitaba comer algo y reponerse. Pidió un bocadillo para compartirlo con el perro, una bebida de cola y un cuenco de agua fresca. Quiso que la cajera le diera el cambio en monedas. Con ellas entró en la cabina telefónica.

Hizo una serie de llamadas a excompañeros del departamento que estaban en deuda con ella por investigaciones anteriores y a los que, por eso, podía pedirles un favor. Mientras tanto, la camarera le llevó lo que había solicitado, pero necesitó al menos una hora para localizar la última dirección conocida de Mary Morgan.

A pesar de todo, después de hacer una llamada tras otra, Mila logró reconstruir los últimos diez años de la vida de la mujer.

Tras la muerte de su hijo, Mary estuvo ingresada en una clínica a causa de una grave depresión. Mientras tanto, obtuvo el divorcio de su marido. Con el paso de los años, había intentado empezar a vivir de nuevo. Había residido en varios sitios, trabajado en diversos empleos, pero al final no se adaptó a ninguno de esos cambios.

Durante los tres últimos años, sin embargo, había logrado cierta estabilidad al retirarse a una comunidad budista en las colinas, en una región remota a bastantes kilómetros de allí.

Mila consideró que el viaje le llevaría demasiadas horas, un tiempo que Alice y *El más allá* no tenían.

Debía hablar con esa mujer.

La comunidad no tenía teléfono, de modo que buscó el número de la comisaría de Policía del pueblo más cercano.

—Aunque vaya hasta allí arriba, no creo que ninguno de ellos quiera hablar con usted —afirmó el policía local cuando Mila le preguntó si sería posible que la pusiera en contacto con Mary llevándole un móvil—. Esa gente es rara: son vegetarianos —le confió como si fuera realmente increíble.

—Es una emergencia —insistió ella, sin añadir más detalles—. Se lo ruego, soy una excompañera. Me llamo Maria Eléna Vasquez. Puede comprobarlo si quiere. —Apelaba a la solidaridad entre polis, con la esperanza de que fuera suficiente.

El agente lo pensó un momento.

—De acuerdo, pero se lo advierto: tardaré al menos cuarenta minutos en llegar allí, y no es seguro que después el teléfono funcione en medio de la nada.

Mila le dio las gracias y le dictó el número de la cafetería. Seguidamente se dispuso a esperar. El tiempo parecía no pasar nunca y los cuarenta minutos transcurrieron sin novedad. Podía haber ocurrido de todo y ella lo ignoraría. El móvil no tenía cobertura, Mary Morgan se había negado a hablar o el policía había mentido y tal vez se había olvidado de su conversación y en ese momento se estaba dedicando a otra cosa.

Una hora y cuarto después, el aparato del local sonó. Mila se precipitó a contestar. La línea tenía interferencias.

—Soy Mary —dijo una voz con tono molesto—. ¿Con quién hablo?

—Me llamo Mila Vasquez, gracias por haberme llamado.

—¿Qué quiere de mí? El agente dice que es una emergencia, pero ya le advierto que, sea lo que sea, no me interesa.

—Lo comprendo, Mary, y me disculpo por esta invasión de su intimidad, pero no tenía elección. Mi hija desapareció hace tres noches.

—¿Por qué tiene eso algo que ver conmigo? —contestó la otra, bruscamente.

—Creo que usted puede ayudarme a encontrarla.

—No veo cómo, en vista de que vivo fuera del mundo desde hace mucho tiempo.

—Sé que puede entenderme —dijo Mila al llegar a ese punto. Aludiendo al hecho de que Mary también había sido madre, estaba corriendo un gran riesgo: la mujer podía decidir colaborar o bien levantar un muro y negarse a continuar con la llamada. Pero la expolicía esperaba que la franqueza lo compensara.

Mary Morgan calló, quizá fuera una buena señal. Por fin, titubeaba.

—Me imagino que habrá sido duro seguir adelante —la acorraló la expolicía, dejándole entender que conocía su historia—. Ciertas heridas no cicatrizan, lo sé. Es como convivir con un agujero en la tripa: supura y vuelve a sangrar cuando menos te lo esperas... Por eso yo no quiero acabar como usted, señora Morgan.

Las últimas palabras eran duras de aceptar, pero Mila no sabía fingir compasión.

—Si pierdes un hijo, vives el resto de tu vida como un apestado —afirmó la mujer, dándole la razón—. Los demás te evitan pensando que la desgracia que te ha caído encima puede alcanzarlos a ellos. Dicen que sienten pena, pero únicamente se sienten aliviados por no estar en tu lugar.

Mila aprovechó inmediatamente su predisposición, con el temor de que cambiara de idea.

—Me gustaría hablar de su marido Raul.

—¿Qué quiere saber?

—¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

—No tengo ninguna noticia suya desde el divorcio —aseguró.

—Es que yo creo que de algún modo él se ha quedado ligado al pasado. Tengo la impresión de que durante estos años no ha logrado apartarse de los recuerdos, a pesar de que se trata de una triste historia.

—Al principio no fue así. Parecía que estaba decidido a borrarlo todo. Fue él quien insistió en que nos divorciáramos.

Mila se quedó desconcertada ante la revelación. Pensaba que había sido ella quien lo había decidido. Al fin y al cabo, Pascal era el responsable de la desgracia de la muerte de su único hijo.

—Intenté perdonarlo —afirmó la mujer—. ¡Dios, si lo intenté! Pero no me permitió que me acercara a él.

—No se lo permitió a nadie —aseguró Mila—. Creo que desde entonces ha vivido aislado del mundo.

—Nos enamoramos muy jóvenes y el matrimonio fue un paso que ambos dábamos casi por sentado. Compramos una casa y él estaba entusiasmado con su trabajo en el Instituto, decía que por primera vez estaba llevando a cabo una investigación que le entusiasmaba. Cuando nació nuestro hijo, Raul nos dedicaba a nosotros todo su tiempo libre: solo le digo que le construyó una cuna con forma de nave espacial.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó Mila, a pesar de que en parte ya lo sabía.

—Tendría que haberme dado cuenta de que algo no iba bien... —le confió la mujer—. Eran pequeñas señales, pero no fue por eso por lo que las subestimé. El

hecho es que Raul siempre fue un hombre extremadamente fiable, nunca hubiera podido imaginar que estaba a punto de derrumbarse.

—¿Se refiere a la paranoia?

—Sí, pero no solo a eso. Decía que alguien estaba intentando metérsele en la cabeza.

—Le «sugería» los pensamientos —dijo Mila, que había entendido de qué estaba hablando.

—Exactamente —confirmó Mary—. Tal vez ahora usted me tomará por loca, pero me habló de un hombre tatuado que lo perseguía en internet...

Mila no pensaba en absoluto que estuviera loca, pero en ese momento no podía decírselo.

—Raul lo describía como recubierto de números de la cabeza a los pies.

La descripción coincidía y le causó una angustia insoportable.

—¿Y usted nunca tuvo la sospecha de que su marido estuviera perdiendo la razón?

—Hubo un episodio, unos meses antes de la desgracia —admitió la mujer—. Había ido con el niño a ver a mi familia y cuando volvimos nuestra casa se había quemado.

A Mila le vino a la cabeza el hecho de que Pascal la hubiera llevado a dos casas que se habían incendiado.

—Los bomberos y la compañía de seguros dijeron que se había tratado de un cortocircuito, pero me enteré de la verdad después de la muerte de nuestro hijo cuando Raul me confesó que fue él quien provocó el incendio para huir del hombre tatuado.

Mila se quedó helada. Pero había llegado el momento de despedirse de la mujer.

—Gracias, Mary, me ha dicho más de lo que necesitaba.

—Espero que logre encontrar a su hija —le deseó, con una inmensa melancolía en la voz—. Sabe, Joshua se habría convertido en un hombre maravilloso.

Había pronunciado el nombre de su hijo por primera vez, advirtió Mila.

—Lo sé —estuvo de acuerdo, pero sin poder decirle que en cierto modo lo había conocido y tenía que agradecerle haberla protegido en *El más allá*.

—Nunca podré olvidar aquella mañana —prosiguió Mary que ahora parecía no querer dejar de hablar—. Lo vestí en su cuarto. Le puse un pantalón de felpa, los calcetines de lunares de colores que a él tanto le gustaban, su primer par de All Star blancas y una chaqueta de punto porque era septiembre y empezaba a refrescar. Debajo llevaba una camiseta roja... ¿Cómo podía imaginar que esos eran los últimos minutos que pasábamos juntos?

Mila oyó que al otro lado de la línea la mujer empezaba a llorar. Fue inevitable hacer la comparación con los últimos momentos que pasó con Alice. Si la hubiera dejado dormir en casa de su amiguita del colegio en vez de llevarla al lago consigo, quizá no habría sucedido nada. Pero mientras iba en el coche a casa de Jane, después

de que los hombres de Enigma la hubieran seguido, pensaba refugiarse egoístamente en el abrazo de su hija. A pesar de que después ese abrazo nunca se produjo, porque como siempre había sido demasiado cobarde y se había atrincherado en su alexitimia, la excusa perfecta para no sentir nada.

—Si me dijeran que pidiera un deseo imposible, pediría volver a ver Joshua, aunque solo fuera un instante. Me gustaría despedirme, al menos, decirle adiós.

Mila no sabía si algún día sería capaz de sentir el tormento de aquella mujer, ni quería descubrirlo. Por eso, tendría que hacer de todo para recuperar a Alice. Porque el tiempo es un engaño y mientras transcurre olvida avisarnos de que está pasando.

—Gracias de nuevo —dijo, y estaba a punto de colgar.

—Espere —la frenó Mary Morgan—. Si las cosas no fueran como usted quiere, no se eche la culpa. Créame, no sirve de nada... Raul intentó cargarme con parte de su peso, me hizo creer que era una mala madre porque no di suficiente crédito a sus manías persecutorias. Imagínese, descubrí que quería secuestrar a Joshua para llevárselo lejos y, cuando le pregunté el motivo, me dijo que quería salvarlo del hombre tatuado.

Las últimas palabras de Mary tuvieron el efecto de una revelación. Por fin, Mila sabía quién se había llevado a Alice.

ALICE

«Él enseñaba a las máquinas qué es el mal».

Las palabras con las que el doctor Stormark había descrito el trabajo de Raul Morgan eran claras: quizá Pascal no podía evitar obsesionarse por el mismo mal que creía conocer tan bien.

«Soy un guardián... Cuando el juego se transformó, todavía éramos bastantes. Nuestra tarea era vigilar las anomalías de *El más allá*: obviamente, estaba previsto que algo se desbordara también en este lado... De vez en cuando alguno daba el salto, era inevitable».

Después de regresar a la ciudad, Mila se dirigió a la biblioteca para consultar internet. En los sitios de los periódicos locales, fue en busca de artículos que hablaran de viviendas que hubieran sufrido un incendio durante los últimos meses. Redactó una breve lista excluyendo las direcciones de las dos en las que ya había estado con el hombre del pasamontañas rojo.

Volvió a meterse en el coche para ir a visitarlas.

La lluvia arreciaba como una plaga bíblica sobre la ciudad. A última hora de la tarde, la expolicía llegó ante una casita en un barrio popular. El fuego la había devorado exactamente por la mitad. Una parte estaba íntegra, con las cortinas en las ventanas y plantas en el balcón. La otra se veía ennegrecida por el humo y había un inquietante agujero en lugar de la fachada.

Aquella casa representaba el símbolo perfecto del bien y del mal, pensó Mila.

Era su tercer intento, después de un par en los que no obtuvo resultados. Pero quizá estuviera en el sitio adecuado porque, al final del sendero, entrevió un Skoda verde petróleo de los años noventa.

No llevaba armas consigo, pero aun así estaba segura de que Pascal no se iba a dejar intimidar. Decidió que llevaría a Hitch a su lado.

—Vas a tener que ayudarme, ¿de acuerdo? —le pidió, acariciándolo—. Búscala.

Salieron del coche, cruzaron la cortina de agua ensordecedora y se dirigieron hacia el patio de la casa. Mila pretendía encontrar a Pascal antes de que él advirtiera su presencia. Y mientras lo distraía, esperaba que Hitch localizara a Alice.

La expolicía comprobó si había alguien en el interior a través de las ventanas de la planta baja. Todo estaba oscuro, excepto por una luz encendida. Mila vislumbró una figura en la cocina, no sabía decir si se trataba de Raul Morgan. Pero comprendió que, a causa de la devastación del incendio, la puerta principal era la única vía para acceder a la vivienda.

Se situó bajo el porche. Cobijada por el ruido de la lluvia, forzó la cerradura y se introdujo en la casa seguida de Hitch.

Notó enseguida un olor a plástico quemado. Observó a su alrededor: en la penumbra la miraban monstruos deformes, pero solo eran muebles fundidos por el calor de las llamas.

Hizo una señal al animal para que permaneciera a su lado, mientras avanzaba hacia la luz de la cocina. En efecto, de allí procedían los sonidos —un grifo abierto, ruido de cacharros—, por lo tanto tenía que haber alguien. Cuando divisó a un hombre de espaldas lavando los platos, dejó libre al perro para que explorara las habitaciones.

Al cruzar el umbral del comedor, reconoció la fisonomía de Pascal. No llevaba puesto el pasamontañas rojo, y en ese momento solo podía verle la nuca con el pelo muy negro. Llevaba el mismo traje marrón, pero se había quitado la americana. En vez de los guantes de látex de siempre, llevaba un par de goma amarillos, de los que se usan para realizar las tareas domésticas.

—¿Dónde está? —preguntó Mila.

El hombre no se amedrentó, ni se volvió.

—Está arriba durmiendo —dijo—. Quédate tranquila, Alice está bien.

—Quiero verte la cara —le ordenó.

Pascal terminó de enjuagar el último plato y lo dejó en el escurridor junto a los demás. Luego cerró con calma el grifo. Entonces fue cuando se volvió hacia ella.

Iba peinado con la raya a un lado y llevaba un fino bigote. Tenía los ojos verdes y la tez clara. Mejillas sonrosadas y labios delgados.

Ahora Mila sabía cómo era su cara.

—Tu hija es una chiquilla interesante —afirmó Raul Morgan—. Hemos estado charlando mucho estos días y he tenido la oportunidad de apreciar el excelente trabajo que has hecho con ella, muy bien.

No le apetecía oírsele decir a ese hombre, le sonaba falso, casi una burla.

—Hiciste la llamada anónima para inculpar a Enigma, pero sabías que, diciendo que era un susurrador, ellos irían a buscarme.

—¿Te refieres a la Policía? —la provocó el otro—. Sí, lo sabía.

—Mientras venía hacia aquí, he pensado mucho en cuál era el motivo por el que te llevaste a Alice. Y ahora no digas que solo fue para protegerla de Enigma, como habrías querido hacer con tu hijo. No soy estúpida.

—Tienes razón, tal vez no fuera solo por eso... Decidí que era fundamental quitarte a Alice, porque en otro caso no habrías aprendido la lección.

«Aprender», el verbo la dejó helada. «Él enseñaba a las máquinas qué es el mal...».

—Lo ves, Mila, era importante que entendieras bien a qué enemigo nos enfrentamos... Pero solo la pena de la privación, la sensación de peligro inminente y la imperiosa necesidad de encontrar una solución para lo peor podrían motivarte. —Pascal inclinó la cabeza, dedicándole una mirada compasiva—. Dime, mi querida amiga: en estos días ¿tu corazón ha seguido callando sus sentimientos o has empezado a liberarte de la maldición que te persigue desde que eras niña?

—Lo lamento, Pascal, mi alexitimia es irreversible.

—Mentira —replicó él agriamente—. Has sentido algo dentro de ti, estoy seguro. Y ha sido ese algo lo que te ha conducido hasta aquí. —Hizo una pausa—. La mente ve lo que la mente quiere ver, pero el corazón también hace lo mismo... Así que deja de hacer de ciega y mira lo que intenta mostrarte.

Le habría gustado que ese hombre se equivocara, pero solo porque no soportaba la idea de darle la razón. En cambio, la tenía. En otra época, otra Mila habría intentado arreglar con una cuchilla la falta de angustia por la desaparición de su hija. Si no lo había hecho era porque las emociones que había sentido habían sido suficientes.

—¿Pensabas que retirándote en un lago la oscuridad no sería capaz de encontrarte? ¿De verdad creías que con eso sería suficiente? —Se puso a reír—. Nosotros no somos como los demás, Mila Vasquez. Nosotros llevamos encima el olor podrido de las tinieblas que hemos visitado... La oscuridad puede olfatearlo incluso a kilómetros de distancia. Escapar de ello es inviable.

«Es de la oscuridad de donde vengo...».

—Tú y Enigma os hacíais la guerra y yo he acabado en medio. Fuiste tú quien creó mi juego, ¿no es cierto?

—Recibiste tu adiestramiento —fue el único comentario de Pascal.

—Me he preguntado por qué el susurrador cogió a Alice y al mismo tiempo intentaba matarme: ambos estabais jugando conmigo...

—Pero con objetivos diferentes —quiso precisar el otro.

—No hay ningún guardián más, ¿verdad? La historia de que acabaron con vosotros es falsa. Siempre has sido el único, sucio loco paranoico.

—Tú no lo entiendes. Esta guerra durará mientras exista internet. El hombre solitario puede hacerse daño solo así mismo. Solo cuando están juntos los seres humanos se vuelven malvados. Y entonces me pregunto: ¿qué se podía esperar de la mayor interconexión de la historia?

—Lo mismo es aplicable al bien —rebató Mila.

—Si fuera verdad, la red sería el lugar más feliz de la tierra —afirmó el otro, sarcástico.

Mila habría querido rebatir que no era así, que se trataba solo de la visión de un hombre decepcionado que vivía como un eremita y que, cuando no llevaba un pasamontañas, modificaba constantemente su aspecto con maquillaje y pelucas para no parecer humano. No lo dijo, en vez de eso preguntó:

—¿Y ahora qué debería hacer?

—Serás una excelente guardiana... Te he enseñado el camino, ahora sabes dónde buscar.

—Pero *El más allá* está muriendo.

—Eso también ha servido para que te dieras prisa... Pero detendré a Joshua, sé cómo hacerlo.

Mila pensó en el niño, en su melancolía.

—Creo que deberías liberarlo. Déjalo marchar...

En ese momento Hitch emergió de la oscuridad a su espada. En el umbral también apareció Alice.

La niña bostezó y se frotó los ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó tranquila—. ¿Por qué Hitch intenta llevarme fuera?

Iba vestida con la ropa del día en que desapareció. Aparentaba ser la de siempre y a Mila le pareció una especie de milagro porque ella sabía muy bien cuáles eran los efectos de la oscuridad en los desaparecidos, incluso cuando la desaparición duraba apenas pocas horas.

Fue hacia su hija y la abrazó.

Al principio la niña se apartó, sorprendida por una acogida como aquella por parte de su madre.

—¿Cómo estás? —preguntó Mila, retirándole el pelo de la frente. Le era indiferente su reacción tan fría, lo importante era que estuviera bien.

—OK —contestó solo Alice, recurriendo a la manera de hablar práctica de los adolescentes.

Mila volvió a mirar a Pascal para ver cuáles eran ahora sus intenciones.

El hombre captó el interrogante en su mirada.

—No tengo más motivos para reteneros aquí —aseguró.

Entonces Mila cogió a Alice de la mano. Estaba a punto de dirigirse al pasillo y de allí a la salida, pero entonces se volvió de nuevo hacia él:

—No has contestado a mi pregunta: ¿qué esperas que haga ahora? Porque creo que es justo que sepas que no acabaré así —dijo señalándolo, con tono de reprobación—. No me pasaré la vida borrando cualquier rastro de mí, conviviendo con el miedo y la paranoia.

Pascal sonrió.

—El corazón ve lo que quiere ver —le recordó—. Ahora coge a tu hija y regresad a casa, Mila Vasquez. Puedes huir de la oscuridad. Pero no puedes impedir que la oscuridad te encuentre.

Los tilos en flor de delante de la casa emanaban un perfume dulzón que combinaba perfectamente con el aire efervescente de junio. Pero el efecto no era constante, en otro caso habría sido empalagoso, opinaba Mila. Era agradable que en cualquier parte de la casa te sorprendiera una ráfaga repentina entrando por una de las ventanas abiertas y seguir el olor antes de que el viento se lo llevara.

Era una de las primerísimas mañanas de verano. El lago estaba tranquilo y todo alrededor era un espectáculo de colores distribuidos por la naturaleza con ecuánime armonía. Desde que había terminado el colegio, Alice dormía hasta tarde. En cambio, Mila se había levantado temprano y estaba metiendo en el horno las tartas para la pequeña merienda de esa tarde.

Iban a venir unas amigas de su hija y la invitación también incluía a sus mamás.

Mila se sentía rara, nunca había hecho nada parecido. Las otras madres siempre la miraban con recelo cuando se la encontraban en la escuela para asistir a las reuniones con los profesores, en ocasión de las asambleas o de los festivales de Navidad y fin de año. Antes no le molestaba: para ellas era «la expolicía de la ciudad», un buen tema para romper un poco con el aburrimiento de esposas y amas de casa, por eso las dejaba hacer. Pero desde hacía un tiempo se había dado cuenta de que a Alice quizá no le favorecía ser la hija de una madre arisca y orgullosa de su pésimo carácter. Al final lo acabaría pagando con el aislamiento por parte de sus compañeras.

La doctora Lorn enseguida aprobó la idea de la fiestecita. El consejo de la psicóloga había sido introducir pequeños cambios en la rutina cotidiana. Alice iba a verla dos veces a la semana. Curiosamente, la niña no había demostrado tener ningún trauma a causa de su, aunque breve, secuestro. Mila debería haber dado gracias al cielo, en cambio estaba preocupada por esa especie de apatía y quería que la doctora Lorn tanteara a su hija en busca de los motivos. Pero también estaba ansiosa por saber de dónde procedía la obsesión de Alice por un padre que nunca había conocido de verdad.

«No es fácil ser la hija de un monstruo», se dijo. Antes o después, Alice se habría preguntado cuánta parte de él se concentraba en ella, si es que había alguna. A Mila también le daba miedo descubrirlo, pero tal vez solo era un problema superfluo.

Sin saber por qué, cada vez que pensaba en el padre de Alice le venía a la mente Raul Morgan. Él también era responsable de algo tremendo e irreversible. La única diferencia era que para Pascal se trató de un error debido a una imperdonable distracción que le costó la vida a su único hijo, a su niño. Mila ya ni siquiera podía sentir desprecio hacia él por lo que le había hecho a ella, porque de todos modos ese hombre tendría que cumplir para siempre una condena durísima dictada por el peor de los jueces: su propia conciencia.

Después de los acontecimientos de febrero, a la expolicía le habría gustado poder afirmar que todo había vuelto rápidamente a la normalidad. Pero no había sido así.

Un terrible insomnio se había adueñado de sus noches mientras una nueva migraña la esperaba al despertar.

—Es casi imposible encontrar un periódico por esta zona —se lamentó Berish entrando en la cocina y golpeando la mesa con un diario—. Me he pasado una hora dando vueltas con el coche para encontrar un quiosco.

Llevaba unas bermudas de color caqui, mocasines y camisa azul: incluso cuando vestía de *sport*, lograba ir impecable. Comparada con él, Mila siempre se sentía fuera de lugar, con su chándal de poliéster y las zapatillas deportivas.

—Ya quedan pocos como tú, capaces de apreciar el valor del papel —se mofó, sirviéndole una taza de café recién hecho.

—La gente piensa que así salvaremos los árboles porque eso es lo que les ha metido en la cabeza la industria informática. Pero alguien debería decirles que siguen plantándose árboles precisamente con este fin. Sin libros ni periódico al final solo veremos los bosques en el salvapantallas de los ordenadores.

Mila sacudió la cabeza y se le escapó una sonrisa.

—Sí, tú riéte. En cuanto se despierte, llevaré a Alice a pescar.

—¿No hay manera de que aceptes el hecho de que somos vegetarianas?

—¿Te das cuenta de cuántos insectos han sido triturados con el trigo de la harina de tus tartas? —dijo, señalando el horno—. Buen provecho, vegetariana.

—¿No se te ha pasado nunca por la cabeza que también podría tratarse de una cuestión de ética?

—Los que no quieren desarmar la opinión de los demás con su dictadura intentan esterilizarla con lo «políticamente correcto». —Y con esa frase, Berish puso fin a cualquier réplica y salió al exterior, con la intención de sentarse bajo uno de los tilos y disfrutar en paz del café y el periódico.

Simon se había trasladado al lago para estar con ellas unos días, Mila estaba contenta de tenerlo allí. El policía había sido suspendido del servicio durante un tiempo indeterminado. Juntos habían llevado a cabo una investigación ilegal con la que podían haber sido imputados de los delitos de homicidio, ocultación de un cadáver y obstrucción a la justicia. Pero, a pesar de que habían pasado casi cuatro meses, el comité de disciplina todavía no había formulado ninguna acusación.

La única consecuencia de su comportamiento era que iban a cerrar el Limbo y las competencias de la oficina quedarían repartidas entre las otras unidades de investigación. Las fotos de los desaparecidos serían arrancadas de las paredes de la sala de los pasos perdidos, así resultaría más fácil olvidarse de ellos. Al fin y al cabo, no se lograba la gloria por perseguir a las sombras.

Era la venganza de Su Señoría.

El aumento repentino e inexplicable de los crímenes había marcado el final del «método Shutton». Por eso Mila y Berish estaban convencidos de que la mujer iba a evitar ensañarse con ellos. Se arriesgaba a comprometer el resultado del único caso que todavía le permitía conservar su puesto de jefa de la Policía: Enigma.

La única acusación formulada en relación con el susurrador era la de haber instigado a Karl Anderson a llevar a cabo una matanza. Era más bien frágil para justificar una cadena perpetua en la fosa. Una investigación disciplinar sobre lo ocurrido habría sacado a la luz la verdad, pero también todos los fallos del departamento.

Las escasas veces que conseguía dormirse, en sus sueños Mila siempre regresaba a *El más allá*. Más exactamente, al apartamento de los Anderson en la ciudad, antes de que se trasladaran a la granja. Allí fue testigo del asesinato de Frida y de las pequeñas Eugenia y Carla. No podía olvidar que Karl iba a *Dos* para hacer realidad su fantasía de exterminar a su familia. Y tampoco podía borrar de la memoria lo que vio en el reflejo del espejo rosa pálido del cuarto de las gemelas, cuando, por consejo del espectro, se volvió para mirar a la cara a su avatar y descubrió que el culpable era el padre.

«Mírate...».

Mila se había preguntado muchas veces si Frida se dio cuenta de que en su marido había algo que no iba bien. Tal vez lo notara, en vista de que lo apoyó en su decisión de renunciar a la tecnología para trasladarse a un paraje perdido en el campo. Pero, en el fondo, no se atrevía a recriminárselo a esa mujer: también ella, hacía diez años, ignoró las señales que le llegaban del padre de su hija.

«El corazón ve lo que el corazón quiere ver».

Precisamente por eso, Mila apartó los pensamientos tóxicos y miró de nuevo a Simon Berish por la ventana. Hitch corrió hacia él para recibir alguna caricia. Sintió un arrebato de gratitud por tenerlos a ambos en su vida. Alice le tenía mucho cariño al perro y parecía haber olvidado completamente a la gata Finz, que se había escapado de casa unos meses atrás.

«Mejor así», pensó Mila. En eso su hija era mejor que ella. «Siempre hay que dejar atrás a quien le dedicamos nuestras atenciones y luego nos abandona», se dijo.

El pícnic en el lago empezó bajo los mejores auspicios. Mila dispuso una larga mesa bajo los tilos. Había tartas dulces y saladas, pastelitos y coloridos canapés con verduras y crema de queso. Los cubitos de hielo destelleaban en las jarras de limonada y de té frío, el mantel de lino ondeaba en la brisa que descendía de las montañas.

Hitch hacía guardia ante la comida con la secreta esperanza de que algo se cayera de la mesa.

Mila había conseguido convencer a Alice para que se pusiera una falda. Últimamente había cogido algún que otro kilo y se le había metido en la cabeza el absurdo complejo de que estaba gorda. Quizá esas diatribas entre ellas dos fueran el preludio de lo que les esperaba durante la inminente adolescencia. Pero la inseguridad de su hija también podía depender de otra cosa: Mila había descubierto que en la

escuela sus compañeros la definían como «la rara» y pensaba que tenía que ver con el hecho de que Alice estaba acostumbrada a no sorprenderse de nada y que miraba el mundo con una curiosidad que normalmente asustaba a los demás.

Las amigas llegaron hacia las cuatro, sin que faltara ninguna. Fue un gran alivio para la niña, que temía ser impopular. Recibió muchos regalos y los abrió con los ojos brillándole de alegría.

Mientras tanto, las madres de las amiguitas competían por socializar con «la expolicía de la ciudad», con la esperanza de que Mila las turbara con algún detalle espeluznante de su anterior trabajo.

La fiesta estaba resultando todo un éxito. Comieron con las canciones de Elvis de fondo y el tiempo pasaba entre charlas inocentes y carcajadas.

Simon había organizado unos juegos de grupo con los que entretener a las chiquillas e, inesperadamente, resultó ser un excelente animador. La tarde transcurría tranquila. Hasta que llegó el momento de buscar el tesoro.

Todo ocurrió rápidamente, pero, durante los años siguientes, Mila volvería a recordar a menudo la dinámica de los acontecimientos.

Las niñas estaban buscando la tercera pista que Berish había escondido. El acertijo que debían resolver remitía claramente a un escondite cercano al agua. Una de las chiquillas se apartó del grupo, se dirigió a la orilla del lago, al lugar donde había un viejo cobertizo para las barcas ahora abandonado.

La madre conversaba con las amigas, aunque se distrajo por un momento porque notó la ausencia de su hija. Mila estaba preparando más limonada, pero desde la ventana de la cocina captó la mirada preocupada de la mujer y notó un cosquilleo en la base del cuello. Se precipitó inmediatamente fuera.

Al no localizar a la niña, la madre se puso a llamarla por su nombre. A medida que su ansiedad iba en aumento, la voz se volvía cada vez más aguda.

La alegría se desvaneció en un instante. Todos callaron de repente.

Berish intercambió una rápida mirada con Mila y soltó la correa de Hitch. En poco tiempo, los presentes empezaron a buscar por allí y a repetir el nombre de la pequeña.

Hasta que un chillido cristalino —prolongado y distante— hizo que de nuevo se impusiera el silencio. Procedía del cobertizo de las barcas. Todos acudieron hacia la llamada.

Berish fue el primero en cruzar el umbral al lado del perro, Mila inmediatamente tras ellos. Constataron al instante que la niña estaba bien: no le había pasado nada grave, solo estaba sobresaltada. Pero eso no les alivió, porque lo que tenía a su espalda los paralizó a ambos. Por desgracia también lo vieron las que llegaron después, especialmente las madres de las otras niñas, y eso iba a ser una dura carga en las futuras relaciones entre Alice y sus amiguitas. Se quedaron todos pasmados durante unos segundos ante aquella escena incomprensible. Pero lo que no podían explicarse de manera racional era, sin embargo, evidente para sus sentidos.

Había un gran corazón rojo pintado en la pared de tablas, envuelto en un enjambre de moscardones. Por el cuchillo manchado del suelo podía deducirse que estaba hecho de sangre coagulada.

Mientras todos observaban el macabro mural, Mila miraba a su alrededor. Entonces fue cuando se fijó en Alice, y lo que vio le dio un susto de muerte.

Su hija era la única que tenía una expresión imperturbable.

El cuchillo no venía de lejos, sino de la casa. Mila ni siquiera se había dado cuenta de que hubiera desaparecido del cajón de la cocina.

«Puedes huir de la oscuridad. Pero no puedes impedir que la oscuridad te encuentre», había dicho el loco del bigote y pelo negro que se ocultaba bajo el pasamontañas rojo y se hacía llamar Pascal.

Pero hasta entonces Mila no había considerado en ningún momento que Raul Morgan pudiera tener razón.

En el silencio de la noche, cuando los invitados se hubieron marchado y Alice y Berish dormían, la expolicía del Limbo permanecía sentada en la cama observando el armario cerrado frente a ella, preguntándose qué debía hacer.

Por primera vez no tenía ninguna respuesta al respecto, ninguna teoría del padre de su hija que pudiera acudir en su ayuda. La duda la devoraba y la llamada de la cuchilla se iba imponiendo. La angustia solo buscaba un modo de salir de ella. Una dolorosa herida sería lo ideal.

Tras pasar unos cuantos segundos torturándose con inútiles pensamientos, finalmente se dirigió hacia el armario. Lo abrió y buscó la caja con la ropa de su vida anterior. Encontró el impermeable que había llevado durante el caso de Enigma. En el bolsillo todavía había algo que le concernía, Mila no lo había olvidado. Podría haberse deshecho de ello, pero en el fondo temía un momento como ese.

La foto del susurrador con el rostro retocado en el ordenador y sin los tatuajes. «La cara de un hombre normal».

La observó en la oscuridad preguntándose por enésima vez quién era ese hombre. «De vez en cuando olvidamos que los monstruos no son monstruos en absoluto», se dijo. Por eso había querido volver a mirar aquella imagen.

«El corazón ve lo que el corazón quiere ver». Y tal vez Mila también se había dejado engañar. Pero había llegado el momento de ponerle remedio.

Bajó al piso de abajo y encontró a Hitch tumbado en el sofá al lado de la chimenea apagada. Lo llamó y, seguidamente, salieron juntos por detrás. Llevaba consigo también el cuchillo con los rastros de sangre seca. Se lo hizo oler al perro.

—Busca —dijo.

Hitch olfateó el suelo, luego lo vio dirigirse hacia el bosque. Lo siguió, pero enseguida desapareció entre los árboles. En la maraña del bosque, Mila no lograba ver dónde se había metido. Lo llamó, sin resultado. Luego oyó unos ruidos de hojas y

tierra removida procedente de unos diez metros a su derecha. Se dejó guiar hasta que encontró al perro.

Hitch se había metido en un matorral y estaba ocupado excavando un hoyo. Mila enfocó la linterna sobre él y vio que algo sobresalía del suelo.

No fue difícil reconocer el pelo de Finz. Los restos del animal presentaban profundas heridas infligidas con un arma cortante.

El corazón «no» ve lo que el corazón «no» quiere ver. Ahora tenía la confirmación.

Dio por descontado que había sido su hija y unas terribles preguntas se insinuaron entre los pensamientos de Mila. «¿Cuánto tiempo hacía que la gata estaba allí? ¿Sucedió antes o después del secuestro de Alice?». Porque había una considerable diferencia. En el primer caso, el origen de la violencia podía ser genética: la herencia maligna de un hombre en coma. En el segundo, sin duda había ocurrido algo en el período en el que se llevaron a su hija.

Mila no sabía cuál de las dos hipótesis prefería. Ambas eran difíciles de aceptar.

Pero ella «tenía» que saberlo. No podía convivir con ese interrogante durante el resto de su vida.

Y había alguien que podía darle una respuesta y librarla de ese hechizo de muerte.

El Hyundai se encaramaba con dificultad por las colinas, mientras la puesta de sol teñía el horizonte.

Había hecho un largo viaje, pero la meta estaba cerca. Mientras conducía, Mila pensaba en lo que diría una vez llegara a su destino. Todo lo que necesitaba iba dentro de una bolsa negra que estaba en el asiento de atrás.

El policía local que meses antes había ido hasta allí arriba a llevar un móvil para permitirle hablar con Mary Morgan tenía razón: el lugar estaba en medio de la nada.

La naturaleza exuberante y los bosques sitiaban la cinta de asfalto dando la impresión de que pronto conquistaría también el espacio que les habían quitado por la fuerza. El sol desapareció y la comunidad budista surgió ante el parabrisas como una catedral de velas en medio de la oscuridad.

Al llegar a la verja de madera que delimitaba la propiedad, Mila fue recibida por algunos miembros que la acompañaron amablemente hasta una sala interior. Le ofrecieron algo de beber y también fruta. Al cabo de poco se presentó una mujer menuda vestida con una túnica de lino amarilla, con el pelo blanco recogido en una larga trenza y unos ojos azules iguales que los de su hijo.

—Me imaginaba que no te conocería nunca en persona —afirmó Mary, tuteándola.

Mila comprendió que el sentido de la frase no era que quería que la dejara en paz, sino que la mujer esperaba que ya todo se hubiera resuelto.

—Por teléfono, me dijiste que si te hubieran dicho que pidieras un deseo imposible, habrías querido volver a ver a Joshua, aunque solo fuera un instante. Para despedirte y al menos decirle adiós.

La expresión de la mujer reveló su turbación, tal vez temía que ese deseo pudiera convertirse en realidad.

—Decimos muchas cosas para aligerar nuestro corazón, pero luego no significa que lo queramos realmente.

—No es real, pero será como si lo fuera —afirmó Mila, señalando la bolsa negra que se había traído consigo—. Raul descargó sus recuerdos de Joshua en un clon digital —le reveló—. Aprovechó un juego de realidad virtual para hacer revivir a vuestro hijo.

Un rayo de miedo cruzó por los ojos de Mary.

—No se puede revivir de la misma forma después de la muerte —balbuceó citando la filosofía que había abrazado—. El alma de Joshua lo abandonó para reencarnarse en otras apariencias, sin duda no para permanecer prisionera en los circuitos de un ordenador.

Estaba recitando esas frases, pero era evidente que también quería no tener que creer a la fuerza. Por eso Mila decidió ser franca con ella y le ofreció una motivación más.

—Tengo que preguntarle una cosa a Joshua, pero me temo que a mí no me dirá nada. Estoy segura de que a su madre, en cambio, le contestaría...

La mujer se tomó su tiempo para pensar, pero luego comprendió que Mila no había venido para utilizarla o para aprovecharse de su dolor.

—¿Qué tengo que hacer?

Para responderle, la expolicía extrajo de la bolsa un viejo portátil, dos visores y otros tantos *joysticks*. Antes de dirigirse allí, había hecho una parada para ver a un camello de ácidos de la estación.

—¿Qué son? —preguntó Mary Morgan mirando las píldoras azules de su mano.

—Polvo de ángel. Una para mí, la otra para ti. Confía en mí.

La mujer se tragó la droga pero luego le aferró enseguida el brazo, mirándola con ansiedad.

—¿Y si después no tengo el valor de dejarlo? ¿Y si después quiero llevármelo conmigo?

Mila no tenía una respuesta para aquellos interrogantes. Se limitó a pasarle el *joystick* y el visor. En la pantalla del ordenador apareció el icono de *Dos* y la expolicía creó dos avatares muy parecidos. Se conectó a internet con un módem portátil. A continuación, introdujo las coordenadas de la casa de la infancia de Joshua, porque estaba segura de que lo encontraría allí.

Atravesaron el pasillo psicodélico y se encontraron en el cuarto de un niño. Había juguetes y una camita con forma de nave espacial. Pascal había construido una igual para su hijo en la realidad, fue Mary quien le habló de ello. Mila se dio cuenta de que la mujer se había sobresaltado: ya había estado allí, se encontraban en el lugar adecuado.

—No puede ser —dijo la madre de Joshua, incrédula—. Es todo tan... real.

Fuera, por la ventana, se agazapaba la fría oscuridad de *El más allá*, en cambio, entre aquellas paredes se tenía una sensación de calor y seguridad.

Oyeron un ruido: la canción de una caja de música que se había puesto en marcha sola. Un tiovivo. Al mismo tiempo, el niño de la camiseta roja apareció de la nada delante de ellas.

Mary lo reconoció al instante, a pesar de que el clon tenía diez años más que el niño que había perdido.

Joshua tenía su habitual mirada inexpresiva, pero en su rostro se apreciaba un cambio. Curiosidad.

—¿Mamá? —preguntó sin dejar apreciar ninguna emoción.

En cambio, Mary empezó a llorar.

—Sí, pequeño mío...

El niño estaba aturdido, como si de repente no fuera capaz de procesar aquella presencia.

—No deberías estar aquí —le recriminó afablemente.

—Hacía tanto tiempo que tenía ganas de verte —confesó ella, sorbiéndose los mocos. Luego intentó alargar un brazo hacia él.

Al principio Joshua retrocedió, pero después se dejó acariciar el pelo rubio. Mila no podía creerse que estuviera sucediendo de verdad.

—¿Cómo estás? —le preguntó Mary, porque era la pregunta que cualquier madre le hacía a sus hijos. La cuestión contemplaba innumerables posibilidades de réplica, pero una madre siempre sabría percibir la verdad en una mentira.

—Papá nunca me lo pregunta —contestó el otro, sincero—. Puede que le dé miedo saberlo.

—No debería haberte traído aquí —consiguió decir la mujer, decepcionada y enfadada—. No debería haberlo hecho.

—He intentado destruir este mundo, pero no lo he logrado. Aun así, soy un buen chico, ¿verdad? —Joshua esperaba su aprobación—. Me porto bien.

—Claro que lo eres, amor mío.

El pequeño miró a su alrededor.

—Estoy cansado de estar aquí, no quiero seguir estando solo —admitió, infeliz.

La mujer entonces miró a Mila, no sabía cómo ayudarlo.

—Quiero morir, mamá —dijo Joshua, dejándolas a ambas perplejas—. ¿Puedes ayudarme a morir, mamá?

Era una petición desgarradora para hacérsela a quien le había dado la vida. Pero, al fin y al cabo, pensó Mila, solo una madre podía tener la compasión de matar a su hijo si se lo pedía. Sin embargo, Mary Morgan no tenía los conocimientos tecnológicos para llevarlo a cabo.

—No puedo hacerlo, amor mío.

—Por favor.

—Lo siento —dijo estallando en un llanto quedo.

Mila odió a Pascal por haber condenado al niño a una prisión de miedo y violencia, solo para tener la ilusión de que nunca se hubiera producido la distracción fatal que llevó a su muerte.

Joshua, sin embargo, no se alteró por la respuesta de su madre: simplemente tomó nota.

—Así pues, solo has venido a decirme adiós...

—No, quería que supieras que te quiero. Siempre te he querido y te seguiré queriendo.

—¿Para siempre? —preguntó, casi asombrado.

—Para siempre —le aseguró ella.

—Ahora que lo sé estoy mucho mejor, gracias.

—Pero necesito que me hagas un favor... Me gustaría que ayudaras a esta mujer.

El niño de la camiseta roja dirigió su atención hacia Mila.

—De acuerdo, pero antes tendrás que llevártela. No quiero que mamá lo vea.

La expolicía se volvió hacia Mary Morgan y le explicó cómo salir del juego.

—Tienes que quitarte el visor y después tumbate enseguida para que se pase el efecto de la droga, después te tomarás la niacina.

—Me gustaría darle un beso... ¿Puedo?

A pesar de que no estaba segura de que sintiera algo, Mila no era capaz de aconsejarle que no lo hiciera.

Mary se acercó a su hijo. Se inclinó con los labios hacia su frente y cerró los ojos. Joshua hizo otro tanto, cuando volvió a abrirlos la madre había desaparecido.

Transcurrieron unos segundos de absoluto silencio. A continuación, el niño de la camiseta roja volvió a mirar a Mila.

—Tengo que saber qué pasó con Alice —dijo ella.

—Él tiene el poder de cambiar a las personas —aseguró Joshua, refiriéndose al susurrador—. ¿Estás segura?

Pero ella ahora ya no podía echarse atrás.

En un instante el escenario cambió.

Mila perdió el control del *joystick* y se encontró encarnando a otro avatar. Solo podía ver lo que él veía, sin poder orientarlo.

Era un día de finales de verano y hacía sol. Iba al volante de un utilitario, un Ford. Delante tenía una carretera rodeada de hayas rojas. En la radio sonaba una música alegre: un *swing* de estilo antiguo, los músicos parecían haberse divertido bastante al tocarlo.

El coche superó un cambio de rasante y se encontró frente a un edificio que se remontaba al siglo pasado. La fachada de piedra oscura picada era la del Instituto Neurocientífico de la Selva Roja.

Mila comprendió de repente a quién personificaba: en ese momento, ella era Raul Morgan conduciendo su coche la mañana que se había olvidado a su hijo en el asiento de atrás.

No quería ser él, por ninguna razón del mundo quería asistir a la escena. Solamente vislumbró sus propios ojos en el espejo retrovisor del Ford —los ojos de Pascale intentó apartar el *joystick* para que enfocaran al niño de un año y medio en el asiento de atrás. Se engañaba pensando que tal vez así el padre se daría cuenta. Quizá todavía podría cambiar el destino.

El Ford se detuvo en el aparcamiento. El avatar de Pascal apagó el motor y con él también se paró la música. En el silencio del habitáculo no se oía nada más. Si al menos hubiera distinguido la respiración de su niño mientras dormía... En cambio, abrió la puerta y bajó. Levantó un brazo con el mando a distancia y, tras un breve pitido, se accionaron los cuatro cierres centralizados.

Mila oía sus pasos crepitar por el asfalto mientras se alejaba del vehículo, pero pasó algo que no se esperaba. En vez de dirigirse hacia la entrada del centro, Pascal

dio la vuelta al coche. ¿Por qué? ¿Adónde se dirigía?

El avatar se paró justo a la altura de la ventanilla posterior.

Al otro lado del cristal, Mila podía ver claramente a Joshua con la camiseta roja puesta. Dormía dichoso.

Y, del mismo modo que lo veía ella, diez años antes también lo había visto Raul Morgan, su padre.

Cuando el hombre empezó a alejarse, Mila tuvo la confirmación de lo que realmente había ocurrido. No había sido un accidente, no se había distraído. Lo había dejado allí a propósito para que muriera.

Tuvo una arcada, había visto suficiente y estaba destrozada. Quería arrancarse el visor, estaba a punto de hacerlo, pero se bloqueó. Porque, mientras avanzaba hacia el edificio, su avatar se reflejaba en los cristales de los otros coches aparcados.

Así fue como Mila tuvo la oportunidad de distinguir el rostro del hombre que estaba encarnando. No era Pascal, pero lo había visto antes. Exactamente en la foto retocada por ordenador, sin los tatuajes que lo cubrían.

«La cara de un hombre normal».

Pero si Raul Morgan era Enigma, ¿quién era en realidad el hombre que había conocido como Pascal?

El prisionero de la fosa al que todos llamaban Enigma era Raul Morgan. Pero él no era el susurrador.

El susurrador era Pascal, y todavía estaba fuera.

El individuo tatuado que Mila había conocido en la cárcel de máxima seguridad, en realidad, era uno de sus fieles discípulos. De no ser así, ¿por qué habría aceptado dejarse atrapar en su lugar?

Raul Morgan —el hombre de la cara normal— había frecuentado *El más allá* en calidad de antropólogo criminalista, pero nunca se opuso a la voluntad del asesino subliminal. Es más, había cedido a su seducción. Como Karl Anderson, en nombre de ese pacto perverso había exterminado a la sangre de su sangre.

Después de la masacre en la granja, Pascal había denunciado a Morgan con la llamada anónima para evitar que la Policía llegara hasta él.

Mila conducía el Hyundai en la noche intentando desesperadamente encontrar un sentido a todo aquello. «Nos ha engañado. Me ha engañado».

Llovía a cántaros y la droga le ofuscaba los sentidos, pero una vez más ella «tenía» que saber.

Un ciervo salió del bosque y atravesó la carretera, todo se ralentizó de repente. Mila perdió el control del coche y por un instante cruzó una mirada con el noble animal: ¿era el mismo que estaba en su cocina el día de la desaparición de Alice o se trataba de una alucinación provocada por el polvo de ángel?

No le dio tiempo a buscar una respuesta porque el Hyundai volcó y se salió de la carretera, saltó una zanja y fue a chocar contra un árbol.

El estruendo fue ensordecedor, pero luego solo quedaron los repiqueteos del motor que se perdían en los de la lluvia.

Mila estaba cabeza abajo, atrapada entre los hierros y le costaba permanecer consciente. Se había golpeado de cara contra algo duro. Una sustancia viscosa le resbalaba por la frente junto con las gotas que entraban por el parabrisas hecho añicos. Seguramente se había hecho un corte en la cabeza. También notaba que algo le palpitaba un poco por debajo del esternón. Levantó la cabeza intentando ver y se quedó sin aliento. La barra de la dirección se le había clavado en el estómago y del agujero manaba un líquido negruzco: sangre mezclada con bilis. Con las manos temblándole, intentó taponar la herida, pero era completamente inútil.

Mila se encontraba en medio de la nada y no sabía cómo pedir ayuda. El pánico se apoderó de ella y se puso a llorar porque comprendió que pronto estaría muerta. Las lágrimas empezaron a mezclarse con la sangre, con la mucosidad y con la lluvia. En todos esos años había rozado muchas veces la cita con el final, pero ahora tenía la certeza de que iba a ir al encuentro de la oscuridad que siempre la había llamado a su lado en secreto.

Pensó en Alice, en el hecho de que se quedaría sola. También lloraba por ella. No había sabido cuidar del único regalo que le había hecho la vida. Se maldijo por ser como era.

No la vería crecer, no estaría a su lado en los momentos tristes ni en los felices. No podría protegerla ni enseñarle a hacerlo ella misma. Ahora ya lo había perdido todo. Ahora que debía decirle adiós, se dio cuenta de que las emociones que había retenido en su interior toda la vida brotaban de pronto todas a la vez.

El dolor no era el mismo que tan bien sabía infligirse con la cuchilla. Venía del alma.

Qué bonito volver a ser humana.

Estaba a punto de aceptar su destino cuando vio los faros de un coche a lo lejos. Avanzaban precisamente en su dirección. Mila no podía creérselo, era una señal. Esperaba que la cortina de agua no impidiera que los ocupantes advirtieran la presencia del Hyundai en la zanja, sería una verdadera burla si pasaban de largo.

Por suerte el coche redujo la velocidad. Era un viejo Audi 80 negro.

Mila vio abrirse la puerta del lado del conductor. Frunció los ojos y se esforzó por enfocarlos.

Una sombra avanzó a pasos lentos al lado de la carrocería. Ella solo notó que llevaba unos guantes negros de piel. Ese detalle la asustó. Era un temor irracional, lo sabía, en vista de que se estaba muriendo. Pero aun así no podía desprenderse de él.

La figura entró en la zona iluminada por los faros y se detuvo, inmóvil. A pesar de estar boca abajo, Mila pudo verla bien. Era un hombre. Traje marrón, robusto, pies planos.

Pascal se mostraba con la apariencia que tenía bajo el pasamontañas, cuando por fin Mila le había visto el rostro. Pero la imagen duró apenas unos segundos. El pelo negrísimo y el bigote empezaron a caérsele por culpa de la lluvia, los mechones se esparcieron en los charcos que había debajo de él. Al mismo tiempo, la piel de las mejillas empezó a deshacerse, resbalando por la pechera de la camisa y por la corbata. Mila se acordó del tocador con los cosméticos y las pelucas. A medida que el maquillaje iba desapareciendo, lavado por el agua impetuosa, aparecían unos dibujos sobre su piel.

Números.

Entonces el hombre se sacó también los guantes. La expolicía nunca había visto sus manos, pero creía que era un modo de no dejar huellas. En cambio, los tatuajes también las recubrían. Ahora el auténtico y único Enigma estaba realmente delante de ella.

Con el último aliento que le quedaba en los pulmones, Mila hubiera querido preguntarle qué le había hecho a Alice cuando la tuvo consigo después de secuestrarla. ¿Qué malvado sortilegio le había susurrado al oído de su hija? ¿En qué se convertiría su niña con el paso del tiempo?

Pero Mila no logró proferir ni una palabra.

El hombre se quedó un buen rato observándola, tal vez esperando que expirara de un momento a otro.

—Disfruta de este regalo —le dijo con voz sugerente.

Mientras los sentidos la abandonaban, Mila lo vio darse la vuelta y regresar al coche. Lo vio ponerse al volante y arrancar. Lo vio alejarse bajo la tormenta, en la noche.

Cuando estuvo de nuevo sola, Mila Vasquez cerró los ojos y la memoria hizo aparecer a Alice. Por fin podía decirle adiós de verdad.

La respiración se consumía en los pulmones y ella se estaba dejando llevar al olvido que había bordeado mil veces sin nunca caer dentro.

«La mente ve lo que la mente quiere ver».

¿Quién había hablado? No se lo había imaginado, era realmente la voz del espectro. ¿Qué hacía allí en el bosque? ¿Cómo había podido Joshua salir del juego?

Un rayo líquido la deslumbró. Fue como si le hubieran arrancado ambos ojos, en cambio solo le habían quitado el visor.

Mila miró a su alrededor.

Había unas figuras inclinadas sobre ella. Y voces que se perseguían por la habitación.

—Controla la presión... Dadle más oxígeno... Cuatro gramos de niacina en vena. ¿Está lista la jeringa?

Mila logró enfocarlos y comprendió que se trataba de un grupo de paramédicos. No había tenido ningún accidente, por lo menos no en el mundo real. La sangre y la

herida eran una alucinación. Pero, como bien sabía, podía resultarle fatal. Una vez más, Joshua la había salvado recordándole la regla más elemental de *El más allá*.

No podía creerlo. Una repentina euforia se apoderó de ella. Tenía otra oportunidad para ser distinta de lo que era. Para hacer de madre, por fin. Tal vez se había curado realmente del mal secreto que la impedía ser como los demás.

Pero, en medio de aquel torbellino de nuevas sensaciones, se insinuó un oscuro pensamiento.

El objetivo de un susurrador no era matar y, paradójicamente, tampoco hacer daño. Esta última era una consecuencia totalmente secundaria respecto a la verdadera razón que los movía.

«El poder de cambiar a las personas, de transformar a inocuos individuos en sádicos asesinos».

Era de ahí de donde sacaban la recompensa absoluta, su máximo placer.

Mila se había preguntado desde el principio por qué había sido elegida para el juego y cuál era el objetivo de su partida. Ahora percibía emociones que, a causa de la alexitimia, no creía que nunca pudiera sentir. Fue una iluminación. Comprendió que el susurrador también había influido en ella. Pero mientras que en los demás ejercía su poder para volverlos malvados, con ella lo había usado en sentido contrario.

«Disfruta de este regalo».

Debía estarle agradecida por la nueva versión de sí misma, por aquello en lo que la había convertido. Aun así, sintió un repentino disgusto y desprecio porque comprendió que, al final, había ganado él.

Pero eso no significaba que fuera a resignarse.

Ahora la cazadora de desaparecidos sabía que en alguna parte había una sombra que la esperaba. Por ahí fuera deambulaba un nuevo susurrador.

«Es de la oscuridad de donde vengo —se dijo—. Y si no la busco, la oscuridad vendrá a buscarme».

AGRADECIMIENTOS

A Stefano Mauri, editor amigo. Y, con él, a todos los editores que me publican en el mundo.

A Fabrizio Cocco, Giuseppe Strazzeri, Raffaella Roncato, Elena Pavanetto, Giuseppe Somenzi, Graziella Cerutti, Alessia Ugolotti, Tommaso Gobbi, Diana Volonté y a la indispensable Cristina Foschini.

Sois mi equipo.

A Andrew Nurnberg, Sarah Nundy, Barbara Barbieri, y a las extraordinarias colaboradoras de la agencia de Londres.

A Tiffany Gassouk, Anais Bakobza, Ailah Ahmed.

A Vito, Ottavio, Michele. A Achile.

A Gianni Antonangeli.

A Alessandro Usai y Maurizio Totti.

A Antonio y Fiettina, mis padres. A Chiara, mi hermana.

A Sara, mi «eternidad presente».



DONATO CARRISI nació en 1973 en Martina Franca (Italia) y en la actualidad vive en Roma. Después de graduarse en Derecho, se especializó en Criminología y Ciencias del Comportamiento.

Colabora de forma habitual con el diario *Il Corriere della Sera*, actividad que compagina con la escritura, tanto de novelas como guionista de películas, series de televisión y obras de teatro.

Como guionista ha destacado por su labor para la RAI, Mediaset o Sky, donde ha escrito para varias series de género negro. Es precisamente dentro del mundo criminal y de la mafia donde ha logrado un gran éxito con sus novelas. De entre ellas habría que destacar *Lobos*, libro con el que logró hacerse con el prestigioso Premio Bancarella. Además, ha escrito varias obras de teatro.

Además de dicho premio italiano Bancarella, ha obtenido el Prix Polar y el Livre de Poche, la distinción más importante concedida por los lectores franceses.

En España se han publicado con una gran acogida sus *bestsellers* internacionales *El cazador de la oscuridad*, *El maestro de las sombras* y *La chica en la niebla*. Actualmente se ha reeditado su éxito *Lobos* con un título más cercano al original *El susurrador*.

ADÉNTRATE EN LA MENTE DEL ASESINO.

DONATO
CARRISI

EL JUEGO DEL
SUSURRADOR

THRILLER

